Una estela salvaje

KATHRYN SCHULZ

gatopardo ediciones

Una estela salvaje
KATHRYN SCHULZ
gatopardo ediciones

UNA ESTELA SALVAJE

UNA ESTELA SALVAJE

KATHRYN SCHULZ

Traducción de Marta Rebón

gatopardo ediciones

Título original: Lost & Found

Copyright © Kathryn Schulz, 2022

© de la traducción: Marta Rebón, 2023
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2023
Rambla de Catalunya, 131, 1.o- 1.a
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: septiembre, 2023

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Lucas Heinrich
Imagen de la solapa: © Dmitri Kasterine

ISBN: 978-84-127403-1-8
Depósito legal: B-17015-2023
Impresión: Liberdúplex S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mi padre, al que perdí,
y para C., que me encontró

Nada abarca todo ni domina sobre todo.
Detrás de cada frase va la conjunción «y».

William James, Un universo pluralista

I. PÉRDIDAS

Nunca me han gustado los eufemismos para referirse a la muerte. «Pasó a mejor vida», «voló al cielo», «nos dejó», «le llegó la hora»: este lenguaje, por muy bienintencionado que sea, nunca me ha brindado consuelo. En aras de la delicadeza, se intenta suavizar el impacto y la brusquedad de la muerte; en aras de la comodidad, se elige lo seguro y familiar en lugar de lo bello y evocador. A mí me parece una manera de rehuir el tema, como mirar verbalmente a otro lado. Pero la muerte es tan imposible de evitar —esta es la verdad desnuda y fundamental — que cualquier intento de ocultarla parece fuera de lugar. Como escribió el poeta Robert Lowell: «¿Por qué no decir lo que pasó?».

Aun así, debo hacer una excepción. «Perdí a mi padre…» Hacía apenas diez días que había muerto cuando me vi recurriendo por primera vez a esta expresión. Estaba ya de vuelta en casa, después de largas semanas sin moverme de su lado en el hospital, después de su muerte, después del servicio fúnebre, empujada de nuevo a una vida que parecía idéntica a la de antes de irme, ordenada e iluminada por la luz diurna, aunque el dolor convertía cualquier obligación mundana en una tarea abrumadora. Tenía el teléfono atornillado entre el hombro y la barbilla. Mientras mi padre estuvo hospitalizado, primero en la unidad de cardiología, luego en la UCI y finalmente en cuidados paliativos, recibí una serie de mensajes automáticos de la revista para la que trabajo en los que se me informaba de que debía cambiar la contraseña del correo electrónico, o se bloquearía. Estos mensajes llegaban con la regularidad de un reloj, recordándome que mi acceso expiraría en diez días, nueve, ocho, siete… Es asombroso cómo lo mundano y lo existencial siempre están pegados, como las páginas de un libro tan gastado que la impresión se ha transferido de una hoja a otra. No logré cambiar la contraseña; perdí el acceso a mi correo electrónico y, con él, cualquier posibilidad de resolver el problema por mi cuenta. Y así, poco después de que falleciera mi padre, me encontré hablando por teléfono con un técnico del servicio de atención al cliente, explicándole, aunque fuera del todo innecesario, por qué no había tomado a tiempo las medidas oportunas.

Perdí a mi padre la semana pasada. Tal vez porque aún estaba en esos primeros días distorsionados del duelo, cuando gran parte del mundo familiar parece tan extraño e inaccesible, de pronto me sorprendió como nunca lo extraña que sonaba esa frase. Obviamente, mi padre no se había alejado de mí como un niño pequeño en un pícnic, ni había desaparecido como un documento importante en una oficina en desorden. Y, sin

embargo, a diferencia de otras formas indirectas de nombrar la muerte, esta fórmula no me parecía esquiva ni hueca. Sonaba sencilla, triste y solitaria, como el duelo en sí. Desde la primera vez que la pronuncié aquel día por teléfono, me dio la sensación de que era algo que podía usar, como se usa una pala o una campanilla: frío y sonoro, con un toque de desespero, pero también de resignación, un fiel reflejo de la confusión y la desolación propias del duelo.

Cuando hice indagaciones más tarde, descubrí que no era una coincidencia que «perder» se me hubiera revelado tan adecuado. Siempre había supuesto que en referencia a los muertos se empleaba en sentido figurado, que quienes estaban de luto se lo habían apropiado y habían desvirtuado su significado original. Pero resulta que no era así. El verbo «perder» hunde sus raíces en la pena. La forma del participio pasado lost significa «perdido», pero también «olvidado», «desamparado». Proviene de una palabra del inglés antiguo que significa «perecer» y deriva, a su vez, de otra palabra aún más antigua que significa «separar», «cortar». El sentido moderno de extraviar un objeto no surgió hasta más tarde, en el siglo xiii; cien años después, to lose adquirió el significado de «no ganar». En el siglo xvi empezamos a perder la cabeza; en el siglo xvii, el corazón. Dicho de otro modo, el círculo de lo que podemos perder comenzó con nuestras propias vidas y con las de los demás, y desde entonces se ha ido ampliando sin cesar.

Así sentí la pérdida después de la muerte de mi padre: como un campo de fuerza concéntrico que se expandía sin parar. Al final incluso hice una lista de todas las otras cosas que también había perdido con el tiempo, sobre todo porque no dejaban de venirme a la mente. Un juguete de la infancia, un amigo de la infancia, un gato muy querido que un día se fue y nunca regresó, la carta que me escribió mi abuela cuando acabé la carrera en la universidad, una camisa de cuadros azules raída pero perfecta, un diario que escribí durante casi cinco años. La lista era interminable, una especie de anticolección, un catálogo melancólico de todo cuanto había ido perdiendo.

Cualquier lista como esa —y todos tenemos una— revela enseguida cuán extraña es la categoría de la pérdida: cuán enorme e inmanejable es, cuán poco tienen en común los elementos que la componen. Al reflexionar sobre ello, me sorprendió darme cuenta de que en realidad algunas formas de pérdida son muy positivas. Podemos perder la timidez y el miedo, y, aunque resulta aterrador perderse en la naturaleza, es maravilloso perderse en un ensueño, en un libro o en una conversación. Pero se trata de felices casos excepcionales en un ámbito por lo general difícil de la experiencia humana. Nuestras

pérdidas suelen parecerse más a la muerte de mi padre: nos empobrecen la vida. Puedes perder la tarjeta de crédito, el carné de conducir, el recibo de una compra que quieres devolver; puedes perder la reputación, los ahorros de toda una vida, el trabajo; puedes perder la fe y la esperanza; puedes perder la custodia de tus hijos. Gran parte de la experiencia del desamor también entra en esta categoría: una ruptura o un divorcio no deseados implican la pérdida no solo de la persona amada, sino también de la textura familiar de la vida cotidiana y de una preciada visión del futuro. Lo mismo ocurre con las enfermedades y lesiones graves, que pueden llevar a la pérdida de todo, desde capacidades físicas elementales hasta partes primordiales de nuestra identidad. Esto incluye algunas de nuestras experiencias más íntimas, como la pérdida de un hijo antes de nacer, así como algunos de los acontecimientos más públicos y devastadores de la historia: guerras, hambrunas, terrorismo, desastres naturales, pandemias, todas las horribles tragedias colectivas que revelan la pérdida en su forma más extrema.

Esta es la naturaleza esencial y voraz de la pérdida. Lo abarca todo sin distinción: lo trivial y lo importante, lo abstracto y lo concreto, lo extraviado temporalmente y lo desaparecido para siempre. A menudo procuramos ignorar su verdadero alcance, pero por un tiempo, tras la muerte de mi padre, vi el mundo tal como es en realidad, marcado por las pérdidas pasadas y la inminencia de las futuras. No se debió a que su muerte fuera trágica: mi padre murió en paz a los setenta y cuatro años, atendido hasta el final por sus seres queridos. Fue porque su muerte no fue trágica; lo que me impactó fue que algo tan triste pudiera ser el curso normal y necesario de los acontecimientos. A raíz de eso, me pareció que cada vida individual contenía demasiada angustia para su efímera duración. La historia, que yo siempre había apreciado con sus lagunas y enigmas, de repente parecía poco más que un relato a gran escala de la pérdida, en especial cuando no podía ofrecer ningún relato. El mundo en sí se me reveló fugaz: glaciares, especies y ecosistemas desaparecían, daba la impresión de que los cambios ocurrían a cámara rápida, como si a los que estábamos vivos hoy se nos hubiera permitido verlo todo desde la escalofriante perspectiva de la eternidad. Todo parecía frágil, todo parecía vulnerable; la idea de la pérdida me asaltaba por todos lados, como un orden oculto de la existencia que solo emergiera en presencia del dolor.

Esta incesante desaparición no es el único tema de nuestras vidas; ni siquiera es el único tema de este libro. Aun así, en las semanas y meses posteriores a la muerte de mi padre, no podía dejar de pensar en ello, en parte porque me parecía importante entender qué tenían que ver todas esas pérdidas entre sí, y en parte porque me parecía

importante entender qué tenían que ver todas ellas conmigo. Una billetera perdida, un tesoro perdido, un padre perdido, una especie perdida: por muy diferentes que fuesen entre sí, estas y todas las demás cosas que faltaban de repente se me revelaron cardinales para abordar la cuestión de cómo se debe vivir; parecían, por estar ausentes, tener algo urgente que decir sobre nuestra existencia en la Tierra.

Mi padre tenía algo urgente que decir sobre casi todo. El mundo entero le resultaba infinitamente interesante, y disfrutaba debatiendo sobre cualquiera de sus facetas: ya fuesen las novelas de Edith Wharton, la radiación cósmica de fondo, la regla del infield fly en el béisbol, las secuelas de la Ley Taft-Hartley de 1947, el descubrimiento de una nueva especie de mono nocturno en Sudamérica o los méritos del apple pie americano frente al crumble de manzana. En cuanto supimos hablar, a mi hermana mayor y a mí nos incluyó en estas conversaciones, aunque nunca le faltaron interlocutores. Mi padre atraía a la gente con el magnetismo de un planeta de tamaño mediano. Tenía una voz estentórea, un marcado acento europeo, una mente formidable, una barba de rabino, una barriga de Papá Noel y el alcance gestual del hombre de Vitruvio; en conjunto, el efecto que causaba era una mezcla de Sócrates y Tevie el Lechero.[1]

El acento de mi padre era consecuencia de su infancia desarraigada, que le llevó también a dominar seis idiomas. Por orden aproximado de adquisición: yidis, polaco, hebreo, alemán, francés e inglés. Muy a mi pesar, a mi hermana y a mí nos educó exclusivamente en el último de estos, pero lo compensó con la prodigalidad con que lo hizo. Mi madre, profesora de francés y una gramática excelente, me enseñó a trabajar con el lenguaje: cómo pronunciar «epítome», cuándo usar el subjuntivo, cómo distinguir entre los pronombres «quién» y «cuál». Pero fue mi padre quien me enseñó a jugar con el lenguaje. Gracias a su formación políglota, tenía una visión relativista de las reglas gramaticales y de su uso; no es que las desobedeciera a conciencia, pero le encantaba estirar las frases, hasta que casi se rompieran, antes de dejar que volvieran a su sitio con una violenta sacudida. No he conocido a nadie que pueda sacarse tan fácilmente de la manga frases asombrosas ni a nadie que se divierta tanto simplemente al hablar. Cuando expresé incredulidad en el momento en que corrigió mi pronunciación de «epítome», enseguida me proporcionó un recurso mnemotécnico inolvidable: rima con «antílope, cíclope».

Existe un tópico según el cual todos los escritores han tenido una infancia infeliz y buscan refugio en el lenguaje y las historias para expresar o escapar de su miseria. En mi caso, no es cierto. Provengo

de una familia feliz en la que el lenguaje y las historias eran un placer compartido y omnipresente. Uno de mis primeros recuerdos es el de ver a mi padre, con su metro setenta y cinco de altura, asomarse por la puerta mientras yo jugaba en la habitación: sorprendida por su aparición repentina, a mí me parecía un gigante benévolo y fascinante, que sostenía una antología Norton de poesía en una mano mientras agitaba la otra en lo alto como Merlín al tiempo que recitaba Kubla Khan. Otro recuerdo igualmente vívido data de unos años después, cuando nos hacía escuchar a mi hermana y a mí, boquiabiertas, el prólogo de Los cuentos de Canterbury, declamado en un entusiasta y estentóreo inglés medio. Mi madre pronto desistió de la tarea de convencerlo de que no nos diera cuerda a la hora de dormir; él era el encargado de leernos algo en voz alta cada noche, y lo hacía con gestos extravagantes, voces dramáticas, muchos golpes en sus rodillas, sobre las que estábamos sentadas, y una interpretación libérrima del cuento que tocara. En las mejores noches dejaba los libros a un lado y nos deleitaba con una serie de historias de cosecha propia sobre las aventuras de Yana y Egbert, dos hermanos aficionados al peligro provenientes de un lugar llamado Rotterdam, un topónimo que eligió porque sabía que su sonido haría reír a sus hijitas.

Aunque mi padre era mucho más leído de lo que yo seré nunca, la literatura era su pasión, no su vocación. Era abogado de profesión y ocasionalmente daba clases en la Facultad de Derecho; ambos trabajos se le daban bien, pero sobre todo la docencia, pues encarnaba a la perfección el personaje del profesor distraído. Tenía una memoria prodigiosa, una curiosidad omnímoda y la capacidad de separar el grano de la paja con la misma rapidez que una máquina clasificadora de monedas separa los centavos de los cuartos. Lo que no solía tener, al menos nueve de cada diez veces, era su billetera ni la menor idea de dónde había aparcado el coche. Conforme al estereotipo, estos despistes siempre parecían ser consecuencia de su extraordinario intelecto, como si se las arreglara para canalizar hacia propósitos mejores toda la energía mental que el resto de los mortales invertimos en no perder nuestras pertenencias. Relacionadas o no, estas curiosas cualidades contradictorias —una percepción notable del mundo y un notable olvido de este— eran dos de las características definitorias de su personalidad.

Entre las muchas cosas que mi padre era propenso a perder figuraba él mismo. Crecí en un suburbio de Cleveland, y varias veces al año íbamos a Pittsburgh a visitar a mi abuela materna. En teoría el viaje duraba poco más de dos horas, pero antes de cumplir los diez años yo ya sabía que debía alarmarme cuando mi padre se ponía al volante y anunciaba que conocía un atajo. Para un niño todos los viajes en coche son eternos, pero los nuestros eran mucho más largos

de lo necesario, porque a mi padre, terco y amable a partes iguales, no se le podía convencer de que no sabía adónde iba. Recuerdo que una vez nos dirigimos más de media hora hacia el oeste en lugar de hacia el este, y otra en que nos las arreglamos para tomar la misma salida incorrecta de la autopista tres veces consecutivas. Mi madre habría podido poner fin a todo esto, ya que tenía un sentido de la orientación mucho más afinado, pero también era una esposa amorosa y pragmática, por lo que solo intervenía con delicadeza en estas desventuras cuando teníamos prisa, cosa infrecuente según mi padre ya que, además de no tener sentido de la orientación, también carecía del sentido del tiempo.

En cualquier caso, como puede deducirse de su incapacidad para localizar una ciudad como Pittsburgh, mi padre era un caso perdido cuando se trataba de seguirles la pista a los objetos más pequeños. Su apodo cariñoso para mi madre era Maggie (derivado de Margot, su nombre de pila y el que usaba todo el mundo), y una de las frases que más oí de niña fue «Maggie, ¿has visto mi…?», seguido de talonario, gafas, lista de la compra, citación judicial, taza de café, abrigo de invierno, el otro calcetín, entradas para el béisbol o cualquier otra cosa extraviada, y eso varias veces al día. Sin falta, la parte final de este juego de pregunta y respuesta era: «Está aquí mismo, Isaac». Afortunadamente para mi padre, mi madre por lo general había visto el objeto perdido y recordaba dónde estaba, o bien, en caso contrario, tenía la paciencia de buscarlo hasta que aparecía. En consonancia con sus habilidades de orientación superiores, mi madre era paciente, metódica y muy consciente de su entorno.

Yo heredé esas cualidades de ella; mi hermana, que ahora es científica cognitiva en el MIT, no. En este sentido había una brecha en nuestra familia de cuatro, por lo demás muy unida. En una escala que va del orden compulsivo a la sublime despreocupación por el mundo físico cotidiano, mi padre y mi hermana estaban…, en realidad, en ninguna parte; o cerca de la frontera entre Ohio y Pensilvania, en busca de esa escala. Mi madre y yo, entretanto, estábamos ocupadas organizándolo todo por colores y tamaños. Recuerdo nítidamente haber visto a mi madre intentando enderezar el marco de un cuadro un tanto torcido en el Museo de Arte de Cleveland. Mi padre, en cambio, se pasó unas vacaciones enteras con dos zapatos diferentes, porque no había metido otros en la maleta y descubrió que los que llevaba puestos no eran del mismo par solo cuando le pidieron que se los quitara en el control de seguridad del aeropuerto. El mejor numerito de mi hermana en cuanto a viajes en avión consistió en perder su ordenador portátil, tomar prestado el de su pareja y luego olvidárselo en una puerta de embarque de United Airlines una semana después del 11S, lo que estuvo a punto de provocar el cierre del

aeropuerto de Oakland. También sobresale, al igual que en su día nuestro padre, en el sutil arte de la pérdida en serie: el móvil, una vez al año; la cartera, una vez cada tres meses; las llaves, una vez al mes. La única vez en mi vida adulta en que perdí la cartera, cometí el error de quejarme a mi hermana, que no dudó en reírse de mí: «Llámame cuando se sepan tu nombre en la Dirección General de Tráfico».

Como abanderada de mi linaje materno, al menos en este aspecto, siempre he tenido una inclinación natural a hacer cosas un poco antinaturales, como organizar la despensa por grupos de alimentos, o volver a colocar cada uno de los sesenta y cuatro lápices de colores en el mismo lugar que les asignó el fabricante. Esa actitud quisquillosa, por no decir compulsiva, puede ser útil cuando quieres ser capaz de encontrar tus pertenencias a ciegas; una de las razones por las que muy pocas veces pierdo cosas es que me pongo enferma si no las devuelvo a su lugar destinado en casa. Hasta bien entrada la edad adulta, esta tendencia al orden, combinada con mis dos familiares directos que me hacían quedar bien en comparación con ellos, me llevó a creer que yo no era de ese tipo de personas que pierden cosas.

Pero el orgullo se esfuma después de tener que pasarte tres cuartos de hora buscando el papel que acababas de tener en las manos, y la realidad al final se impone: todo el mundo es de ese tipo de personas que pierden cosas. Al igual que ser mortal, ser un poco despistado forma parte de la condición humana: llevamos perdiendo cosas de manera sistemática durante tanto tiempo que las leyes establecidas en el Levítico incluyen una advertencia para que no mientas sobre el hallazgo de las pertenencias perdidas de otro. La vida moderna no ha hecho más que empeorar este problema. En el mundo desarrollado, incluso las personas de medios modestos viven en una abundancia insondable en términos históricos, y cada nuevo artículo que poseemos se suma a la lista de objetos susceptibles de acabar perdidos. La tecnología tampoco ayuda, ya que nos ha vuelto crónicamente distraídos a la vez que nos proporciona enormes cantidades de cosas adicionales que perder. Hace tiempo que es así —el mando a distancia sigue siendo uno de los objetos que más se extravían en los hogares estadounidenses—, pero, a medida que nuestros dispositivos se vuelven cada vez más pequeños, las probabilidades de perderlos aumentan. Cuesta perder un ordenador de sobremesa, es más fácil perder un portátil o más todavía un teléfono móvil, y es casi imposible no perder un lápiz de memoria USB. Luego está el tema de las contraseñas, que son a los ordenadores lo que los calcetines a las lavadoras.

Cargadores de teléfono, paraguas, pendientes, bufandas, pasaportes, auriculares, instrumentos musicales, adornos navideños, la autorización para la excursión escolar de tu hija, la lata de pintura que

con tanto cuidado guardaste tres años atrás para los retoques que sabías que algún día necesitarías hacer: la variedad y la multitud de cosas que perdemos es pasmosa. Alguien como mi padre podía llegar a perder diez veces más cosas que alguien como mi madre, pero, en promedio, según datos de encuestas y compañías de seguros, cada uno de nosotros extravía en torno a nueve cosas al día, lo que significa que, para cuando cumplamos sesenta años, habremos perdido casi doscientos mil objetos. No todas esas pérdidas son irreversibles, por supuesto, pero siempre hay una que sí lo es: el tiempo que desperdiciaste en buscarlas. A lo largo de tu vida, te pasarás alrededor de seis meses buscando objetos perdidos. En Estados Unidos, esto se traduce, colectivamente, en unos cincuenta y cuatro millones de horas dedicadas a búsquedas infructuosas cada día. Además, está la pérdida de dinero que conlleva: solo en mi país, en torno a unos 30.000 millones de dólares al año en teléfonos móviles perdidos.

Hay dos explicaciones predominantes de por qué perdemos todas estas cosas: una científica y otra psicoanalítica, ambas insatisfactorias. Según el punto de vista científico, perder cosas implica un mal funcionamiento, ya sea por un fallo de memoria, o a veces de atención. No podemos recuperar el recuerdo de dónde dejamos el objeto perdido, o simplemente no nos percatamos de su ubicación en primer lugar. Por otro lado, el enfoque psicoanalítico argumenta lo contrario: perder algo es un logro, un sabotaje astuto de nuestra mente racional por parte de nuestros deseos subliminales. En La psicopatología de la vida cotidiana, Sigmund Freud describe «la destreza inconsciente con la que se pierde un objeto debido a motivos ocultos pero poderosos», incluida «la poca estima en la que se tiene el objeto perdido, o una antipatía secreta hacia este o la persona de la que proviene». Un colega suyo expresó este mismo asunto de manera más sencilla: «No perdemos lo que tiene un gran valor para nosotros».

Como explicación, el enfoque científico es persuasivo, pero poco interesante. Aunque deja claro por qué es más probable que extraviemos cosas cuando estamos cansados o distraídos, no arroja luz sobre lo que se siente al perder algo y, en el mejor de los casos, ofrece nociones abstractas y poco prácticas sobre cómo evitarlo. (¡Concéntrate! Y ya que estamos, ajusta tus genes o tus circunstancias para mejorar tu memoria.)

La explicación psicoanalítica, en cambio, es intrigante, entretenida y teóricamente útil (Freud señaló con cuánta rapidez ciertas personas de su entorno volvían a encontrar algo «una vez que ya no había motivo para perderlo»), pero, en la mayoría de los casos, poco convincente. Lo más favorable que se puede decir acerca de esta explicación es que sobreestima enormemente a nuestra especie: al parecer, sin motivos subconscientes nunca perderíamos nada.

Esto es falso, evidentemente, pero, como muchas afirmaciones psicológicas, resulta imposible de refutar. Quizá mi padre perdiera sus entradas para el béisbol porque estaba decepcionado por el rendimiento crónicamente pésimo de su equipo. Tal vez mi hermana pierda su cartera tan a menudo por una profunda aversión al capitalismo. Freud respaldaría estas proposiciones, y no hay duda de que algunas pérdidas realmente están ocasionadas por emociones inconscientes, o al menos así se explican de manera plausible en retrospectiva. Sin embargo, la experiencia nos indica que tales casos son excepcionales. La mejor explicación, la mayoría de las veces, es simplemente que la vida es complicada y nuestras mentes limitadas. Perdemos cosas porque somos imperfectos, porque somos humanos, porque tenemos cosas que pueden perderse.

La habilidad de mi padre para perder cosas era inversamente proporcional a lo poco que le molestaban esas pérdidas. Extraviaba cosas sin cesar, pero por lo general afrontaba cada nueva pérdida con ecuanimidad, como si sus pertenencias las hubiera tomado simplemente prestadas y su legítimo dueño hubiera decidido reclamarlas. Supongo que otra persona con el mismo talento habría podido desarrollar una habilidad compensatoria para recuperarlas. Mi padre, en cambio, había desarrollado el don para resignarse alegremente a su desaparición.

Es una actitud admirable, cercana, creo, a lo que la poeta Elizabeth Bishop quiso transmitir con «el arte de perder». El verso procede de «Un arte», uno de mis poemas favoritos y uno de los análisis de la pérdida más famosos en la poesía universal. En él, Bishop sugiere que las pérdidas pequeñas, como las de llaves y relojes, pueden ayudarnos a prepararnos para pérdidas de más peso: en su caso, dos ciudades, un continente y la persona amada a la que el poema va dirigido. Al principio, parece una afirmación absurda. Una cosa es perder el anillo de boda, y otra muy distinta perder a una esposa, y nos resistimos, con razón, a equipararlas. Bishop lo sabe, por supuesto, y, en los últimos versos del poema, cuando reflexiona sobre la pérdida de su amante, el arte de perder de repente pasa de «no es difícil de aprender» a «no es demasiado difícil de aprender». Las cursivas son mías, pero el matiz es suyo, y socava hasta tal punto la afirmación general del poema que es fácil leerlo en clave irónica: como el reconocimiento, al final, de que la pérdida de un ser querido es inconmensurable con respecto a cualquier otra.

Sin embargo, también se puede detectar algo más en esos versos finales: un reconocimiento a regañadientes de que todos debemos aprender de alguna manera a vivir incluso con las pérdidas más terribles. Si se lee de este modo, el poema de Bishop es totalmente

veraz. Sugiere que si cultivamos la templanza en torno a las pérdidas cotidianas, tal vez algún día podamos mostrar la misma serenidad ante una pérdida más importante. No hay nada descabellado en esa afirmación. Se han construido tradiciones espirituales enteras sobre la noción del desapego, en la creencia de que podemos aprender a afrontar incluso nuestras mayores pérdidas con aceptación, equilibrio y gracia.

Pero, como suele ocurrir con los ideales religiosos, esto es en gran medida una aspiración para la mayoría de las personas. En la práctica, a muchos de nosotros nos resultan exasperantes incluso las pérdidas más triviales. No solo porque siempre nos cuestan tiempo y a veces dinero, sino también porque pagamos un precio psicológico: cualquier pérdida, por insignificante que sea, puede causar una crisis en nuestra relación con nosotros mismos, con otras personas o con el mundo. Estas crisis no se desencadenan por la cuestión de la localización: dónde encontrar nuestro objeto perdido. Se desencadenan por la cuestión de la causalidad: quién o qué lo hizo desaparecer.

Nueve de cada diez veces, los responsables somos nosotros mismos. En el microdrama de la pérdida, casi siempre somos tanto el villano como la víctima. Esto es lamentable para nuestro ego y para otras partes de nosotros. Si sabes que fuiste la última persona en tener en las manos el querido orangután naranja de peluche de tu hijo, pero no tienes ni idea de dónde lo metiste, harás bien en culpar a tu memoria. A veces uno se preocupa no solo por ese despiste inmediato, sino por si su memoria es fiable en general. Aun así, no es mucho más reconfortante saber cómo perdiste algo; como cuando no encuentras la tarjeta de crédito y de repente te das cuenta de que te la dejaste en un restaurante el fin de semana. En el mejor de los casos, una pérdida de este tipo nos deja la sensación de ser irresponsables. En el peor, si hemos perdido algo de valor, llega a provocarnos una auténtica angustia. Durante horas o días, a veces incluso años, nuestra atención se centra en el punto exacto en el que falló: en el momento, irrevocable donde los haya, en el que aún era posible evitar lo que iba a suceder.

En resumen, perder cosas de manera rutinaria nos hace sentir mal con nosotros mismos. Por eso, a menudo nos negamos a asumir la responsabilidad y elegimos en cambio buscar a alguien a quien culpar. Así es como un problema con un objeto se convierte en un problema con una persona: juras que dejaste la factura sobre la mesa para que tu mujer la enviara por correo; tu mujer jura con la misma vehemencia que nunca estuvo allí, y un momento después los dos habéis perdido los nervios. Cuando no hay otros sospechosos convenientes a mano, incluso se puede acabar acusando al objeto perdido de haber orquestado su propia desaparición, solo o en conjunción con fuerzas

ocultas. Suena absurdo, pero casi todos hemos hecho acusaciones como esta en algún momento, porque casi todos hemos experimentado pérdidas rayanas en lo imposible: el jersey que llevabas puesto hace un momento y que ahora, de repente, se ha esfumado en un apartamento de poco más de cincuenta metros cuadrados; la carta que recogiste en el buzón, según recuerdas, y que parece haberse evaporado cuando vas a buscarla a la cocina. Si uno pasa suficiente tiempo buscando objetos perdidos como estos, incluso el menos supersticioso empezará a sospechar de los culpables más improbables: duendes, extraterrestres, agujeros de gusano, el vacío.

Es lógico que invoquemos a poderes malignos o fuerzas misteriosas cuando algo desaparece, porque en esos momentos es como si el mundo no obedeciera sus reglas habituales. Al margen de cuántas veces suceda, experimentamos la pérdida como algo inesperado y desconcertante, como una ruptura en la forma en que las cosas se supone que funcionan. Parece impensable no encontrar ese jersey o esa carta, así como que tu mujer, con quien llevas casado veinte años, de pronto llegue un día del trabajo y te pida el divorcio, o que tu tío, joven, sano y lleno de vida, muriera el día antes mientras dormía. Ante una pérdida, grande o pequeña, una de nuestras reacciones más comunes es la de una intensa incredulidad.

Esta sensación es muy seductora, pero también muy engañosa. Pensemos, por ejemplo, en una pérdida particularmente trágica de los últimos años: la del vuelo 370 de Malaysia Airlines, que desapareció del radar en marzo de 2014, con 239 personas a bordo, con una meticulosidad inquietante: sin llamada de emergencia, sin incendio, sin explosión, sin que nadie reivindicara su responsabilidad, sin testigos creíbles y, durante más de un año, sin un solo fragmento de los restos. Al principio se supuso que el avión había caído en algún punto del mar de la China Meridional, a mitad de camino de su ruta prevista, entre Kuala Lumpur y Pekín. Solo después de muchos meses y de especulaciones descabelladas —entre otras, que lo había derribado el gobierno chino, o lo habían secuestrado los rusos y desviado a un aeropuerto de Kazajistán—, los investigadores concluyeron que el avión debió de haberse dirigido hacia el sur hasta que se quedó al final sin combustible y se estrelló en un rincón remoto del océano Índico.

Al igual que muchos otros que se sintieron atraídos y horrorizados por esta historia, me pregunté más de una vez, mientras se producían todas estas especulaciones, cómo era posible, en nuestro mundo ultraconectado y controlado por GPS, que se perdiera algo tan grande y tan estrechamente vigilado como un avión de pasajeros. Esa incredulidad estaba, en sentido estricto, totalmente justificada. En el contexto de la aviación, lo que sucedió con el vuelo 370 de Malaysia

Airlines fue sumamente anómalo: a lo largo de los cincuenta años anteriores, y de casi mil millones de vuelos, solo otro avión comercial —uno mucho más pequeño— había desaparecido sin más. Sin embargo, en el contexto del mundo en general, lo que sucedió no fue en absoluto anómalo. Tanto la experiencia como la historia nos enseñan que no hay nada en nuestro planeta que no pueda perderse, sea cual sea su valor, su tamaño o la vigilancia a la que lo sometamos. Una mirada objetiva al mundo nos lo revela también. Nos cuesta imaginar la pérdida de un avión porque parece enorme cuando lo vemos pasar a ras de una autopista momentos antes de tocar suelo. Pero es una escala equivocada para considerar el problema. Un Boeing 777 parece colosal si lo comparamos con un ser humano, pero cabrían con facilidad 180.000 millones de este tipo de aviones en el fondo del océano Índico.

En definitiva, tal vez sea por eso por lo que ciertas pérdidas son tan impactantes: no porque desafíen la realidad, sino porque la desvelan. Una de las muchas maneras en que la pérdida nos instruye es corrigiendo nuestro sentido de la escala, mostrándonos el mundo tal como es: tan inmenso, complejo y misterioso que no hay nada lo bastante grande para no perderse y, a la inversa, ningún lugar lo bastante pequeño para que algo no se pierda allí. Una alianza de boda extraviada puede hacer que la modesta geografía de un parque municipal se convierta en las Montañas Rocosas. Perder de vista a tu hijo durante una excursión puede transformar un apacible tramo de bosque con su arroyo en una descomunal espesura salvaje. Como el asombro y el dolor, con los que está estrechamente emparentada, la pérdida tiene el poder de redimensionarnos al instante en relación con nuestro entorno; nunca somos más pequeños, ni el mundo tan grande, como cuando se pierde algo importante.

Este severo correctivo a nuestro sentido de ser centrales, competentes y poderosos es lo que hace que incluso las pérdidas más nimias sean difíciles de aceptar. Perder algo comporta una profunda cura de humildad. Nos obliga a enfrentarnos a las limitaciones de nuestra mente, como habernos olvidado la cartera en el restaurante o no recordar en absoluto dónde la dejamos. Nos obliga a enfrentarnos a las limitaciones de nuestra voluntad: el hecho de que somos impotentes para proteger nuestras posesiones queridas del tiempo, el cambio y el azar. Pero, sobre todo, nos obliga a enfrentarnos a las limitaciones de nuestra existencia: al hecho de que, tarde o temprano, el destino natural de casi todo es desaparecer o perecer. Una y otra vez, la pérdida nos insta a darnos cuenta de esta impermanencia universal, del desconcertante, enloquecedor y angustioso hecho de que algo que estaba justo ahí puede desaparecer en un abrir y cerrar de ojos.

A veces he pensado que la costumbre vitalicia de mi padre de perder cosas era una versión en clave de ópera bufa de la trágica serie de pérdidas que moldearon su infancia. Aunque no se habría intuido por sus últimos años, caracterizados por la abundancia, o por su exuberante personalidad cargada de efusividad, mi padre nació en una familia, una cultura y un periodo histórico marcados de un modo extraordinario por la pérdida: pérdida de conocimiento e identidad, pérdida de dinero, recursos y opciones, pérdida de hogares, patrias y personas.

En líneas generales, es una historia conocida, porque pertenece a uno de los episodios de pérdida más profundos y horribles de la historia moderna. La madre de mi padre, la menor de once hijos, creció en un shtetl a las afueras de Łódz´, en el corazón de Polonia, a finales de la década de 1930, uno de los lugares más peligrosos para los judíos en un continente cada vez más peligroso para ellos. Como su familia era demasiado numerosa y pobre para huir todos juntos de la guerra que se avecinaba, sus padres decidieron enviar —mediante un cálculo privado inimaginable para mí— al menos a su hija menor a un lugar seguro. Así fue como mi abuela paterna, aún adolescente, se encontró en Tel Aviv, en lo que entonces era Palestina, a más de 4.000 kilómetros del único mundo que había conocido, y casada con un judío polaco mucho mayor que ella.

Al cabo de poco tiempo nació mi padre, y no mucho después, cuando aún era muy pequeño, lo enviaron a un kibutz para crecer varios años entre extraños. Durante su estancia allí, dos pérdidas importantes afectaron a su familia. En primer lugar, su padre biológico murió y su madre contrajo un nuevo matrimonio, algo que mi padre no descubriría hasta más de dos décadas después, en su noche de bodas. En segundo lugar, todos los miembros de la familia de mi abuela que se quedaron en Polonia acabaron en Auschwitz. Sus padres no sobrevivieron, al igual que nueve de sus diez hermanos. El 27 de enero de 1945, cuando el campo fue liberado, solo su hermana mayor, mi tía abuela Edzia, seguía con vida. No sé cuándo ni cómo esta información llegó a mi abuela, ni cómo se enteró del resto de las noticias, que debieron de llegar a Tel Aviv una por una. Casi un cuarto de millón de judíos vivía en Łódz´ cuando ella se marchó; poco más de nueve mil sobrevivieron a la guerra. Cuando mi padre regresó del kibutz unos años después, se encontró con una familia que se había reconfigurado dos veces: una debido a la muerte y al nuevo matrimonio; otra por las consecuencias emocionales y prácticas derivadas de esta aniquilación en masa: casi todo un linaje había desaparecido, abuelos, tíos, primos, amigos y vecinos masacrados sin excepción, y una madre despojada de parientes de sangre, una pérdida

indescriptible.

Tel Aviv había sido un lugar relativamente bueno para capear la guerra, pero no para afrontar sus consecuencias. A medida que el equilibrio de poder cambiaba en todo Oriente Próximo, la ciudad se volvía más peligrosa; una mañana una bala perdida mató a un amigo de mi padre mientras jugaba en la calle al lado de su casa. Las condiciones empeoraban y la familia, que nunca había sido acomodada, luchaba por salir adelante. Mi abuelo era fontanero, pero tenía poco trabajo y para entonces él y mi abuela ya tenían dos hijos más que alimentar. En febrero de 1948, tres meses antes de que las Naciones Unidas crearan un nuevo país en Palestina, mis abuelos decidieron que ya no querían seguir criando a sus hijos allí. Y así, en uno de los trayectos más improbables en la historia del judaísmo moderno, hicieron las maletas con lo poco que tenían, abandonaron lo que pronto se convertiría en el Estado de Israel y se trasladaron a Alemania.

Como es lógico, no fue su primera elección. Después de la guerra, mis abuelos habían solicitado visados para emigrar a Estados Unidos, pero había pocos disponibles y otros once millones de refugiados que necesitaban un lugar al cual llamar hogar. A tenor del peligro que corrían en Tel Aviv y de sus menguantes finanzas, no podían permitirse el lujo de esperar por tiempo indefinido. Por eso, cuando mi abuelo oyó rumores de que era posible ganarse bien la vida en el mercado negro de la Alemania de posguerra, tomó nota. No tenía devoción religiosa, ni veleidades sionistas ni reparos en burlar las leyes en el antiguo Tercer Reich; su lealtad era para con su familia, y lo único que le importaba era que esta se mantuviera a flote. Si había medios para subsistir en Alemania, le daba igual que la corriente de la historia se moviera en dirección contraria: irían a Alemania.

Fue un viaje terrible. Para llegar a un puerto del que zarpara un barco con destino a Europa, la familia, junto con un tío que decidió unirse a ellos, tuvo que viajar en coche desde Tel Aviv hasta Haifa, un trayecto de apenas un centenar de kilómetros, pero peligroso en aquellos días. Para entonces había estallado en Palestina una guerra civil entre nacionalistas árabes y sionistas judíos, y los bloqueos, los bombardeos, las emboscadas, las minas terrestres y los disparos de francotiradores cada vez eran más frecuentes. A mitad de camino, el tío, que iba sentado en el asiento del copiloto, recibió un tiro. Mi padre, de siete años, vio cómo se le escapaba la vida desde el asiento trasero. En adelante, la habitual elocuencia de mi padre siempre pasaría a un segundo plano ante este suceso trágico. Ya fuera por la persistencia del trauma o por la necesidad instintiva de proteger a sus hijos, siempre lo contó sin rodeos ni adornos, como un simple hecho biográfico. Solo sé que su familia, a falta de otra opción, siguió hasta

Haifa, donde dejaron el cadáver, y tomaron un barco hasta Génova; desde allí viajaron a Alemania, donde vivieron cuatro años en un pueblecito de la Selva Negra.

En Alemania mi padre jugaba en el bosque, aprendió a nadar en el río y se hizo amigo de un enorme perro pastor llamado Fix. En la escuela aprendió alemán, idioma en el que leyó por primera vez Secuestrado y La isla del tesoro, de Robert Louis Stevenson, y sus profesores lo enviaban a sentarse solo en el pasillo durante una hora todas las tardes mientras el resto de sus compañeros asistía a clase de religión. Por las tardes y los fines de semana, su padre lo sentaba en el sidecar de su motocicleta y lo llevaba por todo el país, un adorable señuelo encima de un alijo de cámaras Leica y cigarrillos americanos de contrabando. Era una vida emocionante y divertida, pero también precaria. Cuanto mayor se hacía mi padre, más comprendía que su familia estaba en apuros. El dinero que ganaban se escondía debajo de las tablas del suelo o se enrollaba dentro de las barras de las cortinas; había conversaciones no destinadas a los oídos de los niños, sobre altercados y momentos en que se escaparon por los pelos, sobre dónde y hasta qué punto las autoridades habían empezado a atajar el mercado negro. Con el tiempo, mi padre se dio cuenta de que su destino dependía de si llegaban primero los visados o la policía.

Por suerte llegaron los visados. En 1952 mis abuelos tomaron a sus hijos y se dirigieron a Bremen para zarpar a Estados Unidos. Aún no habían llegado a alta mar cuando mi padre empezó a vomitar y, aunque las aguas del océano no se hubieran agitado debajo de sus pies, es fácil imaginar el porqué de su inquietud. Para entonces, como Elizabeth Bishop, había perdido dos ciudades, un continente y a casi toda su familia. Había vivido en un kibutz y en una zona de guerra, en Oriente Próximo y en Europa, en la forja ardiente de Israel y en los rescoldos fríos del Tercer Reich. Y no había cumplido aún los doce años. Pasó casi toda la travesía en su litera de tercera clase, perdido tanto en el océano como en sus pensamientos, miserablemente enfermo. Solo cuando sus padres le informaron de que se acercaban al puerto, hizo un esfuerzo por subir a cubierta para contemplar la vista. Ese es el primer recuerdo que mi padre tenía de su vida en Estados Unidos: salir tambaleante hacia el sol y el viento, y ver allí, en las estrechas aguas frente a Manhattan, la Estatua de la Libertad.

Mi padre no podía saber, aquel día en el puerto de Nueva York, que los momentos más difíciles de su vida ya habían quedado atrás. No obstante, sí intuía, creo, que, al distanciarse tanto de su pasado, sufría pérdidas de otro tipo: las que, para los inmigrantes y refugiados, suelen ser el precio de crear un hogar en un nuevo país. Su lengua materna, una mezcla única de yidis y polaco, se evaporó con la

diáspora y la muerte de su familia inmediata, a la que sobrevivió. Solo vio su tierra natal una vez más, cincuenta años después de haberla abandonado. En una de sus últimas conversaciones, con un amigo libanés también refugiado, se refirió a la definición que Edward Said da del exilio como una pérdida tan profunda que ensombrece cualquier logro futuro. Mi padre —un hombre que encontró tanto como perdió, incluida la felicidad duradera— solo estaba de acuerdo en parte. Pero conocía íntimamente el coste de la asimilación, una de las formas de pérdida más sigilosas, así como la añoranza permanente de un hogar irrecuperable.

Sin embargo, es indicativo de la vida que mi padre se hizo en Estados Unidos el hecho de que, cuando yo nací, esos trastornos de su infancia parecieran ya agua pasada. Al llegar a este país, su familia se instaló en Detroit, donde lo enviaron a «clases de americanización» en el sótano con goteras del instituto público local. Su verdadera americanización, sin embargo, tuvo lugar en sus ratos libres, frente al escaparate de la tienda de electrónica de la esquina, donde un televisor proyectaba series de vaqueros a todas horas, pero sobre todo en los callejones del barrio, los verdaderos patios de recreo para los niños en el centro de Detroit. Hasta bien entrada la setentena, mi padre aún se deshacía en elogios hacia esos callejones, que a él le encantaban por sus cubos de basura, excelentes para encontrar tesoros que otras personas habían tirado; por sus paredes altas y estrechas, perfectas para jugar al balonmano; pero, sobre todo, porque eran su refugio cuando sus padres discutían en el angosto piso familiar. A medida que estas riñas aumentaban en cantidad, volumen y virulencia, mi padre, que por entonces tenía trece años, empezó a pasar cada vez menos tiempo en casa.

Algunas de las cosas que descubrió lo llevaron por el mal camino. Ese año probó su primer cigarrillo: un Pall Mall que le había hurtado a su padre y que se fumó en el cuarto de baño, y al cabo de unas semanas pasó a consumir un paquete al día. (Se pasó a la pipa cuando mi madre se quedó embarazada, y mantuvo el hábito durante años. Me encantaba todo lo relacionado con su pipa —el olor, el suave puff-puff-puff, las largas y peludas escobillas limpiadoras que yo enrollaba alrededor de mi muñeca como si fuera una pulsera—, pero al final mi hermana y yo nos dimos cuenta de los peligros que conllevaba y le insistimos hasta conseguir que lo dejara.) Mi padre también se hizo un mejor amigo, un chico llamado Lee Larson, el vástago bromista e inteligente del dueño de un bar, y juntos hacían travesuras de todo tipo, inocentes y no tan inocentes. Incluso décadas más tarde, cuando ya llevaba una vida modélica, nuestro padre no podía evitar contarnos con simpatía cómo Lee y él, junto con unos cuantos amigos, se pasaron meses robando conos de tráfico por todo Detroit hasta que un

buen día, en hora punta, se sentaron en una colina con vistas a una arteria principal para observar a los conductores que se veían obligados a disminuir la velocidad y dar un rodeo alrededor de las inexistentes y gigantescas obras viales que se habían sacado de la manga.

Este tipo de bromas eran la excepción más que la regla, y tenían que ver con la emoción de explorar solos el mundo por primera vez. Con las tapas de las cajas de cereales que consiguió reunir, ganó una entrada para un partido de los Tigers. Una tarde soleada entró en el estadio Briggs y enseguida se enamoró del béisbol de por vida. De alguna manera, el béisbol le hacía remontarse a cuando tenía trece años, y desde entonces para él fue sinónimo de libertad. Iba a la biblioteca pública, donde podía ser libre en otro sentido, pues era un lugar magnífico para escapar de su situación familiar. Pronto empezó a pasar allí casi todas las tardes después de la escuela: disfrutaba del silencio y se quedaba a leer hasta la hora de cerrar. Incluso iba a la iglesia, por así decirlo. Después de que la emisora de radio local emitiera una y otra vez el mismo anuncio, instando a los oyentes a que fueran a oír cantar a la hija del predicador con el coro de góspel cualquier domingo por la mañana, Lee y él acabaron por hacer caso de la invitación y tomaron un autobús para ir a la iglesia bautista New Bethel. Allí, en la parte de atrás de la capilla, un chico rubio y un judío con gafas se maravillaron al escuchar por primera vez la voz de Aretha Franklin.

A pesar de su carrera precoz como maleante callejero, mi padre destacó en la escuela. En 1958, cinco años después de llegar a Estados Unidos, se graduó como el mejor de su clase. Pero muy pocos de sus compañeros fueron a la universidad, pues sus padres no sabían nada de la educación superior en su país de acogida. Cuando alguien le sugirió que solicitara su ingreso a la Universidad de Michigan, las únicas plazas libres estaban en la escuela de ingeniería. Se matriculó, lo odió y lo echaron un semestre después. Al año siguiente, se matriculó de nuevo, esta vez en la Facultad de Artes Liberales. Allí le fue mejor, hasta que incendió sin querer su dormitorio, y lo expulsaron por segunda vez. Cuando por fin obtuvo su licenciatura, había recorrido un largo camino, que incluía una temporada como vendedor de refrescos en Manhattan, otra como vendedor de ropa de segunda mano en Illinois, una citación de la junta de reclutamiento local y un providencial cambio de destino de última hora a Corea, en lugar de Vietnam. Justo antes de su partida, conoció a mi madre; a su regreso se casó con ella, terminó la universidad, estudió derecho y se instaló en Cleveland para formar una familia y hacer carrera. En un mundo más amable —uno en el que la juventud de mi padre hubiera sido menos desesperada, su miedo a la inestabilidad financiera menos

intenso y su percepción de las opciones disponibles menos limitada— creo que habría elegido un oficio muy diferente: profesor, como mi hermana, tal vez, o escritor, como yo. Pero si alguna vez sufrió por esa pérdida, no lo demostró. Adoraba el derecho y adoraba a su familia, y estaba orgulloso de poder ofrecer a sus hijas una infancia mucho más segura y feliz que la que él había tenido.

La mayoría de los padres harían cualquier cosa para proporcionar ese tipo de vida a sus hijos. Por eso mis abuelos viajaron por zonas de guerra a pesar de arriesgarse a que los detuvieran, y dejaron atrás todo para emigrar a un país lejano dos veces en cuatro años. Y también por eso mis bisabuelos enviaron a su hija menor a un nuevo hogar en un mundo lejano, a sabiendas de que, con toda probabilidad, no volverían a verla. Yo existo porque esas dos generaciones tuvieron éxito. Sin embargo, sé que esos éxitos, como todos, fueron frágiles y contingentes. Si la experiencia nos enseña algo es que todo lo que los padres quieren para sus hijos —seguridad, estabilidad, felicidad, oportunidades— no se distribuye de manera equitativa ni son condiciones permanentes. Incluso si todo ello nos toca en suerte al nacer, también es susceptible de perderse, de ser barrido en cualquier momento por fuerzas mucho más sólidas que nosotros, más sólidas —a veces— que pueblos y naciones enteras. La guerra, el hambre, el genocidio, las pandemias, los terremotos, los tsunamis, los huracanes, los tiroteos masivos, la hambruna masiva, la ruina financiera masiva: todas estas catástrofes, en sus múltiples formas, dejan a menudo un rastro de destrucción en comunidades enteras, a veces incluso en países enteros. Y, de forma ocasional y terrible —como durante los primeros años de mi padre y de nuevo en nuestros tiempos—, a lo largo y ancho de casi todo el mundo.

Estas son las pérdidas que hacen que todas las demás parezcan insignificantes en comparación. De hecho, una de las pocas cosas que supuestamente surge de una catástrofe, no solo intacta sino mejorada, es un sentido agudizado de lo que es trivial frente a lo que realmente importa, como si la catástrofe dejara una claridad ética y emocional a su paso. Después de presenciar tantas pérdidas angustiosas, la teoría dice que entenderemos lo que es importante de veras en la vida y dejaremos de preocuparnos por todo lo demás. Esta idea invierte la lógica de Elizabeth Bishop; nuestras mayores pérdidas, sugiere, pueden ayudarnos a sobrellevar las menores, al ponerlas en perspectiva.

A primera vista, es una idea atractiva. Pero, si se considera más detenidamente, no es más fácil de aceptar que la afirmación de Bishop de que las pérdidas menores nos preparan para encajar las mayores. De hecho, después de sufrir una pérdida grave, muchas personas aprenden a valorar lo que tienen y también a relativizar frustraciones

mucho menores. Mi padre, por ejemplo, era muy consciente de lo que merecía su atención y lo que debía dejar pasar, y por lo general no se preocupaba de cuestiones secundarias. Pero ¿quién puede saber en qué medida aquella actitud se debía a su personalidad y en qué medida era fruto de las circunstancias que le había tocado vivir? En cualquier caso, mi abuela no salió de los horrores de la Segunda Guerra Mundial con un renovado aprecio por las cosas más importantes de la vida, sino despojada de casi todas ellas, incluida la persona en la que podría haberse convertido en mejores circunstancias. Cuando la conocí, era como una bomba a punto de explotar, una mujer desgraciada y con una vida interior blindada, inescrutable. Es posible, por supuesto, que parte de eso fuera también su carácter. Aun así, dados los efectos totales del trauma, es peculiar, y casi cruel, pensar que al final nos cambian para mejor.

De hecho, tampoco vivimos nuestras vidas como si eso fuera así. Es cierto que la mayoría hacemos lo posible por dar sentido a nuestras peores pérdidas. Algunas personas sostienen, ya sea por auténtica convicción o en un intento de consuelo, que el sufrimiento forja el carácter. Aun así, si los padres creyeran de verdad que las pérdidas han mejorado sus vidas y los han hecho mejores personas, no se esforzarían tanto en proteger a sus hijos de ellas, y sin embargo, generación tras generación, la mayoría lo hace. El problema es que hay un límite a lo que puede conseguirse con tales esfuerzos. Tener bastantes recursos financieros puede evitarnos ciertas dificultades, y contar con el amor y el apoyo suficientes puede hacernos más resistentes para afrontar los inevitables sinsabores de la vida. Pero estar preparado no significa librarse de ellos. Nuestros padres no pueden protegernos de las pérdidas para siempre, porque al final, a menos que haya una tragedia aún mayor, los perderemos a ellos.

¿Qué pasa con las cosas que perdemos y no recuperamos? Nada, por supuesto. El guante perdido se pudre sin que nadie lo vea en un rincón del jardín; el bolso languidece durante meses en una estación de tren antes de ser donado a una tienda de segunda mano; el trozo de papel con el número de teléfono se deshace en el fango de una acera en el mes de febrero; los restos del avión desaparecido yacen a 6.000 metros bajo la superficie del océano y son visitados de vez en cuando por criaturas que ningún ojo humano ha visto.

El afán de reunir todos estos objetos perdidos en un solo lugar es una curiosa y antigua costumbre de la mente humana. No solo inventamos culpables imaginarios para explicar por qué nuestras pertenencias han desaparecido, sino que también inventamos destinos imaginarios que den razón de su paradero. La primera vez que me encontré con un lugar así fue de niña; tropecé con él por casualidad

porque era el primo oscuro de un lugar ficticio mucho más famoso. En Dot and Tot of Merryland, de L. Frank Baum, una niña y un niño, Dot y Tot, se suben a una barca que la corriente arrastra hasta un reino mágico situado al otro lado de un desierto de la tierra de Oz. Ese reino consta de siete valles y, aunque la mayoría de ellos son agradables de explorar —llenos de bebés, payasos, caramelos y gatitos—, el último es silencioso y extraño, está deshabitado y lleno de objetos diversos desde la orilla del río hasta el horizonte: sombreros, pañuelos, botones, abrigos, carteras, zapatos, muñecas, juguetes, anillos. Cuando Dot mira a su alrededor con asombro, la Reina de Merryland le explica: «Es el Valle de las Cosas Perdidas».

Aunque a menudo recibe otros nombres, el Valle de las Cosas Perdidas ha capturado nuestra imaginación colectiva durante siglos. Hace más de quinientos años, Ludovico Ariosto, uno de los más grandes escritores del Renacimiento italiano, recogió una versión de este valle en Orlando furioso. En esta epopeya se cuenta la historia del caballero más famoso que luchó bajo el mando de Carlomagno en las cruzadas. En ella, Orlando pierde a la mujer que ama a manos de un rival y, como consecuencia, también pierde la cabeza. Para ayudarlo, otro caballero consulta a un profeta, que declara que deben viajar a la luna: «Un lugar donde como por milagro se reúne / todo lo que se ha perdido en la tierra». Juntos van allí (en carro) y no encuentran sombreros, zapatos y pañuelos, sino fortunas perdidas, famas perdidas, amores perdidos, reputaciones perdidas, reinos perdidos, juicios perdidos, cada uno de ellos dentro de su propio frasco con tapón; uno de ellos lleva una etiqueta que reza: juicio de orlando.

A lo largo de los años han surgido muchas más versiones del Valle de las Cosas Perdidas, en géneros que van desde la autobiografía hasta la ciencia ficción. En Mary Poppins y la casa de al lado, la autora P. L. Travers retomó la idea de que todo lo que desaparece de la Tierra acaba en la luna, aunque en su caso los objetos perdidos son objetos domésticos cotidianos. (La película más reciente de Mary Poppins añade a esta idea un toque melancólico y existencial: a los jóvenes protagonistas, que lloran la muerte de su madre, se les hace creer que vive en la cara oculta de la luna, «el lugar donde va a parar todo lo que se pierde».) Otras variantes presentan distintos escenarios. Charles Fort, un escéptico de principios del siglo xx que investigaba fenómenos naturales inexplicables, postuló en su día la existencia de un «Supermar de los Sargazos» —situado no en nuestros océanos terrestres, sino en algún lugar por encima de ellos, o en una dimensión paralela— donde desaparecen todas las cosas perdidas, incluidos los dodos, los moas, los pterodáctilos y cualquier otra especie extinguida.

Parte del atractivo perdurable de estos destinos imaginarios es que se ajustan a la forma en que nos sentimos cuando perdemos algo: si no

damos con su paradero, es fácil sentir que se ha ido a un lugar imposible de encontrar. Pero también hay algo agradable en la idea de que nuestras pertenencias perdidas, incapaces de encontrar a sus legítimos dueños, deberían al menos encontrarse entre sí, reunidas como almas en el limbo o parientes lejanos en una reunión familiar. Las cosas que perdemos se caracterizan por su falta de ubicación conocida; qué inteligente, qué gratificante, es concederles una. Y qué emocionante es imaginarse caminando por un lugar así: afligidos por las peores pérdidas, humillados por montones de objetos casi idénticos, eufóricos cuando descubrimos algo que una vez nos perteneció, asombrados por la enorme variedad de lo que se pierde.

Quizá este sea el aspecto más atractivo del Valle de las Cosas Perdidas: hace visible la extrañeza de la categoría de la pérdida, como si se vaciara el contenido de una caja desordenada en el suelo. Me lo imagino como un lugar oscuro, hecho con lápiz y tinta, cómico y lúgubre como un dibujo de Edward Gorey: ropa vacía a la deriva, paraguas amontonados como murciélagos dormidos, un tigre de Tasmania escabulléndose con la novela perdida de Hemingway en la boca, glaciares convertidos en lúgubres charcos, el Lockheed Electra de Amelia Earhart en el suelo, el aire a su alrededor lleno de los fantasmas de las ideas nocturnas no escritas que se desvanecen al amanecer. Es esta población taxonómicamente extraña, desde los zapatos hasta las almas, pasando por los pterodáctilos, lo que hace tan hipnotizante la idea de un lugar así. La unidad y el significado de sus componentes se basan únicamente en la cualidad común de estar perdidos, una suerte de amplia nacionalidad, como «americana». Sin embargo, a pesar de todo su encanto, el Valle de las Cosas Perdidas es, en el fondo, un lugar melancólico. Las cosas que amamos están desterradas en él, y nosotros mismos estamos desterrados de él: la única característica que comparten todas las versiones del valle es que, en circunstancias normales, nos resultan inaccesibles. Solo un profeta o Mary Poppins pueden llevarte al almacén de las cosas perdidas en la luna, y el pequeño Tot entiende inmediatamente por qué se les permite a él y a Dot aventurarse en el deshabitado Valle de las Cosas Perdidas: «Porque nosotros también estamos perdidos». En ese sentido, se parecen menos a Dorothy y el Hombre de Hojalata que a Orfeo y Dante, quienes, a diferencia de la mayoría de los simples mortales, accedieron temporalmente al inframundo. Del mismo modo, el valle y el inframundo están estrechamente relacionados. Con los objetos perdidos que amamos pasa lo mismo que con las personas perdidas que amamos: les concedemos una vida después de la muerte, con la certeza agridulce de que, al menos en este mundo, no volveremos a verlos.

La muerte de mi padre no fue inesperada. Su salud había empeorado en la última década, tanto que casi costaba de creer. Además de padecer muchas de las dolencias asociadas al envejecimiento en nuestro tiempo (presión arterial alta, colesterol alto, enfermedad renal e insuficiencia cardíaca), había tenido enfermedades poco comunes a cualquier edad y en cualquier época: meningitis vírica, fiebre del Nilo Occidental y un trastorno autoinmune que desconcertó a los mejores médicos de la Clínica Cleveland. A partir de ahí, la lista se extendió en todas las direcciones de la fisiología y la gravedad. Una caída en el vestíbulo de un hotel le había destrozado un hombro de manera irreversible, y se había roto un tendón de la rótula al dar un paso en falso en el patio trasero de la casa de un amigo un Cuatro de Julio. A menudo le faltaba el aire, a pesar de no tener ningún problema respiratorio manifiesto; un nervio espasmódico en el cuello le causaba de forma intermitente un dolor insoportable e incluso parálisis temporales. Siempre tenía unos problemas terribles en los dientes, herencia de una infancia de pobreza, y sufría de gota, como cumplía al anciano señorial en el que se había convertido.

Pese a todo lo anterior, mi padre se libró en gran medida de una de las pérdidas más comunes de la vejez: la de sus facultades mentales. Hubo, sin embargo, una excepción: un extraño y espantoso episodio que duró dos o tres años, pero que, por suerte para nosotras y contra todo pronóstico, remitió por sí solo. Ocurrió al principio de sus años más delicados, cuando se manifestó su trastorno autoinmune. Esto dio lugar a una serie de crisis de salud espantosas, lo que llevó a todo un equipo de médicos —cardiólogos, nefrólogos, inmunólogos, oncólogos y especialistas en enfermedades infecciosas— a tratar de determinar qué le ocurría. A falta de un diagnóstico, decidieron tratar sus síntomas y, como suele ocurrir, la lista de medicamentos se hizo cada vez más larga: fármacos para los problemas inmediatos, fármacos para los efectos secundarios, fármacos para los efectos secundarios de los fármacos para los efectos secundarios. Que todo esto podía conducir a una nueva crisis es obvio visto en retrospectiva, pero no lo fue en ese momento, en parte porque estábamos demasiado preocupadas por la enfermedad de fondo como para prestar atención a cualquier otra cosa y en parte porque esa crisis secundaria tardó en manifestarse. Pasaron ocho o nueve meses antes de que mi madre, mi hermana y yo empezáramos a preocuparnos, primero en silencio y luego abiertamente, por lo que estaba pasando con la cabeza de mi padre.

Como al principio los cambios fueron graduales, los primeros contratiempos mentales se revelaron esporádicos, difíciles de nombrar. Mi padre empezó a dormir más horas por la noche y a cabecear durante el día, incluso durante las reuniones familiares, en las que

solía ser hasta entonces el orador principal. En medio de una conversación, a veces tomaba caminos secundarios inexplicables; entonces los demás teníamos que tratar de relacionar las cosas extrañas que decía, y desde allí guiar la conversación hacia algún lugar lúcido. De entre todos los miembros de la familia, yo era la que se sentía más culpable, pues mantenía un optimismo obstinado e insistente incluso cuando era obvio que estaba diciendo tonterías.

Sin embargo, con el tiempo, estos incidentes se fueron volviendo demasiado frecuentes y alarmantes como para descartarlos con un: «Ah, sí, la vejez». Ni siquiera la legendaria falta de orientación de mi padre dejó de ser una excusa cuando una tarde se bajó del tren de cercanías —en una parada situada a unos cientos de metros de nuestra casa, desde la que había ido al trabajo y regresado durante treinta años— y no pudo encontrar el camino. En otros aspectos, también empezó a perder el rumbo. En las conversaciones se confundía sobre qué año era, sobre si estaba en Cleveland o Boston, Italia o Israel. Recuerdo con claridad la llamada telefónica totalmente incomprensible que por fin me obligó a enfrentarme a la verdad: la mente más extraordinaria que había conocido estaba fallando, en muchos aspectos esenciales ya se había ido. Si alguna vez has sido testigo del deterioro cognitivo de un ser querido, habrás pasado una noche como la que siguió para mí. Fue la primera vez que lloré a mi padre.

Fue mi hermana, la científica, la que acabó por atar cabos. Un día, después de que un episodio de confusión especialmente alarmante acabara con mi padre en el hospital, llamó a sus médicos y les dijo que empezaran a retirarle todos los medicamentos que no tuvieran como función específica salvarle la vida. Por muchos años que viva, no creo que vuelva a presenciar una transformación tan asombrosa. La noche después de que le dieran el alta —mi hermana y yo habíamos cogido un avión a Cleveland para estar con él—, mi padre se quedó despierto con nosotras hasta bien pasadas las dos de la madrugada. Habló de todo: de los orígenes del anarquismo italiano, el papel de la cláusula de comercio en el derecho constitucional, las relaciones familiares en Casa desolada y las posturas enfrentadas sobre la naturaleza de la conciencia que defendían varios filósofos. Al día siguiente se levantó jubiloso y fresco como una rosa y, junto con nosotras, llevó a su nieta de cuatro años a pasear en trineo.

Hay un viejo dicho, cuyo origen no sé precisar, sobre cómo hacer feliz a una persona. Primero le quitas el burro; luego se lo devuelves. No sé nada de burros más allá de que la comparación habría hecho reír a mi padre. Pero puedo confirmar que no hay sensación más hermosa en este mundo que recuperar algo valioso que creías perdido para siempre. Hacía más de dos años que no veía a mi padre ni

siquiera medio parecido a como era, y un año desde que había aceptado que no volvería a ser nunca la persona de siempre. Y de pronto, casi de la noche a la mañana, volvió.

Aprendí mucho de esa experiencia, incluso algo que aún no sabía sobre la relación entre las pequeñas pérdidas y las grandes. La mayoría de las veces la pérdida de objetos cotidianos no es un indicio de ningún tipo de enfermedad subyacente, pero el verdadero deterioro mental suele manifestarse en parte como un aumento de las cosas perdidas. Los pacientes con demencia son propensos a extraviar sus pertenencias, y los enfermos de alzhéimer en fase inicial a menudo no encuentran algo porque lo han dejado en un lugar improbable: las gafas acaban en el horno, la dentadura postiza en la lata de café. Yo sabía todo eso, así que cuando mi padre empezó a mostrar signos de deterioro cognitivo, adquirí el hábito de escudriñar cada una de sus pérdidas triviales en busca de indicios que presagiaran una mayor. El extravío de la cartera, antes característico y cómico, se convirtió en una fuente de angustia; la palabra que buscaba y no encontraba me hacía examinar, como un padre preocupado al borde del océano, la amplia zona gris entre lo normal y lo siniestro. Ahora sé que muchas personas viven con esta costumbre y con este miedo, ya sea por ellos mismos o por un ser querido, y entiendo por qué. El cerebro es el más profundo y misterioso de todos los valles de las cosas perdidas, y abruma todo lo que puede perderse allí: la ciudad en la que vives, cómo se llama tu mujer, qué hacer con un cepillo de pelo, por qué un cuidador está en tu casa, quién eres, cuál es el camino a casa.

De todas las pérdidas que sufrió mi padre en sus últimos años, esta fue la peor, pero solo para mi madre, para mi hermana y para mí. En gran medida mi padre era ajeno a su situación y, por tanto, apenas se preocupaba. Le he visto más frustrado, aun en pleno uso de sus facultades, por no recordar el nombre del tercera base de los Tigers de Detroit en 1956, que durante su largo declive debido a la medicación. Como resultado, aunque era a todas luces una criatura de su intelecto, en última instancia se vio mucho más afectado por todas las demás pérdidas que le asediaron en la vejez y que, a diferencia de sus problemas cognitivos, no desaparecieron. Por el contrario, se agravaron, empeorando individualmente y aumentando colectivamente de año en año.

En este sentido, aunque algunas de las dolencias de mi padre eran raras, lo que le ocurrió fue en realidad bastante común. La mayoría de los que vivimos hoy sobreviviremos hasta la vejez. Es un avance muy positivo, pero vivir más a veces también significa vivir menos. Muchas pérdidas preceden ahora al final: pérdida de memoria, de movilidad, de autonomía, de fuerza física, de aptitudes intelectuales, de un hogar estable, del tipo de identidad que se deriva del trabajo, de los hábitos

de vida completos de un ser, y quizá sobre todo de la sensación de que uno está en proceso de desarrollo, la sensación de que aún nos estamos transformando, de que todavía hay cosas en este mundo por venir. Es posible vivir una larga vida y, aun así, experimentar muy pocos cambios de este tipo, y es posible pasar por todos ellos y encontrar, directa o indirectamente, significado y gratitud. Pero a la mayoría de nosotros les provocará, en un momento u otro, la variedad habitual de emociones inspiradas por la pérdida, desde un leve fastidio hasta una pena genuina.

No quiero dar la impresión de que mi padre fue infeliz al final de su vida, porque no lo fue. Tenía a mi madre, a la que adoraba y que —cada vez más por necesidad, pero siempre también por amor— casi nunca se apartaba de su lado. Nos tenía a mi hermana, a su familia y a mí, y disfrutaba mucho de la presencia de todos nosotros. Tenía un club de lectura mensual que le encantaba, y un club de lectura diario consigo mismo. Tenía dos gatos que fingía no soportar y un grupo de conocidos con los que charlaba en la piscina a la que él y mi madre iban a nadar con regularidad, y enormes círculos concéntricos de amigos, colegas y conocidos por toda la ciudad.

Y, sin embargo, si «perder» significaba originariamente separar, mi padre estaba cada vez más separado del hombre que había sido. Ya no ejercía la abogacía, aunque siempre había tenido una ética del trabajo apasionada y un gran aprecio a sus colegas y su oficio. Ya no viajaba, aunque le entusiasmaba ver el mundo, porque le ocurrieron demasiados incidentes y se le presentaron otras dificultades cuando lo intentaba. Ya no conducía, aunque ponerse al volante le había procurado una especie de feliz placer adolescente durante toda su vida. Nunca había sido muy deportista, pero siempre había sido vigoroso; ahora apenas lograba andar hasta el final de la calle. Además, estaban el dolor y su miserable compañera, la vergüenza. Todavía hoy, siento una punzada cada vez que recuerdo a mi padre sudando visiblemente en un restaurante por un aumento repentino del dolor que le causaba ese nervio en el cuello y que le hacía querer correr al baño, aunque no pudiese.

Fue terrible ser testigo de todos estos cambios. Odiaba ver a mi padre tan desamparado, verle sufrir tanto, y me preguntaba, no sin razón, si lo que estaba presenciando era el principio del fin. Pero solo mucho más tarde empecé a darme cuenta de que mi compasión y mi miedo eran incompatibles: que llegaría el momento en que solo la muerte aliviaría a mi padre de su dolor. Suele ocurrir al final de la vida, así que una manera de ver las numerosas pérdidas asociadas a la enfermedad y la vejez es que nos ayudan a hacer las paces con la pérdida definitiva. Se oye a la gente decir eso todo el rato, en especial con carácter retroactivo. «Al menos ya no sufre», decimos cuando

alguien ha muerto. «Al menos ha dejado de padecer.»

Es cierto que puede ser un consuelo. Con la vida, como con tantas cosas, más no es necesariamente mejor. Todos podemos imaginar un sinfín de situaciones, personales y generales, que hacen preferible una muerte temprana a una tardía. No creo que nadie le deseara una vida más larga a un judío polaco de ochenta años a punto de morir tranquilamente en su lecho en 1938. Y muy pocos desearíamos longevidad a alguien cuyo sufrimiento corporal se ha vuelto tan insoportable que ya no considera que su vida merezca la pena. Pero incluso si pudiéramos mantener de algún modo una salud perfecta a perpetuidad, no necesariamente querríamos prolongar la existencia para siempre. Es muy tentador, como escribió una vez el medievalista e historiador francés Philippe Ariès sobre la muerte, «anexionarla al dominio del diablo». Pero un gran número de pensadores muy sabios consideran que una muerte a tiempo es algo esencialmente bueno, y hacen afirmaciones mucho más audaces sobre sus ventajas que el mero alivio del dolor. Los creyentes suelen ver la muerte como una gran transformación o un grato regreso a casa, mientras que los no creyentes pueden verla como algo moral y psicológicamente necesario, porque una vida que se prolongara eternamente carecería de sentido.

Siempre he pensado que es verdad lo siguiente: nuestro tiempo aquí es precioso porque es finito. Pero, como he descubierto una y otra vez, lo que uno piensa y lo que uno siente pueden disociarse radicalmente ante el dolor. Me alegro, sin lugar a dudas, de que mi padre haya dejado de sufrir, pero no puedo ir más allá. En lo más profundo de mi ser, donde surgen las emociones, me resulta imposible agradecer a la muerte más gratitud que esa, o fingir que no deseo que mi padre —mi brillante, divertido, adorable y entrañable padre— siga vivo y que viva para siempre. «El mejor argumento que conozco para una vida inmortal —escribió una vez William James— sería la existencia de un ser humano que la mereciera.»

Como pasa con la muerte en general, la de mi padre fue, en cierto modo, predecible y a la vez impactante. Ocurrió un mes de septiembre, justo antes del equinoccio de otoño, ese momento del año en que el eje de la Tierra se inclina hacia la oscuridad. Para entonces era tan evidente que también mi padre había entrado en el otoño de su propia vida que, supongo, debería haber estado más preparada para su muerte. Pero a medida que las visitas a urgencias se fueron acumulando a lo largo de los años, había aprendido a refrenar mis sentimientos iniciales de pánico e inquietud; en parte porque nadie puede vivir constantemente en un estado de crisis, pero también porque, en general, él mismo sobrellevaba su enfermedad con despreocupación. («Biopsia el jueves», me escribió sobre un problema

en su arteria carótida. «De cuándo será la autopsia no tengo ni idea, es posible que no me informen de ella.») Es más, contra todo pronóstico, siguió vivo. Intelectualmente, yo sabía que nadie podría soportar para siempre la carga de una enfermedad tan grave. Sin embargo, las muchas veces que mi padre había estado al borde de la muerte y luego se había recuperado habían servido, de forma perversa, para hacerle parecer invencible.

De ahí que no me preocupara demasiado cuando mi madre me llamó un día para comunicarme que a mi padre lo habían hospitalizado por fibrilación auricular. Tampoco me sorprendió, cuando mi pareja y yo fuimos a visitarlo esa noche, enterarme de que su ritmo cardíaco ya se había estabilizado. Los médicos no le habían dado el alta sobre todo para mantenerlo en observación, según nos contaron, y también porque su cantidad de glóbulos blancos era misteriosamente alta. Cuando mi padre nos relató la cadena de acontecimientos —había acudido a una visita rutinaria con el cardiólogo, solo para que lo derivaran directamente a la UCI—, se mostró jovial y lúcido, y era completamente él mismo. Se disculpó por las molestias causadas, confesó que aun así se alegraba de vernos y trató de escaquearse de la cena apta para cardíacos que el hospital le había prescrito enviándonos a buscar un buen plato de chile. Tal vez mañana, le dijimos, pues imaginamos que para entonces ya lo habrían mandado a casa; sin embargo, al día siguiente, aunque seguía de buen humor, era evidente que algo iba mal. Cuando llegamos por la mañana, lo encontramos extremadamente parlanchín, pero no en su habitual forma más bien efusiva, sino casi maniática y un tanto estridente: una consecuencia, nos dijeron los médicos, de la acumulación de toxinas en el torrente sanguíneo por la pérdida temporal de la función renal. Si no se curaba por sí solo, tenían previsto someterlo a una o dos rondas de diálisis para remediarlo.

Esto ocurrió un miércoles. Durante los dos días siguientes, la locuacidad degeneró en incoherencia; luego, el sábado, mi padre dejó de hablar. Fue tan desconcertante para el equipo médico como angustioso para nosotras. Además de disfrutar de la conversación, mi padre siempre le había dado sentido al mundo mediante el habla; durante toda su vida había hablado de todo, incluso de la enfermedad. Durante los años de urgencias médicas, lo había visto aturdido y delirando de fiebre. Lo había visto soportar docenas de dolores diferentes. Lo había visto alucinar, a veces siendo plenamente consciente, describiendo sus visiones y hablando de la misteriosa naturaleza de la cognición. Lo había visto dar vueltas en una mente temporalmente afectada por la enfermedad, y atrapar extrañas y oscuras criaturas, ignotas y aterradoras para el resto de nosotros. En todo este tiempo, en todas estas variadas circunstancias, nunca lo

había visto quedarse sin palabras. Pero aquella vez, durante cinco días se mantuvo en silencio. Al sexto, su voz volvió a sonar a trompicones, pero no así su conciencia; le siguió una horrible noche de forcejeo y agitación. Después, salvo algunas palabras dispersas, algunas desconcertantes, otras aparentemente lúcidas — «¡Hola!»; «Machu Picchu»; «Me estoy muriendo»—, mi padre no volvió a hablar.

Con todo, resistió todavía un tiempo: me refiero a su «mismidad», a esa amalgama de cualidades que conformaban su ser, a esa parte inexplicable y asertiva de sí mismo que hay en cada uno de nosotros. Una semana después de haber dejado de hablar, tras haber ignorado las peticiones de toda una marea de médicos («Señor Schulz, ¿podría mover los dedos de los pies?», «Señor Schulz, ¿podría apretarme la mano?»), mi padre decidió responder a una última orden: el señor Schulz, supimos para regocijo nuestro, aún sabía sacar la lengua. Pero su gesto voluntario más tierno, que mantuvo casi hasta el final, fue el de besar a mi madre. Cada vez que ella se inclinaba para rozar sus labios, él los fruncía y le devolvía el mismo beso rápido y adorable que había visto hacer toda la vida. Para mi hermana y para mí, era el «hola» y el «adiós» de mis padres, sus «buenas noches» y su «solo te estaba tomando el pelo», su «lo siento» y su «eres preciosa» y su «te quiero», el signo de puntuación elemental de su lenguaje en común, firma y sello de cincuenta años de felicidad.

Una noche, mientras esa esencia aún persistía, nos reunimos alrededor de mi padre y llenamos su silencio con todas las cosas que no queríamos que quedaran sin decir. Siempre había sentido que nuestra familia estaba unida, pero me sorprendió darme cuenta de lo mucho que aún podíamos acercarnos, lo próximas que estábamos a su llama de vida menguante. La habitación en la que estábamos era un cubo blanco, iluminado como el pasillo de un supermercado, pero en mi memoria veo esa noche tan oscura y vibrante como un cuadro de Rembrandt. Solo hablamos de amor; no había nada más que decir. Le dijimos lo agradecidas que estábamos, lo felices que nos había hecho, lo plena y honorable que había sido su vida. Mi padre, mudo, pero en apariencia despierto, miraba de una cara a otra mientras hablábamos, con los ojos marrones titilantes de lágrimas. Siempre había odiado verlo llorar, y pocas veces lo hacía, pero por una vez me sentí agradecida. Me dio la esperanza de que, tal vez por última vez en su vida, y quizá la más importante, lo entendiera. Aunque solo sea por eso, supe que esa tarde, dondequiera que mirara, se encontró donde siempre había estado con su familia: en el centro del círculo, fuente y objeto de nuestro amor duradero.

Todo esto hace que morir suene como algo lleno de sentido y de dulzura, y es cierto que, si tienes suerte, hay un filón de dulzura y de sentido en ese proceso, una veta de plata en una oscura cueva a miles

de metros bajo tierra. Aun así, una cueva es una cueva. Para entonces habíamos pasado dos semanas vertiginosas, larguísimas y atemporales en el hospital. Y en ningún momento durante todo este tiempo tuvimos un diagnóstico, y menos aún un pronóstico. En todo momento nos asaltaban con nuevas posibilidades, nuevas pruebas, nuevos médicos, nuevas esperanzas, nuevos temores. Todas las noches llegábamos a casa agotadas y repasábamos cómo había ido el día, como si eso pudiera orientarnos para superar el siguiente. Luego nos despertábamos y retomábamos la rutina del aparcamiento y del mostrador de la UCI y del Au Bon Pain abierto 24 horas, solo para descubrir que, aparte de eso, no había rutina, nada en absoluto que nos ayudara a prepararnos o a planificar. Era como tratar de vestirse cada mañana para el clima de un país del que nunca habíamos oído hablar.

Vivir la muerte de un ser querido es un acto tan íntimo que, inevitablemente, su recuerdo se queda contigo en detalles extraños y específicos: el mensaje de voz que le dejaste a tu primo y que nunca escuchará; el programa de televisión que se oía de fondo cuando empezó a sonar el teléfono con su terrible presagio; el cristal oscurecido de la puerta principal que se ilumina de rojo-azul-rojo por las luces del coche de policía que parpadean silenciosas afuera. Pero, a pesar de todas esas variaciones, la experiencia de la muerte para muchos de nosotros sigue siendo la misma, ya que gran parte de ella tiene lugar en un hospital. Cientos de miles de tramas se desarrollan en un solo escenario; es como si todos hubiéramos caído en el mismo sueño turbador. Y aunque un hospital puede ser, en muchos sentidos, un buen sitio para morir, es un lugar extraño y difícil para empezar el duelo. En mis numerosas visitas previas, siempre había tratado de moderar cualquier sentimiento negativo hacia los hospitales, porque sabía que en ellos también ocurrían maravillas: que a mi alrededor se salvaban vidas, se aliviaba el dolor, se recuperaba la esperanza, nacían bebés. Y yo misma había sido testigo de algunas de ellas. Mi sobrina, con menos de un kilo al nacer, aterradora en su perfección en miniatura: un mes en la unidad de cuidados intensivos neonatales nos la devolvió chillona, sana, impecable, un milagro. La arteria pulmonar de mi padre, operada a los cuarenta y cinco años, y de nuevo a los sesenta, sin apenas cicatriz, pagó en ambos casos el precio de todos esos años extra. Por regalos como estos perdonaría a los hospitales casi cualquier cosa.

Y, sin embargo, era horrible, espantoso y desolador sentarse día tras día con mi padre moribundo. Hacía frío casi todo el tiempo. Rogué a las enfermeras que me dieran más mantas, y las amontoné, finas y blancas, tres o cuatro sobre mi madre, que se sentaba en un sillón reclinable de vinilo al lado de mi padre, leyendo o dormitando y

cogiéndole la mano. Frente a la puerta había un banco, contra la pared una silla metálica; me estiraba en uno o me sentaba en la otra, o me levantaba a mirar por la ventana. Habría sido aburrido si no hubiera sido también horrible; estaba ocurriendo algo que nos sacudía con su urgencia, y sin embargo no había nada que hacer. Las horas eran interminables, pero estaban infinitamente descompuestas en momentos: una máquina que pitaba, un auxiliar que sacaba sangre, alguna enfermera que pasaba a comprobar los niveles de las bolsas de líquido que colgaban sobre la cabeza de mi padre. De vez en cuando, entraba una enfermera y todos, excepto mi madre, salíamos de la habitación, aunque la necesidad de hacerlo había pasado, pues el pudor y la intimidad eran ya lo de menos.

Otras veces, uno de nosotros salía de la habitación por alguna razón personal, para hacer una llamada telefónica, dar un paseo o bajar a la cafetería. En el ascensor, enjutos ancianos en bata escoltaban con cautela sus soportes de oxígeno, las madres se colocaban como centinelas cansados detrás de las sillas de ruedas de sus hijos, y los médicos —enérgicos y ocupados— guardaban un respetuoso silencio mientras las puertas se abrían en una planta tras otra, y el directorio de destinos —Neurología, Nefrología, Oncología, Radiología, Patología, Gestión del dolor, Cuidados Intensivos Pediátricos— ofrecía una visión del infierno tan minuciosa y exhaustivamente estratificada como la que nos dejó Dante. Algunos días había una mujer apostada en el vestíbulo principal tocando el arpa, un gesto que me parecía demasiado almibarado para ser bonito, aunque la fuente frente a la entrada, que se movía de forma similar y estaba allí por una razón parecida, me calmaba y me hipnotizaba. En el vestíbulo detrás de la arpista había una librería con un escaparate lleno de osos de peluche, y más adelante la cafetería, donde una vez al día más o menos deambulaba en círculos en torno a lo que ofrecía el bufé, en un vano intento de abrir el apetito.

Y así sucesivamente, día tras día. Era consciente de la suerte que teníamos de que la época de los horarios de visita restringidos y la política de una sola visita a la vez hubiera pasado, al igual que soy consciente, al escribir esto ahora, de la suerte que tuvimos de que la época en que no se aceptaba ninguna visita estuviera aún por llegar: que mi padre no enfermara y muriera durante la pandemia de coronavirus, cuando el dolor de unos y otros se vio agravado por el aislamiento; por la pérdida, además de todo lo demás, de la posibilidad de sentarte junto a tu ser querido y decirle: «Estoy aquí». Fue un privilegio y un consuelo estar con mi padre durante sus últimas semanas; si iba a estar confinado en esa habitación durante tanto tiempo, queríamos estar unos con otros, y con él.

Sin embargo, a menos que uno trabaje allí, un hospital no es un

lugar para pasar tanto tiempo. Al igual que esas capillas que la comunidad afroamericana ha improvisado en los lugares más inverosímiles, su presencia material está reñida con las responsabilidades existenciales. En una UCI, eres tan consciente de la brevedad de la vida y del gran abismo de la eternidad como lo era Wordsworth en la abadía de Tintern, y al mismo tiempo estás, por así decirlo, atrapado en un aeropuerto. Te invade la misma combinación de impaciencia e impotencia, la misma cercanía constante con desconocidos, la misma dependencia inevitable de los profesionales, ya sean amables o desabridos; la misma larga caminata hacia una tienda poco atractiva y excesivamente cara, la misma sensación de agotamiento que te embiste, como aire viciado, casi en el mismo momento en que entras por la puerta; la misma sensación de dislocación temporal, de existir en un huso horario distinto al que rige el mundo exterior. En nuestro caso, dado que el estado de mi padre era tan desconcertante, también teníamos la sensación de estar haciendo escala en una ciudad lejana cuando han cancelado tu vuelo y no hay más información, salvo que, en lugar de esperar un avión, esperábamos una calamidad o la liberación.

He aquí otro motivo por el que los hospitales, según mi experiencia, muy pocas veces están a la altura de sus obligaciones existenciales. Durante todo el tiempo que mi padre estuvo en la UCI —ritmo cardíaco inestable, insuficiencia renal, presión arterial en picado, el nivel de glóbulos blancos por las nubes; sin reaccionar apenas, sin comer, sin beber— los médicos asignados a su cuidado sugirieron todas las opciones imaginables (otro cóctel de fármacos, más diálisis, una punción lumbar, un análisis de sangre para descartar una enfermedad rara, una resonancia magnética del corazón y los pulmones), excepto que se estaba muriendo y que podíamos elegir que lo hiciera en paz. Incluso cuando mi madre y mi hermana preguntaron a bocajarro sobre las probabilidades de supervivencia y, en caso afirmativo, si tendría calidad de vida, se negaron a responder o a decir algo más allá de que era un caso complejo, y que la decisión correspondía a la familia, como si, a pesar de no tener sus conocimientos médicos, estuviéramos de algún modo mejor capacitados para tomar esa decisión por nuestra cuenta que con su ayuda. Ojalá no hubiera sido así; ojalá todos los médicos hablaran con sinceridad de la muerte cuando es inminente. Pero no puedo culpar del todo a los que no logran hacerlo, porque también yo habría hecho el mismo flaco favor a mi padre y a mi familia. Estoy poco dotada para el tipo de sabiduría que se requiere in extremis: amo demasiado la vida, estoy demasiado dispuesta a apostar por las probabilidades más terribles, demasiado inclinada a mantener un rayo de esperanza contra todo pronóstico. Pero supe que mi hermana tenía razón el día

en que se sentó a mi lado y me dijo, con mucha delicadeza, que incluso si pudieran sacar a mi padre de su precario estado, tan al borde ya del fin, por medio de una intervención drástica, no recibiríamos más de él, sino menos. Y lloré de gratitud cuando, finalmente, dos doctores que no eran del equipo médico de mi padre, sino simplemente amigos suyos, pasaron a visitarlo y, ante nuestras preguntas, nos dijeron que, si dependiera de ellos, como personas que también lo querían mucho, dejarían que se marchara.

Y así, una tarde, en lugar de seguir tratando de evitar la muerte, abrimos la puerta y nos pusimos a esperar. Fue un alivio ver cómo la enfermera retiraba la aguja de diálisis del brazo de mi padre, le quitaba los numerosos sensores pegados a la piel con su maraña de cables y lo desconectaba de todas las máquinas. Lo hizo con infinita delicadeza, para nosotras y para él, la última de las mil atenciones del personal de enfermería —todas esas mantas, todas esas palabras compasivas, todas esas preguntas respondidas y médicos reunidos y sillas suplementarias— antes de que lo trasladaran a cuidados paliativos. Cuando ella terminó, recogimos nuestras cosas, recorrimos el pasillo, subimos en el ascensor y nos instalamos junto a mi padre en su nueva y última habitación.

Era más pequeña y sencilla que la de la UCI, y mucho más tranquila. Unas cuantas veces al día una enfermera entraba para ver cómo estaba, pero por lo demás estábamos a solas con nuestros pensamientos y juntas, por última vez, con mi padre. Para mi sorpresa, me resultó reconfortante estar con él durante ese tiempo, sentarme a su lado, cogerle de la mano y observar cómo su pecho subía y bajaba con ese leve y familiar ronquido. No era, como se suele decir, una tristeza insoportable; al contrario, era una tristeza soportable, un tipo de tristeza tranquila, contemplativa, envolvente. Pensé —luego vi que me equivocaba— que esos días estaba haciendo las paces con su muerte. Pero ahora sé que incluso un padre en coma y moribundo sigue vivo, y de una manera muy notoria.

Y luego, una mañana muy temprano, ya no estaba. Recuerdo el modo en que mi mente se ausentó de inmediato, hasta el punto de que las pocas sílabas que alcanzaba a pronunciar parecían haberse formado casi fuera de mí: así que esto es todo. Recuerdo haberme sentido pesada y vacía al mismo tiempo, como una caja fuerte de acero sin nada en el interior. Recuerdo haber visto a mi pequeña sobrina depositar una carta que le había escrito a su abuelo sobre su pecho, y allí, durante todos esos largos momentos que la miré, no se movió. Pero lo que más recuerdo de esas primeras horas después de la muerte de mi padre es ver a mi madre acunando la coronilla de su cabeza calva con la mano. Una esposa que abraza a su marido muerto, impasible, sin negarlo, sin posibilidad alguna de ser correspondida,

solo por la oportunidad que se le ofrece de mostrarse cariñosa con él por última vez: fue el acto de amor más puro que haya presenciado.

Su aspecto era el de una mujer desamparada, bella, increíblemente serena. Él aún no parecía muerto. Era como mi padre. Aún lo veía ajustándose las gafas, con su gesto acostumbrado, para leer. Pensé, justo antes de que me impactara todo lo demás, que debía dejarlas sobre la mesilla de noche por si las necesitaba.

Así comenzó mi larga estancia en el Valle de las Cosas Perdidas. Tres semanas después de la muerte de mi padre, perdí a otro familiar, esta vez de cáncer. Tres semanas después nuestro equipo de béisbol perdió la Serie Mundial en la décima entrada del séptimo partido, un resultado que no me habría afectado demasiado si mi padre no hubiera sido un hincha tan entusiasta. Una semana después, Hillary Clinton, junto con algo más de la mitad de los votantes de mi país, perdió las elecciones presidenciales.

El dolor es como un tipo de amor disfuncional, y hasta cierto punto lo es, pues no tiene límites. Durante ese difícil otoño pocas veces logré distinguir mi angustia por estas pérdidas de la tristeza por mi padre. Durante el funeral, e incluso mientras pronuncié unas palabras en su recuerdo, mantuve la compostura. Pero, durante el segundo funeral, cuando el hijo del fallecido se levantó para hablar, lloré. Después, no pude evitar la sensación de que alguna otra fatalidad estaba a punto de suceder, que en cualquier momento me enteraría de que alguien cercano a mí había fallecido. La mañana inmediatamente posterior a las elecciones, volví a llorar: echaba de menos a mi padre refugiado, echaba de menos el futuro que pensaba que nos aguardaba. En lugar de eso, ahora también parecían inminentes otros tipos de pérdidas: de derechos civiles, de integridad física, de libertades personales, de seguridad financiera, de valores americanos fundamentales de respeto a la disidencia y la diferencia, a las instituciones y a las garantías democráticas.

Durante semanas continué así, entre oleadas de dolor real e imaginario. No dejaba de imaginar catástrofes, tanto políticas como personales. Sentía un miedo creciente cada vez que mi madre no contestaba al teléfono, odiaba ver a mi hermana subiéndose a un avión, ni siquiera dejaba que mi pareja se subiera a un coche. «Tantas cosas parecen decididas / a perderse», escribió Elizabeth Bishop, y, tanto o más que mi infelicidad concreta, era precisamente eso —la profusión y la inevitabilidad de más sufrimiento— lo que me estaba haciendo trizas.

Sin embargo, por mucho que quisiera tener cerca a mis seres queridos, incluso su presencia me causaba cierto dolor. Una de las consecuencias de perder a un padre —bastante lógica, aunque no se

me hubiera ocurrido antes— es que la familia se reconfigura. Durante toda la vida habíamos sido cuatro, y las veces que eso había cambiado fueron motivo de alegría, pues sumamos nuevos miembros. Pero parte del duelo por mi padre implicaba acostumbrarse a una nueva geometría familiar, un triángulo en lugar de un cuadrado. Como unidad, éramos más pequeños, estábamos equilibrados de otra forma, y al principio inevitablemente más tristes.

Una gran parte de esa tristeza se debía a la cruel separación de mi padre y mi madre. Me había pasado diez años preocupada por él, pero, casi inmediatamente después de su muerte, como si se tratara de una ley de conservación de la ansiedad, mis temores se reorientaron hacia mi madre. No se referían tanto a su salud física, que era considerablemente mejor que la que había tenido él. Lo que me preocupaba, en cambio, era el enorme vacío en su vida después de medio siglo con la firme presencia de mi padre. «No puedo imaginármela sin él», suele decir la gente de quien ha perdido a su cónyuge, pero el problema era que yo me lo imaginaba a todas horas. A menudo, en aquellos primeros días, mi dolor adoptaba una tristeza insondable ante la idea de que mi madre ahora tuviera que seguir sola sus días.

Con el tiempo, me di cuenta de que había subestimado a mi madre, como solemos hacer los hijos adultos. Echaba de menos a mi padre tanto como yo temía, pero pronto descubrí que se afligía como siempre lo había hecho todo en la vida: con paciencia y ternura, con una admirable capacidad para aceptar los días peores como inevitables y una admirable voluntad de vivir lo mejor posible en todo lo demás. Su elegancia y su fortaleza me asombraban, entre otras cosas porque yo seguía manifestando las cualidades contrarias, literalmente: tras la muerte de mi padre me volví extraordinariamente torpe y propensa a las enfermedades y lesiones. Tuve unas décimas de fiebre durante casi tres semanas, sufrí un pinzamiento nervioso, un tirón en los isquiotibiales, me caí dos veces sin motivo, sufrí un inexplicable dolor de muelas y, para colmo, una mañana espantosa, mientras hacía café, me volqué una jarra entera de agua hirviendo sobre el antebrazo. Un psicólogo diría que una parte de mí intentaba inconscientemente expresar mi dolor emocional, y estoy segura de que fue así. Sin embargo, en aquel momento todos esos percances y malestares no parecían tanto una catástrofe psicosomática en curso, sino más bien una pérdida de equilibrio generalizada, como si ya no estuviera en sintonía con las funciones básicas de mi cuerpo y del mundo.

Fuera cual fuese la causa, el efecto acumulado de esta serie de debilidades me hacía sentir tremendamente vieja. O tal vez fuera al revés: tal vez sufrí todas esas debilidades porque ya me sentía vieja. El

dolor de cualquier tipo te envejece, en parte por el agotamiento, pero sobre todo porque te confronta con la mortalidad: sentirse viejo (a diferencia de serlo de verdad, que puede ser un estado completamente satisfactorio) es sentir que tanto tus días como la cantidad de alegría que te queda están menguando. Pero el duelo por un padre o una madre también te hace sentir viejo porque de repente te hace avanzar una etapa entera de la vida. Perder a mi padre fue como subir un peldaño más en la escalera generacional, como dar, de golpe, un gran paso hacia el olvido. De la noche a la mañana me parecía que me había convertido en una persona de mediana edad, lo cual era muy extraño, porque mi tristeza a veces también me hacía sentir muy joven, que necesitaba aún a mi padre y que todavía no estaba en condiciones de quedarme sin él. De una manera peculiar, circular, me sentía vieja porque me sentía como una niña, en un momento en el que también sentía que mi infancia había quedado atrás hacía mucho tiempo.

Desorientada, ansiosa, abatida, enferma: no es de extrañar que durante un tiempo tras la muerte de mi padre también me sintiera estrepitosamente inútil. Había perdido, junto con todo lo demás, la motivación. Día tras día, hacía lo más parecido a la nada que puede haber para un ser humano. En parte, eso se debía a que la acción me parecía una aceleración y temía alejarme del tiempo en que mi padre aún vivía. Pero también se debía a que, una vez concluidas todas las tareas obvias del duelo —el servicio fúnebre terminado, la ropa donada, las tarjetas de agradecimiento enviadas—, no tenía ni idea de qué más hacer. Me había pasado casi una década preocupada por perder a mi padre, y sin embargo nunca había pensado en lo que vendría después. Como un corazón, mi imaginación siempre se había detenido en el preciso instante de la muerte.

Ahora, obligada a seguir adelante, me di cuenta de que no sabía cómo hacerlo. Encontré algo de consuelo en la poesía, pero, por lo demás, por primera vez en mi vida no me apetecía leer. Tampoco me atrevía a escribir. En teoría, tenía un trabajo a tiempo completo en una revista, pero trabajaba desde casa y yo misma podía decidir mis horarios. Era un lujo que antes apreciaba, pero en los primeros días de duelo me dejó descolocada. Incluso después de que pasara la tímida pausa posterior a la muerte y de que las obligaciones y los plazos volvieran a acosarme, me encontraba demasiado vacía y angustiada para mantener la concentración. Día tras día encendía el portátil, lo miraba un rato y lo volvía a apagar, pues sentía una estrecha afinidad con esa pantalla vacía. Sabía que, tanto por razones emocionales, como profesionales y económicas, tenía que volver a escribir; sabía que tenía que irme a dormir y levantarme cuando tocaba; sabía que tenía que comer bien y ver a los amigos y llamar a mi terapeuta con

quien no hablaba desde hacía años. Sabía todo lo que debía hacer, pero no lo que quería hacer.

Fue mi padre, como era de esperar, quien me dio la palabra para lo único que yo estaba haciendo. A lo largo de su vida, fue acumulando un vocabulario asombroso, tan matizado y amplio que incluso cuando faltó pude recurrir a él. En cierta ocasión, después de que me encontrara con la palabra circumjoviating y tuviera que buscarla —significa «orbitar alrededor de Júpiter»—, reté a mi padre a que diera una definición. Se quedó pensativo unos cinco segundos y luego adivinó de un modo tan lógico como sublime: «evitar a Dios». Y desde entonces yo la había utilizado así, pues ¿qué otra palabra describe tan concisamente la experiencia de rehuir a tus propios dioses, la conciencia o las responsabilidades? Como casi todo lo que recibí de mi padre, era un regalo ético envuelto en uno lingüístico. Me acordé de esta palabra después de su muerte, cuando me senté impasible y vi cómo empezaba a definirme: evitar el trabajo, evitar los libros, evitar el tiempo, evitar el placer, evitar la realidad.

No me sentía exactamente perdida, como lo estaba mi padre para mí. Me sentía en la pérdida: un extraño giro idiomático, como si la pérdida fuera un lugar físico, una especie de oasis invertido o Triángulo de las Bermudas donde el espíritu desfallece y la aguja de la brújula gira. Alargaba todo lo posible los pequeños actos que me parecían manejables y correctos (llamar por teléfono a mi madre y a mi hermana, acurrucarme con mi pareja, jugar con los gatos), pero esto por sí solo no puede llenar los días. Todas las noches me iba a la cama agotada y dormía una cantidad absurda de horas, de una manera que solo me había pasado antes cuando estaba gravemente enferma. Todas las mañanas me despertaba presa de dos temores opuestos: el que provocaba la sensación de que, por un lado, mi tiempo en este mundo se alejaba de mí con una rapidez insoportable, y, por otro, que un nuevo día se cernía sobre mí con una lentitud plomiza. Por primera vez desde que tenía ocho años, cuando aún no había aprendido a domeñar el aburrimiento, la vida fue reduciéndose a la pregunta de «cómo diablos voy a pasar el día».

Fue durante esta época de letargo, de ir a la deriva, cuando comencé a salir en busca de mi padre. Como encuentro paz y claridad en la naturaleza, hice esta pesquisa al aire libre, a veces mientras caminaba, a veces mientras corría. (Correr fue lo único que seguí haciendo en esos largos periodos de inactividad tras la muerte de mi padre. Era demasiado consciente de lo importante que era —para mantener el cuerpo, despejar la mente, regular el estado de ánimo— como para atreverme a dejarlo.) Como muchas otras cosas durante esos difíciles primeros días de duelo, estas expediciones tenían una

cualidad nebulosa, casi informe. Surgieron sin ninguna planificación ni una decisión perceptible, como si supiera que no soportarían el peso de una reflexión seria, algo que no iba a suceder, porque nada en mi noción de la muerte sugería que esa búsqueda se vería coronada por el éxito. No creo que la esencia de cada uno de nosotros perdure sin cambios después de la muerte, o que los muertos puedan comunicarse con los vivos. Pero el duelo nos convierte a todos en cosmólogos temerarios, y pensé que era posible, de una manera imposible, que, si salía a buscar, me encontraría de nuevo, aunque fuera brevemente o de un modo inexplicable, en compañía de mi padre.

Luego he sabido que este comportamiento de búsqueda, como se le denomina, es común entre las personas que han perdido a alguien. Es tan común, de hecho, que el psicólogo John Bowlby, contemporáneo de Elisabeth Kübler-Ross, consideraba que la segunda etapa del duelo, tras el impacto y el aturdimiento, era «la añoranza y la búsqueda». Sin embargo, antes de la muerte de mi padre, nunca había mostrado esa actitud de búsqueda, quizá porque hasta entonces mis muertos siempre me habían ahorrado el trabajo viniendo ellos a buscarme. Cuando tenía catorce años, mi bisabuela materna murió mientras dormía a la edad de noventa y tres años. Durante el tiempo que la conocí había sido todo dulzura, pero, unos meses más tarde, mientras estaba encorvada en el sofá del salón leyendo un libro, oí su voz justo detrás de mí, diciéndome que me sentara bien e hiciera el favor de cruzar las piernas. Veintitrés años después murió su hija, mi abuela, a los noventa y cinco. Desde luego ella no había sido todo dulzura, pero era una abuela magnífica, fuerte, interesante y lista. Por eso fue significativo, aunque también muy sorprendente, cuando una noche, después de haber decidido que abandonaría un texto que no marchaba bien, la oí decir detrás de mí, mientras me dirigía a la cama: «Es una pésima idea».

Sin embargo, mis experiencias más memorables en este sentido comenzaron el año en que cumplí los dieciséis, tras la trágica pérdida de una de mis mejores amigas. Una tarde, después de la escuela, hablamos un rato por teléfono, como hacíamos a menudo; unas horas más tarde fue asesinada. Fue algo repentino y estremecedor, y yo era aún muy joven, y esa combinación hizo que su muerte fuera muy difícil de asimilar. Durante años soñé que ella había fingido su muerte, o que ambas habíamos sido víctimas de un sofisticado engaño. Supongo que fue por esta misma razón —la casi imposibilidad de creer que de veras había muerto— que, durante mucho tiempo, todavía sentí su presencia con cierta regularidad. La primera vez volvía a casa caminando desde la escuela cuando la oí decir mi nombre, en un tono al mismo tiempo exasperado y alentador, como si

estuviera haciendo un alegre reproche a mi pena. Y lo que es más extraño, dos veces me estremecí ante la convicción de que la había encontrado de nuevo, en una forma modificada pero inconfundible: primero como oruga y luego, mucho más tarde, y de forma aún más inverosímil, como una bolsa de plástico… O más bien, como el viento dentro de esa bolsa que la hizo pasar por mi lado en una polvorienta carretera secundaria una tarde de verano. Aquel día no había pensado en mi amiga; habían pasado ya diez años desde su muerte. Aun así, en cuanto vi la bolsa, me eché a reír a carcajadas. Por algún motivo —porque no tenía nada que ver con nuestras habituales representaciones de una aparición o una reencarnación— me colmó con una sensación de reconocimiento inmediato y abrumador.

Solo años más tarde me enteré de que este tipo de experiencias también son comunes entre las personas que están pasando por un proceso de duelo. «Nunca pensé que Michiko volvería / después de morir», escribió el poeta Jack Gilbert sobre su mujer en «Alone». «Es extraño que haya vuelto / como la dálmata de alguien.» Estas experiencias, en las que se ve, oye o siente a la persona fallecida, se denominan alucinaciones de duelo, y algo más de la mitad de las personas dicen haberlas experimentado. (Este porcentaje es aún mayor entre personas que han perdido a su cónyuge, y aumenta en función de la duración del matrimonio.) Nadie sabe qué las causa, pero, como observó en una ocasión el neurólogo Oliver Sacks, tienen algo en común con las alucinaciones que experimentan las personas en régimen de aislamiento, las que se han quedado ciegas en una fecha reciente y las que se exponen durante largos periodos a paisajes monótonos, como en las travesías oceánicas o los largos viajes polares. En todos estos casos, y quizá también en el duelo, la pérdida brusca de la información sensorial conocida hace que la mente rellene lo que siempre había estado allí y ahora falta.

Muchas personas que han tenido alucinaciones de duelo no creen en la vida después de la muerte, y yo soy una de ellas. Por muy vívidas que fueran las mías, no se ajustaban a mi concepción de la muerte y, por extraño que parezca, tampoco la cambiaban. Si me acercaron a algún tipo de fe, fue solo a una que siempre he tenido con respecto a los infinitos misterios de la mente humana. En todos los casos, fueron bienvenidas y sorprendentes y también, de alguna manera, ligeramente cómicas, pero me parecieron mucho más terrenales que sagradas. Nunca sentí que se me hubiera aparecido algún tipo de ángel o espíritu, o que el velo entre este mundo y el del más allá se hubiera desvanecido. Pero tampoco tuve la sensación de que estos fenómenos ocurrieran en mi cabeza. Las voces en particular —la de mi abuela regañándome o la de mi amiga de la infancia que me llamaba por mi nombre— tenían cierta exterioridad que era

totalmente diferente a los pensamientos o los recuerdos o incluso los sueños. En la medida en que podía clasificarlos, parecían pertenecer menos a lo extraño que a su opuesto: a lo íntimamente familiar, como si fueran una forma que no sabía que podía adoptar el amor hasta que me hundí en el proceso del duelo.

Era esa reconfortante sensación de familiaridad la que perseguía cuando salí a buscar a mi padre. Como no me había visitado en las semanas posteriores a su muerte, pensé que tal vez podría ir a visitarlo yo. La primera vez que lo intenté —era una tarde de octubre, gris y sin alegría, con los primeros indicios del invierno en el aire— desistí al cabo de cinco minutos. Pocas veces en la vida había emprendido algo que me pareciera tan inútil. Recordé cuando, con nueve o diez años, me puse a hacer experimentos con telequinesis. Aquel día de octubre no tuve más éxito al convocar a mi padre que entonces al intentar deslizar un lápiz de mi escritorio desde el otro extremo de la habitación. Es decir, no solo no funcionó, sino que no conseguí imaginar mecanismo, estado mental, acto físico, voluntad férrea o reconocimiento de necesidad que pudiera hacer que funcionara, ni siquiera que contara como práctica. Sin embargo, en los dos casos seguí intentándolo. Tampoco funcionó la siguiente vez; en realidad, nunca ha funcionado. No sé por qué, desde la muerte de mi padre nunca he sentido su presencia, como sí me ha sucedido con otras personas a las que he querido y llorado. Sin embargo, sé que es inútil sentirme sorprendida o rechazada cuando el universo se comporta de acuerdo con la idea que yo misma tengo de él. Siempre he considerado que es una de las condiciones inamovibles de nuestra existencia: las personas a las que queremos dejan de existir cuando mueren, tan decididamente como el agua cae de un vaso al darle la vuelta.

Sé que no todo el mundo comparte esta convicción. Algunas personas se sienten arropadas por sus seres queridos fallecidos; otras confían en que se reunirán con ellos en el más allá. Pero también sé que esta sensación de pérdida absoluta no es solo una carga para agnósticos y ateos. C. S. Lewis, un cristiano extremadamente culto y devoto, escribió un libro breve pero profundamente conmovedor tras la muerte de su esposa, Joy Davidman, titulado Una pena en observación. Lo publicó con seudónimo, porque sabía que quizá molestaría a sus admiradores más religiosos, no porque fuera blasfemo o porque hubiera dejado de creer en Dios, sino porque su explicación de la fe carecía casi por completo de los consuelos habituales. «Habladme de la verdad de la religión y os escucharé de buen grado», escribió. «Habladme del deber de la religión y os escucharé sumiso. Pero no vengáis a hablarme de los consuelos de la religión, o tendré que sospechar que no habéis entendido nada.» El alma intacta por la

muerte, la resurrección de lo que había decaído, un reencuentro jubiloso en una brillante orilla lejana: está «todo sacado de malos himnos y litografías», continuaba Lewis. «No hay ni una palabra de eso en la Biblia.» Nada en las Escrituras le aseguraba que se reuniría con su esposa después de su propia muerte, y además estaba convencido de que no ocurriría, porque estaba seguro de que la mujer que tanto echaba de menos ya no existía. Escribió: «Alzo los ojos al cielo de la noche. Es de todo punto evidente que si me fuera permitido rebuscar en toda esa infinidad de espacios y tiempos, nunca volvería a encontrar en ninguna parte el rostro de ella, ni su voz, ni su tacto». Entre su difunta esposa y él solo sentía «el cerrojazo en la puerta, el telón de acero, el vacío, el cero absoluto».[2]

Así me he sentido en relación con mi padre desde que murió. En todo el tiempo que pasé buscándolo no encontré el más mínimo rastro de él. En los años que han pasado desde entonces, he intentado en momentos de tranquilidad convocar algún atisbo de su presencia, pero nunca he sentido que ocurriera nada, ni he experimentado ninguna señal, salvo mis propios pensamientos y recuerdos. Ser su hija ahora es como sostener uno de esos teléfonos caseros de lata, sin nadie en el otro extremo del cable. Su ausencia es total: donde estaba él, ya no hay nada.

Tradicionalmente, el luto es un proceso público y estructurado. Asistimos a velatorios y funerales y servicios conmemorativos, cubrimos nuestros espejos, nos sentamos como el dios Shiva durante una semana, recitamos el Kaddish durante al menos un mes, nos vestimos de negro durante un año y un día. El duelo, por el contrario, es una experiencia privada, no limitada por rituales o el tiempo. En general, se acepta que se produce en fases —negación, ira, negociación, depresión, aceptación—, y puede que en efecto sea así. Pero el Paleozoico también se desarrolló en etapas —cámbrico, ordovícico, silúrico, devónico, carbonífero, pérmico— y duró 290 millones de años.

Como todo lo que dura demasiado, el duelo es increíblemente aburrido (no sé por qué no se habla más de este aspecto). No me refiero a los primeros días, cuando el dolor es demasiado agudo y la vida ha dado un vuelco demasiado brusco como para permitir algo parecido al tedio. Pero, al final, cuando te acostumbras a su incesante compañía, la monotonía se impone. No recuerdo con exactitud cuánto tiempo pasó tras la muerte de mi padre desde que empecé a notarlo, porque el luto también hizo estragos en mi sentido del tiempo, pero creo que debieron de pasar varios meses cuando el dolor que se había agitado turbulentamente dentro de mí se calmó hasta convertirse en un charco estancado. Toda la energía se fue de la vida y toda la

energía se fue de mí, y el propio dolor hizo que todo fuera increíblemente extenuante. Recuerdo que un día dije en voz alta lo harta que estaba de esa aburrida, letárgica y lúgubre infinitud del duelo. Me parecía una afrenta a mi padre, que era una de las personas menos aburridas que jamás haya existido, así como un desperdicio de tiempo, que, como su muerte me había dejado claro en términos inequívocos, es un regalo precioso y finito. Pero al igual que no pude traerlo de vuelta, tampoco podía deshacerme de esa sensación de embotamiento.

Para empeorar la situación, este aburrimiento no me ofrecía ninguna protección contra los caprichos del duelo. Pensamos que «aburrido» es sinónimo de «predecible», pero mi proceso de duelo fue imprevisible y monótono a la vez. En ese sentido, se asemejaba a la experiencia de estar en el hospital mientras mi padre se moría; emociones intensas y caóticas, días crispados y repetitivos. Al igual que el estrés, la depresión y el dolor físico, el duelo nos consume porque siempre está ahí. Cada día te levantas y la hipoteca aún no está pagada, cada día te levantas y te duele la espalda, cada día te levantas y tu padre está muerto. Pero cada clima tiene su tiempo, y por encima de esa amargura, el caos de mi dolor hacía estragos, tan constante y sutilmente influenciado por todo tipo de factores que nunca dejaba de sorprenderme.

Algunas veces, por ejemplo, me sentía genuina, profunda y perfectamente bien por unos días. Recuerdo, en particular, volver a casa después de una brillante carrera invernal, llena de la jubilosa convicción de que estaba bien, de que todo estaba bien. Me sentía agradecida por la vida de mi padre y en paz con su fallecimiento, y sabía que me había dado todo lo que podía necesitar para seguir adelante sin él. Y todo eso era cierto, pero insostenible como estado de ánimo en mitad del proceso de duelo. Otros días me sentía un fantasmagórico simulacro de lo bueno: tranquila, en blanco, con el piloto automático, sin sentimientos. Y otros aún, me dominaba una ansiedad extraña e indefinible, como si una parte de mi mente hubiera olvidado que mi padre había muerto y diera vueltas con un creciente temor tratando de averiguar qué ocurría. Tenía la sensación de estar esperando lo que ya había pasado, y eso me ponía nerviosa, me distraía. («Nadie me dijo que la pena se parecía tanto al miedo» —escribió C. S. Lewis—. «El mismo nudo en el estómago, la misma inquietud, los bostezos».)

Lo que también sentí, aunque vagamente, fue rabia. Es bastante común que las personas que pasan por un duelo tengan arrebatos de ira: contra sí mismas, contra Dios, contra la injusticia en el mundo, contra el muerto por morir, contra un perfecto desconocido por la insolencia de tener todavía un cónyuge o un hijo vivo, contra la

maldita e insoportable indignidad de golpearse la cabeza contra la puerta de un armario abierto. A menudo había sentido este tipo de rabia irracional y desbordante durante un duelo, pero después de la muerte de mi padre tuve que lidiar con su prima mediocre: la irritabilidad. El dolor, al igual que la falta de sueño, socava el equilibrio mental, de ahí que reaccionara de forma arisca y desafiante. Incidentes menores que normalmente dejaría pasar, de pronto me ponían hecha una furia: la cajera del supermercado necesitaba llamar al encargado para completar una transacción cuando yo tenía prisa, mi madre se olvidaba de bajar el volumen de la televisión cuando hablábamos por teléfono. Incluso durante esos momentos de crisis, sabía que lo que aparentemente me alteraba no era el verdadero problema. Solo estaba frustrada por las nuevas condiciones de vida que me habían impuesto, por el hecho de que mi padre se había ido y por la necesidad de llorarle. Un día logré decir: «Es tan molesto que mi padre haya muerto», lo cual era verdad, aunque quería decir: «Es tan molesto que mi teléfono haya muerto».

De todas las formas en que me afectaba el dolor, esa era la que menos me gustaba. Rendía un pobre homenaje a la pérdida que lo causaba y terminó sumiéndome en un perturbador estado de ánimo autodestructivo, no violento, pero con un despiadado filo existencial. Entre las muchas reacciones emocionales que tuve ante la muerte de mi padre, esta fue la que más se alejó del estado central de la pena, aunque, según mi experiencia, la tristeza suele parecer sorprendentemente remota durante el proceso de duelo. Antes de experimentarlo, siempre había supuesto que la pena era una forma de tristeza, similar pero más extrema. Y tal vez, de alguna manera subterránea, lo sea. Quizá el resto de las emociones que sentí a lo largo del proceso de duelo —ansiedad y agotamiento, irritabilidad y languidez— no eran más que fenómenos secundarios, provocados por el dolor que enmascaraban y más accesibles. Al final, sin embargo, no hay diferencia alguna, porque, según la opinión generalizada, son todas estas cosas las que más experimenta la gente durante un duelo. Desde que Elisabeth Kübler-Ross ofreció su taxonomía del duelo (originalmente para describir la experiencia de enfrentarse a la propia muerte, pero que ahora se aplica al duelo en general), se ha debatido sobre la validez y la universalidad de sus cinco etapas, y se han propuesto etapas adicionales: impacto, dolor, culpa, reflexión, recuperación, esperanza. Pero ni el modelo original ni ninguno de los nuevos incluyen la tristeza como uno de los rasgos definitorios del duelo.

Esta sorprendente omisión refleja fielmente mi propia experiencia. Obviamente, a menudo estuve y a veces sigo estando muy triste por la muerte de mi padre. Recuerdo días enteros en los que la tristeza se

acumulaba a mi alrededor, tan tangible y pura que la única respuesta a las preguntas sobre cómo estaba o qué tal me sentía era: «Solo estoy triste». También recuerdo días en los que se abatía sobre mí una forma más extrema de ese sentimiento: el dolor era más brutal, más extenuante. Un maremoto ensordecedor que irrumpía para engullirme en la cruda realidad de mi pérdida. Pero ninguna de las dos formas, ni la piscina ni la ola, eran elementos constantes de mi pena. Por el contrario, descubrí que la tristeza era, en todos los sentidos de la palabra, algo frágil, una pequeña nación neutral en un continente en guerra, cuyas fronteras eran constantemente invadidas por emociones más agresivas.

También encontré esta tristeza extrañamente furtiva, extrañamente ingobernable; se escondía fácilmente y no se la podía despertar contra su voluntad. Podía pensar en mi padre, podía echar de menos a mi padre, podía amar a mi padre, pero no podía entristecerme por él cuando y donde quisiera, igual que no sabía hacerme cosquillas a mí misma ni podía obligarme a enamorarme. O bien surgía por sí misma, por razones que a veces solo podía deducir después, o bien la provocaba una u otra causa totalmente ajena a mí. No solían desencadenarla acontecimientos predecibles, como las vacaciones o el aniversario de boda de mis padres o la necesidad de acudir a un funeral; eso podía afrontarlo sin demasiados problemas. En cambio, lo que me desarmaba eran casi siempre cosas inesperadas, circunstanciales, como aquella vez, poco más de un año después de la muerte de mi padre, en que de pronto las palabras de la pantalla de mi portátil se desdibujaron delante de mí y un trozo de bagel se convirtió en cartón en mi boca porque, sentada en aquella cafetería de Manhattan, oí a un hombre decirle a su compañero de almuerzo: «Ojalá mi hija me llamara más a menudo».

A veces anhelaba más momentos como ese, momentos en los que el dolor corriera a través de mí como un río en la noche, oscuro y claro, no contaminado por otras emociones más insidiosas. Pero ese tipo de cosas no responden a nuestros deseos. Si pudiéramos invocar el dolor, también podríamos desterrarlo, y la lección que nos enseña el duelo es justamente que no tenemos el control. Los libros, los manuales y las páginas web sobre el duelo están llenos de consejos sobre cómo «superar el dolor» y, en efecto, hay formas mejores y peores de afrontar la muerte de un ser querido. Me esforcé por tomar el mejor camino: no hacer el duelo en solitario, no quedarme demasiado tiempo encerrada en casa, no adormecer o negar el dolor, no ignorar a mi familia ni a mis amigos, mi cuerpo ni mi trabajo, ni los acontecimientos y las necesidades del resto del mundo. Estoy segura de que todo eso ayudó, aunque solo fuera para evitar que las cosas empeoraran. Pero incluso mientras me dedicaba a estas formas

de autocuidado, nunca sentí que estuviera atravesando el duelo, con todo el vigor enérgico que implica esa frase. Más bien, mi dolor se abría paso a través de mí, como una fuerza que escapase por completo a mi control, algo salvaje a lo que no podía imponer mi voluntad más que a un león o a una tormenta. Como todas las cosas verdaderamente salvajes, de cerca sobrecogía y a veces resultaba aterradora, pero extrañamente fascinante a lo lejos, desnuda y descarnada; y cuando desaparecía, sobre todo porque los intervalos de tiempo entre sus imprevisibles apariciones eran cada vez mayores, a veces anhelaba, a pesar de todo, que volviera.

Casi todo el mundo, creo, tiene un poco de miedo a dejar de estar de duelo. Desde luego yo sí. Por muy horrible que sea nuestro dolor, comprendemos que está hecho a imagen y semejanza de nuestro amor, que comparte las mismas características de la persona a la que lloramos. Tal vez hubo un día en que te destrozó la visión de un gorro azul desteñido o una bolsa de punto o el sonido de un concierto para piano de Brahms. En cuanto a mí, me conmovió hasta las lágrimas una pila de camisas abotonadas de mi padre, amontonadas en su dormitorio a la espera de ser donadas; un reloj de pared de madera bruñida, idéntico a uno que tenía en su despacho de abogado cuando yo era pequeña, que me devolvió a mi infancia con una sacudida; un ejemplar maltrecho de Middlemarch, con el pliegue en el lomo por donde lo había doblado (mi padre siempre doblaba sus libros de bolsillo por la mitad para leerlos con la misma satisfacción y automatismo con que los neoyorquinos doblan un trozo de pizza antes de comérselo); y también un paquete verde claro de chicles Wrigley, al que le faltaba la mitad de los envoltorios de papel de plata. Pero lo curioso es que, para mí, todas esas cosas con las que el dolor me bombardeaba eran en realidad maravillosas: insólitas, específicas, bienvenidas viajeras que volvían de su largo exilio en una tierra antigua. Parte de lo que hace que el dolor sea tan seductor es, en definitiva, que parece ofrecernos lo que la vida ya no puede: una conexión duradera y emocionalmente poderosa con los muertos. Por eso, tras la desaparición de ese triste regalo, es fácil sentir que nuestro ser querido también se ha ido, e incluso más que antes.

De ahí nuestra ambivalente relación con el dolor del duelo. Al principio solo queremos que pase; después, tememos que lo haga. Y cuando por fin se suaviza, en realidad tampoco se suaviza, porque, al principio, sentirse mejor puede parecer también una pérdida. «Los árboles ya dan retoños», escribió el poeta Philip Larkin,

> como algo no del todo dicho;
> brotes recientes, calmos, se dispersan
> en un verdor que es casi una pena de luto.

Este duelo circular, el duelo por el duelo, es perfectamente normal y quizá inevitable, pero también equivocado e inútil. No hay honor en sentirse mal ni traición en sentirse mejor, y por muy oscura, salada y amarga que sea tu pena, nunca conservará nada de la persona a la que lloras. A pesar de lo que a veces se siente, nunca ha mantenido a nadie vivo, ni siquiera en la memoria. En cualquier caso, los mantiene muertos: al final, si no puedes dejar de llorar, tu ser querido llegará a estar hecho solo de dolor.

La pérdida de un ser querido es una experiencia demasiado inmensa para asimilarla de golpe. Solo tardíamente empieza a revelarse en su totalidad, después de que la terrible marea de dolor se haya retirado, dejando tras de sí todo tipo de cosas inusitadas. Por ejemplo, nunca habría podido prever que, de todo lo relacionado con esas últimas semanas en el hospital, lo que más se me iba a quedar grabado fuera el silencio de mi padre. Aunque en aquel momento me desconcertó y me molestó, no ocupó una parte tan grande de mi atención emocional como ahora. Había tantas otras cosas pasando a la vez, tantos sistemas críticos de su organismo fallando, tantas horas dedicadas a hablar de cuestiones supuestamente apremiantes que, al final, nunca importarían —¿necesitaría diálisis el resto de su vida?, ¿teníamos que buscarle una atención a largo plazo?—, que su misteriosa incapacidad para hablar no parecía ser el problema más urgente. Al fin y al cabo, el silencio nunca ha matado a nadie.

Y, sin embargo, si alguien podía morir de eso, bien podría haber sido mi elocuente, comunicativo y políglota padre. Su silencio era tan atípico, tan contrario al talante de su existencia, que, visto ahora, creo que debería haber sabido lo que presagiaba. En cambio, hice todo cuanto pude para contrarrestarlo. Con mi hermana y mi madre, me sentaba junto a su cama y hablaba con él, le leía poemas, ponía música en mi portátil y llenaba su habitación de hospital con Chaikovski y Chopin, y el Himno a la alegría de Beethoven. Todo lo que amaba, todas las cosas notables que la humanidad ha forjado a partir de ideas, emociones y sonidos: yo esperaba entonces, y sigo esperando ahora, que pudiera escucharlas, reconocerlas por lo que eran. Y, si no, espero que pudiera escucharlas y encontrarlas hermosas de nuevo, tan hermosas como la primera vez que las escuchó. Y, si no, espero que estuviese en paz.

Los familiares ojos marrones de mi padre siguiéndome en silencio por la habitación de un hospital: eso es lo que veo cuando pienso en el momento en que se estaba muriendo. A menudo me pregunto qué pasaba detrás de esos ojos. Es imposible decir si su silencio era un síntoma de un deterioro más profundo, la desintegración gradual de su

propio pensamiento, o si se trataba simplemente del resultado de una ruptura en su relación con el mundo: una barrera que cae o una conexión prolongada que se rompe. ¿Su silencio era tanto externo como interno? ¿O era, para él, como mirar a través de una ventana en una habitación iluminada por la noche, el interior claro y el exterior sombrío y apenas visible? No lo sé, y no sé por qué me inquieta tanto no saberlo. Al final, nos despedimos del mundo y nos despedimos de nosotros mismos, y supongo que no importa en realidad en qué orden. Ni siquiera podría decir cuál las dos despedidas me parece más solitaria.

En la mitología romana, una de las diosas de la muerte se llamaba Tácita: la silenciosa. Ovidio escribe que en el Día de los Muertos los fieles le sacrificaban un pez con la boca cosida. Era una ofrenda adecuada para una deidad adecuada. La muerte cose todas las bocas; todo en ella desafía el lenguaje. Los muertos no pueden hablar, y los vivos no pueden hablar de la muerte de primera mano, e incluso encontrar palabras apropiadas para el duelo puede ser extremadamente difícil. El duelo nos enseña algo sobre el dolor, pero es un conocimiento solitario y confuso, difícil de describir e intensamente personal en casi todos sus matices. Después de la muerte de mi padre, descubrí con disgusto lo inútil que era cuando me pedían que consolara a alguien frente a la muerte, lo casi imposible que me resultaba decir algo que fuera al grano, que sirviera de ayuda, más allá de los tópicos habituales. Incluso cuando hablaba con mi hermana, cuyo dolor me dolía más que el mío, y que es la única otra persona del mundo que llora a mi padre como padre…, ni siquiera entonces creo que dijese algo que resultase mínimamente útil o reconfortante. Lo que me viene a la mente ahora es que la llamé unos meses después de su muerte y, en el silencio que siguió a un triste reconocimiento de lo mucho que ambas lo echábamos de menos, no conseguí decir nada más que «Uf».

Era una sílaba elocuente. Uf, ay, grrr: estas pequeñas interjecciones inarticuladas, literalmente sin sentido, son el equivalente, en días menos sombríos, a nuestros llantos y gemidos. Incluso cuando el dolor no nos aniquila, se burla de nuestra capacidad para expresar el mundo con palabras. La cruda realidad, el hecho concreto que activa todo ese dolor —se ha ido, se ha ido, se ha ido para siempre— es demasiado obvio para nombrarlo y demasiado horrible como para expresarlo tan a menudo y tan indiscriminadamente como lo sentimos. Arrancarse el pelo, apretar los dientes, rasgarse la ropa: el impulso puede estar ahí, pero la acción suele verse inhibida por las útiles pero cómicamente desajustadas exigencias de la sociedad civilizada. Vas al trabajo, vas a una fiesta de nacimiento y dices: «Estoy bien, gracias por preguntar». Y todo el tiempo estás reprimiendo la noticia de que un ser querido ha

sufrido ese cotidiano e inimaginable paso al exterior de este mundo.

Supongo que esa es la otra razón por la que el silencio de mi padre ha perdurado en mí: porque todavía está en mí. Fue un anticipo del silencio permanente que le seguiría, una pérdida tan total que durante un tiempo no comprendí su verdadero alcance. Una noche, en esa primera etapa de mi dolor, cuando solo encontraba consuelo en la poesía, mi pareja vino a sentarse conmigo y me leyó «En el transbordador de Brooklyn» de Walt Whitman. En el poema, Whitman se apoya en la barandilla del transbordador, justo al norte de donde mi padre vio por primera vez el puerto de Nueva York, y se queda embelesado con todo lo que ve. La mirada de Whitman es tan amplia que no solo incluye los muelles y las velas y las gaviotas, sino también a todos los que hacen la travesía: todos los que estaban en la barandilla mirando antes de que él naciera, todos los que están mirando ahora como él, todos los que estarán mirando allí después de su muerte, algo que no prevé en su poema, en el que mira hacia atrás con una feroz y ansiosa omnisciencia. «Igual que os sentís al mirar el río o el cielo, así me he sentido yo», nos amonesta de forma amable.

Y así, en medio del poema, en medio del dolor, se me reveló lo limitada que era mi comprensión de la pérdida. Lo que había echado de menos de mi padre —hablar con él, reírme con él, compartir mis pensamientos y sentimientos para oír los suyos a modo de respuesta— era la vida tal como se veía filtrada a través de su personalidad, sostenida y considerada a través de su luz interior. Pero lo más importante que había desaparecido con su muerte, me di cuenta en ese momento, era algo que nunca podría alcanzar: la vida tal como la veía él, la vida como la vivimos todos, de adentro hacia afuera. Todos mis recuerdos juntos no pueden captar lo que era ser él, y todo mi duelo palidece frente a la pérdida de su persona. Al igual que Whitman, mi padre había amado la vida con exuberancia y plenitud; debió de lamentar, lamentar de verdad, dejar este mundo, no solo a la gente que tanto quería, sino todo, el mar, las nubes y lo que hay en medio.

Es impresionante la extinción de una conciencia. Lo sé, visto desde la distancia es la más común de las pérdidas, repetida cada hora de cada día desde los albores de la historia. Pero vista de cerca es impactante, todo un universo que se extingue. Yo perdí a mi padre; mi padre lo perdió todo. Esa es la pérdida absoluta que su silencio en el hospital presagiaba: el fin de su mente, el fin de su identidad, el fin de formar parte de todo eso: el puerto, la ciudad, la poesía, el mundo. «Se convirtió en sus admiradores», escribió otro poeta, W. H. Auden, en su «En memoria de W. B. Yeats». Ahora los que queríamos a mi padre somos todo lo queda de él.

Hay una silla en el salón de la casa de mi hermana que mi padre solía reclamar cada noviembre cuando nuestra familia se reunía para celebrar Acción de Gracias. Se arrellanaba en ella en cuanto se quitaba el abrigo, y allí se quedaba más o menos hasta el momento de marcharse, excepto por las comidas o los paseos esporádicos hasta la habitación de su nieta para leerle cuentos antes de dormir o charlar animosamente sobre cómo iban las cosas en el país de las muñecas y los animales de peluche. Esto fue hacia el final de su vida —antes siempre habían sido mis padres los anfitriones de esta fiesta—, cuando, a causa de su falta de equilibrio, el mal estado de su espalda y su larga hoja de servicios, mi padre fue relevado definitivamente de las tareas domésticas. Una vez que se levantó para ayudar se oyeron nuestras voces a coro gritándole que volviera a sentarse, y se limitó a decir: «Me he convertido en un adorno».

Mi padre nunca había sido un adorno, ni en un sentido peyorativo ni en uno elogioso. Sin embargo, mejoraba todas las habitaciones en las que entraba. En Acción de Gracias, se pasaba el día entero sentado en su silla y no daba ninguna audiencia ni discurso, pero aun así tenía algo de pater familias y era nuestro filósofo particular. Cuando estábamos todos sentados en el salón, desempeñaba con gran placer sus múltiples papeles superpuestos: padre, abuelo, erudito, sabelotodo, interrogador, inquisidor benévolo, maestro de ceremonias. Si estábamos cocinando, trabajando o dando un paseo, se colocaba las gafas y volvía a cualquier libro que estuviera leyendo: «¡Hebreo para antiguos!», bromeó una vez cuando le pregunté qué leía, con un juego de palabras espontáneo.

«Donde estaba él, ya no hay nada», escribí antes sobre mi padre, lo que no deja de ser verdad, si entendemos que «nada» no es un vacío neutro. En el camino de detrás de mi casa hay un árbol en el que una vez vi un búho. Ahora, cada vez que paso por delante, miro automáticamente hacia arriba. Lo mismo ocurre con la nada que queda tras la muerte: es el lugar del árbol donde no está el búho. Desde el primer Día de Acción de Gracias posterior a la muerte de mi padre, nunca he podido mirar esa silla sin recordarlo. Y no se trata solo de esa silla. Mi padre no está en mi vida de la misma manera que lo estaba cuando vivía: en todas partes y de manera inconfundible. Imagino que esto es así para casi todos los que han perdido a un ser querido. El duelo es vivir con la presencia constante de la ausencia.

Eso suena muy triste, y al principio lo era. Casi desde que murió, comprendí que mi padre, que nunca quiso nada más que la felicidad de sus hijas, no querría que lo recordara con pena. Sin embargo, durante mucho tiempo, mi mundo se convirtió, en ambos sentidos, en un espacio negativo: un mapa de dónde no estaba mi padre. Ese mapa incluía no solo los lugares donde siempre había estado, como esa silla.

También incluía todos los lugares en los que ya nunca estaría. Poco después de su muerte, mantuve una conversación con un amigo mayor que me dijo que su padre seguía vivo: tenía noventa y cuatro años. No recuerdo lo que respondí, ni cómo seguí hablando, porque lo único en lo que podía pensar era: veinte años más. Podría haber tenido a mi padre conmigo dos décadas más, una extensión insondable, literalmente toda una generación juntos.

Ese tipo de cálculo temporal es común durante el duelo. Al margen de a qué edad mueran tus seres queridos, siempre habrá una larga lista de experiencias que se perdieron por no vivir lo suficiente: asistir a tu graduación, bailar en tu boda, visitar la casa que compraste, ver lo que has hecho con tu vida, leer el libro que escribiste, tener a tus hijos en brazos. Por muy maravillosos que sean estos acontecimientos futuros, tienen un matiz angustioso después de una muerte. El duelo nos confunde porque nos hace mirar hacia atrás en lugar de hacia adelante, porque los recuerdos son lo único que nos queda. Pero, por supuesto, no es el pasado lo que lloramos cuando alguien muere; es el futuro. De eso me di cuenta mientras hablaba con mi amigo: de que todo lo que pasara en mi vida a partir de ese momento serían acontecimientos que mi padre no vería.

Se necesita mucho tiempo para terminar de hacer el duelo, y aún más para darse cuenta. La duración del duelo es demasiado variable, y el estado anímico demasiado camaleónico para que no nos asalten las dudas. ¿Sigues de luto o solo estás de mal humor? ¿Has cruzado esa tenue frontera que marca el final del duelo y el comienzo de la pena, una emoción que a veces se siente de forma intermitente durante el resto de los días? Es muy difícil decirlo, en especial porque incluso cuando lo peor ha pasado, o parece haber pasado, no hay nada que impida su regreso. El duelo tiene una tasa de reincidencia atroz; y a menudo volvemos a caer en él cuando creíamos haberlo dejado atrás definitivamente. Dicho esto, para casi todo el mundo la pena disminuye con el tiempo. En algún momento, y siempre con carácter retrospectivo, miras a tu alrededor y te das cuenta de que no está ahí.

Sin embargo, no ocurre lo mismo con todas las ausencias que deja la muerte de un ser querido. Comienzan a sentirse de manera diferente porque al final se llenan de algo distinto a la pena. Sigo notando, casi a diario, todos los vacíos que dejó mi padre. Los encuentro en las fotografías y en los libros que leo, en el sonido de mis frases y en la forma de mis pensamientos, en mi madre y en mi hermana, en mi rostro en el espejo, en la familiar imagen de su cartera —ahora en un lugar a salvo, a diferencia de cuando estaba con él— en el cajón superior de mi cómoda. Algunas de estas ausencias me hacen sentirme agradecida, por quién era mi padre y por la excusa que me dan para detenerme y dedicar unos instantes a pensar en él. Algunas

siguen teniendo una cualidad melancólica y crepuscular. Otras, como esa silla, son una especie de monumento conmemorativo, una vela que no tengo que encender porque él la mantiene iluminada. Y, en conjunto, todos esos vacíos sirven para que el mundo esté un poco menos vacío de lo que lo hubiera estado de otro modo. A diferencia de mi padre, siguen ahí y supongo que siempre lo estarán, tan perdurables como el amor del que nacieron. Esa es la paradoja de la pérdida: nunca desaparece.

II. HALLAZGOS

He aquí una historia real que me resulta entrañable. Trata de Billy, un niño de once años al que casi alcanzó una estrella fugaz. Ocurrió un domingo de verano por la tarde. Después de ir a la iglesia, se sentó a comer con sus padres; luego atravesó un prado y un campo de maíz para ir a la granja de los Johnson. Roger Johnson tenía la misma edad que Billy y, para los dos chicos, esos domingos de verano eran en sí una especie de campo: amplio y abierto, sin adultos al acecho, sin días de escuela cerniéndose en el horizonte; una jornada sin más límites que el natural que marca la oscuridad. Jugaban a las canicas, se subían a los árboles y se enzarzaban en peleas de mazorcas, para lo que usaban como munición las que cubrían el suelo. Cuando la batalla se recrudecía, iban a rebuscar en los cobertizos y entre los montones de chatarra, clavaban una tabla entre dos arbolitos sobre la que tensaban la cámara de un neumático de bicicleta, y decretaban que aquel artilugio era un lanzacohetes. Solo cuando los pájaros se alborotaron y el cielo empezó a quedarse sin luz, Billy se despidió de su amigo y se fue a casa a ordeñar.

Para un niño el mundo es inmenso; incluso un humilde patio trasero de un suburbio encierra sus peligros y reinos secretos; en el lugar donde creció Billy, en el que varios acres solían separar a un vecino de otro, el camino a casa podía abarcar épocas y civilizaciones. Lo único más extenso que la tierra era el cielo, obligado como estaba a ocupar todo el espacio que dejaba libre la superficie terrestre, que se extendía casi perfectamente plana de horizonte a horizonte. Algunos días, él y Roger, encargados de llevar las vacas al otro lado de la carretera, se tumbaban en el prado junto al ganado y contemplaban la manera en que cambiaban las nubes en lo alto: ahora un dragón solitario que desplegaba la cola, ahora un león recostado sobre sus patas, una franja gris oscura como el océano cuando hay mal tiempo desplazándose presurosa, pero con surcos tan nítidos como un terreno recién arado. Algunas tardes, una vez terminadas las tareas, Billy se sentaba solo detrás del granero para ver cómo aparecían las estrellas, al principio de una en una, luego en grupos, y después en grandes multitudes, diez millones de desconocidas reunidas con sus antorchas en otro campo, incomprensiblemente remoto.

Aquella noche, sin embargo, el cielo empezaba a oscurecerse a lo lejos y apenas se veían las primeras estrellas cuando Billy, que todavía estaba regresando a casa, rehízo el camino. Años más tarde no sabría explicar a ciencia cierta por qué razón: tal vez un capricho, el impulso de andar hacia atrás un rato, como hacen los niños, o tal vez porque

vio algo moverse con el rabillo del ojo u oyó un ruido que no supo identificar. No es posible oír un meteorito cercano mientras cae, como tampoco la manzana de un árbol. En cambio, sí oímos cómo reacciona la Tierra cuando uno se precipita desde lo alto. La energía electromagnética generada por los meteoritos es tan intensa que, al ser absorbida por otros objetos —árboles, postes de una valla, gafas, pelo —, estos se calientan y expanden, lo que produce todo tipo de sonidos extraños. Quienes han presenciado la caída de un meteorito dicen haber oído silbidos, estruendos, siseos, chisporroteos y un estallido parecido a un cañonazo. Como esa intensidad de energía también puede causar cambios en la presión del aire, algunos físicos y cosmólogos creen que incluso los sordos pueden llegar a «percibir» la caída de un meteorito.

Fuera lo que fuese lo que le motivó a hacerlo, cuando Billy se dio la vuelta vio precipitarse algo del cielo a toda velocidad. Pequeño y oscuro, se dirigía directo hacia él. Se dio la vuelta, asustado, y echó a correr. Cuando por fin se detuvo y miró otra vez, el objeto había desaparecido. Volvió sobre sus pasos y trató de encontrarlo, pero, cuanto más buscaba, menos luz había, hasta que por fin se dio por vencido y anduvo el resto del camino a casa a través de una creciente oscuridad. Al día siguiente, sin embargo, volvió a salir y, aunque no supo lo que buscaba hasta que lo vio, en ese mismo instante supo, de inmediato y con certeza, que lo había encontrado: algo que contrastaba con la superficie ordinaria del terreno, algo liso y excepcionalmente pesado en sus manos, emocionante como el universo infinito del que había caído.

Qué asombroso es encontrar algo. Los niños, a los que se les da muy bien —en especial porque el mundo es tan nuevo todavía para ellos que, aun sin querer, se fijan en todo—, lo comprenden y les causa un deleite instantáneo. Es posible que den un grito de alegría del tipo «¡Mamá, ven a ver lo que he encontrado!», incluso cuando el hallazgo en cuestión sea una babosa muerta en la acera. Y no les falta razón al sentirse así. Los hallazgos suelen ser placenteros y a veces estimulantes: un reencuentro con algo del pasado, o el descubrimiento de algo nuevo, el feliz encuentro de uno mismo con un fragmento del cosmos previamente escondido o ignoto.

Con una lista de esta clase de encuentros se llenarían libros mucho más extensos que este, porque encontrar, al igual que perder, es una categoría descomunal, repleta de elementos en apariencia inconexos entre los que se incluyen desde doblones de oro hasta Dios. Podemos encontrar lápices en los cojines del sofá y nuevos planetas en sistemas solares distantes, y cosas que no son en absoluto cosas: la paz interior, antiguos compañeros de primaria, la solución a un problema. Podemos

encontrar cosas que nunca habían estado ausentes excepto en nuestra vida (como cuando encontramos un trabajo nuevo o un local de barbacoa de tres al cuarto), y algo tan oculto que a casi nadie se le ocurrió buscarlo (como células gliales o quarks).

Pero, a pesar de toda esta variedad, solo hay dos formas de encontrar algo. La primera es mediante la recuperación, cuando encontramos algo perdido. La segunda es mediante el descubrimiento, cuando encontramos lo que nunca habíamos visto antes. En esencia, la recuperación anula el efecto de la pérdida. Es una vuelta al statu quo, un restablecimiento del orden en nuestro mundo. El descubrimiento, por el contrario, lo cambia. En lugar de devolvernos algo, nos ofrece algo nuevo.

Por muy maravillosos que parezcan, ninguno de los dos tipos de hallazgos cumple siempre esta promesa. Recuperar unos calcetines de media perdidos después de haber puesto quince lavadoras quizá te aporte algo de satisfacción —una especie de alivio triunfal que en realidad es solo el fin de la irritación—, pero no te hará sentir afortunado ni sobrecogido. Peor aún, a veces descubrimos cosas que desearíamos no haber descubierto. Un radiólogo que examina una radiografía detecta la oscura sombra del cáncer; un hijo que investiga su historial genético se entera de que su padre tuvo descendencia con otra mujer. Pero se trata de excepciones a una regla bastante fiable: en la mayoría de los casos, encontrar algo es tan placentero como fastidioso resulta extraviarlo.

A veces, de hecho, es más que placentero; ciertos hallazgos cambian por completo nuestras vidas. La muerte de mi padre fue difícil por muchos motivos, pero hubo algo que me ayudó a sobrellevarla más que cualquier otra cosa: un año antes de su fallecimiento me enamoré. La mayor parte de lo que sigue es un relato de esa experiencia. Pero, al igual que toda narración de un duelo es una reflexión sobre la pérdida, toda historia de amor es la crónica de un hallazgo, la historia íntima de un descubrimiento extraordinario. Y así, del mismo modo que la muerte de mi padre me llevó a preguntarme sobre la relación entre las pérdidas grandes y las pequeñas, enamorarme me hizo pensar en lo que hay en común entre encontrar el amor y la acción más amplia de encontrar cualquier otra cosa.

Ya he mencionado una de las características principales de esa categoría más amplia: encontrar algo casi siempre resulta placentero. Esto resulta bastante obvio cuando lo encontrado tiene un valor indiscutible: cuando uno encuentra al amor de su vida, o un diario perdido, o un billete de cien dólares en un aparcamiento. Sin embargo, el mero acto de encontrar algo también tiene valor en sí. Hace unos años, por ejemplo, me desvié mientras conducía a casa;

llegué a una tienda de segunda mano que no había visto hasta entonces, rebusqué en el único estante polvoriento de libros y, por un dólar, me llevé una hermosa primera edición de un poemario con una dedicatoria firmada por el autor, Langston Hughes. Dudo que vuelva a tropezar por casualidad con algo que tenga tanto valor objetivo, pero no fue el valor literal del hallazgo lo que hizo que para mí fuera tan emocionante. Si hubiera comprado el libro de Hughes a un vendedor de rarezas bibliográficas, habría obtenido exactamente lo mismo, pero la sensación hubiera sido diferente, y no solo por haber tenido que desembolsar una suma de dinero mucho más elevada. El hallazgo de este libro fue especial no solo por lo que era, sino por dónde estaba, escondido entre cajas de aparejos de pesca y latas de pintura industrial Rust-Oleum y pilas de marcos fotográficos vacíos, además de por el hecho improbable de que yo estuviera allí también.

Incluso si se le quita todo el valor intrínseco a lo que se encuentra, el del hallazgo permanece. Más tarde, en esa misma tienda de segunda mano, compré una pequeña ballena de hierro fundido, un objeto de unos diez centímetros de largo que me costó veinticinco céntimos y que aprecio solo por su agradable peso y por la satisfacción de haberla rescatado del gran montón de cosas desechadas de este mundo. Y no soy la única. Aparte de la necesidad de ahorrar, esa satisfacción es la principal razón por la que tantos millones de personas frecuentan las tiendas de segunda mano y los mercadillos: porque encontrar algo, aunque valga muy poco, es garantía de diversión.

De hecho, divierte tanto que es una de las mejores maneras de mantener ocupados a los niños. Una matrícula de Dakota del Norte no tiene ningún valor inherente en sí; adquiere valor cuando, después de seis días de conducir por cuarenta y nueve estados, tu hijo de diez años al fin distingue una. La misma lógica se aplica al escondite, al Stratego, al ¿Dónde está Wally?, a la sopa de letras y al resto de los juegos que no prometen más recompensa a los jugadores que el placer de encontrar. Y también se aplica, en su forma más pura, a las monedas y a los tréboles de cuatro hojas, cosas que enseñamos a atesorar a nuestros hijos como una suerte de talismán. Aunque estas cosas apenas tienen valor en sí, decimos que traen suerte basándonos en el razonamiento circular de que al encontrarlas tuvimos suerte. Esa sensación, la de que la Diosa de la Fortuna te ha sonreído, es esencial para casi cualquier experiencia de hallazgo, aunque, como he dicho, esta puede variar mucho en otros aspectos. A veces se trata de encontrar, otras de descubrir. En ocasiones se asemeja al aprendizaje. Y otras se parece a crecer, porque gran parte del sentido de la vida proviene de cosas que, a medida que crecemos, hemos de buscar por nuestra cuenta: amistades, felicidad, un propósito, una vocación, un amigo del alma, uno mismo. Pero, en el fondo, encontrar siempre

tiene algo en común con ese momento tan querido por los niños de seis años, cuando descubren una moneda en el suelo: tú te quedas mirando mientras el mundo se desplaza y un destello repentino te llama la atención: una baratija en la tienda de segunda mano, el primer esbozo de una idea genial, la mujer con la que terminarás casándote.

Al igual que las monedas y los tréboles de cuatro hojas, se dice que las estrellas fugaces son como un amuleto de la suerte; por eso les pedimos deseos. Sin embargo, esa costumbre es un pálido reflejo de una antigua tradición. A lo largo de la mayor parte de la historia de la humanidad, los meteoritos, apenas comprendidos pero sí reconocidos como excepcionales, gozaron de un estatus casi sagrado. Un milenio antes de que comenzara la Edad de Hierro, los antiguos egipcios encontraron este metal en meteoritos, comprendieron de dónde procedía (hay un jeroglífico que significa «hierro del cielo») y empezaron a utilizarlo con fines ceremoniales, incluso para fabricar la daga con la que se enterró a Tutankamón en su tumba. Los antiguos griegos custodiaban una piedra sagrada en el templo de Artemisa, en Éfeso; hace tiempo que desapareció, pero se cree que era un meteorito. Otra piedra, supuestamente caída del cielo en tiempos de Adán y Eva, lleva mil quinientos años incrustada en un muro de la Gran Mezquita de La Meca. En un santuario sintoísta de la ciudad japonesa de Nogata, los visitantes veneran un meteorito que cayó en las inmediaciones del templo en el 861 d.C. Y durante siglos, si no milenios, los habitantes de Clackamas, en Willamette (Oregón), antes de ser expulsados de sus tierras, consideraban como un regalo del cielo un meteorito de trece toneladas, y utilizaban el agua que se acumulaba en sus cavidades para el aseo y la sanación, también para ungir sus flechas antes de entrar en batalla.

Durante mucho tiempo, el origen de estas extrañas piedras fue un misterio. Algunas personas eran reacias a creer, ya fuera por motivos científicos o teológicos, que pudieran desprenderse fragmentos del universo y caer sin más, por lo que sostenían que los meteoritos eran de origen terrestre. (Entre esos escépticos estaba Thomas Jefferson, que en una ocasión dijo que, si bien era difícil explicar de qué otro modo podía haber llegado un meteorito a Connecticut, sería mucho más difícil «explicar cómo llegó a las nubes desde donde se supone que cayó».) Otros creían que los meteoritos venían del espacio, pero no se ponían de acuerdo en su procedencia exacta. Solo en el siglo xx se resolvió el enigma. Ahora sabemos que algunos meteoritos proceden de la luna o de Marte, y probablemente de un pequeño número de cometas, pero la inmensa mayoría —del orden del noventa y nueve con ocho por ciento— se originó en una zona situada a más

de ciento sesenta millones de kilómetros: el cinturón de asteroides, una especie de enorme vertedero que orbita alrededor del sol y que está formado por restos de protoplanetas formados hace unos 4.500 millones de años, en la infancia de nuestro sistema solar.

De vez en cuando, uno de esos fragmentos se desvía de su órbita, por lo general a causa de una colisión con otro asteroide o por la influencia gravitatoria de Marte o Júpiter, y se dirige hacia la Tierra. Durante setecientos, mil, dos mil años, el meteorito sigue su nuevo y extraño curso, desvinculado del orden establecido, una estela salvaje en el orden cósmico. En cuanto entra en nuestra atmósfera a una velocidad de hasta cien mil kilómetros por hora, su superficie comienza a evaporarse por la fricción y forma una cola de gas incandescente: la parte fugaz de una estrella fugaz. Cuando llega a la capa más baja de la atmósfera, gran parte de la masa original se ha consumido y la bola de fuego se ha apagado, convirtiendo al objeto antes tan llamativo en una simple roca oscura que se precipita hacia la Tierra. A menos que sea enorme, no prenderá cuando aterrice, ni siquiera presentará signos visibles de su ardiente viaje. La superficie se funde con tal eficacia durante el camino que su núcleo suele quedar tan frío como el espacio exterior. Por tanto, si alguna vez presencias la caída de un meteorito, podrás cogerlo de inmediato sin miedo a quemarte los dedos.

Pero este consejo, casi seguro, no lo necesitarás nunca. Decir que Billy tuvo mucha suerte al encontrarse un meteorito es quedarse muy corto: por cada kilómetro cuadrado de superficie terrestre impacta un meteorito aproximadamente cada veinte mil años. Seguramente, la última vez que cayó uno cerca del lugar donde Billy encontró el suyo, los campos de maíz que conocía estaban poblados por mastodontes.

Esto parece decir algo sobre la singularidad de las estrellas fugaces, pero en realidad dice más sobre la inmensidad de nuestro planeta. Unos cuarenta y dos mil meteoritos chocan con la Tierra cada año (incluso más si contamos los que pesan menos de diez gramos), pero la mayoría lo hace en algún punto del noventa y siete por ciento de la superficie terrestre cubierta de agua o escasamente poblada, y ni siquiera son detectados. Apenas una centésima del uno por ciento, quizá cinco o seis al año, se divisan mientras caen y son recogidos enseguida. La probabilidad de encontrar un meteorito como lo hizo Billy es de uno entre mil millones aproximadamente.

Así que volver a perderlo sería una lástima; más adelante contaré algo más de lo que ocurrió con el meteorito y el chico que lo encontró. Pero mientras tanto, creo que es pertinente decir una o dos cosas más sobre cómo lo encontró y abordar el asunto desde una perspectiva más amplia: cómo alguien puede encontrar algo, dada la inmensidad de la Tierra y dado nuestro diminuto tamaño en comparación.

En términos generales, hay dos maneras de encontrar algo: buscándolo o por azar. A veces, nuestros descubrimientos son tan fortuitos que casi parece que las cosas nos encontraron a nosotros y llegaron de la nada a nuestras vidas. Así, hay quienes tropiezan con huesos de tiranosaurios en el sur de Alberta, con un cuadro perdido de Caravaggio en una granja francesa o con una primera edición de Hojas de hierba en la sección de jardinería de una librería de viejo. Otras veces encontramos cosas porque las hemos buscado a conciencia, escudriñando palmo a palmo los lugares que creemos propicios. Las ruinas de Troya, la vacuna contra la poliomielitis, nuestros parientes lejanos en la Estonia rural: esas cosas no se encuentran sin un esfuerzo meticuloso y continuado.

Estas dos maneras de encontrar —tras una búsqueda o por azar— no son mutuamente excluyentes. Que Billy estuviera cerca cuando cayó el meteorito fue pura suerte; pero en realidad lo encontró un día después, tras caminar por aquel terreno durante horas. Aunque suene paradójico, a menudo tenemos que buscar algo a fondo para encontrarlo por primera vez de manera fortuita. Por ejemplo, en 1974, mientras cavaban un pozo en la provincia china de Shanxi, unos agricultores descubrieron por casualidad algo extraordinario: los fragmentos de una estatua de terracota que había sido enterrada hacía más de dos mil años como parte de los ritos funerarios del primer emperador de China. Resultó ser uno de los mayores hallazgos arqueológicos de todos los tiempos, pero se necesitó medio siglo, además de varias generaciones de investigadores y trabajadores, para desenterrar siquiera una parte de aquellos restos: los aproximadamente ocho mil soldados, caballos, carros y otras estatuas de tamaño natural que componen el Ejército de terracota.

Así pues, en la práctica, la búsqueda y el azar suelen ir de la mano. Sin embargo, en términos psicológicos, difícilmente podrían ser más diferentes. Cuando encontramos algo tras una búsqueda concienzuda, sentimos que el mundo está sometido, al menos en parte, a nuestra voluntad: que podemos empeñarnos en descubrir algo y que el propio descubrimiento es una justa recompensa a nuestro trabajo. Encontrar algo por casualidad, en cambio, nos hace sentir que estamos sometidos a un designio cósmico. Al igual que tenemos tendencia a atribuir una pérdida inexplicable a los duendes o a los agujeros de gusano, los hallazgos inesperados nos incitan a invocar al destino, el karma, la providencia, a Dios. Por extraño que parezca, cuando se trata de un hallazgo particularmente asombroso, buscamos ese tipo de explicaciones. Es una característica curiosa del funcionamiento de nuestra mente: cuanto más improbable es un acontecimiento positivo, más sentimos que nos estaba predestinado. Frente a un hallazgo

sorprendente, también nos sentimos interpelados por las fuerzas que gobiernan el universo.

Por grandilocuente que parezca esta afirmación, es muy probable que alguna vez os hayáis sentido así ante un hallazgo fortuito; a juzgar por mi experiencia, es casi imposible que no sea así. Hace años, por ejemplo, cuando vivía y trabajaba en Costa Rica, una amiga vino a visitarme y durante una semana recorrimos juntas la península de Osa, una zona espectacularmente virgen de selva, playas y manglares en el suroeste del país. El sendero nos llevó el primer día a través de un ancho río marrón y un tramo de frondoso bosque hasta que de repente emergimos en la costa. Había bajamar y el océano había retrocedido, revelando un paisaje fantasmal de enormes losas de piedra, más o menos rectangulares y surcadas por estrechas franjas de arena blanca. Nos quitamos las mochilas, las dejamos en la playa y anduvimos hacia el mar hasta que pudimos tumbarnos la una al lado de la otra, cada una sobre una roca gigante. Cuando llevábamos hablando más o menos una hora, empezó a llover. Nos sorprendió que las gotas nos cayeran en la cara y formaran manchitas oscuras y caricaturescas sobre las piedras. Mientras nos levantábamos, una auténtica cortina de lluvia iba aproximándose hacia nosotras por el océano, así que cogimos las mochilas y continuamos la excursión. Al cabo de un buen rato, cuando el cielo se despejó y llegamos a otra playa, mi amiga se dio cuenta de que, mientras charlábamos tumbadas, se había quitado las gafas de sol y las había dejado sobre la roca, y que allí se habían quedado mientras huíamos a toda prisa bajo la lluvia.

Juntas contemplamos el océano. La marea volvía a subir: enormes olas verdes rompían extasiadas en la orilla. Volutas de espuma superpuestas nos alcanzaban, burbujeaban un instante alrededor de nuestros pies y se retiraban. Más allá, el Pacífico era de un azul intenso, luego se extendía como una pizarra gris oscuro bañada por el sol, que se alargaba hasta donde alcanzaba la mirada. Nos reímos; dimos las gafas de sol por perdidas. Y luego, como teníamos que volver al campamento antes de que oscureciera y nuestro largo descanso en las rocas podía hacernos llegar después del cambio de marea, dimos media vuelta y rehicimos el camino.

Cuando volvimos a la primera playa, esta se había transformado hasta el punto de resultar irreconocible. Las piedras sobre las que nos habíamos tumbado ahora estaban a más de treinta metros océano adentro y quién sabe a qué profundidad bajo las olas. La marea estaba ya tan alta que el oleaje se estrellaba contra la densa maleza de la selva. Nuestra energía, en cambio, iba decayendo. Cansadas, hambrientas y saturadas de la prolongada exposición al sol, teníamos ganas de que terminara una caminata tan encantadora como interminable. Los últimos kilómetros no prometían ser pan comido. Al

avanzar nos agarrábamos a las ramas de los árboles para mantener el equilibrio, empapadas hasta la cintura, y cada nueva ola nos lanzaba trozos de madera a la deriva y cocos. Apenas podía oír nada por encima del oleaje cuando mi amiga, que me seguía, me llamó con un tono extraño, de premura. Al ser más alta que yo, había visto algo atrapado en una maraña de ramas y algas que a mí se me había escapado. Cuando miré atrás, tenía caladas sobre la nariz sus gafas de sol, aún con un hilo de algas adherido que conmemoraba su milagroso regreso.

En momentos así da lo mismo si crees que Dios es misericordioso, que el destino está de tu parte, o sencillamente que en un mundo estocástico te ha tocado en suerte una casualidad muy improbable. La cuestión es que sentirás la presencia de una fuerza externa en liza, una fuerza que, te guste o no, a veces conduce a un resultado innegablemente propicio. En algún lugar del universo se le da la vuelta a un bolsillo y aparece algo que se nos había extraviado. Poseidón devuelve unas Ray-Ban. Aquel día en Costa Rica, con la misma rapidez con la que aparecieron las gafas de sol, se desvanecieron el hambre, el cansancio y las ganas de que todo acabara, y en su lugar brotaron emociones del todo diferentes. Asombro, gratitud, extrañeza, sobrecogimiento: los sentimientos que nos inspiran los hallazgos fortuitos son los mismos que nos inspira el cosmos en su conjunto, y por la misma razón: porque la vida nos ha regalado algo espléndido que no esperábamos, que no habíamos pedido y que no necesariamente merecíamos.

Encontrar algo cuando lo has buscado a sabiendas es harina de otro costal. A diferencia de los hallazgos fortuitos, que no suponen apenas esfuerzo, un hallazgo intencionado requiere paciencia, planificación, recursos, tiempo y esfuerzo. Cuando viene coronado por el éxito, un hallazgo de este tipo puede parecer una carambola, porque, en general, da lo mismo el tiempo que consumas en la búsqueda: lo encuentras en un momento u otro, y entonces te sientes igual de satisfecho contigo mismo que con el universo. Pero hasta que no llega ese instante, la búsqueda no tiene tanto que ver con la emoción del descubrimiento como con cuestiones prácticas, es decir, cómo y dónde buscar. Abundan las respuestas a estas preguntas; las buenas respuestas, sin embargo, son escasas. Muchos padres, gurús de la autoayuda y videntes se ofrecerán a ayudarte a encontrar cosas perdidas, pero sus consejos suelen ser demasiado obvios (recuerda lo que hiciste antes; no te preocupes; ponte a limpiar), dudosos (la «regla del medio metro», que dice que nueve de cada diez veces los objetos perdidos están a menos de medio metro de donde creías que se hallaban) o directamente New Age («imagínate un cordón de plata que

va desde tu pecho hasta el objeto perdido»). Los católicos pueden aconsejarte que reces a san Antonio, patrón de los objetos perdidos, mientras que los tecnófilos te instan a que resuelvas el problema con toda clase de artilugios. En algunos casos este último método funciona, como sabrás si alguna vez has tenido que pedirle a tu novia que te llame a ese móvil que no encuentras por ningún sitio, o si te has hecho con uno de esos pequeños dispositivos rastreadores con Bluetooth que se colocan en objetos de uso cotidiano, o si has utilizado el botón de tu llavero para que tu Toyota Camry toque el claxon.

Pero estos trucos, aunque útiles, tienen sus limitaciones. El teléfono debe estar encendido y con batería; el coche, cerca; hay que tener la previsión de colocar un rastreador en el objeto que se va a perder antes de perderlo. Si no se cumplen estas condiciones, o si se busca algo que nunca se ha tenido, estas herramientas tecnológicas son tan inútiles como la regla del medio metro. Si de veras quieres encontrar algo —o, lo que es más grave, si has perdido algo realmente importante— no necesitas artilugios ni ejercicios de visualización. Necesitas destreza.

Esta fue la conclusión a la que llegó el ejército de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los altos mandos de la Marina, preocupados por la presencia de submarinos enemigos, se preguntaron si había alguna manera de determinar dónde aguardaban al acecho. Con esta finalidad crearon el Grupo de Investigación de Operaciones de Guerra Antisubmarina, quizá la primera unidad de investigación de la historia que abordó como un problema matemático la localización de objetos difíciles de encontrar. Aunque la misión específica del equipo era rastrear submarinos, en esencia se trataba de descubrir la mejor manera de localizar objetos cuya ubicación fuese desconocida. Para ello, los investigadores llegaron poco a poco a la formulación de una teoría que —tomando prestado el título de la emblemática obra del campo en el que fueron pioneros— vamos a llamar teoría de la búsqueda optimizada.

Hoy la búsqueda optimizada se asocia sobre todo a la investigación operativa y a las ciencias de la computación, y es más conocida por haber contribuido a sentar las bases de los recientes avances en inteligencia artificial. En su forma original, sin embargo, se aplicaba al ámbito físico, y, aunque los modelos matemáticos en los que se inspira han ido perfeccionándose con el tiempo, sigue siendo el fundamento de sofisticadas búsquedas en el mundo real, ya se trate de personas desaparecidas o del vuelo 370 de Malaysia Airlines. Los detalles matemáticos son complejos, pero la esencia es sencilla. Al principio de cualquier proceso de búsqueda, se generan tantas hipótesis plausibles como sea posible sobre dónde podría estar el objeto perdido. Estas

hipótesis definen el área de búsqueda, que puede ser conocida y limitada («mi apartamento») o enorme e indeterminada («en algún lugar del océano Índico»). A continuación, se divide la zona de búsqueda en sectores y se asignan dos valores diferentes a cada uno. El primero representa la probabilidad de que el objeto perdido se encuentre allí. El segundo, la probabilidad de que, si está ahí, lo encuentres. A modo de ejemplo: la posibilidad de que tu cartera perdida haya acabado en el botiquín puede ser ínfima, pero, si es justo eso lo que ha sucedido, tienes un cien por cien de posibilidades de encontrarla allí. Por el contrario, a partir de los datos de los satélites y de la cantidad de combustible disponible, se puede deducir que el vuelo 370 se estrelló casi con total seguridad en una parte determinada del océano; pero, si está a mil ochocientos metros de profundidad, las probabilidades de encontrar el avión son mínimas. Una vez que se tienen este par de magnitudes, se combinan para determinar las probabilidades de hallar el objeto desaparecido en cada sector, y luego se utilizan los valores combinados para trazar un mapa de probabilidades del área total de búsqueda. Solo entonces empieza la búsqueda, primero en el lugar con más posibilidades de éxito y luego, de más a menos probables, en el resto de los sectores.

Todo esto puede sonar tan intuitivo que parezca una tontería. Nadie necesita el asesoramiento de la Marina de Estados Unidos para empezar a buscar un objeto perdido en el lugar donde creemos que sería más probable encontrarlo, para luego, a partir de ahí, seguir automáticamente por los lugares más improbables. (En un momento de desesperación, ¿quién no ha comprobado alguna vez si las llaves perdidas estaban en la nevera?) Sin embargo, esta teoría formaliza un aspecto importante de cualquier proceso de búsqueda: hace falta disponer de recursos, y estos deben racionarse con cuidado porque no son infinitos. Calibrar cuál es la mejor manera de buscar algo tal vez no sea muy relevante si se trata de la mochila de tu hija, pero sí que importa, y mucho, cuando lo que hay que encontrar es a tu hija.

Este tipo de búsquedas son demasiado apremiantes para dejarlas en manos de la intuición, y a menudo demasiado complejas. La teoría de la búsqueda optimizada comienza examinando la tipología de búsqueda más sencilla: «encontrar un objetivo estacionario cuando no hay objetivos falsos». Pero raramente se dan circunstancias tan sencillas. Tal vez no se busque un objetivo estacionario, sino una balsa a la deriva en el océano, o a un excursionista perdido que, en lugar de cobijarse mientras llega la ayuda, se desplaza en una dirección desconocida, posiblemente incluso hacia un área en la que ya se ha buscado. O tal vez haya objetivos falsos. Como todos los sensores que utilizamos para buscar cosas son imperfectos (ojos, oídos, radar, sonar, cámaras), cualquiera de ellos puede engañarnos. Crees que por fin has

encontrado el coche en el aparcamiento del aeropuerto, pero resulta que es el Honda Accord de otra persona; crees que has descubierto los restos de un naufragio del siglo xvi, pero resulta que solo es una vieja goleta hundida deliberadamente en los años setenta y que ahora se disgrega en el fondo del océano.

Y lo que es peor, no solo un objetivo equivocado puede atraer nuestra atención. A veces nos centramos en la zona de búsqueda equivocada. Puede que la cartera que no encontramos esté debajo del asiento del acompañante del coche de un amigo y no en tu apartamento; puede que el excursionista supuestamente a la deriva se haya dado por vencido y haya vuelto a la ciudad una hora después de salir; o puede que haya abandonado el camino para ir a darse un baño. La descorazonadora verdad sobre las búsquedas es que solo podemos saber con certeza dónde fue a parar algo después de encontrarlo.

Todo esto hace que buscar algo parezca una ocupación tediosa, a medio camino entre una molestia soportable y un curso de estadística avanzada. Pero en realidad, a menudo es estimulante, al menos si nos atenemos a las fabulaciones de la mente humana: los relatos de búsquedas se cuentan entre los más antiguos, perdurables y queridos de la historia de la humanidad. Por lo general, el objeto típico de estas narraciones de búsqueda es algo de inmenso valor, escondido en un lugar desconocido o remoto. Al igual que las cosas que buscamos en el mundo real, el objeto puede ser concreto o abstracto, algo que el héroe ha perdido o que nunca ha visto: Jasón y los Argonautas buscaban el vellocino de oro; Psique, a su amante; Harry Potter, el horrocrux y todos, desde Galahad hasta Indiana Jones, el Santo Grial.

A semejanza de los inventores de juegos infantiles, los creadores de relatos de búsqueda comprenden el placer intrínseco del descubrimiento, y saben mantener la atención del público mediante la simple demora. Al fin y al cabo, el suspense no es producto de no saber que hay algo ahí fuera; lo es de saber que está ahí fuera, aunque no sepas dónde, cuándo o cómo lo vas a encontrar. Esto significa que una búsqueda también tiene la gran ventaja de constituir por sí sola la práctica totalidad de la trama. Te da un objetivo (buscar X) y un clímax (encontrar X) y entre medias te da una excusa para explorar interesantes y nuevos territorios. «Cuando se busca una aguja en un pajar —apunta una variante del dicho— se llega a conocer el pajar.» Es una elegante reafirmación de otro lugar común: lo importante no es el destino, sino el viaje. En consonancia con esta perspectiva filosófica, muchos relatos de búsqueda tratan principalmente, aunque sea de forma velada, del desarrollo emocional o espiritual del protagonista. Estas historias sugieren que no importa el objetivo aparente de la

búsqueda: lo que necesitamos encontrar realmente es a nosotros mismos. Antes de centrar su atención en el Valle de las Cosas Perdidas, el escritor L. Frank Baum subrayó esta idea haciendo que los personajes de El maravilloso mago de Oz buscaran su corazón, su cerebro, su valor y —como en un largo linaje de héroes buscadores que se remonta desde Dorothy hasta Ulises— su hogar.

Otros relatos de búsqueda transmiten el mismo mensaje, pero a través de un ejemplo negativo: un protagonista que no quiere madurar y que, en cambio, se obsesiona peligrosamente con lo que busca. Según la teoría de la búsqueda optimizada, toda búsqueda implica un doble reto: «cómo buscar y cuándo parar». En este tipo de relatos, el protagonista no se detiene, ni siquiera mucho después de que el valor del objeto desaparecido se haya visto eclipsado por el peaje que la búsqueda se ha cobrado en concepto de tiempo, dinero, cordura y vidas. Quizá el mejor ejemplo del relato de búsqueda como cuento con moraleja sea Moby Dick, pero hay muchos otros. En La isla del tesoro, por ejemplo, el tesoro del título apenas aparece; el libro trata realmente de la codicia, la obsesión, la ingenuidad, la arrogancia y la violencia. Cuando al final los héroes encuentran el tesoro, no se convierten, como se dice de los ganadores de la lotería, en personas distintas, mejores o más felices.

En conjunto, la moraleja de estas historias es invariable: ten cuidado con lo que buscas. Elige lo correcto y serás recompensado, a veces más allá de tus sueños; elige mal y las pérdidas podrían superar las ganancias. La buena noticia es que no necesitas hacer esa elección por ti mismo, porque averiguar qué buscar en la vida ha sido uno de los temas centrales de la filosofía durante miles de años. La sabiduría que se adquiere con la búsqueda es casi unánime a la hora de advertirnos que la felicidad no consiste en buscar cosas materiales, como en La isla del tesoro, ni en perseguir la venganza, como en Moby Dick. Frank Baum se acercó más cuando envió a sus personajes en busca de corazones, cerebros, coraje y hogares, sin mencionar lo que encontraron por el camino: amigos. Estas cosas hacen realmente que nuestras vidas sean diferentes, mejores y más felices. La dificultad estriba en que esta búsqueda plantea toda una serie de problemas particulares.

De todas las cosas que pueden complicar la búsqueda de algo —falsos positivos, falsos negativos, objetivos móviles, áreas de búsqueda incorrectas, falta de recursos, los caprichos del azar, las dimensiones colosales del mundo—, esta es una de las más desconcertantes: a veces no sabemos qué estamos buscando. Tal vez estés tratando de encontrar el regalo de boda perfecto para esa famosa amiga-que-tiene-de-todo. Tal vez estés tratando de encontrar a alguien con quien tener

una cita para, algún día, celebrar tu boda. Tal vez estés tratando de dar con un medicamento que impida el desarrollo de placas en el cerebro. En todos estos casos, buscas algo que es totalmente nuevo para ti y, en algunos casos, totalmente nuevo para el mundo. ¿Cómo se supone que lo vas a encontrar?

Esa es la pregunta que Menón, el estadista de Tesalia, le planteó a Sócrates hace casi dos mil quinientos años. Los dos hombres discuten sobre la virtud, y cuando Sócrates confiesa que no sabe lo que es, Menón se muestra confundido. «¿Y de qué manera buscarás —le pregunta a Sócrates— aquello que ignoras totalmente qué es?» Y «si dieras con ello, ¿cómo advertirás que es eso que buscas, desde el momento que no lo conocías?».[3] Juntas, estas dos preguntas conforman la paradoja de Menón: si no sabes lo que buscas, no puedes encontrarlo y, si lo sabes, no necesitas buscarlo. En consecuencia, nunca deberías molestarte en buscar nada, porque tu búsqueda será innecesaria o irrealizable.

Como argumento lógico, no tiene sentido. A lo largo de la historia, hemos conseguido localizar con éxito todo tipo de cosas —objetos, ideas, lugares, personas— que nunca habíamos visto antes y que al principio comprendíamos mal, si es que lo comprendíamos. Además, como señaló Sócrates, insinuar que una búsqueda es inútil supone avalar el inmovilismo y la falta de curiosidad. «Estoy plenamente dispuesto a luchar, si puedo, tanto de palabra como de obra —declaró —, y seremos mejores, más esforzados y menos inoperantes si creemos que es necesario buscar lo que no se sabe.» Pero, aunque la paradoja de Menón es absurda como afirmación, como conjunto de preguntas sigue siendo importante, y en gran medida continúa sin respuesta. ¿Cómo buscamos las cosas cuando no sabemos lo que son? ¿Y cómo las reconoceremos si las encontramos?

Consideremos una formulación muy básica de este problema: olvidar el nombre de alguien. Supongamos que estás solo y que ya es de noche, así que no tienes más remedio que hacer memoria. Ahí estás, atrapado en una extraña forma de pensar que consiste en seleccionar un nombre y dar vueltas alrededor del mismo. ¿Será Edgar? ¿Evan? ¿Eric? ¿Ian? ¿Nathan? No, espera: ¡Ethan! Sí, el nombre que buscabas es Ethan, y en el instante en que te viene a la mente, sabes que es el correcto.

Lo primero que llama la atención de esta forma de razonamiento es que seamos capaces de hacerlo. Sugiere que perder un nombre en nuestra mente tiene al menos algo en común con perder una cartera dentro de casa: en cierto modo sabemos que hay lugares más y menos probables en los que puede estar, y así es como emprendes tu búsqueda mental; en este caso, obviando la zona que va de «Richard» a «Robert» y buscando en la de «Ian» y «Nathan». En otras palabras,

aunque haya un hueco en la mente donde debería estar el nombre, ese hueco no está vacío, sino que contiene, como observó una vez William James, «una suerte de imagen fantasmal del nombre». Esa pizca de información fantasmal ayuda a la mente a afinar la búsqueda mientras va rechazando las respuestas erróneas, aun cuando la correcta tarde en salir a la luz: no, no es Nathan; no, no fue en Chicago; no, no fue en ese viaje cuando el perro vomitó en el coche. Así empieza a surgir una respuesta parcial a la pregunta de Menón. Incluso cuando no sabemos lo que buscamos, sí sabemos lo que no buscamos, y al hacer descartes poco a poco, nos aproximamos.

Esta capacidad no se limita a los recuerdos. Al igual que podemos pensar en lo que hemos olvidado, podemos pensar en lo que nunca supimos, e incluso en lo que nadie supo nunca. Si no pudiéramos hacerlo, no existiría el motor de combustión interna, la teoría general de la relatividad, La habitación de Giovanni ni la democracia. Como sugiere esta lista, dicha capacidad tampoco se limita a un campo de investigación concreto. Mientras William James reflexionaba sobre lo que se siente al intentar recuperar un nombre olvidado, su hermano se preguntaba qué se siente al intentar escribir una novela. Al final, Henry James llegó a la conclusión de que los autores se abren camino hacia las nuevas ideas del mismo modo misterioso que el resto de los mortales: «Sus descubrimientos son, como los del navegante, el químico o el biólogo, apenas algo más que prudentes reconocimientos. Se encuentran con algo interesante de la misma forma que Colón se encontró con la isla de San Salvador, porque se había movido en la dirección correcta».[4]

La capacidad de concebir nuevas ideas simplemente pensando en ellas es una de las características que definen a nuestra especie, y sin embargo no sabemos realmente cómo funciona. Lo que sí sabemos es que es un procedimiento más sofisticado que el de ensayo y error, porque reconocemos y nos movemos en la dirección correcta, no al azar. Al igual que rechazamos «David» pero nos quedamos con «Nathan», podemos percibir de algún modo ciertas peculiaridades abstractas de una respuesta correcta antes de conocerla y, como los niños cuando juegan a esconder cosas, decimos «frío» o «caliente» en función de si nos acercamos o nos alejamos del objeto. También sabemos, a menudo al instante y con total certeza, cuándo hemos dado con lo que buscábamos. Curiosamente, los indicios que nos hacen saberlo no son solo intelectuales, sino también emocionales. Como ocurre con la mayoría de las cosas, encontrar una respuesta provoca una sensación de placer inmediato. Todos conocemos la versión sencilla de esto, cuando un nombre o un hecho nos vienen a la memoria de repente, algo tan satisfactorio y casi tan involuntario como un estornudo, y muchos de nosotros hemos experimentado al

menos uno o dos momentos de eureka reales: en griego, «eureka» significa «lo encontré». Estos descubrimientos son como un meteorito en la pradera: una aparición repentina y deslumbrante, pero en el paisaje de nuestra propia mente.

Como todo lo que encontramos, podemos llegar a esos nuevos pensamientos de forma lenta o repentina. Muchas epifanías se manifiestan después de cavilar durante horas, mientras que otras proporcionan el impulso para un largo periodo de reflexión: con las ideas, como con los guerreros de terracota, a veces tenemos que buscar lo que ya hemos encontrado. Carl Friedrich Gauss descubrió una vez la solución a un difícil problema matemático mucho antes de poder demostrar que era correcta. «Hace tiempo que sé la solución —dijo, al parecer—, pero aún no sé cómo llegar a ella.» Muchos otros científicos y matemáticos, desde Barbara McClintock hasta Albert Einstein, también afirmaron que dieron con respuestas en un destello repentino de lucidez que luego les llevaría semanas, meses o años verificar.

Este es el tipo de experiencia que desconcertó a Menón. ¿Cómo podemos pensar algo que nunca hemos pensado antes y, sin embargo, saber que es cierto? Sócrates tenía una respuesta: no podemos. Creía que, durante estas aparentes epifanías, en realidad solo redescubrimos cosas que ya sabíamos, no de esta vida, sino de antes. «El alma, pues, siendo inmortal y habiendo nacido muchas veces, y visto efectivamente todas las cosas, tanto las de aquí como las del Hades —escribió—, no hay nada que no haya aprendido; de modo que no hay de qué asombrarse si es posible que recuerde, no solo la virtud, sino el resto de las cosas que, por cierto, antes también conocía.» Para Sócrates, cada pensamiento aparentemente inédito o cada nuevo descubrimiento no es en realidad más que un recuerdo.

Es una idea hermosa, y explica la paradoja de Menón en los términos más evocadores. Como ya hemos visto todo lo que hay que ver, a veces nos llegan partículas como un déjà vu cósmico: en los vacíos de la mente, un espectro de toda la creación. Pero esta explicación solo es convincente si, como Sócrates, crees que el alma es inmortal y capaz de retener recuerdos, y si no te molestas por el insulto a la mente que supone que, según esta visión, aquella sea incapaz de generar nuevas ideas. Es más, esta historia, aunque hermosa, es inútil como guía práctica para encontrar cosas. Pretende explicar a posteriori cómo hemos podido descubrir algo aparentemente novedoso, pero no puede decirnos de antemano cómo hacerlo.

Sin embargo, debemos concederle esto a Sócrates: nadie hasta la fecha ha conseguido explicar completamente esta capacidad, y mucho menos nos ha ayudado a mejorarla. Es una pena, porque de todas las

cosas que buscamos, las más esquivas son también las más importantes. Buscamos en la oscuridad no solo un nombre olvidado, sino también muchas de las cosas más fundamentales y esenciales de la vida. «¿Cómo te busco, pues, Señor?»,[5] se pregunta san Agustín en sus Confesiones, atormentado por la cuestión de dónde encontrar a Dios y —como converso reciente al cristianismo que antes había abrazado otra fe con ardor— cómo saber si ha encontrado al Dios correcto. Y nosotros también podríamos hacernos esta pregunta sobre muchos temas importantes. ¿Cómo debemos buscar una vocación? ¿Cómo buscamos el sentido? ¿Cómo buscamos amigos, una comunidad, hogar, alguien a quien amar? ¿Debemos salir a buscar esos aspectos que faltan en nuestras vidas? ¿O solo debemos esperar a que nos lleguen, ya sea por casualidad, destino o designio?

Mucho antes de que encontrara su estrella fugaz, Billy ya tenía una idea de lo que era entrar de repente en un mundo nuevo. Abandonado por sus padres biológicos al poco de nacer, una pareja pobre pero cariñosa que no tenía hijos propios lo adoptó y crió como a un niño sacado de un cuento de hadas: era, como se solía decir, un expósito. Sus padres adoptivos —que a partir de entonces serían, para él, simplemente sus padres— trabajaban en una conservera local y ahorraban lo que ganaban en latas de café para comprar una granja. Cuando un gran incendio arrasó la barriada donde vivían y las latas y su contenido ardieron, empezaron de cero. Cuando ahorraron lo suficiente para comprar una casa, ya no eran tan jóvenes, y pensaron que sería bueno tener alguien que les echara una mano y a quien legarla cuando ya no estuvieran. Así llegó Billy a sus vidas.

En aquella época, Estados Unidos se recreaba en su modernidad. Elvis estaba en la radio, los televisores se apoderaban de las salas de estar, y miles de flamantes Ford Thunderbirds estaban a punto de lanzarse a la carretera. Pero Billy iba a la ciudad como lo habría hecho el padre de su padre, en un carro tirado por caballos, y la casa donde vivía con sus padres no tenía agua corriente. No sentía demasiado la carencia, la escasez y la pobreza porque estaba acostumbrado a verlas a su alrededor. Al margen de lo que ocurriera en el resto del país, creció en un lugar donde un hombre al que le preguntaran a qué se dedicaba podía responder «a cazar conejos» y un niño podía faltar a la escuela un mes en época de cosecha, porque tenía que ayudar en la granja.

Billy era uno de esos niños, pero no le importaba faltar al colegio. Era un estudiante mediocre que rara vez disfrutaba de sus clases y, de todos modos, era más feliz en el campo que en el aula. Aun así, tenía una inteligencia poco común —era rápido para entender los problemas y paciente para resolverlos— y aprendía entusiasmado todo

lo que sus padres le enseñaban. Su padre era justo, exigente, taciturno y excepcionalmente trabajador: el tipo de hombre rudo, reservado y práctico del que Wallace Stegner dijo que lleva «el gruñido puesto».[6] Su madre era más dulce y adoraba a su simpático y tardío hijo. Billy, que resultó ser tal como lo habían criado —honesto, agradecido, jovial, valiente ante el trabajo duro—, los enterró a ambos antes de cumplir los veinticinco.

Para entonces, podía construir o reparar casi cualquier cosa, al igual que su padre antes que él; pero, también como su padre, supo desde muy pronto que quería dedicarse al campo. Se esforzó al máximo, pero para su generación era prácticamente imposible sobrevivir con menos de doscientas hectáreas, además de una maquinaria que podía ascender fácilmente a decenas de miles de dólares. Eso estaba fuera del alcance de Bill, como se le conocía ya entonces. Vendió la granja de sus padres y encontró trabajo en el supermercado local, primero como cajero y luego detrás del mostrador en la sección de productos lácteos. El tiempo fue pasando, más deprisa que antes. Un día, mientras trabajaba en la tienda, una joven entró a hacer la compra. Preguntó por ella, y el repartidor de pan le dijo que la conocía; era una chica de la zona llamada Sandy, uno de los siete hijos de una mujer que enviudó joven. Bill le dijo al repartidor de pan que, a cambio del número de teléfono de la chica, sería el padrino de su boda. Antes de terminar su primera cita, ese otro regalo del universo se había convertido en su segundo mejor hallazgo. Seis meses después, en la pequeña iglesia a la que había asistido en su infancia, se casó con ella.

Al igual que sus padres, Bill era frugal. Por poco que ganara o por mucho que se quitara de cosas, nunca había dejado de ahorrar, y no importaba dónde viviera o a qué se dedicara, siempre había echado de menos su antiguo hogar. Después de casarse, recuperó la vieja casa de campo comprándola, pero para entonces esta había sucumbido a las termitas; lloró el día que decidió que tenía que tirarla abajo. Pero una mañana de invierno, después de una tormenta de nieve, él y su esposa se tumbaron en el suelo y crearon sendos ángeles de nieve para marcar el lugar donde construirían una cabaña de madera para ellos y los hijos que esperaban tener. No tardaron en poner la primera piedra. Por las mañanas antes del trabajo, por las tardes después del trabajo, los fines de semana, los días festivos: durante tres años trabajaron en ella, transportando dos mil carretillas de tierra para hacer los cimientos, entallando y cincelando y disponiendo cada uno de los cientos de troncos, sellando los huecos, clavando las tejas, colocando tabiques, levantando la chimenea y disponiendo las piedras para las dos estufas de leña que mantendrían caldeada toda la vivienda. Los amigos y la familia ayudaron a instalar los suelos y a alzar las vigas

del tejado, pero la mayor parte la construyeron ellos solos, con sus propias manos.

La cabaña se asentaba en un gran claro que bordeaba un grupo de árboles atravesado por un arroyo estacional. El interior, además de salón, constaba de una cocina, un baño, dos dormitorios en la planta baja, un tercero en el altillo y un cobertizo en la parte trasera para apilar la leña. Delante de la casa había una parcela de dieciséis hectáreas: la tierra de su padre, la lechería de su madre, el largo camino por el que una vez había llevado la cosecha al pueblo en un carro tirado por caballos. Había vuelto a casa, por fin, y con él había vuelto algo más. Se dice que los objetos encontrados traen buena suerte: colocó el meteorito en la cocina, sobre la piedra junto a la estufa de leña, veinticinco años después y a unos cientos de metros de donde lo había encontrado.

¿Cómo se supone que encontramos el amor? Para mí, como para muchos otros, era una pregunta difícil cuando estaba soltera. Al fin y al cabo, el amor no es como un objeto perdido: no puede recuperarse volviendo sobre nuestros propios pasos o escudriñando minuciosamente a nuestro alrededor. Pero tampoco es como solucionar un problema; puedes pensar en él durante mucho tiempo, puedes imaginarlo con todo lujo de detalles, pero nunca lo encontrarás dentro de tu mente. Es algo así como una persona desaparecida —de hecho, es casi literalmente eso—, pero el área en la que debemos buscarla es en esencia ilimitada. Puede estar esperándote en el café de la esquina o a tres estados de distancia, en un hospital de campaña en Senegal o en una fiesta a la que no te apetece asistir, a cuarenta y cinco minutos a pie de tu casa a través de la lluvia y el frío. Para colmo, en la mayoría de los casos, la última vez que la viste fue... nunca.

Este es el tipo de predicamento que Menón habría reconocido: ¿cómo vamos a encontrar a alguien que no hemos conocido y del que no sabemos nada? El amor, antes de encontrarlo, es como una idea que nunca hemos tenido. Podemos intentar avanzar a tientas hacia él, pero su manifestación final es un misterio. Ese es uno de sus muchos encantos: el amor a menudo nos sorprende por el lugar y el momento en que aparece, y, sobre todo, por la persona que lo encarna. Pero, desde el punto de vista de quienes siguen buscando pareja, también es un problema espinoso. Aunque el amor es una de las cosas más maravillosas que cualquiera de nosotros puede esperar encontrar en la vida, no hay una forma evidente de llegar hasta él.

Algunas personas, en consecuencia, piensan que es mejor no intentarlo. Por razones filosóficas, prácticas o tácticas, sostienen que no tiene sentido buscar activamente una pareja, que nos hace parecer

desesperados, que de todos modos el amor nunca está donde lo buscamos y que lo más probable es que aparezca cuando estés feliz, satisfecho y ocupado en vivir tu vida. Otros creen que encontrar el amor, al igual que alcanzar cualquier otro objetivo, requiere esfuerzo y es una recompensa a la dedicación: que hay que «exponerse», que hay que «decir sí a todo», que, dada la ley de los grandes números, una cantidad suficiente de citas malas —falsos objetivos, por así decirlo— deberán conducir a una sublime.

He pasado la mayor parte de mi vida en el bando de los que ven el amor básicamente como un meteorito, algo que te llega de repente y de la nada; y que encontrar el amor, y el momento en que lo encuentras, es cuestión de pura suerte. No quiero decir que creer en esta forma de encontrar el amor excluya todas las demás, pero sí sé por qué la prefiero. Por un lado, refleja una verdad fundamental sobre el amor, que es que está fuera de nuestro control. Pocas cosas en la vida son tan difíciles de explicar como el motivo por el que te enamoras de una persona y no de otra, y pocas que son tan difíciles de cambiar por mera fuerza de voluntad. Además, esta visión del amor supone que no hay ninguna razón para organizar tu vida en torno a su búsqueda y, por tanto, que esta puede girar en torno al trabajo, los amigos, los viajes, el voluntariado o lo que sea que quieras hacer con tu tiempo: una visión expansiva, autónoma y satisfactoria de la vida por la que estoy agradecida, sobre todo porque en el pasado siempre se les negó a las mujeres.

Por último, y quizá lo más importante, yo encontré el amor auténtico de pura casualidad. En un momento dado, soltera y bien entrada en la treintena, me di cuenta de que las cosas que me hacían feliz a corto plazo —quedarme en casa leyendo, correr largas distancias sola por el campo, sumergirme en el silencio de mi trabajo— nunca me iban a llevar a las cosas que quería a largo plazo: una pareja, hijos, un hogar lleno de gente querida. Fue una visión aleccionadora. En aquella etapa de mi vida, la soledad que tanto apreciaba comenzaba a tender casi al aislamiento, y cada vez más a menudo me encontraba evitando la tristeza de no tener una familia propia. Por primera vez, sentí un auténtico terror al imaginar que quizá no tendría nunca una.

Así que rompí mi costumbre de toda la vida y empecé a buscar activamente el amor: recurrí a amigos y familiares y exploré el mundo de las citas online. Los primeros fueron comprensivos y se tomaron en serio mi petición, pero desgraciadamente su ayuda no me sirvió de mucho. Uno de ellos acabó por decirme que mis amigos más cercanos nunca me ayudarían a encontrar pareja, pues si conocieran a la persona adecuada ya nos habrían presentado hacía tiempo. El amor acechaba en círculos más lejanos, como un asteroide al que había que

sacar de su órbita; me aconsejó que buscara la ayuda de nuevos amigos, amigos de amigos, compañeros de trabajo, conocidos casuales… Un excelente consejo que no me atreví a seguir. Mientras tanto, mi efímera incursión en las citas por internet produjo resultados ridículamente alejados del amor. En una combinación de comedia, futilidad y asombro, la experiencia fue como ponerse unos vaqueros en un probador, solo para darse cuenta de que eran demasiado grandes o demasiado pequeños. No tardé en rendirme y volver a mi antigua costumbre de reprimir la tristeza e ignorar el problema.

Pero no soy una muestra estadísticamente relevante, y he visto a personas a mi alrededor encontrar el amor de muchas maneras diferentes: buscándolo; a pesar de buscarlo en otro sitio; a pesar de no buscarlo en absoluto. Tengo una amiga que reaccionó a una ruptura organizando cincuenta primeras citas, otra se mudó para estar más cerca de su familia y se centró en ellos y en su trabajo. Ambas están ahora felizmente casadas. Conozco a personas que rechazan rotundamente cualquier gesto de ayuda y a otras que movilizan a todo un grupo de búsqueda para localizar a lo largo y ancho del país a la pareja adecuada. Y conozco a otros que buscan el amor como yo lo intenté por poco tiempo, y como buscamos tantas cosas hoy: online, a través de cualquiera de las innumerables empresas que han proliferado con este fin.

El modo en que estas plataformas emparejan es un misterio, pues los algoritmos que utilizan están patentados. Pero, en cierto modo, codifican algo que es obvio en la búsqueda del amor: para encontrar una potencial pareja, debemos acotar de alguna manera el área de búsqueda, imponer algunas restricciones al océano de posibilidades en cuanto a la geografía, las características fisiológicas o las preferencias en materia de programas de televisión o de mascotas. Una de las dificultades de hacerlo, como dirá cualquiera que conozca las citas online, es que, por muy numerosas y específicas que sean esas restricciones, seguirán dando lugar a un sinfín de emparejamientos nefastos. Pero el problema más grave es el contrario: esas mismas limitaciones, las que nosotros seleccionamos, pueden descartar a alguien perfecto, porque, en cuestiones de amor, no tenemos ni idea de lo que buscamos. O, mejor dicho, tenemos muchas ideas, de las cuales cualquiera puede ser errónea.

Esto es un problema, porque resulta muy difícil reconocer algo cuando la imagen que tienes en la cabeza es equivocada. Eso también ocurre en la vida cotidiana; por ejemplo, si buscas un libro en la estantería y no lo encuentras porque tienes en mente una cubierta naranja cuando en realidad es azul. De la misma manera, a veces pasamos por alto a nuestra futura pareja. Uno de los grandes tópicos de la búsqueda del verdadero amor —en los libros, en las películas, en

la vida real— es que no nos damos cuenta de que lo tenemos delante. Puede que conozcamos a la persona, incluso desde hace años, pero que apenas hayamos reparado en su existencia; puede que hayamos sido buenos amigos, incluso mejores amigos, sin plantearnos nunca la posibilidad de algo más. Puede que incluso hayamos sentido pasión por la persona idónea pero en la dirección equivocada, como le sucede a Elizabeth Bennet en Orgullo y prejuicio, que inicialmente desprecia al señor Darcy.

La búsqueda del romance, en otras palabras, plantea tanto la segunda como la primera pregunta de Menón: no solo cómo buscar el amor, sino también cómo reconocerlo cuando lo hemos encontrado. Si dos personas ya se conocen, la respuesta es bastante obvia; con el tiempo, llegan a conocerse mejor y a sentir que de algún modo se pertenecen el uno al otro. En tales casos, el amor surge lentamente de la exposición, como una fotografía. Pero en otros casos, más extraños, la forma en que se manifiesta el amor es más bien un fogonazo de luz. De todos los misterios del amor (su origen, su finalidad, el extraño y dictatorial proceso de selección sobre el que nosotros, como sujetos, tenemos tan poco que decir), quizá el más desconcertante sea este: a veces parece que sabemos al instante que hemos encontrado a la persona, incluso cuando resulta no encajar con el tipo que buscábamos, incluso cuando en verdad no la estábamos buscando.

Nos encontramos por primera vez en Main Street. C. había conducido cuatrocientos kilómetros, pero no para verme a mí; había salido de su casa, en Maryland, e iba a pasar una semana en Vermont, y luego iba a una boda en el norte del estado de Nueva York; la ciudad donde yo vivía era una parada conveniente. Unos meses antes, un amigo común nos había presentado por correo electrónico y había dicho, sin ningún motivo oculto, que haríamos buena pareja. Intercambiamos algunos mensajes amables, y más tarde, en primavera, mientras planeaba su viaje por carretera, se dio cuenta de que mi ciudad le pillaba de camino. Sugirió que comiéramos juntas y yo le propuse una cafetería. Cuando se acercó la hora señalada, me dirigí al centro de la ciudad, me asomé al local para asegurarme de que no había llegado y luego salí a esperarla.

Esto fue a mediados de mayo, en un día que había amanecido frío, pero que se estaba volviendo rápidamente hermoso. Frente a mí, la calle serpenteaba hacia el río Hudson; a mi espalda, la cima de un espolón oriental de los Montes Apalaches empezaba a cubrirse de un pálido verde primaveral. Ahí había ido a correr esa mañana, por un sendero que subía junto a un arroyo hasta llegar a una cima rocosa con vistas al oeste, al otro lado del río, hasta las montañas Catskills, y hacia el sur, casi hasta Manhattan. Hacía casi diez años que me había

mudado de Nueva York a esa pequeña ciudad con sus colinas de fondo, donde, para mi propia sorpresa, había vivido más tiempo que en cualquier otro lugar desde mi infancia. A eso le había estado dando vueltas mientras corría: el carácter agradable, pero también arbitrario, del lugar donde había acabado echando raíces. Lo que no recuerdo es en qué pensaba en Main Street cuando levanté la vista y vi a C. acercarse.

Me resulta extraño, después de todos estos años, evocar esta versión de ella y esta versión de mí. En el Banquete de Platón, Aristófanes imaginó a los amantes como mitades de un mismo ser separado por los dioses, que no se sienten completos hasta que encuentran a su contraparte extraviada, pero C. y yo estábamos del todo completas antes de conocernos. De hecho, ahora que recuerdo aquel momento, lo que me sorprende es precisamente su integridad: allí estaba ella, dirigiéndose hacia mí con toda su notable especificidad, y allí estaba yo, sin saber todavía nada de ella. Esbelta, de piel clara, con el pelo oscuro cayéndole por encima de los hombros, increíblemente bien vestida para alguien que viaja por carretera, con una camisa y chaqueta: esa era toda la información disponible sobre la que acababa de convertirse, aunque yo aún no lo sabía, en mi nueva vida. Recordándolo ahora, ni siquiera estoy segura de cómo supe que era la persona con la que había quedado para almorzar, hasta tal punto en ese momento era una completa desconocida para mí. Si la historia hubiera girado una milmillonésima de grado, lo habría seguido siendo para siempre. En cambio, la vi venir por la calle hacia mí, poniendo fin al último y breve tramo de todo el espacio y el tiempo previo a conocernos.

No es del todo exacto decir que lo supe de inmediato. Durante ese primer almuerzo, lo que más sentí fue un extremo estado de alerta. Era seria y sumamente inteligente, hasta el punto de que mi conciencia intensificada podía compararse de algún modo a la de un escalador en terreno escarpado: las cumbres eran altas y variadas; las vistas inmensas, encantadoras y sorprendentes. De alguna manera, daba la impresión de ser franca pero también reservada, así que cuando se rió por primera vez, con un placer súbito y genuino, al instante quise que riera de nuevo. La observé mientras hablaba y organizaba el aire entre nosotras con sus dedos largos, con la precisión de un director de orquesta. Seguí sus movimientos, formales, pero al mismo tiempo desenfadados, mientras el día se calentaba y ella se quitaba la chaqueta y se arremangaba. Durante dos horas y media estuvimos sentadas charlando así, en la terraza vacía del café, aunque pareció la mitad de tiempo, o, más bien, que me liberaba del ajetreo del mundo, como si el viejo Tiempo de la canción nos hubiera calado y estuviera suspendiendo provisionalmente a sus reglas, como el

amable policía del aeropuerto que, unas semanas más tarde, sonriente, nos dejó despedirnos durante un largo rato en la zona de prohibido estacionar frente al vestíbulo de salidas.

Finalmente, después de tomarnos una última, y en absoluto necesaria, taza de café y de devolver nuestros platos al mostrador, actué siguiendo un impulso que aún me resultaba oscuro en ese momento y le propuse enseñarle mi casa antes de que reanudara su camino por carretera. Fuimos juntas y le mostré la casita de madera donde vivía y el jardín, donde los tomates y los pimientos apenas nos llegaban a los tobillos y las plantas de judías apenas empezaban a desplegarse como pequeños periscopios que se alzaban del suelo. Entonces, sin saber por qué la había llevado allí ni qué hacer a continuación, le deseé un buen viaje y nos despedimos con cierta incomodidad. Cuando entré en casa, me sobresalté al darme cuenta de lo tarde que se había hecho.

Esa noche me envió un correo electrónico: «Me falta mucha práctica en este tipo de cosas, y tú vives a tres estados de distancia, pero me encantaría invitarte a cenar la próxima vez que estemos cerca». En ese momento, ocurrieron dos cosas con tanta rapidez que ni siquiera estoy segura de que llegase al final de la frase antes de que mi cerebro empezara el proceso de reorganizar mi vida. En primer lugar, la tarde que acabábamos de pasar juntas parecía de repente otra muy distinta, como una ilusión óptica en la que una imagen se transforma de repente en otra. Antes de ese correo, no se me había ocurrido que a C. podían gustarle las mujeres, y probablemente por eso no me había dado cuenta de lo que significaba mi intenso interés por ella. En segundo lugar, supe sin pensarlo que diría que sí.

Una semana más tarde, cuando C. volvía de la boda de su amiga, tuvimos nuestra primera cita. Después de la cena y de una película que a las dos nos pareció espantosa, salimos a dar un paseo nocturno. Recuerdo exactamente qué camino tomamos, y también nuestra forma de andar, a veces más cerca la una de la otra, a veces más lejos, y que ese espacio fluctuante entre las dos se convirtió de repente en mi pensamiento prioritario. Era una noche suave y despejada. La luna creciente, que nos acompañaba desde su discreta distancia habitual, desaparecía y asomaba entre las chimeneas y las copas de los árboles. De vez en cuando su risa se elevaba en el aire, como los estorninos que, sobresaltados, salen volando del nido. Cuando llegamos a casa y nos acomodamos en el sofá, era muy consciente de lo mucho que deseaba tocarla, y también de lo mucho que deseaba seguir escuchándola. Por tanto, es culpa mía que fuera medianoche pasada cuando finalmente nos besamos.

No intentaré describirlo, aunque podría hacerlo; solo quiero decir que fue uno de esos momentos únicos, del puñado que cada uno de

nosotros tiene en la vida, que quedan indeleblemente grabados en la memoria con todos y cada uno de sus detalles. Para entonces, habíamos vuelto a salir. La luna había desaparecido. Las estrellas y el silencio llenaban el cielo. A nuestro alrededor el universo se expandía, no desde algo, ni hacia nada, sino que por sí solo cambiaba la escala del espacio y ampliaba los límites de la existencia. La de la gravedad, la electromagnética, la fuerte y la débil, todas las fuerzas conocidas y desconocidas actuaban sobre el cosmos. Si las sentimos —y en qué medida las sentimos— es una incógnita, rebosantes como estábamos de nuestras propias fuerzas, que giraban dentro de todo ello como la más diminuta de las esferas celestes de Ptolomeo. Un poco más tarde entramos de nuevo en casa. Durante mucho tiempo, todo lo que no era ella —la misma casa que nos rodeaba, el resto del mundo, el paso del tiempo, el pasado y el futuro— perdió importancia.

A la mañana siguiente nos despertamos tímidas y felices y asombradas, en formas que abarcaban tanto lo grande como lo pequeño. Qué poco sabíamos la una de la otra: ella se sorprendió por el tatuaje de mi hombro, que no había visto en la oscuridad; yo me sorprendí al descubrir que el color de sus serios ojos marrones se había tornado en un precioso verde bañado por el sol. Verde bronce, reconoció ella, pero yo pensé que era mágico, y desde entonces pienso en ella como alguien con los ojos mágicos. Salimos juntas, porque nos pareció más agradable ir a la ciudad a tomar un café que prepararlo en casa. Cuando subimos la pequeña colina frente a mi casa, la tomé de la mano. Fue distinto, excitantemente distinto a como nos habíamos tocado la noche anterior, pero también más definitivo. De la noche a la mañana me había convertido en alguien que quería ir a desayunar cogida de la mano. Se marchó a mediodía, no sin antes sacar subrepticiamente un libro de poesía de mi estantería y dejarlo abierto por un poema perfectamente elegido, en un lugar donde seguro que iba a encontrarlo. Cuando lo descubrí unas horas más tarde, algo en mí se prendió, como una vela recién encendida. Si no lo había sabido antes, lo supe entonces.

Cuando Dante Alighieri tenía nueve años —en realidad casi diez— escribió, con un agudo sentido de los finos matices del tiempo para ser un niño, sobre una chica de aproximadamente la misma edad. Su nombre, descubrió, era Beatriz: dadora de bendiciones. Mucho más tarde, en La vida nueva, describió en términos sorprendentemente técnicos lo que sucedió en el momento en que la vio: «El espíritu animal, que habita en la elevada cámara a la cual todos los espíritus sensitivos envían sus percepciones, comenzó a maravillarse en demasía, y hablando especialmente a los espíritus de la vista, dijo estas palabras: Appamit iam beatitudo vestra».[7]

De todas las grandes pasiones descritas en la literatura occidental, la de Dante por Beatriz es una de las más peculiares. No correspondida, no consumada y casi infundada, a primera vista no parece tanto un ejemplo de amor duradero como el prototipo de un enamoramiento sin esperanza. Nueve años después de ese primer encuentro, vuelven a coincidir y, para inmensa alegría de Dante, Beatriz lo saluda. Después se cruzan de vez en cuando por la calle, pero no vuelven a dirigirse la palabra. Entonces, cuando Beatriz tiene solo veinticinco años, muere de improviso.

Es una tragedia que no viene precedida de un romance, a menos que se tome en serio la posibilidad de enamorarse a primera vista. Dante sí lo hizo. Declaró que Beatriz era la mujer perfecta, le atribuyó su propio crecimiento espiritual y le dedicó no solo docenas de poemas, sino toda su vida, presente, pasada y futura. Y, sin embargo, aparte de su posición social, no sabía prácticamente nada de ella: nada de su carácter, nada de sus pasiones y sueños, nada de la topografía o la temperatura de su mundo interior. En resumen: no había nada que pudiera propiciar todo el amor que sentía por ella, más allá de esa respuesta instantánea de su «espíritu vital».

Es fácil tachar de ridícula la idea de que alguien pueda encontrar el amor de esta manera. Para sus no pocos detractores, la idea del amor a primera vista es, en el mejor de los casos, insensata; en el peor, peligrosa y, en ambos casos, totalmente inverosímil, una ficción vaga y trasnochada que los guionistas de Hollywood han perpetuado hasta hoy, al igual que los novelistas de pacotilla y los románticos empedernidos. Según estos críticos, lo que consideramos una experiencia emocional profunda es, en cambio, una respuesta banal a la mera belleza física; al fin y al cabo, ¿qué otro rasgo podría captar hasta tal punto nuestra atención en los primeros momentos en que se conoce a alguien? Por lo tanto, tampoco tiene sentido verlo como una señal de que hemos encontrado a la persona idónea. Nos impresionarían menos las parejas que se lanzan precipitadamente en brazos del amor, dicen, si comprobáramos mediante un seguimiento sistemático cómo les va después. Hay muchas relaciones que prenden de forma apasionada, pero que se apagan con la misma celeridad; otras terminan años o décadas más tarde, después de que el ferviente amor del inicio haya ido gradualmente desvaneciéndose. No sabemos la respuesta a la cuestión de un universo alternativo que plantea La vida nueva: ¿habrían sido felices juntos Dante y Beatriz?

Este punto de vista escéptico es un correctivo útil a una visión del amor propia de los cuentos de hadas que no solo niega a todo tipo de personas la posición de posibles amantes o amados, sino que también excluye en gran medida todo lo que es necesario para una relación seria, duradera y madura. «Todos los días nos bombardean con

mensajes que nos dicen que el amor tiene un fuerte componente de misterio, que es por su misma esencia incognoscible», escribió la académica y activista bell hooks en Todo sobre el amor. «A menudo vemos en las películas a personas enamoradas que ni siquiera dialogan, que terminan en la cama sin hablar nunca de sus cuerpos, de sus necesidades sexuales, de sus gustos y aversiones.» De hecho, el mensaje que nos dan los medios de comunicación es que el conocimiento despoja al amor de su fascinación. Pero, en realidad, argumenta hooks, el conocimiento —una visión profunda, íntima y a veces difícil de conseguir tanto de tu pareja como de ti mismo— es «un elemento esencial del amor».[8]

No podría estar más de acuerdo. Y, sin embargo, el amor es innegablemente un enigma, y uno de sus muchos misterios es que a veces descubrimos muy pronto que, como decía Dante, la felicidad nos ha llegado. Puede que «a primera vista» sea una exageración, pero criticar el lenguaje no viene aquí al caso. Al margen de la duración exacta de un contacto fugaz —una primera mirada, un primer encuentro, una primera conversación, una primera cita—, a veces podemos reconocer, con increíble rapidez, que hemos encontrado a nuestro ser amado. En el momento en que la vio en la tienda de comestibles, Bill, ya adulto, el mismo que encontró una estrella fugaz, supo que había conocido a su futura esposa. Mi madre le pidió a mi padre que se casara con ella en su segunda cita. Para ellos, como para muchos otros, el amor apareció de forma tan repentina y clara como una idea que viene a la mente. Eureka: lo he encontrado a él; la he encontrado.

Pero ¿qué es lo que percibimos cuando esto sucede? En contra de lo que dicen los críticos, no puede tratarse simplemente de belleza física. Todos alguna vez hemos lanzado miradas de admiración a un desconocido por el que no sentíamos nada, lo que significa que sí somos capaces de sentirnos atraídos al instante por el aspecto de alguien sin encontrarlo atractivo en un sentido general. Cuando esto último ocurre, se deduce que estamos respondiendo a algo más allá de las características superficiales. Se podría argumentar que ese «algo más allá» es simplemente un grado de atracción inusualmente intenso, pero eso replantea el problema en lugar de resolverlo: ¿qué es lo que encontramos tan fascinante en esa persona, por encima incluso de otras personas muy atractivas? Y lo que es igual de desconcertante: ¿cómo lo hacemos? ¿A través de qué parte de nosotros, aún no revelada, obtenemos suficiente información sobre alguien para concluir tan rápidamente que estamos destinados a estar juntos?

La humanidad lleva milenios tratando de encontrar respuestas a estas preguntas. En consonancia con su teoría general del conocimiento, Platón creía que podemos reconocer a nuestro amado

por medio de la memoria. En su opinión, no existía el amor a primera vista; solo el amor que reconocemos porque lo vimos antes, hace mucho tiempo, antes de que comenzara nuestra propia vida. (Algunas parejas, en efecto, experimentan su conexión de esa manera, y desde el principio sienten como si se conocieran de siempre.) Dejando de lado todas las demás cuestiones que plantea esta teoría, tiene la ventaja de ofrecer una explicación práctica plausible de por qué la gente puede enamorarse tan rápido. Un intercambio de miradas con un desconocido no nos dice mucho, pero sabemos por experiencia que un recuerdo, por vago o fugaz que sea, puede suscitar de inmediato emociones poderosas.

Sin embargo, muchos de los contemporáneos de Platón tenían una explicación diferente para el amor a primera vista. Tanto en la mitología romana como en la griega, el fuego del amor se representaba a menudo como algo impuesto desde el exterior, por Cupido o Eros, que utilizaban un arco y una flecha para hacer volar el amor por los aires con la misma rapidez que una mirada. A medida que el monoteísmo fue imponiéndose en Occidente, los dioses y sus armas fueron sustituidos por hechiceros y curanderos, que a menudo vendían remedios mágicos, algunos de los cuales, en consonancia con la idea del amor a primera vista, se aplicaban directamente a los ojos, como hacen Oberón y Puck con Demetrio, Titania y Lisandro en El sueño de una noche de verano. A lo largo de los siglos, muchos otros pensadores y escritores, desde Boccaccio hasta Yeats, han afirmado que la pasión se producía generalmente de este modo: «el amor entra por el ojo»,[9] escribió este último. Dante, sin embargo, no podía estar más en desacuerdo. Según él, los ojos son los últimos en enterarse; solo reconocen a la amada cuando el «espíritu de la vida» los pone en alerta.

De todas estas explicaciones, la mitológica es la más evocadora, pues exalta y se burla a la vez de nuestras intimidades mortales: el amor aparece a veces como un milagro privado, a veces como una intervención divina. Dudo que esta descripción pueda superarse en términos de riqueza metafórica, aunque haya que afear el tópico de esas flechas de amor para darse cuenta de lo bellas y doradas que son y de lo afiladas que están. Pero fue Dante quien hizo que el amor a primera vista pareciera algo de nuestro tiempo. Buscó la explicación no en nuestra vida pasada sino en la actual, y no en un poder externo, como una deidad, sino en una influencia interior, en el cerebro, el cuerpo y el alma, todos los lugares a los que ahora miramos de forma rutinaria para entendernos un poco. Y que juntas conforman una especie de aparato de procesamiento de información, compuesto por diferentes partes, cuyas conclusiones, dice Dante, se revelan a la conciencia solo con cierto retraso.

El aparato de Dante es, por supuesto, la mente humana, esa extraordinaria máquina para darnos sentido a nosotros mismos y al mundo. Seguimos sabiendo solo un poco más de lo que él sabía, pero lo que sabemos sugiere que no deberíamos sorprendernos del todo por la rapidez con que podemos reconocer que hemos encontrado al amor de nuestra vida. Uno de los rasgos distintivos de la cognición humana es la capacidad de sacar conclusiones generales a partir de datos limitados, a menudo con una velocidad increíble. Por ejemplo, a un sonido agudo acompañado de un cambio repentino de luz reaccionamos saltando para alejarnos de la rama del árbol que se cae; entendemos por el saludo de dos sílabas de una hermana por teléfono que tiene malas noticias; entramos en una habitación llena de extraños y vemos por la expresión de una docena de caras desconocidas que algo va muy mal. ¿Por qué, pues, no podemos conocer a alguien y deducir con la misma rapidez —por una mirada, una conversación, un almuerzo— que estamos a salvo, que hay buenas noticias, que algo está perfectamente bien?

Para los detractores, esto no es suficiente, y seguirán cuestionando nuestra capacidad de sentir tanto por un casi desconocido. Sin embargo, se trata de una valoración algo avara de nuestras capacidades humanas, que además no se aplica de forma coherente. Al fin y al cabo, no todos los amores repentinos son igual de sospechosos: nadie cuestiona el amor desbordante que los padres sienten por sus hijos desde el momento en que nacen. No pretendo sugerir que amar a un bebé y enamorarse de un adulto sean experiencias análogas, sino que el profundo entendimiento mutuo no puede ser el único motivo para sentir una íntima conexión con otra persona. Y tampoco es sospechoso todo conocimiento repentino. Las corazonadas y las intuiciones son alabadas en todas sus formas, y aunque esas experiencias instintivas pueden llevarnos fácilmente por el mal camino, incluso el epistemólogo más conservador admitirá que a veces son espectacularmente acertadas, hasta el punto de que no todas pueden descartarse como felices coincidencias. Aunque todavía no podemos explicar cómo lo hacemos, a veces llegamos a muchos tipos de conocimiento de forma casi instantánea.

Cuando ese conocimiento es el del amor, puede cambiar nuestras vidas no solo con una velocidad increíble, sino con una profundidad increíble. Esto es lo que intento explicar a las personas que siguen buscando pareja y comienzan ya a desesperarse: no haber encontrado el amor y encontrarlo son situaciones totalmente incomparables, y sin embargo se puede pasar de una a otra en un solo día. Esto le ocurrió a Dante en el instante en que conoció a Beatriz, una experiencia que luego describió con perfecta concisión y en latín, para darle el peso que merecía, aunque habitualmente escribía en italiano. Incipit vita

nova, escribió sobre el momento en que encontró el amor: comienza una nueva vida.

Los días previos a nuestra segunda cita estaba nerviosa. Parecía muy posible que el interés de C. por mí hubiera disminuido para entonces; parecía igualmente posible que la alegría que había sentido en nuestra primera cita —una felicidad exuberante acrecentada por la perspectiva de una felicidad aún mayor— se evaporara cuando volviéramos a vernos. Por aquellas fechas, tenía fama entre mis amigos de ser una persona muy contradictoria en todo lo referido al amor. Había salido con muchas personas, pero generalmente por poco tiempo; desde la universidad no había tenido una relación seria con nadie. A los veinte años, eso era bastante normal, especialmente cuando me mudé a Nueva York. Pero mediada la treintena, cuando cada vez más gente de mi entorno había encontrado pareja y se había establecido, mi persistente incapacidad de enamorarme había llegado a parecer un problema. Un amigo que una vez analizó mi tendencia a identificar en pocos días todas las razones por las que una relación estaba condenada al fracaso concluyó que mi corazón estaba optimizado para detectar todas las señales de alarma. Otro amigo bromeó diciendo que estaba esperando la aparición repentina de una princesa azul a lomos de un caballo blanco.

De estas dos acusaciones, la última es la más acertada. De hecho, siempre podía dar una razón por la que alguien con quien había salido unas cuantas veces no era la persona adecuada para mí, pero en realidad nunca era esa la razón. La verdadera razón, en todos los casos, no era la presencia de algo que me hiciera pensar que no; era la ausencia de algo que me hiciera pensar que sí. Solo una vez intenté entablar una relación sin esa fuerte sensación de asentimiento interior, en parte porque intentaba tomarme en serio la teoría de que mis escrúpulos románticos eran una forma de evitar la vulnerabilidad inherente al amor; en parte porque parecía posible que con el tiempo surgiera esa sensación de certeza, aunque no estuviera ahí al principio; y en parte también porque esa relación en concreto parecía, sobre el papel, que iba a funcionar. Pero no fue así, y el esfuerzo por fingir que algún día iba a funcionar era incómodo para mí y terriblemente injusto para la otra persona. Cuando rompimos, me prometí a mí misma que no volvería a cometer ese error. Más tarde, cuando conocí a C. y la sensación de sí surgió en mí de forma espontánea, sentí un enorme alivio al darme cuenta de que no me equivocaba sobre mí misma, y que había hecho bien en esperar. Pero la esperanza siempre esconde una pizca de miedo y, antes de nuestra segunda cita, me preocupaba sentir tanto sobre la base de tan poco, y temía la posibilidad de que esos sentimientos se esfumaran cuando la

volviera a ver.

Y entonces, una soleada tarde de viernes, allí estaba ella en mi puerta con un ramo de flores en la mano. Años más tarde, me regaló un libro del crítico literario Philip Fisher sobre el asombro, en el que describe, entre otras cosas, cómo respondemos a percepciones visuales insólitas y remarcables, desde un arcoíris hasta las grandes obras de arte o una gota de agua bajo el microscopio. Señala que la gente casi siempre sonríe cuando de repente comprende algo nuevo («el momento en que uno se cae del burro»). Ese día, al volver a ver a C. en mi casa, sonreí y seguí sonriendo. Lo que advertí entonces fue que ningún sentimiento de felicidad era desproporcionado respecto del hecho de haberla encontrado. Cogí las flores, las puse sobre la mesa y me metí en el lugar que las flores habían ocupado antes en sus brazos, y allí, en medio del salvaje clamor de lo que sentía, había dos emociones casi contradictorias: que nada en el mundo podía ser más natural; que nada en el mundo podía ser más asombroso.

Olvidaos de los candidatos obvios, como la pasión y la admiración y la ansiedad y el arrebato; la esencia del enamoramiento es el asombro. Lo que más experimentas es que estás totalmente sorprendido por lo que el destino te tiene reservado. «No puedo creer que seas real», se dicen los amantes con total sinceridad, como si el amado fuera un unicornio o un ángel. En otros contextos, una confrontación repentina con la imprevisibilidad del mundo lleva a la sobriedad o a la angustia, como cuando una pérdida hace que uno se vuelva dolorosamente consciente de cómo algo que apreciamos puede desaparecer de un día para otro. Pero enamorarse es el reverso brillante de esa percepción, un ejemplo de la intensa alegría que podemos experimentar cuando la vida nos sorprende.

Las sorpresas funcionan revelando lo que antes estaba oculto, enseñándonos algo y, en muchos casos, poniendo en evidencia lo poco que sabemos. Durante toda esa segunda cita con C., no dejé de pensar en un par de versos de John Keats: «Me he sentido como el que observa el cielo / y ve un nuevo planeta surgir ante su vista».[10] Mi imagen del universo se reorganizó cuando conocí a C. Casi de inmediato, me di cuenta de que ahora conocía una de las cosas más importantes de la vida —la persona con quien quería compartirla— y también de que apenas sabía nada de ella. Ese tipo de ignorancia, a diferencia de muchos otros tipos, no es invisible ni pasiva. Al contrario, es inequívoca y urgente, y busca activamente su erradicación: en no poca medida, el enamoramiento es un estado de hambre de información. Si tus sentimientos no son correspondidos, como en el caso de Dante, tratarás de recopilar todos los detalles posibles desde la distancia. Si tienes más suerte, someterás a tu amada a un estudio exhaustivo e íntimo que incluya su cuerpo, su mente, su

corazón, sus hábitos, su hogar, su todo. Esta sed de conocimiento se caracteriza por su minuciosidad y su avidez: y es que, en general, cualquier deseo en el amor —físico, emocional, intelectual, existencial — es siempre un deseo de más.

Y por eso, supongo, mi segunda cita con C. duró diecinueve días. Por supuesto, no era nuestra intención que se prolongara todo ese tiempo. Pero C. había vuelto a viajar al norte porque, entre otras cosas, tenía algunas reuniones en Nueva York aquel mes, y el barrio donde yo vivía estaba bien comunicado por tren con Manhattan. Era el final de la primavera en el valle del Hudson. Los cerezos y manzanos de mi calle eran todavía un derroche de rosa y blanco, las puertas de las tiendas de Main Street estaban abiertas de par en par, la temporada de mercados de agricultores y festivales de fresas y música al aire libre acababa de empezar. Quédate, le sugerí, y así lo hizo.

Incipit vita nova: durante los días siguientes, nos movimos juntas por la vida en algo contrario a una neblina, despiertas, alertas, como si no solo fuéramos nuevas la una para la otra, sino que viéramos el mundo con ojos diferentes. Una vez, al principio, paseamos por un parque y a lo largo de un arroyo hasta llegar al Hudson, que a la luz de la tarde brillaba con miles de fragmentos azules llenos de plata y oro. «Mira», decía C. cada pocos minutos mientras caminábamos hacia el sur a lo largo del río, y luego señalaba la sombra de un pez azul que se escabullía bajo una piedra, un sapo medio oculto en el barro, una garza inmóvil en la orilla. Cuando era pequeña, me dijo, le interesaban las civilizaciones de los aborígenes americanos, por lo que su padre la llevó a husmear por campos y tierras ribereñas, ayudándola a reconocer fragmentos de cerámica, cabezas de hacha, morteros y puntas de flecha. A los diez años, pasó todo un verano en una excavación arqueológica improvisada que sus padres le montaron detrás de su casa; a los doce, en una visita a la playa, cavó en la arena y encontró el anillo de boda que había extraviado un desconocido (el desconocido se lo agradeció después). Tal vez fue ese entrenamiento temprano el que agudizó su atención, o tal vez simplemente esté atenta al mundo por naturaleza; en cualquier caso, pronto noté que no se le escapa nada. Mientras camina, es capaz de ver un trébol de cuatro hojas en la hierba, una mantis religiosa en una hoja y un nido con huevos en la copa de un árbol. Incluso mientras conduce, algo que le encanta, señala tortugas en la orilla del río y halcones en las ramas de los árboles y un zorro a lo lejos que se arrastra con elegancia por un campo: y todo ello, sin apartar nunca la vista de la carretera.

Así es como me pareció la vida con C. desde el principio: inusualmente detallada, inusualmente nítida. Era maravilloso estar en el mundo con ella, mirarlo en su compañía y ver lo que ella veía. Un

día fuimos a dar un paseo alrededor de Storm King, esa montaña con su hermoso nombre y con su igualmente hermoso parque de esculturas al aire libre, quemándonos un poco al sol bajo un cielo perfectamente despejado: el mismo adjetivo, me dijo C., que Nabokov usaba para describir sus cincuenta y dos años de matrimonio con Vera Slonim. Otro día paseamos por el museo local de arte contemporáneo que, como también exhibía enormes megalitos de piedra, coches arrugados y montones de cristales rotos, describí en broma como el Museo del Arte Inspirado en el Miedo. Ya veo lo que quieres decir, dijo C., de pie a mi lado, mirando una araña de dos metros de Louise Bourgeois; después me habló del Trono del tercer cielo del artista naíf James Hampton, con su mensaje «No temas». Más tarde, de vuelta en casa, nos tumbamos juntas en el sofá, vimos Perdición y devoramos una pizza entera, indolentes y satisfechas como gatos domésticos. La semana siguiente atravesamos el valle del Hudson por carreteras secundarias, cruzamos arroyos, admiramos viejas granjas y hablamos del tipo de casa en la que imaginábamos que viviríamos algún día; y cuando, ya en el coche, se giró, se estiró y me sonrió, esbelta e iluminada por el sol, con el primer puñado de pecas de verano en las mejillas, pensé en Pablo Neruda, que nos regaló los versos más dulces y obscenos jamás escritos: «Quiero / hacer contigo lo que la primavera hace con los cerezos». Yo también quería hacer eso con C., por supuesto que sí. El número de cosas que quería hacer con ella era infinito.

¡Pobre Dante! Encontró el amor, pero nunca llegó a aprender que el amor es también un tipo de hallazgo continuo. La emoción de ese primer momento de reconocimiento se repite una y otra vez en los primeros días del amor, como la única moneda de oro que brilla en el fondo del mar y que conduce al inmenso y rico tesoro de un galeón español. Cada uno de esos primeros días con C. era así, lleno de nuevos descubrimientos, algunos profundos y que llegaban en forma de revelación consciente, otros mundanos y nacidos de la mera proximidad, de estar juntas mientras la vida seguía su curso. En esa prolongada segunda cita, me enteré de que C. toma café solo durante todo el día; que no le gusta hablar por teléfono, pero suele enviar docenas de cartas escritas a mano; que está muy unida a sus dos hermanas, aunque son muy diferentes, una de ellas dos años mayor y la otra seis menor; que se despierta totalmente descansada después de dormir cinco horas; que no es de comer dulces, pero tiene la misma relación con la sal que esas grandes criaturas salvajes, elefantes, búfalos y cabras montesas, que atraviesan ríos y cordilleras para saciar su necesidad de sal. Por su parte, C. descubrió que me encanta viajar, pero que soy propensa a marearme en el coche; que prefiero dormir en una habitación tan oscura como una aldea medieval en una noche sin

luna; que no tolero la música antes de las diez de la mañana; que da lo mismo si hace mal tiempo, estoy cansada o hay que llegar pronto a algún sitio, la respuesta correcta a «¿Salgo a correr?» es siempre «Sí».

El amor, como la pena, tiene las propiedades de un líquido: fluye por todas partes, llena cualquier recipiente, lo empapa todo. Incluso anegaba las actividades más cotidianas de esa segunda cita. Me encantaba ir a comprar al supermercado con C., me encantaba fregar los platos con ella, estar cerca de ella mientras hacía mi trabajo de todos los días. Al igual que yo, C. es escritora; durante esa larga segunda cita, trabajó sobre todo en la mesa de mi comedor, rodeada de libros y archivos, mientras yo escribía cerca en un escritorio de pie, al que bautizó, riéndose, como mi monociclo. Los días que necesitábamos un cambio de aires la llevaba a mi biblioteca pública favorita, unos pueblos más al sur, donde nos sentábamos en una pequeña sala de estudio con lámparas de notario verdes e imponentes retratos al óleo y sillones que parecían diseñados para que los perros lobo durmieran debajo. Cuando esa sala no estaba libre, ocupábamos una amplia mesa de madera en un gran atrio, donde los conejos y los petirrojos, al otro lado de la ventana, hacían cuarenta comidas al día en la hierba y yo me distraía observando su rostro a la luz de la tarde: anguloso, serio, pensativo. Finalmente, por primera vez, le enseñé el borrador de un artículo que me estaba costando terminar, y ella me enseñó las primeras páginas del libro que acababa de empezar a escribir.

Cuando no estábamos escribiendo, a menudo leíamos, a veces por trabajo y a veces por placer, a veces juntas y a veces por separado. Un día sacó de mi librería The Meadow [La pradera] de James Galvin, lo llevó al sofá y lo terminó de una sentada, o no de una sentada, en realidad, ya que estaba tumbada boca abajo, con los tacones levantados hacia atrás, como una niña a la que le gusta leer en un domingo lluvioso, tan absorta en el libro que no se dio cuenta de las veces que yo levantaba la vista de mi trabajo para observarla. Por la noche, nos leíamos en voz alta la una a la otra cualquier libro que tuviéramos empezado, o alguno que nos gustara y quisiéramos compartir, como cuando le confesé que había leído muy poco de Frank O'Hara y ella se llevó a la cama un volumen de sus poemas. «Cuando estoy deprimido o me invade una ansiedad taciturna / no tienes más que quitarte la ropa», empezó a leer con un tono de voz íntimo y divertido, lo que hizo de mí al instante una conversa.

Así que esta era mi nueva vida; resultaba casi imposible de creer. Me asombraba —cada día, cada hora— que me hubiera ocurrido algo tan maravilloso. Conservaré para siempre un recuerdo particularmente vívido de la sensación que se apoderó de mí en algún momento de esa larga segunda cita, cuando me encontré haciendo tortitas en la cocina

a las tres de la madrugada. Habíamos bajado del dormitorio después de que C., que tiene figurita de sílfide, pero como ya había descubierto para entonces, el metabolismo de un adolescente de dieciséis años, anunciara que tenía hambre. Ahora estaba sentada en un taburete alto, con el plato en el regazo, devorando tranquilamente su octava o novena tortita. Sobre la encimera había un tarro de mermelada abierto. Flotaba en la cocina un ligero aroma a mantequilla y harina. En el reflejo de la ventana, la escena flotaba por duplicado, reluciente en la oscuridad. Mi felicidad era tan enorme que parecía estar junto a nosotras, como si fuera una tercera persona.

Hasta entonces, mi vida había sido extraordinariamente afortunada. Seguridad, prosperidad, buena salud, una excelente formación, un trabajo que me gustaba, una educación afectuosa que me hacía sentir en paz conmigo misma y a gusto en el mundo: todo lo que está tan injustamente distribuido en la vida pude disfrutarlo desde el primer minuto. La tristeza que había experimentado —una introducción demasiado temprana al duelo, las penas y los miedos cotidianos que nadie puede evitar— era modesta desde cualquier punto de vista, y quedaba empequeñecida por la inmensa cantidad de alegría que había recibido. Por eso, cuando conocí a C., me sorprendió sentir que crecía tanto y tan rápido. Aquel que «observa el cielo» sobre el cual escribió Keats era William Herschel, el astrónomo que, al descubrir Urano, casi de la noche a la mañana amplió los límites conocidos del sistema solar en mil millones de kilómetros. Así se expandió mi felicidad cuando conocí a C.

La mañana siguiente a aquellas tortitas madrugadoras, me desperté en una cama vacía. Cuando bajé, vi a través del gran ventanal de mi casa a C., que llevaba un buen rato trabajando, sentada a la mesa de pícnic del patio. Vestía unos vaqueros y una camisa de cuadros remangada; al lado, tenía una taza de café y frente a ella, un bloc de notas. Estaba de espaldas a mí, y me quedé un largo rato observándola a través de la ventana. La noche anterior, en la cocina, el mundo junto a con ella había parecido encantado, casi irreal en la resplandeciente alegría noctívaga. Pero lo que no podía dejar de mirar aquella mañana era la absoluta cotidianidad de la escena: allí estaba ella, haciendo su vida en mi casa, haciendo su vida en mi vida. Cuando al día siguiente se fue a Manhattan a trabajar, llamé a mi hermana y le dije que había conocido a la mujer con la que iba a casarme.

La poeta Anne Carson observó una vez que las historias de amor romántico tratan siempre del amante, del amado y de las diferencias entre ambos. Eso es cierto. Pero también lo es que una historia de amor romántico, sobre todo cuando la cuentan los propios amantes, siempre trata del amante, del amado y de las similitudes entre ambos.

En el amor, son inevitables tanto los contrastes como las similitudes, y en nuestra cultura hay confusión sobre cuál de los dos es más importante. La sabiduría popular dice que los opuestos se atraen, pero también lo contrario. «Deberías conocer a tal o cual persona»—insiste el posible casamentero—. Tenéis mucho en común.»

¿Qué tenemos en común C. y yo? Lo extraño de la lista que podría enumerar es que resulta difícil decir qué elementos contribuyen a nuestra felicidad y cuáles no. La primera vez que subí a su coche, arrancó el motor y Miranda Lambert salió a todo trapo de la radio, porque había dejado la emisora local de música country al máximo volumen. Ella estaba un poco avergonzada, pero yo estaba eufórica, de una forma un tanto irracional. Es cierto que me encanta la música country, y también que relativamente pocos de mis amigos comparten esa preferencia (y muchos la desprecian), pero no sé por qué me emocioné tanto cuando la pillé diciendo que a ella también le gustaba, o por qué me pareció tan prometedor. En el esquema general del mundo, ¿acaso hay algo más trivial?

Lo cierto es que sí, y también tenemos mucho en común en ese sentido: el amor por las tiendas de segunda mano, suficientes blusas de franela a cuadros para que nos duren toda la vida, la aversión a ese cuestionable falso vegetal conocido como maíz tierno. Son nimiedades, desde luego. No tienen nada que ver con nuestras creencias sobre el amor y el compromiso, la educación y la vida familiar, la ética y la política, la naturaleza del ser y el origen del universo. Dicho esto, gran parte de la vida se desarrolla en la escala de las minucias, así que ¿quién puede decir que esas cosas son menos importantes que las opiniones y los valores fundamentales que compartimos? Cuando las parejas celebran en sus bodas un amor mutuo por algo que parece, en el mejor de los casos, periférico a una asociación duradera —Dragones y mazmorras o el beicon o el cosplay o las películas de Wim Wenders—, no es simplemente porque esa cosa los haya ayudado a unirse, sino porque, para ellos, está cargada de significado. Incluso, o quizá especialmente, en su aparente trivialidad es una especie de shibboleth: una prueba de que son el uno para el otro, una manifestación de la asombrosa improbabilidad de encontrar un amor verdadero y perdurable. Quizá por ese motivo, según mi experiencia, rara vez se encuentra una pareja feliz que no se complazca en algo aparentemente trivial que tengan en común.

Sin embargo, aunque los miembros de una pareja pueden parecerse en aspectos tanto superficiales como profundos, es imposible que se parezcan en todo. «La semejanza no iguala tanto como la diferencia distingue —observó Montaigne—. La naturaleza se ha obligado a no hacer ninguna cosa distinta que no sea diferente.» Y en más de un sentido, C. y yo somos extremadamente diferentes. Algunas de esas

diferencias las descubrí con el tiempo, pero otras las reconocí desde el principio. Durante nuestro primer almuerzo, cuando todavía no entendía por qué le preguntaba sobre su vida con tanta atención, me di cuenta, con el mismo interés que puse en todo lo demás ese día, de que había todo tipo de diferencias entre nosotras: de edad, de origen, de lugar de residencia y de religión.

De todas ellas, la última fue la más llamativa al principio. Tanto por parte de madre como de padre, soy judía, aunque con una inclinación claramente secular. De joven, mis padres nos llevaban a mi hermana y a mí a la sinagoga los días sagrados, celebraban una noche de Séder antes de cada Pascua, hacían que los ocho días de Jánuca fueran igualmente encantadores y se encargaban de que celebráramos algunas otras fiestas aptas para niños durante el año: Purim, Sucot, Simjat Torá, Tu Bishvat. Fui siete años a la escuela sabática (aunque se celebraba los domingos, presumiblemente para no competir con los entrenamientos de hockey sobre hierba y el fútbol; nuestra sinagoga era tan suburbana que en realidad se llamaba Templo Suburbano), y cuando llegó el momento, memoricé parte de la Torá y me convertí en bat mitzvá poco después.

Para algunos niños eso habría sido suficiente para una vida de fe. Pero nuestra sinagoga no era de las mejores y yo no era la mejor estudiante. Completé mi educación religiosa con un conocimiento superficial de la historia judía, muy poco de teología y sin el menor asomo de fe. Lo único que me quedó fue un sentimiento de pertenencia a algo muy antiguo y muy frágil, y un amor por las tradiciones que encarnaban esa pertenencia. Sigo encendiendo velas en las fiestas judías, en nombre de mis antepasados y por respeto a la idea de que cada uno de nosotros tiene la obligación de ayudar a desterrar la oscuridad del mundo; sigo sintiendo alegría en el Shehecheyanu, esa oración ascendente de gratitud reservada para ocasiones especiales; todavía me contagia su solemnidad la recitación del Kol Nidre durante Yom Kipur y hay muy pocas cosas que me devuelvan tan rápidamente al embeleso expansivo de mi infancia como la recitación de un fragmento de las escrituras hebreas o la conmovedora belleza de una canción hebrea. La antigua llamada del shofar, que resuena en un santuario tiempo después de haber sido tocado, también sigue resonando en mí.

Pero hasta ahí llega, como tal, mi religiosidad. Cuestiones como la bondad y la justicia, el sufrimiento y la maldad, el origen y el fin del universo, la naturaleza del ser, cómo tratarnos unos a otros, cómo aprovechar nuestras breves vidas mientras duran: cada una de estas cuestiones despierta mi interés, pero nunca he encontrado satisfacción ni consuelo en las respuestas que ofrece la fe. En virtud de mi constitución, de mi educación, o de ambas cosas, soy profundamente

escéptica con respecto a la autoridad religiosa, y aunque me interesan profundamente los numerosos e insondables misterios del universo, no creo que un creador omnipotente figure entre ellos.

C. sí lo cree. Desde su más tierna infancia, ha sentido que «el mundo está impregnado de la grandeza de Dios», como decía el poeta Gerard Manley Hopkins; para ella, la santidad siempre se ha manifestado en todas las cosas. Se educó en la fe luterana, estudió teología después de la universidad y durante unos años pensó en formar parte del clero. Al final, se decidió por la escritura, pero solo después de haber trabajado durante un tiempo como capellán de hospital y vicario. Cuando nos conocimos, seguía predicando de vez en cuando los domingos por la mañana, si el párroco local estaba enfermo o ausente, y presidía bodas y funerales a petición de los interesados.

Esa distinción entre nosotras no podía pasar desapercibida, ni siquiera aquellos primeros días. Mi formación religiosa y mis convicciones no religiosas eran todo menos matizadas, y la primera vez que pasamos una noche de sábado juntas, C. se levantó a la mañana siguiente y fue a la iglesia. Mi reacción inicial y, en cierto modo, la más duradera —no a su fe, sino al hecho de haberme enamorado de alguien tan devoto—, fue considerarlo una gigantesca broma cósmica. En una ocasión, después de que yo diera una entusiasta charla sobre la Estación Espacial Internacional, un eminente editor me confesó que no le interesaba especialmente nada que estuviera por encima de la estratosfera. Antes de C., había tenido relaciones con personas que, en sentido figurado, pensaban igual: les fascinaban todo tipo de cosas mundanas, pero en gran medida eran indiferentes a muchas de las cuestiones cosmológicas y existenciales que más me interesan. Solo por eso, esas citas estaban por lo general condenadas al fracaso, pero ni en mis sueños más locos habría podido imaginar que encontraría una solución a este problema enamorándome de alguien cuya primera y más duradera relación en la vida es con Jesús.

Aun así, cómico o no, no era tan ingenua como para pensar que esta doble diferencia —la brecha no solo entre su cristianismo y mi judaísmo, sino también entre su fe y mi ateísmo— no importaría. Para empezar, había cuestiones prácticas. No estaba segura de querer un árbol de Navidad en la casa. Además, quería que nuestros hipotéticos futuros hijos se sintieran al menos parcialmente judíos, y que se les enseñara lo que eso significaba mejor de lo que me lo habían enseñado a mí. (Era obvio que nuestros hijos asistirían tanto a la escuela sabática como a la dominical.) Y también había posibles problemas emocionales. A veces sigo siendo consciente de que hay cierto tipo de felicidad que no puedo ofrecerle a C., la felicidad que

encontraría con alguien que la acompañara a la iglesia los domingos, que inclinara junto a ella la cabeza en la oración y permaneciera a su lado al abrigo de una fe compartida.

Pero C. me asegura que ella misma no imagina ese tipo de felicidad ni lamenta su ausencia, y es cierto que jamás he percibido por su parte ningún anhelo de que yo sea quien no soy. Tampoco deseo acercar sus convicciones a las mías; las encuentro conmovedoras, iluminadoras e inseparables de quien es ella, y aunque pudiera, no las cambiaría. Sin embargo, siguen siendo ajenas a mí, y a veces eso se nota. A diferencia de C., que siempre se ha tomado en serio mi identidad judía y mi ateísmo y los encuentra ambos moralmente defendibles, no puedo afirmar que simpatice constantemente con el cristianismo. Una vez, cuando me contó que en la iglesia de su infancia había servido tanto de crucifijo (la persona que lleva la cruz dentro y fuera de la iglesia al principio y al final del servicio) como de acólito (la persona que enciende las velas en el altar), le respondí con la inteligente observación de que esta última figura debería llamarse realmente lucifer.

Se rió entonces, como todas las veces que he bromeado, blasfemado o expresado mi desconcierto sobre su fe. Que yo recuerde, nuestras diferentes cosmologías nunca nos han causado ningún tipo de fricción o incertidumbre, en parte porque nuestras convicciones son demasiado firmes como para requerir la obediencia o la participación de la otra, pero sobre todo porque, por muy diferentes que sean, en realidad no son tan incompatibles. En mis relaciones anteriores, aprendí la dura lección de que hay un límite a la cercanía que puedes tener con personas que no comparten las mismas inquietudes vitales que tú; y no es por un fallo suyo, sino simplemente porque su pensamiento utiliza unas coordenadas diferentes a las tuyas. Por el contrario, la maravillosa lección que aprendí al enamorarme de C. es que, si te interesan las mismas cuestiones, no importa necesariamente llegar a las mismas respuestas. De hecho, C. y yo no lo hacemos, pero nuestras mentes se orientan naturalmente hacia las mismas cosas: hacia dónde empieza y dónde acaba todo, y hacia el misterio de cómo vivir mientras tanto una vida con sentido. Son estas cosas las que ella me señala una y otra vez, en todas sus innumerables variaciones diarias, como los halcones en un árbol o las garzas en los juncos, y no puedo imaginarme que necesite nunca nada más que eso: estar a su lado en los infinitos territorios del misterio.

Ninguno de nosotros lo sabía, por supuesto, pero a mi padre le quedaban dieciocho meses de vida cuando me enamoré de C. Ojalá hubiera estado con nosotros cinco, diez o veinte años más, pero sigo agradeciendo cada día que viviera lo suficiente para conocerla. En

algún momento de aquella maratoniana segunda cita, les hablé a él y a mi madre de ella, y no mucho después, mientras planeaba una escapada de fin de semana a casa, en Ohio, para verlos, me di cuenta de que tenía muchas ganas de que viniera conmigo. Era pronto en nuestra relación para proponer algo así, y asombrosamente pronto teniendo en cuenta mi propio comportamiento en el pasado, pero sabía que mi padre estaba mal de salud, y también sabía lo seria que era mi relación con C. Pregunté a mis padres qué les parecería conocerla, y se mostraron entusiasmados. Entonces le pregunté a C. qué le parecía a ella, y me dijo que sería un honor, y así fue como, una semana después, las dos nos encontramos en un arcén en medio de la nada, esperando una grúa.

El medio de la nada era, en este caso, el centro de Pensilvania. Habíamos salido del valle del Hudson un viernes por la tarde, conversamos hasta que los trescientos kilómetros de autopista quedaron atrás y la oscuridad invadió el cielo, y entonces encontramos un lugar para pasar la noche en los alrededores. A la mañana siguiente nos levantamos, desayunamos, salimos a la carretera y veinte minutos después se nos pinchó una rueda. No tenía rueda de repuesto, ni tampoco asistencia en carretera (de hecho, ni siquiera tenía coche; por razones difíciles de explicar, el coche era de mis padres y se lo iba a devolver en ese viaje), pero C. era miembro de la Asociación Americana del Automóvil, así que llamó y pidió una grúa. Luego sacó nuestros cafés helados del asiento delantero, me llevó a una zona sombreada en un prado con dientes de león y me dijo que me sentara a su lado y esperara.

Mientras tanto, quinientos kilómetros al oeste, había un marco de fotos colgado en el pasillo de la planta superior de la casa de mis padres. Mi madre lo había comprado en un pasado remoto. Era el típico marco diseñado para mostrar un retrato escolar de cada curso, desde el jardín de infancia hasta la clase de graduación; es decir, diseñado para humillar a los que soportamos diez incómodos años. Nunca me atreví a pedirle a mi madre que lo quitara, pero, aunque no ocuparía más de un metro cuadrado en la pared, ocupaba por lo menos un tercio de mi cerebro para cuando C. y yo, esa mañana, subimos al coche para reanudar nuestro viaje. Incluso en la escuela primaria, cuando los niños suelen ser adorables, yo era una calamidad estética, y a partir de ahí la cosa no hizo más que empeorar. Además de la gordura infantil, los tirantes y el pelo rizado con el que no sabía qué hacer, no tenía ningún sentido de la moda ni ganas tampoco de adquirirlo. En cambio, dejé que mi madre, bienintencionada pero anticuada, se encargara de vestirme, con el resultado de que durante años me presenté en la escuela todos los días con el aspecto de una mujer de mediana edad en miniatura.

Como adulta, me divierte y agradezco en muchos sentidos mi infancia socialmente inconsciente, y me sorprendió sentir una oleada de auténtica vergüenza al imaginar que C. pudiera ver esas fotos. Desde un punto de vista puramente intelectual, sabía que todos tenemos algo en nuestro pasado que nos da escalofríos, y que la verdadera intimidad implica compartirlo tarde o temprano. Pero ella y yo estábamos todavía muy al principio, y allí, en la autopista de Pensilvania, me pregunté por un momento si poco después de llegar podría escabullirme rápidamente para dejar la casa de mi infancia libre de mortificaciones.

Pero eso era imposible, por supuesto. Las fotos no eran, ni mucho menos, lo único que me preocupaba, y esas otras cosas no podían quitarse a toda prisa mientras C. estuviera charlando con mis padres. Al final del pasillo se encontraba mi antiguo dormitorio, que seguía lleno de vestigios de mi infancia (si se abría el armario equivocado, era probable que te cayeran encima un montón de caballitos de plástico, cedés de Billy Joel y parafernalia de bandas de música); luego estaba la casa en sí, que ya era grande incluso para una familia de cuatro y absurdamente gigantesca para mis padres como únicos inquilinos; y lo más difícil de evitar, el barrio acomodado, con sus amplios céspedes y mansiones estilo Tudor. El suburbio de Cleveland donde pasé mi infancia fue un buen lugar para crecer, pero también —como pude comprobar en cuanto empecé a pensar en estas cosas— un buen lugar para dejar atrás. Lo más atinado que puedo decir sobre los sentimientos que albergo hacia mi ciudad natal es que son contradictorios: de alguna manera está tan fundamentalmente conectada a mí que no puedo imaginarme a mí misma sin ella, y a la vez es tan diferente de mí que no me imagino queriendo volver a vivir allí.

Esa mañana, mientras conducía hacia el oeste con C., no podía dejar de preguntarme cómo sería verlo con sus ojos. Me hizo darme cuenta, por así decirlo, de otro tipo de diferencia entre nosotras, una que era tan obvia como la religión, pero no había reclamado tan imperiosamente mi atención hasta que estuvimos conduciendo hacia allí. C. creció a unos seiscientos kilómetros y a muchos husos horarios culturales de mí, en la costa este de Maryland, una parte aislada de aquel estado en la península Delmarva, que limita al oeste con la bahía de Chesapeake y al este con el océano Atlántico. Hasta 1952, cuando se construyó el Puente de la Bahía, se tardaba horas en llegar a tierra firme desde la ciudad donde más adelante se instaló, así que la zona se desarrolló como una isla: de forma lenta, distintiva y en relativo aislamiento. En las décadas posteriores conservó en gran medida ese carácter original, lo que la hace tan distante culturalmente del Corredor Noreste, la línea ferroviaria de Washington a Boston,

como geográficamente cercana.

Parte de esa distancia cultural se debe a su geografía política. La frontera norte de Maryland está situada a ras de la línea Mason-Dixon, y la vida en la Costa Este, a diferencia de Bethesda o Baltimore, conserva todavía un marcado carácter sureño. La costa nos dio a los grandes patriotas Frederick Douglass y Harriet Tubman, pero también a los hombres y mujeres que los esclavizaron. El fracaso de la Reconstrucción a la hora de reconciliar a las dos partes y reparar esos agravios aún planea como una oscura sombra sobre la región, al igual que sobre gran parte del país, en forma de persistente injusticia racial, segregación generalizada de facto y exhibición ocasional de banderas confederadas. Pero en la Costa también han sobrevivido otras, y mejores, influencias sureñas: el instinto de hospitalidad; el ritmo de vida propio de finales de verano; una población compuesta a partes iguales de taciturnos por naturaleza y de narradores natos; las genealogías comunales, minuciosamente conservadas y recitadas con frecuencia, según las cuales el abuelo de fulano trabajó con tu tío abuelo Jack, por parte de madre, en aquel taller mecánico de Hog Barn Road antes de que naciera la tía Lula. El Sur, o parte de él, también perdura en el acento con el que se cuenta todo esto, un acento que suena como si la ciudad de Pittsburgh hubiera vendido sus consonantes a las Carolinas. Siempre que C. está con su familia, se le vuelve a pegar, y todas las veces me dan ganas de besarla.

Tradicionalmente, la mayoría de los habitantes de la Costa Este han vivido de la tierra o del agua, pero la construcción del puente de la bahía atrajo a jubilados adinerados y trabajadores del extrarradio que buscaban segundas residencias en la costa. Sin embargo, aparte de unas pocas ciudades pequeñas y algunos enclaves para los más ricos, la zona sigue siendo en gran medida rural y de clase trabajadora. En mi niñez y adolescencia, los padres de mis amigos eran médicos y psicólogos, abogados, profesores de empresariales o ingenieros petroleros. Los adultos del entorno de C. eran camioneros, trabajadores de la construcción, agricultores y pescadores, soldadores y camareras. Como el noventa y cinco por ciento de los habitantes de su ciudad, sus padres no fueron a la universidad. Su madre trabajaba como cartera en el Servicio Postal de Estados Unidos y en su tiempo libre ayudaba al padre de C., que compaginaba tres o cuatro trabajos para mantener a la familia: limpiador en un banco, reponedor en una tienda, barrendero, chatarrero; también hacía trabajos de jardinería y cuidaba aquellas segundas residencias.

El pueblo en el que nació y creció C. no es técnicamente un pueblo, sino un área designada por el censo, una zona no municipal que consta, según ese censo, de ciento sesenta y siete casas, incluida la de sus padres. En consonancia con la doble identidad de la costa, creció

en una granja y supo conducir un tractor antes que un coche, pero de niña solía recoger cangrejos y rogaba a sus tíos y a los amigos de la familia que la llevaran a pescar. También pasó su infancia trabajando con sus padres: clasificando chatarra, apilando leña, vaciando cubos de basura y aspirando las alfombras cuando limpiaban la sede del banco. En su tiempo libre asistía a cursos nocturnos de la organización juvenil 4-H y a campamentos de verano de la escuela bíblica. Una vez que salió de casa descubrió con asombro que solo estaba a cuatro horas de Nueva York. En resumen, se mire por donde se mire, C. pertenecía a la clase trabajadora de un pueblecito sureño, mientras que yo al rico Medio Oeste, una región caracterizada no por sus granjeros y mecánicos de automóviles, sino por sus magnates del petróleo y barones del ferrocarril, y ese es el contraste que me rondaba por la cabeza cuando, de repente, en medio de Pensilvania, pinchamos una rueda.

Todo enamoramiento es una especie de paréntesis, una pausa en el orden normal de las cosas. Cuando se enamoran, los adictos al trabajo empiezan a irse a casa a las cinco, los madrugadores se levantan al mediodía, los cínicos miran el mundo con chiribitas en los ojos y celebran su belleza. Pero aquella mañana en el arcén de la autopista sucedió algo más, una especie de pausa dentro de la pausa, como durante nuestro primer almuerzo, una pequeña laguna en la que nos deslizamos mientras el tiempo miraba discretamente hacia otro lado. Realmente no teníamos otra cosa que hacer que sentarnos a esperar. Imagino, aunque mi memoria no lo confirma, que debía de haber basura en el arcén, que olía a gasoil y que de vez en cuando nos embestía la ráfaga de viento caliente de un camión al pasar. Pero todo eso, si es que estaba realmente ahí, no importaba. Lo que sí importaba era que, en cierto modo, mientras estábamos sentadas hablando, mi sensación de que iba a quedar expuesta al cabo de pocas horas empezó a remitir, y me convencí aún más de que había encontrado a alguien que, si conseguía quedarme a su lado, haría que la vida fuera mejor, independientemente de lo que me pasara a mí, a nosotras o al mundo.

Todavía éramos tan nuevas, tan jóvenes en cuanto a la relación; nos quedaba tanto por aprender la una de la otra, tanto por descubrir, tanto por decidir. Sin embargo, allí, en el arcén de la autopista, el tiempo pareció por un momento tal como es: el pasado estaba lejos, el futuro era irreal, el presente bastaba. Por teléfono, el conductor de la grúa había dicho: noventa minutos, más o menos. Habían pasado dos horas, y el hielo de nuestro café se había derretido. Las sombras habían desaparecido. A la brillante luz del mediodía, nuestros vaqueros se habían puesto agradablemente cálidos y los dientes de león parecían dibujos infantiles del sol, redondos y rayados y de un amarillo intenso. Parecía posible, y nada preocupante, quedarnos

sentadas allí para siempre, la una al lado de la otra. «Bueno —bromeó C., mirando la carretera frente a nosotras sin rastro alguno de la grúa —, tal vez sea verdad que no se puede volver a casa.»

Me reí a carcajadas. ¡Pues claro! ¿En qué había estado pensando en ese viaje hacia el oeste, tan recelosa ante lo que C. opinaría del lugar de donde procedo? Casi todos encajamos solo en parte en nuestro pasado, y la mayoría solo nos sentimos hasta cierto punto en casa en nuestro antiguo hogar. Aunque lo queramos, aunque a veces lo añoremos, aunque lo conozcamos hasta la última espátula naranja y vieja del cajón de utensilios de cocina, inevitablemente se nos queda pequeño; el mundo es tan grande que cualquier lugar de donde vengas acaba resultando provinciano. Esto no solo se debe a que, una vez que dejas atrás tu lugar de nacimiento, conoces a personas y lugares muy diferentes a los que has conocido hasta entonces. También es porque empiezas a ver tu vida anterior de forma distinta. En ese sentido, la autoconciencia que tenía de la casa de mi infancia era en realidad (como suele pasar) algo más cercano a la conciencia del otro: me preguntaba cómo un lugar que a mí me resultaba tan familiar sería percibido y juzgado por alguien que fuera allí por primera vez.

Pero en ese momento me di cuenta de que era una tontería preocuparme por eso con C., que sabía mucho más que yo lo que se siente al no encajar en su propia vida. Incluso de niña tuvo una mente inusual, seria, famélica, y —en parte por eso, y en parte por razones que no supo verbalizar hasta mucho más tarde— se había mantenido un poco al margen de los demás. Cuando se dio cuenta a una edad temprana de que le gustaba leer, su madre empezó a llevarle a casa libros de segunda mano de los clientes de su ruta postal; su padre, que no compartía su vena literaria, la apoyó como mejor supo, construyéndole estanterías en el dormitorio que compartía con su hermana pequeña. Cuando descubrió que también le gustaba pensar, desarrolló la habilidad de hacerlo sin prestar atención al mundo que la rodeaba, una costumbre que a veces hacía que su entorno se sintiera desconcertado con su silencio. En la escuela, su absoluta concentración en los estudios le habría valido a otro tipo de niño (como a mí, sin ir más lejos) la reputación de empollón. En cambio, ella tenía el aura irreductible de alguien que siempre mantiene ligeramente las distancias.

A los diecisiete años fue a Harvard con una beca que no cubría los libros de texto ni los viajes a casa ni el encuentro con los compañeros de clase en alguna cafetería que no fuera la de la universidad. Consiguió empleo como limpiadora de los lavabos de las residencias estudiantiles y, en su primer semestre, gastó un total de veintitrés dólares. En muchos aspectos no encajaba con la cultura que la rodeaba, pero en un aspecto crucial sí que lo hacía: por primera vez en

su vida estaba en un lugar donde la oferta educativa se correspondía con su deseo de aprender. Estudió inglés, dirigió la revista literaria de la facultad, trabó amistad con estudiantes y profesores graduados y con el pastor titular de la Iglesia Memorial. Se pasaba las tardes en las bibliotecas, leyendo y pensando, mientras sus compañeros daban por sentado que iba a fiestas más chulas que ellos. Después de graduarse, fue a Oxford con una beca Rhodes y utilizó el dinero que le sobró para viajar por toda Europa y Oriente Medio. Finalmente, diez años después de que se fuera de casa, dos años antes de que nos conociéramos, y a años luz culturalmente de lo que había sido cuando se fue, se mudó de nuevo a la Costa Este.

Para entonces, como muchas personas que se alejan de sus orígenes, vivía en dos mundos que en gran medida no convergían. Ciertas partes esenciales de sí misma eran invisibles o incomprensibles para la mayoría de las personas con las que había crecido; otras eran opacas o extrañas para las que conoció de adulta. Por lo general, manejaba esa bifurcación de manera desenvuelta, pero todos anhelamos ser vistos en nuestra plenitud, y más aún cuando nos enamoramos. Este deseo es tan fuerte que nos da miedo; es decir, tememos que si nos ven en nuestra plenitud no se nos querrá. Eso era lo que me preocupaba en el coche de camino a la casa de mis padres: que nada más llegar C. me viera con la apariencia de mi torpe yo de juventud, con toda la banalidad, la estrechez de miras, el elitismo y los aspavientos con los que se asocian, a veces con razón, los barrios residenciales. Solo más tarde descubrí que ella tenía temores similares. Tanto daba su excepcional currículum, su mente enciclopédica, el hecho de que supiera explicar los entresijos de la filosofía hegeliana y citar a Marianne Moore: a C. le seguía preocupando que, cuando la viera con el telón de fondo de su pasado, me pareciera una pueblerina a merced de los vientos que, como dicen en el lugar donde creció, escupe en la mano del que le ha dado de comer. Aún hoy, en momentos delicados, le preocupa quedar de algún modo expuesta, ante mí o ante el mundo, como una palurda.

Nada me resulta más ridículo, por todo tipo de razones: porque es brillante y cosmopolita (también en el bello sentido etimológico de la palabra: «ciudadana del cosmos»); porque me encantan sus orígenes rurales; porque, como ella sabe mejor que nadie, los prejuicios sobre la vida rural y la clase obrera en las que se sustentan sus temores hacen escasa justicia a la verdad. Pero, al mismo tiempo, lo encuentro del todo comprensible. Da lo mismo de dónde vengas, da lo mismo lo orgulloso que estés de tu familia, da lo mismo lo mucho o lo poco que te diferencies de la persona a la que amas; cuando toda la atención está puesta en ti, es muy difícil no avergonzarse en algún momento de quién eres.

Con el tiempo, inevitablemente, las parejas llevan vidas que se solapan en gran medida. Y cada vez comparten más y más cosas: los amigos, las familias, una casa, una rutina matutina, un restaurante favorito, un vecino molesto, aquel invierno en que se congelaron las tuberías, el gato al que le gustaba dormir encima de la nevera, las primeras navidades, el cuadragésimo quinto Séder, ese terrible susto de salud, la vez que pinchasteis una rueda en una autopista de Pensilvania. Sin embargo, incluso con esta incesante ampliación de los puntos en común, el reto permanente de cualquier relación es amarse a pesar de las diferencias. Y esto sigue siendo cierto por mucho que uno se parezca a su ser querido, o haya llegado a parecerse. El amor se describe a menudo por analogía —«Mi amor es como una rosa roja, roja…», dijo Robert Burns—, pero lo esencial de tu pareja, la razón por la que estás enamorado de ella, es que no se parece a nadie más en el mundo. Eso te incluye a ti: tu ser amado no es como tú.

Nadie acepta este hecho de buenas a primeras, y nadie lo hace solo una vez. Se nos pide de forma reiterada que recordemos que la persona que amamos no siempre tiene los mismos pensamientos, sentimientos, marcos de referencia, reacciones, necesidades, miedos y deseos que nosotros. Pero, en general, la trayectoria de una relación feliz, que comienza beneficiándose de la similitud, termina beneficiándose de la diferencia. Nunca podré decir con seguridad qué es lo que más me gusta de C.; me gustan demasiadas cosas de ella. Pero no es un falso consuelo ni una exageración gratuita decir que la mayor parte de las veces me conmueven la gratitud, la ternura y el asombro por aquello en lo que menos se parece a mí, porque es ahí donde la veo más claramente, y porque gracias a eso mi mundo se ha ampliado enormemente. Y puedo decir con certeza que su capacidad de amar las partes de mí que menos se parecen a ella es el mayor regalo que nadie, aparte de mis padres, me ha hecho jamás.

Resulta que C. y yo encontramos nuestra expresión favorita de esta relación pacífica con las diferencias en una de las cosas que tenemos en común. Una noche, cuando me angustiaba una separación entre nosotras que ahora ya no recuerdo, ella recurrió a su estantería mental y sacó un poema que a mí también me tenía fascinada desde hacía años: «Arroyos hacia el Oeste» de Robert Frost, que toma la forma de una conversación entre dos recién casados. Están dando un paseo siguiendo el curso de un arroyo que fluye hacia el oeste, y uno de ellos señala que es extraño, pues todos los demás de la región corren hacia el este, hacia el mar. La naturaleza exige que ese arroyo también acabe allí, pero:

Debe de ser que el arroyo
confía en ser capaz de llevar la contraria

igual que yo contigo —y tú conmigo.[11]

Seguir las contradicciones: eso es lo que C. y yo habíamos hecho desde el principio, sin conocer el término correcto, y es lo que nos prometimos aquella noche que haríamos siempre: movernos juntas por el mundo, pero cada una a su manera. Nunca me ha parecido una promesa difícil de cumplir, sobre todo porque, al igual que el arroyo, no importa qué camino tome, al final me veo obligada a seguir una dirección. «"¿El norte dónde queda?" "¿El norte? Hacia allí, amor mío"», es el verso inicial del poema de Frost, pero al escuchar la voz de C. fluyendo por el resto del poema esa noche, encantador y sombreado e iluminado por el sol, pensé, como he pensado desde entonces: el norte eres tú.

Por supuesto, al final llegamos a Ohio. No recuerdo mucho del resto del viaje, pero sí nuestra llegada. Mis padres —que no son tontos y me conocen bien— entendían lo que significaba que llevara a alguien a casa, y nada más aparcar el coche pude comprobar que estaban casi tan emocionados con C. como yo. («Hemos podado los arbustos, arreglado las goteras del tejado, pintado el interior del garaje, nos hemos cepillado los dientes y nos hemos puesto muy achuchables», me había escrito mi padre cuando le envié un correo electrónico esa mañana para decirle que estábamos de camino.) Recuerdo una alegre y caótica ronda de presentación en el vestíbulo, con mi padre preguntando con su cordialidad habitual qué queríamos comer y beber, y mi madre radiante de felicidad por hacernos de anfitriona. Luego acompañé a C. hasta el salón, me senté junto a ella en el sofá y escuché cómo respondía al clásico interrogatorio de Isaac Schulz.

No me di cuenta hasta que alcancé la edad adulta de que mucha gente, cuando conocía a mi padre, lo encontraba tremendamente intimidante. Cualquiera que se acercara a su órbita se convertía de manera instantánea en el foco de su curiosidad omnímoda y su ilimitada hospitalidad, que juntas volaban hacia su objetivo en un aluvión de bromas, preguntas e informaciones dispersas, todo en un inglés con un marcado acento. Nada de eso me asustaba, porque desde que nací sabía que todo era campechanía, benevolencia y adoración, pero sí que asustaba a mis tímidos amigos. En las canciones country, los padres reciben a los pretendientes de sus hijas sentados en el porche sin decir nada y sacando brillo a su pistola. Mi padre te invitaba a entrar, te ofrecía un sándwich, un vaso de whisky, tres helados de diferentes sabores, te hablaba sin parar, te hacía todo tipo de preguntas… y entonces era el doble de aterrador para cierta categoría de personas.

Tal como se demostró, C. no entraba en esa categoría. Pocas veces me he sentido más henchida de alegría —y también algo parecido al orgullo, tan emocionada por tenerla en mi vida— que aquel primer día al oírla hablar con mis padres. (A ellos les llenó de una alegría similar, según me dijo mi madre más tarde, vernos sentadas allí.) Entre todas las preguntas y respuestas, una cosa destacaba por encima de todas las demás: que, a diferencia de los chicos de mi entorno, a C. le habían enseñado a tratar de «señor» y «señora» a las personas mayores. Mi madre —que se había esforzado por inculcar buenos modales a sus propias hijas— lo encontró encantador; mi padre quiso saber si sus padres habían servido en el ejército. No, señor, explicó; simplemente vengo del tipo de familia, y del tipo de lugar, donde se hacía así. Bueno, sea como fuere, dijo mi padre, a partir de ahora me llamarás Isaac. C. nunca pierde la oportunidad de hacer un juego de palabras, y esa vez tampoco se descuidó. «De acuerdo, señor Isaac», dijo.

Mi padre se echó a reír, no solo porque apreció su respuesta, sino también, creo ahora, por una especie de reconocimiento. Se encariñó con C. desde el principio y sospecho que vio algo de sí mismo en ella, a pesar de que nacieron con un océano y cuarenta años de separación. En eso, como de costumbre, fue más rápido que yo: antes de ese día no había notado ninguna similitud entre los dos, sin duda a causa de sus mucho más pronunciadas diferencias. Aparte de las obvias de edad, género y procedencia, mi padre era casi siempre sociable, mientras que C., fuera de casa, podía ser a veces reservada. Pero ambos eran personas que procedían de un determinado ambiente y habían logrado introducirse en otro por la fuerza de su intelecto y, al oírlos hablar, me di cuenta de cómo la forma de pensar de ella me recordaba a la de él.

Al igual que mi padre, C. tiene esa relación con el conocimiento que deriva de su escasez temprana. O dicho quizá más acertadamente, del súbito aluvión de conocimientos que se produjo más tarde, cuando abrieron por primera vez un periódico o se aventuraron en una biblioteca y descubrieron que uno puede simplemente elegir sentarse y aprender. Me imagino que los autodidactas que de niños tuvieron que cultivarse por su cuenta se sienten crónicamente inseguros sobre la legitimidad de sus capacidades. Pero tanto C. como mi padre habían aprendido primero a pensar por sí mismos, y luego de algún modo se las arreglaron para seguir haciéndolo: tenían mentes profundas, escrupulosas y originales, y eran menos susceptibles que otros a la cháchara o a la palabrería. Además, cada uno de ellos tenía la memoria más extraordinaria que he conocido: memorias rápidas, bien abastecidas y fiables que funcionaban como una especie de inteligencia extra, proporcionando fácilmente la información necesaria

en un momento dado y revelando conexiones sutiles y sorprendentes entre los temas más diversos.

El inconveniente de este don es que a ambos les molestaba cualquier contratiempo, por breve que fuera, en esa memoria casi perfecta. Cuando le ocurría a mi padre, se ponía las gafas en la frente, cerraba un ojo, miraba fijamente hacia arriba con expresión de dolor, emitía un largo y ondulante «aaaaaaaaaaarrrggghhh», un sonido semítico que no puedo imitar, y decía, muy irritado: «Vamos, Isaac». La versión de C., que descubrí entonces, consiste en decir: «Dame un minuto» (con lo que quiere decir: No hagas, bajo ninguna circunstancia, ningún ruido ni digas nada en este momento, y desde luego abstente de decir que «no importa»), después de lo cual entierra la cabeza entre las manos y, si está sentada, se inclina hacia delante, como si el trozo de conocimiento que le falta estuviera almacenado en algún lugar entre sus rodillas. De este modo, vi a ambos torturarse hasta que por fin recordaron el nombre de un personaje menor de una novela poco conocida de Balzac que habían leído diez años antes. Añadiría que, en estas circunstancias, a mí incluso me costaría recordar el título.

Con el tiempo, descubrí otras cosas de C. que me recordaban a mi padre, no todas ellas en el extremo brillante y encantador del espectro del carácter. Entre ellas, una terquedad esporádica pero imponente; una capacidad para intimidar a los demás, normalmente, aunque no siempre, por accidente; y en contraste con su equilibrio general, una mecha corta, prendida por una especie de orgullo encendido ante los desaires percibidos. Pero aquel día, mientras me sentaba junto a C. en el sofá, todos esos descubrimientos todavía estaban por llegar. En ese momento, al oírla hablar con mi padre y darme cuenta de lo parecidos que eran en ciertos aspectos, también entendí que no debía sorprenderme; de hecho, no se sorprendería ni siquiera alguien que no hubiera conocido a mi padre ni a C., ni tampoco a mí. Porque esta es otra teoría sobre cómo encontramos el amor: lo reconocemos cuando lo encontramos porque nos resulta familiar, no de una vida previa, como pensaba Platón, sino de nuestra más tierna infancia. Si es cierto que las relaciones con nuestros primeros cuidadores moldean las decisiones románticas que tomamos en la edad adulta, no es de extrañar que me sintiera atraída por una mujer tan obstinada, autónoma, independiente, devota y brillante.

Otra cosa que C. y mi padre tenían en común —como ya sabía desde que pospuso una cita conmigo para ver un partido de los Orioles — era su pasión por los deportes. La mañana siguiente al interrogatorio en el sofá, mientras los cuatro íbamos a un restaurante cercano a almorzar, ella soltó espontáneamente, ya casi en la entrada: «Ahí va LeBron James». Y, en efecto, emergió del restaurante de al

lado en toda su magnitud. Esto fue después de que volviera de los Miami Heat y antes de que se fuera otra vez con los Lakers, durante esa larga y hermosa racha en la que transformó a los Cavaliers, uno de los equipos con peor rendimiento de la NBA, en campeones, poniendo fin a medio siglo de derrotas de todos los equipos deportivos profesionales de la ciudad. Como C. y yo solo íbamos a quedarnos el fin de semana, y por el trascendental motivo de presentarle a mis padres, no se me había ocurrido hacer nada turístico con ella: llevarla al museo de arte, por ejemplo, o al Salón de la Fama del Rock & Roll. Pero ver a LeBron esa mañana fue lo más auténticamente Cleveland que pudo haber pasado en Cleveland; un poco como entrar en una pastelería de París y ver salir la Torre Eiffel.

En la cafetería, C. y mi padre empezaron a charlar de deportes. Él la acusó de robar los Cleveland Browns y rebautizarlos como Baltimore Ravens; ella le replicó señalando que hacia 1996 los Browns eran un equipo tan penoso que el supuesto robo podía más bien considerarse un hurto inofensivo. Entretanto, pedimos la comida, y cuando los sándwiches, la ensalada de col y los pepinillos ya estaban en la mesa, así como el kétchup, y se había servido el agua y el café, C. les preguntó a mis padres cómo se habían conocido.

Por supuesto, había oído la historia innumerables veces. Cuando mi madre estudiaba en la Universidad de Michigan, había empezado a salir con uno de sus compañeros: el destino quiso que fuera Lee Larson, el mejor amigo de mi padre en Detroit. De niños, Lee y mi padre habían hecho un pacto solemne: si alguno de los dos empezaba a salir en serio con una chica, se la presentaría al otro para que diera su aprobación. Lee era un hombre de palabra y, por eso, cuando se enamoró perdidamente de mi madre una década después, organizó un almuerzo. Lo que mi padre pensara de su novia resultó ser irrelevante. Al final de la comida, mi madre ya tenía claro que, de los dos hombres que había en la mesa, con quien quería casarse era con el que acababa de conocer.

De niña, siempre me había parecido una gran historia, entre otras cosas porque tenía el emocionante aroma del escándalo. (Aunque de la variedad cómica «a buen fin, no hay mal principio»: el «tío Lee», como lo llamaba yo de pequeña, encontró a otro tesoro de mujer, se casó con ella, se mudó a un pueblo a media hora en coche de nuestra casa y, mientras mi padre vivió, siguió siendo su mejor amigo.) Pero, mientras estaba sentada con C. frente a mis padres y estos contaban juntos la historia —interrumpiéndose, complementando y corrigiendo al otro—, de repente la percibí de forma muy diferente, como lo habría hecho si C. y yo estuviéramos almorzando con unos amigos que hace poco que salen. De pronto, me di cuenta de que mis padres siempre habían pensado en su relación de la misma manera que yo

pensaba ahora en la mía. Por primera vez, me di cuenta de que lo suyo era una historia de amor.

Para que quede claro, siempre había sabido que mi madre y mi padre se querían. Era imposible no saberlo; eran abiertos y tiernos y, en el caso de mi padre, a veces alegremente atrevido en su afecto. Incluso sabía que, después de todos esos años, seguían enamorados el uno del otro, una de esas parejas afortunadas a las que el tiempo había desgastado las asperezas, pero pulido el núcleo. Con los años, mi padre había empezado a expresar cada vez más abiertamente su amor y gratitud hacia mi madre. Ella era, por lo que llegué a entender, su roca, su apoyo, su mano derecha y, Dios puede atestiguarlo, su hemisferio izquierdo, su asesora de moda, su brújula moral y la mujer más bella que había conocido. Y sabía que, para ella, mi padre era la luz del sol y de las estrellas, su mejor amigo, la mejor decisión de su vida, su biblioteca de Alejandría, una fuente ocasional de irritación y el motivo principal por el que reía tan a menudo. Pero no tenía nada sobre lo que transponer todo ese conocimiento hasta que conocí a C. No había podido imaginar cómo era su relación desde dentro. Ahora, sentada a su lado, mientras miraba a mi madre y a mi padre, cuarenta y ocho años después de que se hubieran mirado por primera vez, me sentí repentina e irracionalmente feliz por ellos.

Y también por mí, pues me di cuenta de que tenía mucha suerte. También en otro sentido: gracias a mis padres, había reconocido el amor cuando lo encontré porque lo había visto desde mi más tierna infancia. Sin tener que pensar en ello, siempre había sabido cómo sería el amor: leal, estable, cariñoso, divertido, tolerante, duradero. Mi hermana, ya de adulta, lo había formulado muy bellamente. Nuestros padres, dijo, nos habían inculcado el amor por las ideas, y también la idea del amor.

El amor como idea es una cosa, la práctica diaria es otra. Pienso en la discusión más estúpida que tuvimos C. y yo, sobre si es más probable que veas un oso cuando vas de excursión o cuando estás de acampada. Puede ayudar, o no, saber que estábamos haciendo senderismo en ese momento, en el Parque Nacional de Shenandoah, y que además acabábamos de ver un oso. Era, como son los osos, muy obvio, de hocico pálido y un peinado a lo Bon Jovi, desgreñado, y caminaba tranquilamente por el bosque a escasos metros del sendero. También era magnífico, como lo son siempre los animales salvajes avistados en plena naturaleza, y el hecho de que nos pusiéramos a discutir no fue culpa suya.

No empezamos a discutir de inmediato. Al principio, nos sentimos privilegiadas de estar al aire libre, en un día precioso, en un hermoso bosque aparentemente lleno de megafauna. Hablamos durante un rato

más del oso después de que desapareciera entre los árboles —su forma ligeramente cómica, su total indiferencia hacia nosotras, la forma en que arrastraba su grandeza sin darse importancia— y luego, como el sendero en que estábamos, la conversación tomó otro rumbo. Pero al rato empezamos a hablar de nuevo sobre avistamientos de animales y mencioné de pasada que, después de todas las acampadas que había hecho en zona de osos, guardando diligentemente mi comida en latas selladas o colgándola en lo alto de un árbol, era bastante curioso que por fin hubiera visto un oso de cerca mientras estábamos ese día de excursión.

En todas las parejas hay expresiones que funcionan como armas arrojadizas: tú siempre x, tú nunca y, cálmate, madura, no tengo tiempo para esto… «Qué divertido ver un oso esa mañana en una simple excursión diurna» no es una de ellas. Tampoco la fauna salvaje está en la lista de cosas por las que las parejas suelen discutir; normalmente se trata de dinero, sexo, romance, hijos, familia política y tareas domésticas. Pero eso sucede porque esas listas son siempre un poco engañosas. Aunque es cierto que el dinero, las tareas del hogar y otras cuestiones similares suelen provocar fricciones domésticas, lo más frecuente es que las discusiones de pareja se desencadenen por algo invisible para los demás. Ni siquiera yo pude ver lo que me irritaba esa mañana cuando empezamos a caminar. Dije: «en una simple excursión diurna», y C. se quedó callada, y enseguida me di cuenta, como siempre se sabe en una relación, de que algo iba mal.

Por supuesto, todas las parejas discuten. Incluso si tienes la suerte de encontrar a alguien que esté tan comprometido con tu bienestar como tú con el suyo, resulta imposible mantener un equilibrio perfecto todo el tiempo, y ninguna pareja puede deslizarse dulcemente por la vida y encontrar solo ternura, lujuria y satisfacción. Para empezar, tendrás que lidiar con los problemas, tanto externos como internos, que tú y tu pareja trajisteis a la relación cuando os conocisteis. Son casi interminables, tanto en número como en variedad, aunque a menudo hay categorías ampliamente reconocibles: problemas de salud, preocupaciones económicas, hábitos de escasa utilidad creados en relaciones anteriores, la presión interna por la forma en que una cultura trata a diferentes individuos y las secuelas de traumas emocionales que se resisten a irse del todo. En algunos casos, ese trauma puede hacer que la idea misma de amor resulte sospechosa. Para quienes han experimentado el amor principalmente en su forma negativa, como retraimiento o crueldad, y han visto a sus padres, su pareja u otros usarlo como un arma, haciéndoles sufrir en su nombre, puede ser difícil creer en una versión que sea tierna y generosa, y mucho menos encontrar y mantener ese amor. Una triste verdad sobre nuestra especie es que su capacidad de amar solo es

equiparable a su talento para dañar y frustrar dicha capacidad. Y una forma de determinar lo afortunado que eres con respecto a la vida, la familia y la sociedad es calibrar hasta qué punto te has sentido libre para encontrar la felicidad con otra persona.

De todas formas, aunque tu capacidad de amar sea relativamente ilimitada, tarde o temprano, tú o tu pareja, o los dos, encontraréis muchas formas de ponerla a prueba. C. y yo tenemos suerte porque, por muy diferente que haya sido su educación de la mía, ambas hemos crecido en una familia feliz. Por ese motivo, en parte, a ninguna de las dos nos costaba imaginar o comprometernos con una relación amorosa. Y la vida en muchos otros sentidos tampoco nos resulta dura. Desde el punto de vista financiero, compartimos los mismos valores y ambas tenemos recursos suficientes, por lo que las tensiones económicas son escasas. También desempeñamos la misma profesión y, aunque nuestros enfoques son muy diferentes, nos resulta fácil ayudarnos y hacer concesiones en cuanto a horarios, hábitos, excentricidades y malhumores. A las dos nos gusta cocinar y limpiar (tanto, que un amigo nos dijo una vez en broma que, al juntarnos, habíamos privado a otras dos personas de tener siempre las sábanas limpias y una buena cena sobre la mesa todos los días). Por eso, es casi inconcebible que nos peleemos por la colada o los platos. Pero nada de eso impidió que arruináramos una maravillosa excursión por un desacuerdo sobre un oso.

Como la mayoría de nuestras peleas, o al menos las que se me han quedado grabadas, esta ocurrió en el primer año de nuestra relación, una época en la que C. y yo discutíamos horrores. No me refiero a que tuviéramos peleas excepcionalmente terribles (aunque ciertamente así me lo parecieron en su momento), o que nos peleáramos muy a menudo (no lo hacíamos). Me refiero a que éramos terribles peleando. Resulta que todas esas diferencias obvias entre nosotras que me habían preocupado cuando nos conocimos —edad, origen, clase social, religión— no eran ni mucho menos tan importantes como algo de lo que ni siquiera fui consciente durante mucho tiempo: nuestra diferencia de temperamento, que se manifestaba en las estrategias radicalmente divergentes con que abordábamos los conflictos de pareja.

En general, C. no es de las que rehúyen una discusión. Una vez, estando juntas en Nueva York, entramos en un vagón de metro donde un hombre discutía con una mujer. No se trataba de una simple riña conyugal, sino de un enfrentamiento ruidoso, plagado de insultos y amenazas, que en cualquier momento podía derivar en un enfrentamiento violento. La reacción instintiva de C. fue acercarse a él para intervenir si era necesario; la mía fue arrastrarla hasta el siguiente vagón para evitar cualquier peligro. Su reacción me dio

miedo; mi reacción le pareció inútil. Como puede deducirse, C. no tiene miedo a la confrontación. Nunca se enzarzaría en un enfrentamiento físico, aunque admira la valentía de quien se interpone entre las personas vulnerables y las peligrosas, pero en los enfrentamientos verbales no tiene rival. No es que pierda fácilmente los nervios. Por el contrario, no los pierde, o al menos no los muestra de las formas más habituales. En cualquier caso, el conflicto la vuelve más fría, más centrada, más implacablemente lógica. Si la situación requiere persuasión, puede ser extraordinariamente convincente: una vez consiguió que unos desconocidos que vivían en nuestra calle quitaran la bandera confederada que había frente a su casa, un acto de diplomacia vecinal que yo creía condenado al fracaso. Pero pobre de aquel que la menosprecie, la subestime o le cause un disgusto. La he visto enfurecerse, y me recuerda a una bandera zarandeada por una tormenta.

Curiosamente, en la intimidad de nuestra relación, C. no es así en absoluto. Ante un conflicto conmigo, su reacción instintiva es encerrarse en sí misma, lamerse las heridas mientras piensa en lo ocurrido para dejar atrás su rabia, su dolor o su miedo. Por el contrario, mi reacción instintiva frente al mismo conflicto es lanzarme hacia ella, no porque no tenga miedo a la confrontación, sino porque soy pacifista hasta la médula y no soporto que algo vaya mal entre nosotras. Por eso, al principio, cuando en nuestra relación se producía algún roce, estábamos desajustadas hasta un extremo casi cómico. Lo que ella más necesitaba en esos momentos —que le diera un poco de espacio y tiempo— era lo que yo menos podía darle, porque lo que yo más necesitaba era saber de inmediato qué iba mal para intentar arreglarlo. Ninguna de las dos sabía salir del atolladero, ni siquiera después de haber estado el suficiente tiempo juntas como para entender nuestras recíprocas necesidades, y a pesar de que cada una de nosotras deseara sinceramente complacer a la otra. Para mí, sentarme tranquila sin hacer nada mientras ella desaparecía equivalía a sentarme tranquila sin hacer nada en un avispero. No podía soportarlo siquiera un minuto y, si lo intentaba —que lo hacía—, y pensaba en su silencio y su retraimiento, me picaba más y más.

Estábamos en esa fase de nuestra relación aquel día en el valle de Shenandoah, cuando hice el comentario sobre el oso y ella se quedó callada. Como era de esperar, cuando le pregunté qué le pasaba, me dijo: «Nada». Con el tiempo descubrí que con esa respuesta no pretendía dejarme fuera, aunque lo pareciera, sino más bien encerrarse en sí misma, ganar un poco de tiempo para convencerse de que era verdad. Lo mismo ocurría con el «estoy bien» cuando no lo estaba. A mí me parecía una mentira descarada (que lo era), pero ella lo decía en perspectiva, mientras se daba tiempo a afianzar la idea de

que lo que le molestaba era irracional o insignificante en el contexto de nuestra relación. Y también en el contexto del mundo: para C., que a veces tiene dificultades para creer que sus emociones importan realmente, «bien» era también una forma de reducir a proporciones reales su problema, de recordarse a sí misma que no se estaba desangrando ni muriendo de hambre.

Ambas reacciones eran una consecuencia lógica de su carácter, que está determinado en gran medida por el estoicismo. Y ahora que hablamos de avisperos: una vez ella estaba trabajando en el jardín mientras yo hacía la comida. En un momento dado, oí que la puerta se abría y se cerraba. Seguí a lo mío, pensando que había entrado para ir al baño, pero unos minutos después, al no oír nada más, grité su nombre desde la cocina, cordialmente, solo para asegurarme de que estaba bien. «Quédate donde estás», me dijo, y por supuesto no obedecí. Así fue como descubrí que había metido por accidente la pala en un avispero oculto debajo de un viejo tocón en el jardín, y que había ido a refugiarse al baño, mientras ahuyentaba a las avispas de la camisa y las mataba. La habían cosido a aguijonazos, más de veinte veces, pero había hecho menos ruido que la luna al ponerse. Si yo no hubiera ido a ver qué le pasaba, me imagino que habría seguido untándose crema para las picaduras y cambiándose de ropa, y después me habría dicho que no saliera, porque había un montón de avispas volando. Y así es como ella hubiera preferido gestionar la situación, porque, fiel a su estoicismo, detesta los alborotos o la atención excesiva. (Es una preferencia que hoy ignoro con despreocupación, en parte porque uno de los grandes placeres de estar enamorado es mimar a tu pareja, y en parte porque su posición es insosteniblemente unilateral: a ella le encanta mimarme.)

Como alguien que se pone a llorar con las comedias románticas, trato de dar sentido a mis emociones y, cual niña de seis años, muestro mis golpes y rasguños a todo el mundo, por lo que encuentro absurdo el estoicismo. Pero la verdad es que C. es muy buena consolándose, tanto física como emocionalmente, y si hubiera podido dejarla en paz durante veinte minutos ese día de excursión, todo se habría disipado como las tenues nubecillas que van y vienen sobre nuestras cabezas. Pero no pude, así que la obligué a hablar conmigo, con lo que me enteré de que lo que había oído, cuando dije «en una simple excursión diurna», era una desvalorización, como si la actividad que estábamos realizando fuera un pálido reflejo de lo que yo realmente quería hacer.

Tenía razones para pensarlo. En la prolongada soledad que fue mi vida antes de conocer a C., pasé todo el tiempo que pude en la naturaleza. Ella sabía la profunda paz que me proporcionaba, en especial las montañas, sobre todo en el oeste, y temía haberme alejado

de algo que necesitaba y amaba. Lo que debería haber hecho era decirle que la necesitaba y la amaba, que apreciaba la textura de la vida que estábamos construyendo juntas y que, de todos modos, no era un juego de suma cero: las montañas no podían alejarme de ella, pero yo podía llevarla a las montañas. En cambio, mi reacción fue hiriente, de incomprensión: ¿cómo podía haber oído en mi comentario casual algo tan doloroso y contrario a lo que yo sentía en realidad? Me puse a la defensiva y le dije que para nada había querido decir eso, sino exactamente solo lo que había dicho, y que, después de todo, era bastante extraordinario encontrarse con un oso en una breve excursión. No había sido un comentario muy inteligente la primera vez que lo dije, y repetirlo no servía de nada. No hace falta saber nada sobre la población de osos en Shenandoah para entender que es muy alta la probabilidad de encontrarse con alguno cerca de las rutas de senderismo más populares, donde mucha gente es descuidada con la comida. C., que no había querido hablar de sus sentimientos, aprovechó de buena gana esa pobre lógica para discutir sobre los osos.

Así es como las parejas se meten en discusiones por las cuestiones más idiotas. Recuerdo unas vacaciones de verano en las que mi hermana y yo estábamos sentadas en las escaleras de nuestra casa de campo en el norte de Michigan, mientras nuestros padres discutían dentro. Yo estaba preocupada —ya entonces me aterrorizaban las discusiones—, pero mi hermana, tres años mayor que yo y con la cabeza lo suficientemente fría como para entender que la riña en cuestión no iba a acabar en divorcio, reaccionaba divertida. «¿Sabes por qué se están peleando?», me preguntó tratando de reconfortarme. No lo sabía. «Se pelean porque papá se ha olvidado de comprar atún.» Me pregunté cómo era posible que personas que se quieren acabaran discutiendo por el atún. Ahora lo sé.

C. y yo tardamos más de un año en resolverlo (no lo del oso, sino el asunto más general de cómo discutíamos), y la solución resultó ser diferente a la que yo esperaba. Al principio intenté no golpear las paredes de su intimidad con demasiada rapidez o demasiada fuerza cuando se enfadaba, y ella intentaba no dejarme sola en la tundra de su reclusión durante demasiado tiempo. Pero, por muy importantes que sean los compromisos en las relaciones internacionales, rara vez funcionan en las relaciones personales, sobre todo cuando las diferencias son profundas. No se puede convivir felizmente rechazando o cambiando partes esenciales de uno mismo. Lo que finalmente cambió no fue algo en nosotras, sino algo entre nosotras. Ocurrió después de una discusión excepcionalmente feroz, durante la cual ambas pensamos seriamente que nuestra relación tenía los días contados (fue precisamente en Tuscaloosa, lo que después le dio a la ciudad, de manera retrospectiva, cualidades propias de una canción

country: su mismo nombre es lastimero y oscuramente cómico; una calamidad geográfica). No llegamos a ese extremo, obviamente, pero nos asustamos mucho. Después experimentamos un alivio tan grande como nuestro miedo, pero mucho más esclarecedor: definitivamente no íbamos a romper. Ni en Tuscaloosa. Ni en ese momento. Ni en ningún lugar. Nunca.

Esa constatación actuó como se supone deben hacerlo los votos matrimoniales: cambiando algo fundamental entre nosotras. Se hizo evidente, casi de inmediato, que casi todas nuestras disputas habían surgido del miedo a perdernos la una a la otra, lo que provocaba que malentendidos y desacuerdos banales se convirtieran en crisis innecesarias. Había algo apocalíptico en su insistencia en buscar consuelo en sí misma: al alejarse, no solo intentaba desprenderse de lo que le molestaba, sino que también ensayaba la vida sin mí, mientras intentaba demostrarse a sí misma que estaría bien aunque yo me fuera. Entretanto, yo me apresuraba a arreglar las cosas porque no me hacía ilusiones, y era consciente de lo mal que estaría si me dejaba. Y no era capaz de serenarme ni de reconocer que ella no tenía ninguna intención de hacerlo. Pero después de Tuscaloosa, nos dimos cuenta —no en abstracto, no de vez en cuando, no solo cuando todo iba bien entre nosotras, sino todo el tiempo y por completo— de que nadie se iba a ir. Ella dejó de prepararse para ese escenario; yo dejé de reaccionar como si ya estuviera ocurriendo. Y así, el pánico desapareció de nuestras disputas y nuestras discusiones adquirieron algo parecido a la ligereza.

En este sentido, el amor es el tipo de problema que Carl Gauss, el matemático, habría reconocido: puedes saber con absoluta certeza que tienes la respuesta correcta y, pese a todo, necesitar mucho tiempo para resolver los detalles. Sin embargo, una vez que lo hayas hecho, la solución te parecerá, como a menudo ocurre, obvia y elegante, lo que hará que la confusión que la precedió parezca inimaginable. C. y yo seguimos discrepando de vez en cuando, y espero que lo hagamos siempre; la potencia de su mente, la forma en que desafía la mía, es una de las cosas que más valoro de ella, y no soporto pensar en lo empobrecida que se quedaría mi vida sin ella. («Ahora nadie me contradice —escribió la reina Victoria tras la muerte de su querido marido, el príncipe Alberto— y ha desaparecido la sal de mi vida».) Puntualmente, esos desacuerdos se convierten en discusiones, pero hoy en día nos ceñimos al tema en cuestión y, por lo general, lo resolvemos, si no siempre de forma cómica y tierna, al menos con cordura y rapidez. Ahora, tan a menudo como yo, ella se acerca a mí para calmarme o propiciar la reconciliación, y con la misma frecuencia yo doy un paso atrás, no para alejarme, sino porque es una buena posición desde la cual ver realmente a alguien. Creo que,

simplemente, se muestra tal y como es, y la quiero por ello.

El invierno después de llevar por primera vez a C. a Ohio, volvimos para ayudar a mis padres a mudarse de la casa donde yo había crecido. Había pasado mucho tiempo. Como la salud de mi padre seguía empeorando, mi madre abogó por mudarse a una casa más pequeña, sin escaleras por las que caerse y con menos habitaciones que mantener limpias. Mi padre, aunque en teoría no se oponía a este plan, en la práctica había dicho que no a todos los alojamientos que visitaban. Le gustaba la casa donde vivían y se sentía cómodo en ella. No lo expresó claramente, pero todos dedujimos que no estaba dispuesto a hacer una concesión tan indudable a la vejez. Mi madre tardó cinco años en convencerlo. Teniendo en cuenta los estándares de su generación —que no eran muy altos, hay que admitirlo—, mi padre siempre había asumido una buena carga de las tareas domésticas. Además de las tradicionalmente masculinas, como sacar la basura y cortar el césped, nos preparaba la comida a mí y a mi hermana cuando éramos demasiado pequeñas para hacerlo por nuestra cuenta, nos acostaba por la noche, cocinaba y fregaba al menos una parte de los platos, le encantaba hacer la compra y, a los cincuenta años, se encargaba por completo de las cenas. Sin embargo, mi madre seguía siendo quien, en consonancia con sus diferentes temperamentos y con la época, se ocupó de realizar la mayor parte de las tareas domésticas durante todo su matrimonio. Cocinaba cuando mi padre no lo hacía, planchaba, barría, fregaba y pasaba la aspiradora, llevaba la cuenta de los alimentos y otros artículos que había que reponer, nos compraba la ropa y el material escolar, hacía la colada, contrataba niñeras, organizaba las actividades extraescolares y el transporte, nos llevaba al médico y al dentista, se ausentaba del trabajo cuando estábamos enfermas y, en general, se ocupaba de esas tareas cotidianas imprescindibles para mantener la casa y hacer de ella un hogar.

Además, las casas en las que vivíamos siempre las elegía mi madre. Ella se encargaba primero de buscarlas y de amueblarlas después: el piso de Michigan donde vivieron después de casarse, el piso de Cleveland donde nació mi hermana, la modesta casa a la que se habían mudado para hacer sitio a su segunda hija, la lujosa casa que compraron cuando la carrera de mi padre empezó a despegar. Y así fue como mi madre, a sus setenta y pocos años, visitó todas las propiedades inmobiliarias más o menos aceptables que había en el mercado, hasta que mi padre se rindió a la realidad —o a su extremadamente paciente esposa— y finalmente reconoció que el último piso que le había mostrado no parecía un mal lugar para vivir.

Luego llegó la mudanza. Como mi padre había superado hacía tiempo esa fase en la que podía hacer todo tipo de trabajos físicos y mi

madre no podía encargarse de todo ella sola, mi hermana, C. y yo fuimos a Cleveland para ayudarlos. A estas alturas, C. y yo nos conocíamos tan bien y habíamos estado en casa de mis padres tantas veces que ya no me preocupaban las fotos escolares enmarcadas en la pared (ella ya las había visto, por cierto, y comentó que le parecían adorables) ni nada que revelara mi pasado. Y estaba bien. Además de internet, ¿hay alguna fuente de vergüenza potencial más abundante que un padre que no tira nada y la casa en la que uno ha crecido? Una tarde tuvimos que vaciar el desván y rebuscar en un viejo baúl que contenía casi todos los papeles que mi hermana y yo habíamos escrito de pequeñas. C. los sacó uno a uno, ignoró nuestras risas (y también el viejo y maltrecho peluche que acabé tirándole a la cabeza), y recitó dramáticamente horribles poesías escolares y apuntes que habíamos tomado de adolescentes, así como resúmenes de libros ingenuamente serios.

Al día siguiente, nos reímos aún más cuando mi hermana, mientras limpiaba la cocina, encontró encima del frigorífico una vieja bruja: una alegre aunque algo desaliñada anciana encaramada a una escoba, destinada a traer buena suerte al hogar que adornaba. Al parecer, fue adquirida en algún momento de 1978 y olvidada hacia 1984, lo que podía decirse de un número considerable de posesiones de mis padres. Entretanto, mi hermana, C. y yo llevábamos trabajando tres días en lo que empezaba a parecer una tarea de tres mil días, y con cada objeto que descubríamos reaccionábamos cada vez más divertidas, sorprendidas o perplejas. La bruja en su escoba apolillada fue la gota que colmó el vaso, por así decirlo. Mi madre estaba en la habitación de al lado y ninguna de nosotras quería herir sus sentimientos, así que mi hermana zarandeó al monigote en silencio, con una mirada, entre angustiada y triunfante, que expresaba claramente el problema al que nos enfrentábamos: ¿cómo limpiar una casa de cuatro pisos que en más de treinta años nunca se ha limpiado a fondo? El hecho de que tuviéramos que hacer un esfuerzo para no atraer la atención de mi madre lo hacía aún más cómico. Me senté como una adolescente en la encimera y, doblada de la risa, me deslicé. Fue bueno reírse tanto, de forma inesperada.

Ayudar a tus padres mayores a mudarse de su casa de toda la vida es un ejercicio en el que constantemente se funden lo literal con lo simbólico: la necesidad de desprenderse de tantas cosas de golpe, las puertas que se cierran para siempre detrás de ellos, la reducción del espacio que ocupan en el mundo. De antemano pensé que durante este proceso sentiría una especie de tristeza que iría en dos direcciones, una sensación de pérdida tanto por el futuro como por el pasado. Pero lo que realmente sentí, aparte del placer de estar con el resto de la familia, fue una suerte enorme. En el largo periodo de deterioro de la

salud de mi padre, había aprendido a estar tan agradecida por lo que no ocurría como por lo que sí ocurría. Así que me sentí aliviada de que mis padres estuvieran allí para reírse con nosotras mientras vaciábamos su casa, antes de que cada hora que pasáramos allí y cada objeto que nos lleváramos se impregnasen de dolor.

Hicieron falta varios meses, muchos viajes de ida y vuelta a Ohio e innumerables excursiones a Goodwill antes de que aquella casa estuviera completamente vacía y mis padres se instalaran en su nuevo hogar. A mi padre, finalmente, la transición le resultó fácil, por mucho que se resistiera. Como de costumbre, eso fue gracias a mi madre, que se las arregló para que la nueva casa se convirtiera en algo así como una versión en miniatura de la anterior. En su primera noche allí, mi padre se sentó después de la cena en su sillón favorito, con el libro que estaba leyendo sobre las rodillas y un vaso de whisky en la mesita de al lado, la misma mesita que lo había acompañado durante años y años. Me senté frente a él, sorprendida de que ya se sintiera como en casa.

Entretanto, durante todo este proceso de embalaje y mudanza, C. y yo íbamos de un lado a otro entre un número cada vez mayor de casas. Cuando nos conocimos, yo tenía alquilada una encantadora casita de madera en el valle del Hudson y ella una casa en la Costa Este. Unos meses más tarde, se compró allí una casa después de una cómica conversación en la que me aseguró que no era una forma poco sutil de hacerme saber que no estaba interesada en mí o que no quería irse nunca de Maryland. La casa había pertenecido a unos amigos de sus padres que, al igual que los míos, se habían hecho demasiado mayores para cuidarla. Era una oportunidad demasiado buena —la hipoteca resultaba además muy asequible— para dejarla pasar. Por aquel entonces, había empezado a trabajar en un libro ambientado en gran parte en el Sur profundo. Esto significaba que yo iba a pasar mucho tiempo en un pequeño pueblo de Alabama o mucho tiempo sola. Elegí lo primero, y alquilamos una gran casa amueblada en un lago, a una hora de distancia en tren de Georgia. Bautizamos al ciervo disecado del comedor con el nombre de Nickajack (en honor a una región escindida del Sur que se negó a aliarse con la Confederación durante la Guerra Civil) y nos leímos una a otra en voz alta Medianoche en el jardín del bien y del mal mientras cocinábamos y nos sentábamos en el porche a tomar el café de la mañana y ver cómo se levantaba la niebla del lago. Mientras ella salía a hacer sus reportajes, yo me quedaba en casa escribiendo o salía a correr por las empinadas colinas cubiertas de pinos que rodeaban el lago; en los días libres, nos subíamos al coche y salíamos en busca de aventuras.

En aquellos días el coche era en realidad una tercera casa. Conducíamos de Alabama a Maryland (a C., como ya he dicho, le

encanta conducir), de Maryland a Nueva York, de Nueva York de vuelta al sur. Largas distancias repletas de música country y café y comida rápida no demasiado grasienta. Cuando no viajábamos a una u otra casa, lo hacíamos por trabajo, el suyo o el mío, o nos dirigíamos a tal o cual lugar que siempre habíamos querido ver o visitábamos a amigos que vivían lejos. En esos viajes intentábamos mantener el coche razonablemente ordenado, pero lo que acabó en su interior reflejaba las muchas horas que pasábamos dentro: gomas de pelo, servilletas de papel, un cepillo y pasta de dientes, surtidos de frutos secos, crema solar, antihistamínicos, un salero (para C.), una manta y una almohada (a veces me echaba la siesta), botellas de agua, termos, un adaptador para cargar nuestros ordenadores portátiles (una vez escribí un artículo entero entre la Costa Este y Gaffney, en Carolina del Sur), libros, revistas, trajes de baño, chubasqueros, un botiquín de primeros auxilios, un pase anual para los parques nacionales y tres cajas de archivos llenas con material para el libro en que C. estaba trabajando, todo ello permanentemente guardado en el maletero, una especie de colchón de seguridad en caso de que nos quedáramos atrapadas en algún lugar durante dos años y ella tuviera que cumplir con la fecha de entrega de su libro.

De vez en cuando, este estilo de vida resultaba enloquecedor. Inevitablemente, había días en los que nos dábamos cuenta de que me había olvidado mis zapatillas de correr cuando ya estábamos de camino a Alabama, o que el libro que buscábamos en Nueva York estaba en Maryland, o que un evento al que queríamos asistir en algún remoto lugar se celebraba al día siguiente de otro al que también teníamos previsto acudir. Pero, en general, nos divertíamos mucho. Y no solo era diversión. C. y yo teníamos mucha suerte, y lo sabíamos. Como las dos podemos trabajar en cualquier sitio, nunca tuvimos una relación a distancia, sino una en la que recorríamos juntas largas distancias. Y todas esas autopistas, todos esos kilómetros, las horas de conversación en el coche, el paisaje infinitamente atractivo que se desplegaba ante nosotras: todo eso nos llevaba también a otro lugar, cada vez más lejos por todo tipo de carreteras, cada vez más cerca la una de la otra. Y entonces, después de quince meses de esta entrañable vida nómada, volvimos a Ohio porque hospitalizaron a mi padre por una fibrilación auricular.

En las noches anteriores a su muerte C. y yo dormimos en una cama plegable en la sala de estar del apartamento, con una cortina improvisada junto a la puerta. O, al menos, intentábamos dormir. La mayoría de las veces me quedaba despierta, agotada pero incapaz de conciliar el sueño, incapaz de afrontar plenamente la pérdida que se avecinaba o de aislarme de ella. Cada mañana, al despertarme, tenía que volver a orientarme en esa nueva casa. Mi padre y mi madre

habían vivido allí apenas seis meses, y ahora la posibilidad de que él volviera algún día cada vez parecía más remota. Cuando llegó el momento de decidir qué hacer, mi madre, triste y tranquila, nos dijo que quería lo que no deseaba en absoluto: dejar ir a mi padre. Admiré su fortaleza entonces y durante los últimos días de vida de mi padre, pero el dolor siempre encuentra un camino. El día después de que lo trasladáramos a cuidados paliativos, entré en la habitación y encontré a mi madre completamente abatida. Cuando le pregunté si le preocupaba algo en concreto, señaló el cuarto de baño y dijo, entre lágrimas, que mi padre apenas había podido utilizar la ducha para discapacitados que había hecho instalar.

Menos de una semana después, ya nos había dejado. Después de todos los preparativos, después del funeral, después de que C. hubiera hecho nuestra maleta y la pusiera en el vestíbulo, abracé a mi madre y a duras penas pude despegarme de ella. Me quedé en el umbral de la puerta, sintiéndome desconcertada y vacía, mientras la aferraba y miraba fijamente por encima de su hombro hacia la habitación. Entonces recordé lo que había pensado cuando vi por primera vez el piso después de que ella y mi padre se mudaran: era casi idéntico a su antigua casa, pero muchas de las cosas de aquella casa ya no estaban allí.

Es difícil comprender las sorpresas inesperadas que te depara la vida. C. me metió en el coche —apenas reaccioné, como si fuera una de las cajas del maletero— y me llevó de vuelta a Maryland. Llegamos a casa pasada la medianoche. En la mesita del salón había una enorme pila de correo. Los gatos se nos enroscaban con entusiasmo alrededor de las piernas. Subí las escaleras a trompicones, abrumada por un cansancio colosal impregnado de dolor, y empecé a prepararme para ir a la cama. Fue entonces cuando miré hacia abajo y vi unos puntitos negros en mis pies descalzos. Me agaché para mirar más de cerca y pensé todo tipo de cosas vagas, desesperadas e incrédulas. Nuestros gatos no salen al exterior y nunca habíamos tenido problemas con ellos. Pero llamé a C. y, cuando subió, ya tenía claro que todo lo que me rodeaba —el suelo, las almohadas, la manta, mis pies— estaba cubierto de pulgas.

Nos miramos durante un largo rato. No es una sugerencia muy práctica ni muy agradable, pero en retrospectiva creo que, si alguna vez quieres saber realmente si estás en una relación correcta con la persona adecuada, deberías probar esto: un viaje de ocho horas en coche y llegar a casa a la una menos cuarto de la madrugada, destrozada por la pena y las pulgas. C. tomó mis manos entre las suyas, me miró a los ojos desconcertados y dijo que podíamos ir a un hotel. Negué con la cabeza. Lo único que deseaba, más que nada, más incluso que dormir, era sentirme en mi casa. Y así, con la misma

tranquilidad que si fuera de día y acabara de surgir en ella un interés por la entomología práctica, se puso a buscar en Google qué hacer en caso de una plaga de pulgas. Mientras tanto, yo me quedé donde estaba, inútil, con mi pena flotando como algo horrible en un turbio charco de incredulidad. Mi único otro sentimiento fue una profunda gratitud por no haber tenido que enfrentarme yo sola a la casa y a aquella situación, a toda esa asquerosa, absurda y abrumadora situación que me hubiera desbordado por completo.

Poco después, y por primera vez en la vida, me sentí casi igual de agradecida por el hecho de que hubiera tiendas abiertas las veinticuatro horas. Fue en una de ellas, a mitad del pasillo de artículos para mascotas, donde la aguja de mi humor, a pesar del agotamiento, pasó bruscamente de lo catastrófico a lo hilarante. Lo siguiente que sentí fue un anhelo que sabía que me acompañaría el resto de mi vida: quería contarle a mi padre lo que había pasado. Mi madre se sentiría fatal por nosotros, lo sabía, pero mi padre... De pie, con C. a mi lado y un bote de champú antipulgas en la mano, me eché a reír. Mi padre habría dicho con cara de circunstancias: «Siempre te he dicho que debías deshacerte de esos horribles gatos». Me habría recordado el poema más corto del mundo sobre las pulgas («Adam / Had'em», «Adán / las tenía») y habría comprendido la moraleja: incluso en circunstancias extremas, alegres o profundamente tristes, en el paraíso o recién expulsados de él, solo somos unas humildes criaturas a merced del mundo. Ese pensamiento, en cierta manera, me animó, y mientras conducíamos a casa me sentí, a pesar de todo, más humana de lo que me había sentido en semanas. Al cabo de dos horas, los suelos estaban desinfectados, los gatos furiosos y limpios, la ropa de cama daba vueltas en la lavadora, había sábanas limpias en la cama y nosotras estábamos acostadas.

Esa fue la noche en que decidí que ya no quería más de un hogar. Confundida, agotada y casi vencida por el sueño, me costó no decírselo de inmediato a C. Sin embargo, dicen que no hay que tomar grandes decisiones cuando estás de duelo (aunque el duelo es a menudo el resultado de circunstancias que requieren tales decisiones). Así que esperé, aunque sabía lo que quería. Cuando lo peor de la pena remitió y la oscuridad del otoño y el invierno se disipó, volvimos al valle del Hudson para recoger nuestras cosas por enésima vez. Para entonces ya habían pasado dos años desde que llevé a almorzar a C. y nos quedamos juntas al lado de la casa, admirando la lozana vegetación que brotaba en el jardín, sin saber todavía lo que acababa de empezar.

Empaquetar los trastos de mi casa también fue divertido, aunque más fácil y emocionante. La noche previa a la mudanza ya estaba todo listo, desmontado, envuelto en mantas o almacenado en cajas, salvo

algunas cosas absolutamente necesarias. Compramos comida india para cenar, vimos En busca del arca perdida en el portátil de C., nos quedamos despiertas hasta tarde para atar los últimos cabos sueltos y nos quedamos dormidas en un colchón en el suelo, porque el armazón de la cama ya estaba desmontado y apoyado contra la pared de abajo. Al mediodía del día siguiente, todo estaba ya cargado en el camión de la mudanza. Cerramos la puerta trasera y caminamos hasta el centro de la ciudad, almorzamos en la cafetería donde nos habíamos visto por primera vez y compramos un par de cafés para el viaje. Luego bajamos la pequeña colina hasta llegar de nuevo a la casa y nos asomamos por la puerta principal. Llevaba viviendo allí más de diez años, y le había tomado un inmenso cariño. Pero al mirar su vacío, no sentí ninguna punzada de nostalgia o pérdida. El poeta Basho escribió una vez en un pequeño y hermoso haiku:

> Cantan cigarras
> aunque no lo parezca
> morirán pronto.[12]

En la mitología clásica, Eros tenía un hermano menor, Anteros, el dios no solo del amor, sino del amor correspondido. Se cuenta que Eros era enfermizo y débil de pequeño, por lo que, siguiendo el consejo de uno de los titanes, Afrodita dio a luz a otro niño para que le hiciera compañía. A partir de ese momento, cada vez que se quedaba solo Eros se volvía apático y débil, pero cuando los dos niños estaban juntos, florecía. Una vez que llegaron a la edad adulta, Eros quedó asociado eternamente a los aspectos más angustiosos del enamoramiento: el anhelo, la ausencia, la pasión frustrada. Las armas que solía elegir para despertar el deseo —flechas, llamas, fiebres, martillos, huracanes— eran coercitivas y dolorosas, y dondequiera que iba sembraba el desastre y el caos. (Según algunos relatos, hizo que la casada Helena se enamorara de Paris, lo que condujo a la Guerra de Troya.) Por el contrario, Anteros era leal y tierno, excepto cuando vengaba a los amantes maltratados. Concebido para proteger a su hermano de la soledad, pasó a proteger a otros del mismo destino.

Figura enigmática incluso en su época, Anteros ha desaparecido casi por completo de nuestra memoria colectiva y pocos lo ubicarían en el panteón antiguo. Se trata de una elisión reveladora: ya no personificamos el amor correspondido, ni literal ni figuradamente. Sin embargo, ahí reside nuestra felicidad romántica, porque, como la propia reputación de Eros pone de manifiesto, el amor que no es recíproco no es algo ni mucho menos agradable. Si hemos de creer a los numerosos autores que han abordado este asunto, desde la Antigüedad hasta nuestros días, el deseo insatisfecho por otra persona,

cuando no se consuma, es principalmente una fuerza destructiva, peligrosa para el amante y potencialmente igual de nociva para los demás.

El amor correspondido es exactamente lo contrario. En un sentido amplio es, aunque no siempre, una fuerza sustentadora, generosa, estimulante y satisfactoria. Pero, al igual que Anteros, nuestra cultura no le presta prácticamente ninguna atención, víctima del consenso general que afirma que la felicidad es agradable, pero carece de interés: «Todas las familias felices se parecen—declaró Tolstói, de forma célebre y despectiva, al principio de Anna Karénina—; las desdichadas lo son cada una a su manera». La novela es maravillosa, pero la afirmación muy extraña. Para empezar, se contradice con mi propia experiencia. A los nueve años, ya sabía lo muy diferente que era mi familia feliz de la de uno de mis mejores amigos. Sus padres eran devotos y de izquierdas, les encantaba salir al campo y eran tan constitutivamente apacibles que su tono de conversación predominante era el murmullo: un ecosistema tan diferente del mío, intelectual, con su ruidosa exuberancia, como la marisma de una selva tropical. Pero es que, además, desde el punto de vista de la lógica, la afirmación de Tolstói tampoco tiene sentido. ¿De qué manera y por qué razón la desgracia podría ser más rica y variada que su contrario? Cuando la alegría desaparece, el resultado suele ser la tristeza. Esta última no puede ser más característica e interesante que la primera, y la miseria cotidiana suele adoptar la forma de una larga y aburrida penumbra. Lo que Simone Weil escribió sobre el mal también es aplicable al sufrimiento: en la imaginación puede ser «romántico, variado», pero el que te encuentras en la realidad es «triste, monótono, desértico, tedioso».[13]

Sin embargo, la felicidad suele recibir no solo menos atención sino también más críticas que su opuesto. Los pensadores contemporáneos llegan a veces a minusvalorarla, al describirla como una fijación superficial de la vida moderna, pero condenarla sobre esa base es confundirla con fenómenos relacionados pero diferentes: formas superficiales de felicidad, como la diversión y el placer, o medios superficiales para alcanzarla, desde las drogas y el alcohol hasta las compras compulsivas. Aristóteles, en cambio, consideraba la felicidad como el bien supremo. Según él, la felicidad no era una satisfacción pasajera, sino el pleno desarrollo de la persona, inseparable de la reflexión y la virtud.

Cabría imaginar que, por mucho que la felicidad se deje de lado en otros ámbitos, al menos desempeñara un papel central en las historias de amor. Sin embargo, rara vez es así. La visión del amor en la literatura es a menudo sombría, y pone el énfasis (como en el caso de Tolstói) más en el sufrimiento que en la alegría, más en la turbulencia

que en la satisfacción, más en la tragedia que en el romance. Hay un buen número de excepciones —desde Austen y Balzac hasta los cuentos de hadas, pasando por las comedias y las novelas románticas —, pero incluso en los casos en que la visión del amor es más halagüeña, la atención se centra principalmente en la obtención de ese amor, no en su mantenimiento: el «felices para siempre» es el final de la historia, no la historia en sí. Se sobreentiende que la felicidad es un estado estático sobre el que no hay mucho más que decir, y que el amor, una vez encontrado, se vuelve aburrido o, peor aún, se convierte en algo que no es amor en absoluto. Se trata de una idea antigua y persistente: que el amor romántico es en realidad solo deseo, y que el deseo siempre es un anhelo de algo que no se tiene. Por este motivo, la mayoría de las historias de amor nos hablan tanto de la búsqueda del amor y tan poco de lo que supone encontrarlo por fin. Chico conoce a chica, chico pierde a chica, chico consigue a chica: incluso en la versión optimista, el cuento termina cuando se consiguen el uno al otro, justo cuando la mayoría de nosotros cree que el amor realmente comienza.

Los escritores de historias románticas, en otras palabras, suelen centrarse en el principio del amor o en su final, pero descuidan en gran medida su parte central, que, dado el escaso interés que suscita en nosotros la felicidad, intentan que sea lo más breve posible. Pero los verdaderos amantes hacen todo lo contrario: buscan que la parte central sea lo más larga posible; les gustaría que fuera eterna.

De lo anterior se deduce lo que todos los que han conocido el amor saben: es muy posible añorar lo que ya tenemos. He añorado a C. cuando estaba en la misma habitación que yo, pero molesta o distraída con otra cosa. La he añorado cuando está fuera de la ciudad y tengo un mal día. La he añorado cuando dormía en mis brazos y yo era presa de la angustia existencial, desesperada por seguir teniéndola, atormentada por la idea de perderla. Los amantes cuyo amor es recíproco no sufren de falta de deseo, sino de un cambio fundamental en la forma en que este se manifiesta. No deseamos lo nuevo, ese anhelo por defecto de la cultura contemporánea. Solo queremos más de lo mismo. Aquí está Robert Frost, plasmando el sentimiento perfectamente, en un pequeño poema llamado «Devoción»:

> Al corazón no se le ocurre una mayor
> devoción que la de hacer de orilla de un océano:
> siempre en la misma curva que no cambia de sitio,
> siempre atenta a la misma repetición sin fin.[14]

He pensado en estos versos más veces de las que puedo decir, por la noche, cuando C. y yo estamos entrelazadas en la cama, su cuerpo

alrededor del mío, sus largos dedos en los míos, contra mi corazón, o por la mañana, cuando me despierto y veo sus ojos mágicos y su cara alegre, y sonrío aún soñolienta. Esto es todo lo que quiero, pienso en esos momentos y en otros incontables, una y otra vez, en los próximos cien mil años. Esa es la esencia del amor correspondido y el estado más glorioso al que uno puede aspirar: desear solo lo que ya se tiene.

Pero no he dicho nada de la primera vez que C. me llevó a la casa donde creció. Fue en otoño, el mismo año en que nos conocimos, unos meses después de que se nos pinchara una rueda de camino a Ohio. A última hora de la tarde, salimos hacia el sur del valle del Hudson por carreteras que se estrechaban a medida que nos acercábamos a nuestro destino. Cuando llegamos al límite del condado, ya era de noche. Los grillos hacían tanto ruido que los oíamos en el coche. Me incliné en mi asiento para mirar el cielo, densamente tachonado de estrellas, como si el universo hubiera esparcido sobre nosotras una caja entera. Debajo, un grupo de árboles formaba una mancha todavía más oscura, donde corría un arroyo serpenteante y una hilera de redes cortaviento marcaba el límite de un campo. Aparte de eso, la tierra se extendía sin fin a nuestro alrededor, una vasta llanura costera que se entregaba al mar un centenar de kilómetros al este.

Más tarde, cuando me mudé con C., llegué a familiarizarme con esos caminos durante el día; los cultivos sucediéndose a toda velocidad a ambos lados y los surcos simétricos creando una especie de efecto stop motion. Y también he visto los cambios de cosechas con las estaciones. El trigo da paso a la soja, la soja al sorgo, el sorgo al maíz, que está tan alto en agosto que se pierde toda la visibilidad en los cruces. Aquí y allá, los silos se elevan en la distancia. En los puntos en los que se cruzan los caminos de tierra y los asfaltados, hay puestos en los que se venden tomates frescos y mermeladas caseras, pimientos picantes y melocotones. No hay nadie para atenderte: dejas allí mismo el dinero por lo que te llevas. Al caminar por los rastrojos de los campos en las oscuras mañanas de invierno, la escarcha los hace crujir y una capa de niebla flota a ras de suelo, como si una manta hubiera ocultado el lecho que hay debajo.

Tidewater Maryland, lo llaman, y con razón: unos pocos centímetros más de agua y toda esta tierra de cultivo se convierte en un pantano. Tras las fuertes lluvias, los cultivos sobresalen de lagos temporales poco profundos y los patos de Carolina chapotean tranquilamente por los campos, llevados por su propio reflejo. Al este, el gris océano Atlántico se arremolina y ruge. Al oeste, las aguas mitad dulces mitad saladas de la bahía se deslizan sin descanso por el delicado encaje de la costa. En medio, los ríos dividen la tierra en franjas: el Pocomoke, el Nanticoke, el Miles, el Wye, el Wicomico, el

Sassafras, el Choptank, el Little Choptank, el Tred Avon y demasiados otros como para mencionarlos a todos. Se dice que tienen hasta diez mil afluentes.

La pérdida empobrece el mundo; el hallazgo lo hace más rico, más abundante, más interesante. Después de conocer a C., también me he enamorado del verde resplandeciente del trigo invernal, que ondea al viento: en mi opinión, el tono de verde más hermoso en un planeta tan lleno de tonos de verde hermosos. He visto cientos de gansos de nieve volando junto a un campo, como si abandonaran nuestro mundo mortal para dirigirse a su propio reino encantado. Me he trasladado a una parte del país de la que nunca había oído hablar y, cuando salgo a correr por la tarde, me encuentro con un viento que sopla sin obstáculos por toda la tierra, con la fuerza del mar detrás, y me siento tan eufórica como si estuviera en la cima de una montaña. He estrechado lazos con los padres y las hermanas de C., así como con el resto de su familia, he ido a la iglesia con ellos en la mañana de Pascua y he puesto regalos bajo su árbol de Navidad. He encontrado un hogar que es tan bonito como aquel en el que crecí, un hogar que nunca podría haber imaginado antes.

En uno de mis pasajes favoritos sobre el amor, James Baldwin pide a sus lectores que se imaginen que vienen de Chicago, que no saben absolutamente nada de la isla de Hong Kong y que no tienen ningún deseo de visitarla. A continuación, escribe:

> Supongamos que algo imprevisto, algo que podríamos llamar un accidente, te pone en contacto con un hombre o una mujer que vive en Hong Kong y que te enamoras. Hong Kong dejará instantáneamente de ser un nombre y se convertirá en el centro de tu existencia.

Y continúa:

> Si tu amor vive en Hong Kong y no puede llegar hasta Chicago, será preciso que tú vayas a Hong Kong. Quizá pases allí el resto de tu vida y no vuelvas jamás a Chicago. Te aseguro que descubrirás, mientras el espacio y el tiempo te separen de la persona que amas, una enormidad de cosas acerca de las vías marítimas, las conexiones aéreas, los terremotos, el hambre, las enfermedades y la guerra. Y sabrás minuto por minuto qué hora es en Hong Kong, porque alguien a quien amas vive allí. Y al amor no le quedará otro camino que entablar una batalla contra el espacio y el tiempo, y tendrá que vencer.[15]

Me atrevo a ir más lejos y digo que, en el momento en que conoces a tu amada, la batalla contra el espacio y el tiempo ya está ganada. C.

no es de Hong Kong y yo no soy de Chicago. Sin embargo, nacimos tan lejos en el tiempo y vivimos tan lejos en el espacio que parece improbable que las dos, ambas completamente libres de enamorarnos de la otra y ambas misteriosa y firmemente inclinadas a hacerlo, nos encontrásemos aquel hermoso día de primavera en Main Street,

no a un lado o a cien millas
ni una pulgada ni un hemisferio de más,

como escribió la poeta Wisława Szymborska,

no ayer o hace cien años
ni un minuto ni un eón demasiado pronto.[16]

¿A qué brusca intervención del destino, a qué casualidad se debe este encuentro? Para quienes, como C., creen en Dios o en un universo ordenado en parte por fuerzas tutelares y benignas, este tipo de encuentros —como el resto de los hallazgos maravillosos— tiene una explicación sencilla: son bendiciones, regalos de Dios, milagros. Los dos amantes estaban destinados el uno al otro; de hecho, en un sentido literal, están hechos el uno para el otro, e iban a encontrarse de todas formas. Por esa razón, a veces se oye decir a las parejas que las unió el destino. Pero la gente que no cree en eso, y tal vez algunos de los que sí lo hacen, sospecho que tienen el sentimiento contrario: una especie de gratitud maravillada ante el hecho de que, por muy irremediablemente incierta que sea la vida, haya ocurrido algo tan improbable. Eso es lo que siento: que encontrar a tu ser amado es un «Asombro», por usar el título del poema de Szymborska, porque, desde un punto de vista cósmico, hay mucho tiempo y espacio para que tal cosa no ocurra.

Nunca he sentido eso con tanta fuerza como la primera vez que fui con C. a la Costa Este. Cuanto más nos acercábamos a su ciudad natal, más inverosímil me parecía que nos hubiéramos conocido. Solo había puesto el pie en Maryland en una ocasión, en un viaje a Baltimore durante mi adolescencia, y no sabía casi nada de ese estado, hasta el punto de que hacía poquísimo me había enterado de que una parte del mismo era una península remota. Cuando C. me dijo por primera vez dónde vivía, me costó situar el lugar en el mapa. Ahora que lo atravesábamos, me resultaba aún más difícil captar la ubicación. Me parecía inconcebible que Washington D. C. estuviera a tan solo una hora y media de distancia. El lugar en el que nos hallábamos parecía estar tan lejos de la capital como Nebraska.

Hoy la Costa Este es un lugar que ya siento como propio, y en los años que llevo viviendo aquí he pasado tanto tiempo en la casa donde

creció C. que también se ha convertido en una suerte de hogar para mí. Su madre me enseñó a vaciar cangrejos en el porche y su padre a usar una sierra de inglete en el cobertizo. He ayudado a encalar los dormitorios, a ordenar el cobertizo y a retirar las ramas caídas tras una tormenta. Me he sentado en la cocina a desgranar guisantes, me he estirado en el sofá a ver la televisión, he hecho ensalada de patatas y cocinado mazorcas de maíz cuando los amigos de la familia venían a cenar. A veces solo he pasado por allí para recoger una llave de repuesto o dejar un plato de galletas; otras veces he estado holgazaneando casi todo el fin de semana. He estado con ropa de vestir y en pijama, he ido a dar buenas noticias y he encontrado consuelo en el dolor.

Pero en aquella primera visita llegué como una extraña, una absoluta desconocida en la costa, desconocida para sus padres y su hermana, y me encontraba todavía en esa fase del amor que he llamado «ansia de información». Hacía meses que quería ver la casa en la que C. había crecido, y ahora ella me guiaba, subiendo por el camino y atravesando la puerta. La excavación arqueológica de la parte de atrás hacía tiempo que se había rellenado y arado, pero todos los objetos que había encontrado allí estaban bien organizados en una vitrina que sacó de debajo de la cama. La estantería que le había construido su padre seguía en pie en su habitación de niña, aunque no había mucho más que ver porque su hermana había redecorado la habitación tras la marcha de C. En la sala de estar, me quedé un rato mirando una estantería llena de fotos de ella de cuando era pequeña, dulce, seria y escuálida como una pilluela: en los escalones de la iglesia junto a sus hermanas, ataviadas con idénticos vestidos de Pascua, de pie en un muelle con una gallineta recién pescada —y casi tan larga como ella— o con las rodillas llenas de barro y el uniforme de la liga infantil de béisbol.

Podría haberme quedado mirándolas indefinidamente, mil años más. Mi hija de granjero, mi becaria Rhodes, mi cristiana devota de ardiente inteligencia y su corazón fiel, que puede citar a Eliot, leer griego, manejar una astilladora eléctrica y montar un palangre artesanal. Si, antes de conocernos, alguien me hubiera dado un bolígrafo y un papel y diez mil años para describir a la persona de la que un día me enamoraría, nunca en mi vida habría podido pensar en alguien como ella. «¿De dónde has salido?», le preguntaba a C. de vez en cuando en aquella época, llena de asombro y gratitud. Mientras estaba en su casa, en el corazón mismo de algún tipo de respuesta a esa pregunta más profunda, seguía envuelta en el misterio. ¿Cómo había llegado a ser quien era desde allí? ¿Y cómo había llegado a mí desde ese lugar?

Qué asombroso es encontrar a alguien. La pérdida puede alterar

nuestro sentido de la escala y nos recuerda que el mundo es abrumadoramente grande y nosotros increíblemente pequeños. Pero encontrar tiene el mismo efecto; la única diferencia es que aporta asombro en lugar de desesperanza. El universo tiene profundidades insondables, la vida ofrece infinitos caminos y giros, y a pesar de todas esas trayectorias y posibilidades y personas en el planeta, allí estaba yo, en esa casa, caminando con C. mientras me cogía la mano, me sacaba del salón y me llevaba a la cocina, donde quería enseñarme algo. Cogí el objeto de la repisa de la chimenea, junto a la estufa de leña, y lo miré sin saber lo qué veían mis ojos. Era un meteorito, explicó, que su padre se había encontrado de niño en el campo tras verlo caer del cielo.

III. Y

Mucho antes de que naciera el padre de C. —mucho antes de que naciera cualquiera de nosotros—, otro meteorito chocó contra el planeta, no muy lejos del futuro hogar del que habría de ser mi suegro. Ocurrió hace unos treinta y cinco millones de años, a finales del Eoceno, un periodo en el que gran parte de la región del Atlántico Medio estaba realmente en el centro del Atlántico, pues la Costa Este de Norteamérica se adentraba bastante respecto a su ubicación actual, de modo que partes de lo que hoy son Nueva Jersey y Virginia, junto con todo Delaware y la costa oriental de Maryland, yacían bajo un océano poco profundo.

Durante los veinte millones de años anteriores, la Tierra había estado extremadamente caliente. Bajo una densa atmósfera de dióxido de carbono y metano el agua marina superaba los cien grados de temperatura, los caimanes reptaban por Canadá y las palmeras proyectaban sus sombras sobre el suelo fértil del Ártico. A finales del Eoceno, las temperaturas globales empezaron a moderarse, pero en Norteamérica las exuberantes selvas tropicales aún se extendían desde los Apalaches hasta el océano Atlántico. Al igual que las de hoy, rebosaban de vida: ranas, sapos y salamandras, mariposas y libélulas y escarabajos dorados, ungulados enanos, eohippus (caballos del amanecer), tapires diminutos y decenas de otras criaturas prehistóricas.

Quién sabe qué vieron, si es que vieron algo, cuando el objeto que habría de exterminar a la mayoría de esos animales sobrevoló sus cabezas. En cualquier caso, solo contaron con unos segundos. El meteorito medía tres kilómetros de ancho y pesaba mil millones de toneladas; llegó del norte a ochenta mil kilómetros por hora, cubrió la distancia entre el Círculo Polar Ártico y Virginia en tres minutos y finalmente se estrelló contra el Atlántico, justo al oeste de lo que hoy es el Cabo Charles. El océano a duras penas lo frenó; se evaporaron millones de toneladas de agua y se vieron desplazadas otros tantos millones, mientras el meteorito seguía rugiendo a través de capas de sedimentos y piedra hasta que, por fin, a ocho kilómetros de profundidad, impactó contra la roca madre de la Tierra. Con el impacto, el meteorito se destruyó y abrió un cráter de un kilómetro y medio de profundidad y una superficie de más de seis mil kilómetros cuadrados, dos veces el tamaño de Rhode Island, provocando una gran explosión. Las cenizas y las rocas ardientes se proyectaron a una altura de cien kilómetros, y en Norteamérica y el Atlántico diez millones de kilómetros cuadrados de tierra y océano quedaron sembrados de

cristales de meteorito. Entretanto, la masa de agua que se había desplazado por el impacto se levantó como una enorme muralla de olas de más de trescientos metros de altura, para luego derrumbarse por su propio peso y dirigirse a la costa a gran velocidad. Le siguió un tsunami que avanzó ciento cincuenta kilómetros tierra adentro, hasta Virginia, donde disipó la energía restante en lo alto de las laderas de granito de la Cordillera Azul.

El tiempo pasó. El amanecer dio paso al crepúsculo, el crepúsculo a la noche, la noche al amanecer. Los incendios se extinguieron. Helechos y brotes de árboles echaron raíces entre los restos en descomposición de los árboles abatidos. La Tierra siguió orbitando como siempre alrededor del sol. Pasó un año. Luego un siglo. La lava emergió, bullente, del fondo del océano, formando nueva materia continental y desplazando lentamente la tierra del estrato superior. Los volcanes entraron en erupción, los valles fluviales y los lechos de los lagos quedaron sepultados bajo capas de ceniza. Pasaron milenios. Los bosques tropicales retrocedieron, y en su lugar surgieron robledales, hayedos y pinares. Tigres de dientes de sable y lobos gigantes vagaban por entre los árboles cazando enormes perezosos y jóvenes mamuts. Pasó otro año, un millón de veces. Del mar emergió la costa este de América del Norte y se secó. Los megalodones surcaban las aguas por el este; el océano se deslizaba por sus espaldas como un río suave y tranquilo se desliza sobre una gran piedra lisa. Tierra adentro, los bosques se poblaron de ciervos de cola blanca, durante la primera o la segunda o la tercera de las siguientes cuatrocientas mil generaciones. A medio mundo de distancia, en el Gran Valle del Rift, por primera vez una nueva especie de primate se puso a caminar erguida.

Pasó más tiempo. La Tierra, ya más fría, siguió enfriándose. El mar polar se solidificó. El hielo cubrió el planeta. Se formaron glaciares en Nueva Zelanda y Tasmania, en las islas de Cerdeña y Mallorca, en Columbus (Ohio) y Filadelfia (Pensilvania). La capa de hielo Laurentino cubría trece millones de kilómetros cuadrados de América del Norte, y en algunos puntos alcanzaba los tres mil metros de espesor. Donde antes había agua el hielo formó suelo firme, que atravesaron innumerables criaturas, incluidos los humanos, en busca de nuevos lugares en los que instalarse.

Luego, hace unos veinte mil años, la temperatura aumentó de nuevo, y todo ese hielo empezó a derretirse. Con el agua de los glaciares y de los casquetes polares derramándose e inundando los deltas, el nivel del mar subió. Aquel mar cubrió zonas bajas de la costa, penetró en los ríos por sus desembocaduras y los ahogó bajo el océano. En los estados del Atlántico Medio, cuatro de estos ríos —hoy llamados York, James, Susquehanna y Rappahannock— convergen en

el mismo punto hace mucho tiempo. Por la acción de la gravedad, sus aguas fluyeron hacia los restos de un antiguo cráter en la corteza terrestre, tan profundo que incluso treinta y cinco millones de años después el aporte de limo y sedimentos compactados no niveló la tierra circundante. Cuando el hielo se derritió y el mar creció, siguió el curso tallado por esos ríos e inundó la tierra sobre lo que hoy se conoce como el cráter de impacto de la bahía de Chesapeake.

El meteorito horadó el lugar y la crecida del océano lo colmó de agua, pero fue la existencia de una península justo al este lo que convirtió Chesapeake en una bahía. Cuando empezó a tomar forma hace casi dos millones de años no era más que una estrecha franja de tierra, con su vertiente oriental expuesta a la fuerza de los elementos. En los milenios que siguieron, el nivel de los océanos fluctuó, de modo que cuando el nivel subía los sedimentos se depositaban en ese cordón litoral, aumentando su longitud, y cuando bajaba una extensión más amplia de tierra quedaba al descubierto, una masa pantanosa de arena, grava, turba y arcilla. El viento y las olas siguieron esculpiéndola: añadían y erosionaban, arrastraban y quitaban. Frente a sus costas aparecían y desaparecían islotes para luego emerger, como aves buceadoras, en otros lugares.

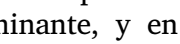
La península adoptó su forma actual, una especie de coma enroscada frente a la costa de la América continental, hace unos tres mil años. De la cabeza a la cola tiene una longitud de solo doscientos cincuenta kilómetros, pero la de su costa asciende a más de dieciocho mil kilómetros; es decir, más que toda la costa oeste de Estados Unidos. A lo largo de todo el borde occidental, el terreno se vuelve fractal y la península principal engendra otras estribaciones más pequeñas, cuyos bordes elaboradamente festoneados se arremolinan en la bahía.

Un poco más allá, donde la batalla entre la tierra y el agua está aún por decidir, las islas salpican la bahía: isla Poplar e isla Carpenter, Smith y San Jorge y Salomons y docenas más. En el extremo de una de esas islas, justo después de un pueblo de pescadores, la tierra se estrecha hasta llegar a un punto en el que el agua te rodea por tres lados. Garcetas y garzas, tan esbeltas como los juncos que las ocultan, acechan en los bajíos en busca de presas. Debajo de sus patas, fragmentos de concha se desplazan con la arena. Los cantos rodados brillan bajo el agua como monedas en un pozo de los deseos. En los días soleados, los destellos diamantinos de las olas atraviesan las sombras de los sauces y los nogales que bordean la orilla. Esto crea una amplia franja moteada por las hojas donde un elemento se encuentra con el otro, y allí es donde, en una hermosa tarde de mayo, C. y yo nos dimos el sí.

Al igual que las masas continentales, las lenguas cambian con el tiempo. Hasta finales del siglo xix, la última letra del alfabeto inglés no era una «Z», sino una palabra: and. Esa palabra se escribió —en innumerables pizarras y pizarrones y en los libros de texto— como «&», de modo que la secuencia se veía así:

a b c d e f g h i j k l m n o p q r s t u v w y z &

El vigésimo séptimo símbolo de esta serie procede de la Antigua Roma, donde los escribas, que recurrían a la cursiva para escribir más rápido, unían las dos letras de «et», la palabra latina para la conjunción «y». Todavía hoy se pueden distinguir estas letras en algunas versiones elegantes del carácter, como en este caso:



A medida que el latín se fue imponiendo en el mundo cristiano y se convirtió en la lengua dominante, y en algunos casos en la única lengua escrita, también se generalizó el uso de «&». Cuando el latín acabó desapareciendo (en parte porque Dante escribió su poesía en lengua vernácula, Gutenberg imprimió sus libros en lengua vernácula y Lutero predicó sus sermones en lengua vernácula), el alfabeto latino quedó, junto con la «&», en una suerte de fósil filológico. El signo siguió escribiéndose como lo hacían los escribas romanos, pero se pronunciaba comoquiera que en cada lugar se dijera «y».

Es comprensible que esta rareza se añadiera al alfabeto inglés. Al fin y al cabo, los alumnos tenían que aprender a leerlo y escribirlo en la escuela, y la «&» era tan difícil de usar como la «R» o la «Z». El hecho de que denotara una palabra no fue ningún obstáculo: también lo es, en inglés, la «A» («un/una») y la «I» («yo»), e incluso la «O» («oh») (como en «O Come, All Ye Faithful» y «O death, where is thy Sting?»).[17] Pero «&» planteaba un problema único. Si se recita el alfabeto acabando en «&», como solían hacer los escolares del mundo anglosajón, parece que se deja al oyente en ascuas: «… equis, i griega, zeta, y». ¿Y qué? No es cierto, digan lo que digan los profesores anticuados, que no se pueda empezar una frase con «y», pero otra cosa bien distinta es ponerla al final. Para resolver el problema se enseñó a los alumnos la expresión latina per se, «por sí mismo», para indicar que se referían al símbolo, no a la palabra. Así que en lugar de decir «equis, i griega, zeta, y», dijeron obedientemente «equis, i griega, zeta, y per se y», una frase que con el tiempo se distorsionó con la repetición. Así es como el «&» latino dio lugar al ampersand, la deformación de «and per se and».

No está del todo claro cuándo and desapareció del alfabeto inglés,

aunque probablemente el tiro de gracia se lo diera Charles Bradlee, un editor de partituras que en 1835 se apropió de una variación para piano de Mozart, se sirvió del alfabeto inglés como texto y se anotó un éxito musical todavía vigente entre los más pequeños de la casa. Su versión terminaba con la Z, causa o consecuencia (o ambas) de la progresiva desaparición de & del alfabeto inglés. Hoy en día, los tipógrafos y diseñadores de fuentes consideran el ampersand no como una letra sino como un signo de puntuación, y el resto de la humanidad entiende «and» como una palabra sin más. Sin embargo, su antiguo estatus como parte del alfabeto le confiere una dignidad específica, y supone un reconocimiento tácito de lo pronto que la aprendemos y de lo mucho que la necesitamos, de lo elemental que es para nuestra forma de pensar y hablar.

Esa importancia comienza con el papel que desempeña «y» como una especie de superpegamento lingüístico, capaz de unir casi todo. Seguro que lo recuerdan de la escuela: se trata de una conjunción que, como sugiere la palabra, une dos o más cosas. Muchas otras palabras cumplen el mismo fin: pero, con todo, para, ni, antes, después de que, porque, aunque, si, así que, una vez que, desde que, hasta que, a menos que, mientras que y siempre que. Casi todas estas conjunciones dicen algo sobre la relación entre los elementos conectados. Unas vinculan causa y efecto: «Hablamos toda la tarde, así que llegué a las tantas a casa». Otros indican un contraste o una excepción: «Hablamos toda la tarde, pero no hubo manera de ponerse de acuerdo». O dan una razón: «No me atrevía a irme porque estaba completamente fascinado por ella». Otras tienen que ver con el espacio o el tiempo: «Me llamó después de que la trajeran a casa»; «La acompañé hasta que llegamos a la parada de autobús». O sugieren una alternativa: «Podríamos ir a dar un paseo o al cine». O una posibilidad: «Iré a cenar contigo, si te va bien»; «Me quedaré, a menos que quieras que me vaya».

«Y» no hace nada de eso. Es un enlace que se limita a conectar, nada más. En una frase coexisten dos, tres, diez elementos, pero en términos gramaticales, aparte de la conjunción, no hay nada que indique cuál es la conexión que tienen entre sí. Su capacidad de conectar sin añadir ningún tipo de atadura específica hace que su uso sea muy fácil: de todas las formas en que podemos ordenar el mundo, «y» es la más básica, el primer y más sencillo nudo que aprendemos a hacer. Los niños pequeños, que no tienen idea de las relaciones específicas inherentes a otras conjunciones, la utilizan sin esfuerzo y a menudo. Desde la trama de Frozen hasta el primer día de guardería, la vida, tal y como la describen los niños, es una larga sucesión de «y luego… y luego …y luego».

Esta aparente simplicidad hace que tendamos a pasar por alto a «y»

en cuanto palabra. William James lo señala en un extraño y hermoso pasaje de Principios de psicología. A mitad de la explicación del flujo de conciencia, el término que acuñó para designar la corriente de pensamientos que existe en nuestra mente, de repente mezcla dos metáforas, pasando de una imagen del pensamiento como río a otra imagen del pensamiento como pájaro. Como los pájaros, señala, nuestros pensamientos a veces se elevan y a veces se posan, pero solo nos damos cuenta si hacen lo segundo en algún sitio. A estos lugares de descanso los llama las partes «sustantivas» de los pensamientos: los sustantivos y los adjetivos y los verbos en los que se centra nuestra mente cuando pensamos en lo que pensamos. Las partes «transitivas» pasan sin que nos demos cuenta. Sin embargo, son estas últimas, al establecer conexiones, las que dan sentido al lenguaje, aunque la diferencia entre un pensamiento y otro sea tan grande como la que existe entre «tornado» y «celebridad» o «carne asada». «Deberíamos hablar de una sensación de y, de una sensación de si, de una sensación de pero —escribió James—, casi con la misma presteza con que hablamos de una sensación de azul o de una sensación de frío.»[18]

Pero ¿qué es «una sensación de y»? Sobre todo, es una sensación de asociación, una conciencia sutil de que se ha establecido una relación entre dos o más cosas. No importa si esa relación es de afinidad, hostilidad o diferencia. Caín y Abel están tan emparentados como Romeo y Julieta, y el vínculo entre ellos es tan estrecho como el que se da entre manzanas y naranjas. Ni siquiera importa si no hay una conexión intrínseca entre ambas partes, porque se crea al poner «y» entre ellas. Entre chimpancés y orangutanes y monos araña existe un vínculo inherente. Entre repollos y reyes no lo había hasta que Lewis Carroll puso una «y» en medio.

Esta versatilidad semántica encierra una verdad existencial. A lo largo de nuestra vida, experimentamos sin cesar muchas cosas al mismo tiempo, algunas están intrínsecamente ligadas, otras son compatibles, contradictorias o no tienen nada que ver entre sí, más allá de que se amontonan en nuestra conciencia. Por mucho que nos esforcemos, casi nunca conseguimos una experiencia completamente autónoma, argumentó James. Sus colegas psicólogos consideraban las «sensaciones simples» —lo que vemos, oímos u olemos— como los átomos que componen el pensamiento, y aconsejaban estudiar cada uno de estos átomos por separado para entender la mente como un todo. Pero «nadie ha tenido nunca una sensación simple por sí misma», objetó James: no experimentamos la sensación de calor separada de la luz del sol o de una estufa, tampoco sin ser conscientes de nuestro cuerpo, del rumor de las olas o de los gritos de nuestra madre. «La conciencia, desde el día en que nacemos, es una multiplicidad palpitante de objetos y relaciones —escribió—, de modo

que lo que llamamos sensaciones simples son el resultado de una atención discriminatoria, a menudo empujada hacia un grado muy alto.» Lo que quería decir es que sus colegas estaban equivocados. Lejos de ser la actividad más básica de la mente, experimentar algo de forma aislada es una artificiosa excepción a la regla.

Todos lo sabemos, porque todos hemos intentado experimentar algo de forma aislada, un ejercicio que enseguida revela hasta qué punto nuestras mentes son máquinas de íes griegas en permanente funcionamiento. Incluso cuando intentas concentrarte en una cosa, como en el párrafo que estás leyendo, o intentas no concentrarte en nada, como cuando meditas o tratas de dormir, de tu mente emanan sin cesar todo tipo de cosas: los elementos de la lista de tareas pendientes, la ansiedad que dispara una próxima visita al médico, el recuerdo de algo embarazoso que dijiste durante el día, la comezón de la picadura de mosquito en un tobillo, la letra de una canción (por ejemplo, «Raised on Robbery» de Joni Mitchell).

Y no es solo el ruido de fondo mental el que pone ininterrumpidamente el mundo en modo conjunción. La vida también es una productora incesante de íes griegas que nos proporciona invariablemente una mezcla abigarrada de experiencias simultáneas. Es muy posible, en el espacio de una hora, sentirse prendado de un hijo de nueve años, enfurecerse con el de doce y preocuparse por una entrevista de trabajo, además de por el calentamiento global. Ese ruido interminable crea a veces yuxtaposiciones incómodas, porque la vida, como «y», no se preocupa de lo que la conecta. Tal vez tus circunstancias personales sean inmejorables, pero tu país esté sumido en una crisis; tal vez tu hija recién nacida sea exactamente igual que tu abuela, pero esa abuela tiene alzhéimer y ya no os reconoce. Contrastes así abundan tanto a nuestro alrededor como en nuestro fuero interno: adoras a tu hermano, pero te pone de los nervios; desprecias a tu exmarido, pero amas hasta un punto indescriptible a los hijos que no habrías tenido sin él. Todos tenemos experiencias ambivalentes, emociones ambivalentes, motivos ambivalentes, personalidades ambivalentes incluso. El más alegre de nosotros no es siempre feliz, y el mejor no siempre actúa de manera ética. Todos somos, como diría mi querido Lutero, simul iustus et peccator: a la vez justos y pecadores.

En la vida cotidiana pocas veces nos preocupamos por estas yuxtaposiciones, como tampoco prestamos atención a la palabra «y». Sin embargo, las diversas experiencias y emociones simultáneas son tan comunes que, al llegar a la edad adulta, toda nuestra vida consiste en una mezcla de retazos. Sabemos entonces que el mundo está repleto de belleza y esplendor, pero también tiene miseria y sufrimiento; sabemos que la gente es amable y perspicaz y brillante y

valiente, y también mezquina e irritante y terriblemente cruel. En resumen, sabemos, como dijo una vez Philip Roth, que «la vida es y».[19] Se refería a que en la mayoría de las vidas no se trata de una cosa u otra. Vivimos con dos cosas a la vez, con muchas cosas a la vez: todo está conectado con su contrario, todo está conectado con todo.

Le pedí a C. que se casara conmigo un Miércoles de Ceniza. Fue una coincidencia, no la petición, sino el momento. Llevaba casi dos años queriendo dar el paso. A mitad de nuestra segunda cita ya sabía que algún día ocurriría, y durante mucho tiempo hablamos del futuro en términos que dejaban perfectamente claro que queríamos compartirlo. Pero en términos prácticos, la primera vez que la idea tomó forma fue cuando mi padre estaba en el hospital, moribundo. Un día, después de sentarnos con él durante horas, C. me llevó afuera a dar un paseo. Era una tarde preciosa, soplaba una brisa fresca, y el vívido contraste de la vida fuera de la UCI —el sonido como de gaviotas de los niños al jugar, el chorro de aquella bonita fuente atravesado por el sol y que formaba un arcoíris, el follaje de los arces en que se alternaban el verde y el plateado recortados contra un cielo azul brillante— me hizo comprender por primera vez que mi padre iba a dejar realmente este mundo, y que todo lo que sucediera en él a partir de ese momento ya no lo vería. No pude expresar en voz alta mis sentimientos, pero de algún modo se hicieron evidentes, porque C. me rodeó con sus brazos y me dijo que, si yo quería, podíamos hacer los trámites para casarnos en su habitación del hospital. Comprendí su ofrecimiento y agradecí lo bienintencionada y generosa que era, pero negué con la cabeza contra su hombro. Por ningún motivo me habría precipitado para casarme. No quería que su familia y todos nuestros amigos se vieran privados de asistir al enlace solo para que mi padre pudiera estar presente, si es que podía; y tampoco me veía capaz —aunque sobre esto no tenía elección— de mezclar tanta tristeza con tanta alegría.

Así que no nos casamos aquella semana, y no volvimos a hablar del tema durante algún tiempo. Pero ese mismo otoño llamé a mi madre y le dije que quería pedirle matrimonio a C. Estaba entusiasmada, pero se rió cuando le confesé el motivo concreto por el que la llamaba. No pensaba que C. quisiera un anillo de compromiso convencional, le expliqué, pero quería regalarle algo valioso de nuestra familia. ¿Acaso mi abuela, la madre de mi madre, la intrépida fuerza de la naturaleza que murió a los noventa y cinco años, le había dejado alguna joya apropiada para la ocasión? Mi madre me dijo que podía coger lo que quisiera, pero que creía que no me haría gracia nada, y al instante comprendí lo que quería decir. En su época, mi abuela era una mujer de un atractivo excepcional; tenía el arrojo de Amelia Earhart y el

físico de Elizabeth Taylor, pero por muy elegante que fuera su aspecto de dama judía de clase media, en cuestión de joyas se inclinaba por piezas que se vieran a una legua. Mi madre tenía razón: C. nunca querría que la vieran llevando algo así. Aún estaba procesando aquello y dando vueltas a otras opciones cuando ella me dijo, con mucha calma: «¿Y por qué no le das la alianza de papá?».

La alianza de mi padre: la última vez que pensé en ella fue en el hospital, cuando mi madre se dio cuenta de que tal vez los dedos se le hincharían y se la quitó por si acaso y se la guardó en el bolso. Era idéntica a la suya y diferente de todas las demás. Aunque mis padres no eran ni de lejos bohemios, cuando decidieron casarse buscaron algo único y se decidieron por unos anillos anchos de oro con los bordes festoneados y un peculiar grabado con forma de cable. Cuando era joven pensaba que parecían unas coronas pequeñas; de adulta me parecían antiguos y art déco a la vez. Ahora, imaginaba a C. llevando el anillo de mi padre —no como anillo, sino como colgante, cuya V caería justo por debajo del hueco entre sus clavículas— y no podía imaginar nada más hermoso. No se me había ocurrido pensar en qué había hecho mi madre con el anillo tras la muerte de mi padre, pero de repente se me ocurrió que tal vez lo llevara en el bolso, o lo hubiera depositado en su mesilla de noche o hubiera empezado a ponérselo. Le pregunté preocupada si no querría conservarlo. No, aseguró, quiero que lo tenga C., y estoy convencida de que eso es lo que papá también habría querido. Llamé a mi hermana, por si tal vez quisiera tener ella el anillo, o por si simplemente quería que se le diera otro uso. No sabría darle uno mejor, dijo.

Aquel día de Acción de Gracias, en Boston, mi madre me dio el anillo. Ya en casa, lo llevé a una joyería para buscar una cadena a juego. Mi padre no se lo había quitado en cuarenta y nueve años: en el trabajo y en casa, en el coche, el autobús y el tren, mientras rastrillaba las hojas del jardín, ponía hamburguesas en la parrilla y sacaba la basura. Tenía veinticinco años cuando mi madre se lo puso en el dedo, y setenta y cuatro cuando se lo quitó. A su alrededor la vida había crecido, y también la vida había crecido en él; desde que tuve uso de razón, los finos surcos del dibujo habían sido negros como el carbón y la superficie, de un color bronce profundo. Mientras miraba las cadenas, el joyero lo fue puliendo y cuando me lo devolvió se me inundaron los ojos de lágrimas: debía de lucir igual cuando mis padres lo vieron por primera vez, era del color del sol a media mañana.

Durante los meses siguientes guardé el anillo con su nueva cadena en el cajón del escritorio, a la espera no sé muy bien de qué: el momento adecuado, la ocasión adecuada, el estado de ánimo adecuado. Aquel mes de febrero, C. y yo pillamos un terrible resfriado de invierno, uno de esos que te hacen sentir miserable, entre otras

cosas porque te convierten en un ser en buena medida repulsivo. Las dos teníamos unas décimas de fiebre, virulentos accesos de tos y producíamos ingentes cantidades de mucosidad. Cuando nos despertábamos por la mañana, las sábanas estaban empapadas y costras llenas de microbios se adherían a nuestros ojos. A la tercera noche, estábamos tan débiles que no encontramos energía para cocinar o sentarnos a la mesa. En su lugar, nos sentamos en la cama y comimos ramen rodeadas de pañuelos usados y cajas vacías de pastillas efervescentes. Me sentía agotada, dolorida y apenas podía tragar, y de repente sentí un deseo irrefrenable de pedirle a C. que se casara conmigo. Salvo en mi primera infancia, nunca quise compañía cuando estaba enferma. Pero ahora quería a C. cerca de mí todo el tiempo, aunque estuviéramos objetivamente horribles. La miraba y sentía una llamarada salvaje de adoración, gratitud y ternura, e incluso, por improbable e incómodo que fuera dadas las circunstancias, de deseo. En la salud y en la enfermedad, pensé: he aquí finalmente alguien a quien amaría en cualquier circunstancia. Tuve bastante sentido común como para mirar a mi alrededor y tragarme las palabras. Es cierto que nunca había previsto hincarme de rodillas en una rosaleda parisina, pero era consciente de que un viaje a un vertedero sería una propuesta de matrimonio más romántica que esa. Así que acaricié su mejilla febril y me soné la nariz y, con cierta dificultad, me mordí la lengua.

Supongo que fue en parte el mismo esfuerzo el que hizo que me declarara cuando lo hice. Ocurrió unas semanas después. Estábamos en el ecuador de una reforma integral de nuestra casa, y esa tarde nos encontrábamos en el piso de arriba, colocando el suelo nuevo en la habitación de invitados. C. tenía previsto ir a la misa de la tarde, así que se quitó los vaqueros y la camisa de trabajo, se metió en la ducha y salió convertida en una persona diferente, deslumbrante y un poco solemne. Luego se vistió para ir a la iglesia. Me despedí de ella en la puerta con un beso y volví a subir para ver los progresos que estábamos haciendo. Casi la mitad del suelo estaba acabado; lo miré y pensé que terminaríamos con el resto cuando ella volviera. Llevé un lote más de tablas a la habitación contigua, que habíamos convertido temporalmente en un taller de carpintería, y las corté a medida. Me llevó unos tres minutos. Luego volví a la habitación de invitados y las dejé en el suelo, y en ese mismo instante se me ocurrió que debía pedirle a C. que se casara conmigo al regresar de la iglesia. La fuerza de esa sensación me obligó a salir de la habitación y meterme en la ducha. Me quité concienzudamente toda la suciedad y el serrín y me sentí radiante y excitada y nerviosa y eufórica, como si algo que hubiera estado encerrado durante mucho tiempo por fin fuera a ser liberado, como una paloma de una caja o un caballo del poste al que

está atado. Luego me vestí como si yo también debiera ir a la iglesia y bajé a preparar algo para cenar. Había pasta en la despensa, cebollas y tomates en la encimera e hinojo y queso feta en la nevera. Con eso, preparé algo que espero que en familia se llame para siempre «sopa de petición». Acababa de poner la mesa y encender una vela cuando entró C., con una cruz de ceniza en la frente.

Reconozco que, hasta ese momento, el calendario eclesiástico era lo último en lo que había pensado. Por supuesto que sabía que C. había ido a la iglesia, pero no me había detenido ni un segundo a pensar en el motivo. Cuando la vi me quedé de piedra: como mujer judía puedo ser completamente laica, pero nunca le habría pedido a nadie que se casara conmigo en Yom Kipur. Por su parte, ella no notó nada raro en mí aquella noche, ¿y por qué iba a notarlo? Acababa de ducharme después de trabajar en el suelo y luego cociné, como era habitual. Nos sentamos a comer —el Miércoles de Ceniza marca el inicio de la Cuaresma luterana— y por segunda vez en un mes me pregunté ante un cuenco de sopa si no debería posponer mi propuesta. Mientras tanto, C. me preguntó por el suelo y me contó cómo había ido la celebración, y luego contó una anécdota sobre otra misa de un Miércoles de Ceniza, unos años antes, en la que había ayudado a oficiar. Después del sermón, una niña se había acercado con su madre al altar. La niña tardó en darse cuenta de lo que iba a suceder, y justo cuando C. se inclinó para hacerle la marca de la cruz en la frente, en medio del solemne silencio de la capilla, gritó lo más fuerte que pudo, agitando su cuerpecito: «¡No quiero morir!».

Polvo eres y en polvo te convertirás. La llama de la vela se arqueó y luego volvió a enderezarse. El mundo se mueve con nuestra risa, con nuestra respiración, con nuestra pena, pero tampoco tanto. La luz de la chimenea caía sobre C., que parecía una figura de un cuadro de la escuela flamenca, con su hermoso rostro recortado sobre un fondo oscuro. En el bolsillo tenía la alianza que mi padre llevaba en el dedo seis meses antes. Yo tampoco quería morir. Y desde luego no antes de haberle dicho a C. que la amaba, que siempre la amaría, que quería casarme con ella. No quería morir sin estar casada con ella durante cuarenta y nueve o setenta y nueve o, preferiblemente, mil noventa y nueve años. Lecho de muerte, habitación de hospital, mancha de ceniza en su frente: me di cuenta de que, si esperaba a que el sufrimiento y la pena desaparecieran, me quedaría toda la vida esperando. Terminamos de comer. La cogí de la mano, la llevé al salón y la senté en el sofá, a mi lado.

Del millón y pico de palabras que hay en inglés, «y» es la tercera más común, tres veces más que «yo» y cuatro más que «tú», solo por detrás de «el/la» y de las formas conjugadas del verbo «ser». Si hoy

has dicho más de tres o cuatro frases, casi seguro que has utilizado «y», y si has leído hasta aquí, te habrás topado con ella casi dos mil veces.

Pero si «y» es una de las palabras más cotidianas, también es, con toda su modestia, una de las palabras más estimulantes desde el punto de vista existencial. El mundo descrito por otras conjunciones parece obedecer a un conjunto de reglas específicas y reconocibles: las cosas se preceden unas a otras o se siguen, se excluyen o se causan. Pero el mundo descrito por «y» no es más que una lista interminable y desordenada. Mi padre y mi madre, C. y yo, dolor y amor, vida y muerte, yaks y armónicas, dramaturgos y balas de heno y ecuaciones polinómicas, huracanes y talleres clandestinos y viruela y galletas Pop-Tarts, el ADN y la canción irlandesa «Oh, Danny Boy» y Adís Abeba y los anillos de Saturno y el zoroastrismo y la depresión clínica y el poema «In Flanders Fields» y Billie Holiday y las ochocientas cuarenta lenguas que se hablan en Papúa Nueva Guinea… Estamos ya ante una exuberancia sin ton ni son, y eso que apenas si hemos enunciado un párrafo de las innumerables y posibles cosas que contiene el universo.

Como encontrar algo o perderlo, esta propiedad de conjunción interminable tiene el efecto de hacer que el mundo parezca excepcionalmente grande, a la vez que va menguando nuestro lugar en él. También evoca una especie de estado imaginario del conocimiento primitivo, como si todo lo que existe hubiera sido arrojado ante nosotros al azar y se nos permitiera determinar qué relaciones, si es que las hay, rigen el conjunto. Una posible respuesta a esta cuestión la encontramos en Elizabeth Bishop, que no solo se interesó por deshacerse de las cosas, sino también por el tamaño del mundo y el problema de cómo dotar de sentido a elementos tan rematadamente dispares. En «Más de 2.000 ilustraciones y sus concordancias», pasa de describir imágenes de la Biblia a otras del mundo a medida que lo recorre. A diferencia del contenido del libro, el de la vida real —en este caso, un hombre muerto, una gramola, un par de cabras, una duquesa británica, pequeñas prostitutas marroquíes — no encaja fácilmente en ningún tipo de concordancia. Solo están unidos por su coexistencia temporal y por el hecho de que un viajero esté allí para ejercer de testigo. Esta es la provocadora sugerencia de Bishop: que no hay otra relación más ordenada entre todas las cosas dispares que nos rodean. Y que la vida se compone de innumerables fragmentos inconexos, «todo conectado solamente por “y” e “y”».[20]

Casualmente, existe una palabra para designar las cosas conectadas «solamente por “y” e “y”». Esta construcción gramatical se llama polisíndeton, término que significa «muchas conexiones». Se encuentra a menudo en el Antiguo Testamento, por ejemplo, cuando Dios castiga la ciudad de Jerusalén con una sequía: «Y llamé la sequedad sobre esta

tierra, y sobre los montes, y sobre el trigo, y sobre el vino, y sobre el aceite, y sobre todo lo que la tierra produce, y sobre los hombres y las bestias, y sobre todo trabajo de manos».[21] Como verás si lees este ejemplo en voz alta, el polisíndeton es un recurso retórico eficaz, en parte por la cadencia larga, lenta y ondulante que confiere a las frases. El efecto es a veces salmódico, otras extático; en cualquiera de los dos casos, despierta una sensación de asombro. No es casual que lo encontremos tan a menudo en la Biblia.

Y no es casual tampoco que, en el poema de Bishop, la Biblia se contraponga al mundo. A la pregunta de qué es lo que une todas las cosas que nos rodean, da la respuesta contraria: un plan divino predestinado en el que cada elemento ocupa su lugar correcto y necesario. Entre estos dos polos —nada está conectado de manera significativa o todo lo está— hay muchas otras formas de encontrar un sentido a la existencia. Es perfectamente posible creer en un Dios demiurgo y, al mismo tiempo, sostener que, fuera de ciertas leyes básicas de la naturaleza, todas las cosas con conexiones aparentemente intencionadas están unidas en realidad por puro azar. Y es perfectamente posible no creer en Dios ni por asomo y sin embargo sentir que hay relaciones significativas a nuestro alrededor, que todos y todo está aquí por una razón y que, de manera profunda y esencial, todos estamos conectados.

Yo misma lo creo: como un hermoso pasaje literario, nos atraviesan múltiples ligazones. Pero las que más me interesan no son necesariamente las intrínsecas. Son inventadas o inferidas: el producto, por decirlo así, del viajero perspicaz de Bishop. Al margen de lo que se piense sobre el ordenamiento suprahumano del cosmos, nosotros mismos lo ordenamos incesantemente, y esa habilidad es una de las características más distintivas de la mente humana. Por eso podemos mirar un cielo estrellado por la noche y distinguir un oso y una cruz y un guerrero espada en mano; por eso entendemos la influencia que tiene Edipo rey en Hamlet, por eso sabemos que los avestruces están lejanamente emparentados con los dinosaurios. En líneas generales, así es como generamos orden a partir de la confusión y convertimos la interminable lista de la vida en algo más parecido a una historia, llena de estructura, información y significado. Reconozco que esta capacidad no está exenta de inconvenientes: también es la razón por la que sacamos conclusiones precipitadas y por la que somos tan susceptibles a las teorías de la conspiración. Sin embargo, es casi imposible sobreestimar hasta qué punto estaríamos emocional, ética e intelectualmente mermados si no fuéramos capaces de percibir los vínculos entre cosas en apariencia muy dispares.

Para empezar, esa capacidad es una parte fundamental de nuestra forma de pensar, tan fundamental, de hecho, que hay quienes creen

que esa es nuestra forma de pensar. El filósofo David Hume, por ejemplo, sostenía que todas las ideas provienen de la yuxtaposición, de enlazar un elemento conocido del mundo con otro. «Todo este poder creativo de la mente no viene a ser más que la facultad de mezclar, transponer, aumentar, o disminuir los materiales suministrados por los sentidos y la experiencia», escribió en Investigación sobre el conocimiento humano. «Cuando pensamos en una montaña de oro, unimos dos ideas compatibles: oro y montaña, que conocíamos previamente.»[22] Por lo tanto, una de las formas de pensar en cosas nuevas es, literalmente, estableciendo nuevas conexiones. El poeta del absurdo Gelett Burgess nunca había visto una vaca púrpura, pero sí había visto el púrpura y también una vaca, y al combinarlas se le ocurrió algo completamente original. Lo mismo ocurre con otras conjunciones más importantes: no solo mujeres y niños, sino mujeres y sufragio; no solo ser humano y animal, sino ser humano y derechos. Dicho de otra manera, en las matemáticas de la mente el cálculo más poderoso puede ser una sencilla suma. «Une los puntos», le decimos a alguien cuando queremos que entienda algo. La comprensión surge cuando podemos entrever los nexos entre las cosas.

Pero cuando eso sucede, ocurre también algo más. Si la yuxtaposición se halla cerca del origen del pensamiento, como creía Hume, entonces también está cerca del origen de la moral. Cuanto más estrecho sea el vínculo que creemos tener con los demás, más probable es que nos sintamos responsables, al menos en parte, de su bienestar. Como los tiempos turbulentos en los que vivimos han puesto de relieve de un modo excepcional, lo que hacemos o dejamos de hacer —en respuesta a las pandemias, a los prejuicios, al autoritarismo, a la explotación de los recursos, al cambio climático— afecta a personas que no conocemos, también a quienes viven lejos de nosotros e incluso a los que aún no han nacido. No es difícil ignorarlas, pensar que solo estamos conectados a nuestra familia y comunidad, pero nuestra fuerza moral, al igual que nuestra fuerza intelectual, proviene de la identificación de conexiones que han sido invisibles, o pasadas por alto, hasta el momento.

Se trata de una razón de peso para alimentar nuestro sentido de pertenencia; y, aun así, cuanto más firmemente vinculados estamos a los demás, más felices somos. Muchos habremos experimentado alguna vez el mundo tal y como lo describe Elizabeth Bishop en su poema: azaroso, fragmentado, carente de lógica y significado. Y también nos hemos sentido desconectados alguna vez: sentimos que, sea cual sea el estado del mundo, estamos al margen de su discurrir, incapaces de interesarnos en algo o, quizá, convencidos de que nada de lo que hagamos tendrá verdadera importancia. No son pensamientos agradables. Estar desconectado es estar solo, indiferente,

alienado, de un modo u otro aislado del resto de la humanidad. Como estado mental, es, en el mejor de los casos, doloroso y angustiante y, en el peor, peligroso, tanto para quienes lo padecen como para quienes están a su alrededor. Una famosa descripción del infierno sostiene que es un lugar «donde nada se conecta con nada», lo que sugiere que la ausencia de apego al resto del mundo es tanto una abdicación de la bondad como una forma de sufrimiento. Y a la inversa, cuanto más conectados nos sintamos con los demás, más satisfactoria suele ser nuestra vida.

Estas fuerzas emocionales e intelectuales de la yuxtaposición se conjugan en el ámbito del romance, ya que cada enamoramiento es una apuesta por la felicidad y también un acto de la imaginación, en el que se recrea un nuevo vínculo. Cuando los escolares se enamoran por primera vez, escriben repetidamente en sus cuadernos SH + JB o JM + MF (el signo «más», por cierto, probablemente se originó como una forma simplificada del ampersand). No importa que JB no tenga sentimientos recíprocos y que MF apenas conozca a JM. Al emparejarse a otra persona, estos niños encaprichados expresan una realidad emocional e intentan hacer realidad un nexo que antes no existía.

Por suerte, a veces lo consiguen. Al igual que las vacas púrpuras y las montañas doradas, las personas pueden conectarse a través de vínculos que aparecen de la nada y que, poco a poco, se vuelven más fuertes y permanentes. Así, con el tiempo, en sus corazones y para sus amigos y familiares, Margot e Isaac se convirtieron en Margot e Isaac, y Bill y Sandy en Bill y Sandy. Así sucedió también con C. y conmigo: al final no podíamos imaginarnos sin esa y entre nuestros nombres.

Esto es lo que ocurrió, sin que lo supiéramos, justo antes de que comenzara la ceremonia. Mientras estábamos en el porche de un hostal, mirándonos ahora la una a la otra, ahora a la encantadora confluencia de tierra y agua y cielo, más felices que nunca, y mejor vestidas también, mientras amigos y familiares tomaban asiento en las hileras de sillas dispuestas a poca distancia de donde nos encontrábamos, mientras los padres empujaban a todos los niños hacia sus asientos, lejos de las tentadoras hamacas y de los discos voladores y el agua y el muelle, mientras nuestro oficiante se tomaba un momento para revisar sus notas, mientras mi sobrina acariciaba con el dedo la suave curvatura de los pétalos de la cesta de flores que llevaba… Mientras todo esto ocurría, en todos y cada uno de los bolsos y los bolsillos de los invitados allí congregados, los teléfonos emitieron al unísono, en los tonos más urgentes imaginables, un aviso de tornado.

El sonido se alejó de C. y de mí y se desvaneció sobre el agua. No

teníamos ni idea de que estaba sucediendo algo fuera de lo común, aparte de lo obviamente fuera de lo común que nos estaba sucediendo a nosotras dos ese día. Incluso si hubiéramos oído el aviso, nos habría parecido, como a nuestros invitados, imposible de creer. El cielo de esa tarde tenía el aspecto apacible y solemne de principios de verano, sin nubes, tres tonos más claro que el agua cobalto de la bahía. El sol brillaba con incontenible buen humor, llenando la copa de cada tulipán y cada narciso, dorando las puntas trigueñas de la hierba del pantano, formando laguitos de sombra debajo de los árboles. Una brisa ligerísima agitaba el aire; no se habría podido llevar volando mis votos matrimoniales, que había dejado sobre una mesa. La bahía chapoteaba plácidamente contra las rocas más allá de la pequeña glorieta donde pronto nos casaríamos. Era, en definitiva, el tipo de día que todo el mundo sueña para su boda.

Para entonces, C. y yo llevábamos soñando con ese momento desde aquella tarde del Miércoles de Ceniza, cuando ella dijo que sí. Sin embargo, durante gran parte del tiempo transcurrido solo habíamos soñado: hablábamos, no de forma ociosa sino en abstracto, sobre qué tipo de boda queríamos celebrar. Prácticamente lo único que tuve claro desde el principio es que no sería una boda secreta, aunque varios amigos nuestros lo habían hecho, por razones comprensibles y en muchos sentidos admirables. El hecho de que fuera, con diferencia, la opción más asequible la hacía atractiva tanto económica como éticamente; las conversaciones posteriores que C. y yo tuvimos sobre bodas y recursos, financieros y de otro tipo, habrían podido llenar el Talmud. Se trata de un tipo de «y» muy común: quieres una boda preciosa en un lugar hermoso rodeada de tus seres queridos, cosas deliciosas para comer y beber, y también quieres gastar el dinero de forma sensata y responsable, de manera que refleje tus valores y que no te haga ir a la quiebra, y lo ideal sería que ninguno de esos propósitos estuviera en conflicto. Pero a menudo, inevitablemente, lo están. Huelga decir que este problema —querer muchas cosas incompatibles, debatirnos entre nuestros deseos y nuestras convicciones— no comienza ni termina con las nupcias.

En cualquier caso, dos enérgicos sentimientos hacían imposible para mí una visita rápida al juzgado: uno provocado por el dolor; el otro, por el amor. El día en que le propuse matrimonio a C. habían pasado seis meses desde el funeral de mi padre, pero a veces todavía me sentía como si, agotada por las secuelas, me hubiera desplomado sobre una silla, enfundada todavía en mi flamante traje negro. La vida, comprendí vivamente, nos daría muchas razones para unirnos en el dolor. Y por tanto me pareció que nos correspondía a nosotras crear razones para juntarnos con alegría, como un regalo para nosotras mismas, nuestras familias, nuestros amigos y, de una manera extraña,

para el mundo y el precario equilibrio entre lo luminoso y lo terrible.

La otra sensación era más elemental, pero más sorprendente para mí. No actúo con cinismo en las bodas, ni en lo personal ni en lo político, y por lo general aquellas a las que he asistido evocan en mí un recuerdo entre divertido y hermoso. Pero nunca fui el tipo de niña que sueña con su boda, y ni siquiera los periodos más solitarios de mi vida adulta lograron inspirarme la fantasía de estar un día frente a toda mi familia y amigos y declararle mi amor a alguien para siempre. En toda mi vida solo C. había despertado ese deseo en mí y, para cuando estábamos discutiendo sobre cómo celebrar nuestro enlace, todos mis allegados ya sabían lo mucho que la adoraba. Sin embargo, me encontré con ganas de atraerlos al círculo de mi alegría, de disfrutar con ellos mientras ella y yo diéramos el sí a la «y» que uniría nuestros nombres.

Así que nos casaríamos, decidimos, de la manera convencional, frente a aquellos que habían contribuido a moldearnos y habían llenado nuestras vidas de dicha. Una vez zanjada esa cuestión, junto con otras prioridades emocionales, filosóficas y prácticas, descubrimos que se nos estaba echando el tiempo encima. (En un momento dado, la hermana pequeña de C., con la intención de ser útil, nos dio una especie de cronograma que había sacado de una revista nupcial. Creo recordar que habíamos rebasado el primer plazo en un año.) Estaba la cuestión de dónde y cuándo; de qué comer y beber; de qué hacer con la música, ya que a las dos nos encanta bailar; de qué hacer en caso de lluvia. En un mundo ideal, nos habríamos casado en el patio de nuestra casa, pero aún nos llevaría tiempo acabar la reforma, un proceso que en buena parte de su desarrollo y en muchos sentidos parece indistinguible de una demolición. Comprometernos a terminar el trabajo a tiempo para la boda que simultáneamente estábamos planificando con tanto esfuerzo había sido, nos dimos cuenta en un instante de lucidez, una locura.

En cualquier caso, todas aquellas sombrías prevenciones resultaron infundadas. Una vez que empezamos a planificar, todo encajó a la perfección a una velocidad pasmosa. El padre de C., buscador por excelencia, nos habló de un sitio del que había oído hablar, en la punta de una isla de la bahía, y en cuanto lo vimos, supimos que era el lugar. C. era amiga de un empresario de catering para el que había trabajado durante los años de instituto, y después, durante las vacaciones universitarias, y la había instado muchas veces en los años siguientes a que lo llamara cuando decidiera casarse. Pero cuando lo hizo, se lamentó y nos vino con aquello de «llegáis demasiado tarde», añadiendo que lo tenía todo reservado para los siguientes catorce meses, menos un fin de semana en mayo para el que había presentado un presupuesto y esperaba noticias. Colgamos y le dimos vueltas a un

plan B. Diez minutos después volvió a llamarnos. «Me lo he pensado mejor», dijo, si a nosotras nos iba bien ese fin de semana, a él también.

Eso resolvió dos problemas: el convite y la fecha. Hicimos las invitaciones nosotras mismas, con cartulina, pegamento y unos preciosos sellos antiguos, gracias a la madre de C., que trabajaba de cartera y nos compró un lote en un mercadillo de artículos usados. Para las flores nos ayudó la hermana pequeña de C., que sabía de un granjero de su ciudad que cultivaba hectáreas de flores silvestres. La hermana mayor de C., experta en cerveza y vino, dijo que se ocuparía de las bebidas. Una vieja amiga y pastelera profesional cuyos postres se habían servido en todas las celebraciones familiares desde el séptimo cumpleaños de C. (y que continuó endulzando otras ocasiones como la adquisición de cachorros, la victoria en concursos de la reina de la granja, fiestas de todo tipo, ceremonias de graduación, admisiones en la universidad, nuevos puestos de trabajo, los aniversarios de boda de los padres y recuperaciones de diversas enfermedades y lesiones; según un cálculo prudente, unos ciento cincuenta pasteles) hizo nuestra tarta de boda.

Todo parecía como tocado por el encanto en cada fase del proceso, y más que nunca ese hermoso día de mayo. Aun así, si se nos hubiera ocurrido hacer una pausa en nuestra felicidad, supongo que en cierto modo habríamos sentido un ligero alivio, porque cada una había tenido su cuota de preocupación por la boda en los meses previos. Yo no había olvidado ni por un momento que mi padre no estaría —que se abriría un vacío en el lugar donde la familia que yo estaba formando se encontraba con la familia que me había formado a mí— y me preocupaba que el dolor, en su encarnación más abrumadora, viniera a mi encuentro ese día. C. se libró de esa angustia, pero albergaba otra a la que yo nunca había tenido que enfrentarme. Algunos años antes, en la boda de uno de sus primos, había mirado a sus familiares y se había preguntado cuántos de ellos aparecerían si un día era ella la que se casaba. Su familia más cercana la quería y siempre estaría a su lado, lo sabía, y, desde el principio, se habían portado de maravilla conmigo. Pero ella procedía de esa clase de ambiente en el que la aceptación relativamente rápida y generalizada de las parejas del mismo sexo parecía remota, una ola cultural que aún no había llegado a las costas más lejanas, y ese día en la boda de su primo había sentido una abrupta e inesperada tristeza. Había crecido unida a sus muchos tíos y primos, cazando y pescando y yendo de acampada, de una casa a otra para los cumpleaños y las cangrejadas y los festines navideños. Y entre ellos se siente en casa a un nivel más profundo que en cualquier otro hogar que tenga en el mundo. La primera vez que fui a una reunión familiar, en la fiesta de

jubilación de una de sus tías, la observé, relajada y risueña, y pensé en el vertiginoso alivio que había sentido, en los años en que viví en el extranjero, al conocer a un compatriota y pasar una velada hablando en inglés. Para C. no había modo de pensar en casarse conmigo sin enfrentarse a la dolorosa probabilidad de que algunas de las personas que más quería en el mundo decidieran no estar presentes.

Si alguna vez quieres celebrar una boda más concurrida de lo previsto, intenta subestimar a tu familia extensa. Los invitamos, con esperanzas y dudas; al final no hubo ausencias. Ese día, cuando faltaban unos minutos para que comenzara la ceremonia, ya estaban todos acomodados y relucientes en sus sillas. Detrás, de pie junto a C. en el porche, me costó contener la emoción, como si hubieran aparecido más de los esperados. Enamorarse, casarse, tener hijos, hacer un duelo, morir: qué comunes son esas grandes transiciones de la vida en abstracto, y qué sobrecogedoras son cuando te ocurren a ti. C. avanzó la primera por el pasillo, entre su padre y su madre, y luego se giró sola hacia mí, enmarcada contra un telón de fondo de flores y árboles y agua y cielo. Era como aquel primer encuentro en Main Street, pero invertido y redondeado; ahí estaba ella esperándome, en toda su extraordinaria especificidad, y ahí estaba yo, a punto de casarme con ella.

Al final, no hubo nada de lo que preocuparse y todo fue motivo de celebración. Aquel día conocí a uno de los tíos más conservadores de C., un hombre gigantesco con una barba como la de Grizzly Adams y la complexión de una piedra erguida de Stonehenge; uno de mis recuerdos más entrañables de toda la boda es cuando me dio un abrazo de oso que habría podido levantar del suelo a un oso de verdad. Lo adoro desde entonces (incluso después del Cuatro de Julio posterior, cuando casi me dio sin querer con un petardo que debía de ser ilegal en cuarenta y un estados), y quiero pensar que el sentimiento es mutuo. En cuanto a mi padre, su pérdida fue palpable para mí en todo momento, pero solo de la manera en que la luna es a veces visible de día: tenue y extrañamente hermosa, ahí porque siempre está ahí.

Fue al celebrar una boda cuando descubrí otra razón por la que merecía la pena hacerlo, una que no había previsto de antemano. No sé cuántas veces, si es que habrá alguna, nuestras familias tendrán ocasión de volver a reunirse así. Pero me alegro de que lo hayamos hecho ni que sea una vez, para honrar el hecho de que, en el registro histórico, ahora están oficialmente unidas para siempre. El amor no es solo el «&» íntimo que enlaza a una persona con otra, ya esté garabateado en un cuaderno o impreso en invitaciones de boda. También es la «y» genealógica, esa que indica la confluencia de dos familias y la acumulación de generaciones. Al igual que el luto, el

amor reorganiza las relaciones existentes: ahora estoy vinculada a todo el linaje de C. y ella al mío, y ambos quedarán enlazados a perpetuidad.

Esa unión, como tantas otras, se hace más rica y maravillosa por todas las diferencias que abarca. «Gloria a Dios por las cosas moteadas», dice el verso inicial de un poema de Gerard Manley Hopkins en que alaba todos los contrastes emparejados del mundo, todas las cosas «rápidas, lentas; dulces, agrias; deslumbrantes, tenues». Y bien sabe Dios que ese día éramos un grupo moteado: judíos y cristianos, ateos y devotos, rurales y urbanos, conservadores y progresistas, heterosexuales y homosexuales. Sé que a algunos invitados nuestra boda debió de parecerles tradicional, por razones que empezaban con su mera existencia y continuaban a partir de ahí: el altar hacia el que desfilamos, el intercambio de anillos, la carpa bajo la cual cenamos y el seguimiento general, aunque aproximado, del orden convencional de las cosas. Y sé que a otros les debió de parecer radical, por razones que también empezaban con su mera existencia y continuaban a partir de ahí: nada de regalos, ni despedida de soltera, ni ensayo general, ni vestido de novia, ni clérigo que nos casara, sino una serie de lecturas que no habrían desentonado en un seminario de posgrado. Pero, realmente, ¿a quién, en una ocasión así, podría importarle? Leímos pasajes de la Biblia, rompimos una copa, dimos las gracias antes de la comida, nos levantaron entre risas en nuestras sillas para bailar la hora; aparte de desear que mi padre hubiera estado allí, no imagino ni una sola cosa que hubiera cambiado ese día. Incluido esto: después de la ceremonia, después de la cena, después de los brindis, después del postre, cuando había caído la noche y la mitad de los invitados estaban sentados charlando y la otra mitad en la pista de baile, miré la oscuridad y vi, pegado al horizonte, un imponente banco de nubes que se volvía rápida y brevemente de color naranja. Agradecí la distancia que la tormenta estaba manteniendo, así como su tacto a la hora de manifestarse, y me volví a la fiesta. Veinte minutos más tarde estalló, con un trueno tan fuerte que al principio pensé que uno de los nogales cercanos se había derrumbado. La lluvia llegó de inmediato y de forma drástica, precipitándose hacia nosotros de lado como las aguas bravas sobre la proa de un barco. Una minoría admirablemente cuerda echó a correr al instante hacia el interior. El resto nos quedamos un rato, medio protegidos y sin duda medio en peligro por la carpa, observando con una especie de júbilo exultante e hipnotizado cómo, alrededor de nuestro panorama de trescientos grados, los rayos se ramificaban por el cielo e iluminaban la bahía. Al cabo de unos minutos, me acerqué al amigo de C., el encargado del catering, que para entonces ya estaba en la pista de baile, y que también para entonces llevaba trabajando dos

décadas en eventos junto al mar. Gritando para que me oyera por encima de la música y la tormenta, le pregunté si el día más maravilloso de mi vida estaba a punto de acabar con la muerte repentina y horrible de todos mis seres queridos. «No lo sé», me contestó a voz en cuello, lo que me desconcertó bastante. Pero justo cuando empezaba a reunir a los invitados para conducirlos al interior, un rayo extraordinariamente dramático hizo que el mundo entero se volviera blanco y, todos a una, salimos disparados de la carpa, y con nuestros zapatos de vestir chapoteando y hundiéndose en la hierba corrimos hacia el porche cubierto.

Ningún tornado tocó tierra en la Costa Este aquella noche, pero pocas veces en mi vida he sido testigo de una tormenta tan épica. No se me habría ocurrido pedirla, si hubiera estado en mi mano diseñar todos, absolutamente todos los detalles de la boda —incluyendo las condiciones meteorológicas—, pero no me imagino un final mejor para nuestro encantador día soleado. Algunas personas se fueron a dormir; el resto nos arrebujamos en las sillas y los sofás del porche, hablando y riendo y picando de una caja de galletas que alguien había sacado de la nada, sin dejar de observar todo el rato ese cielo fascinante. Recuerdo en particular a mi madre sentada entre nosotras, empapada y radiante y lo suficientemente animada como para quedarse despierta a nuestro lado hasta las dos de la madrugada.

Pero, mucho antes, ocurrió una última escena imprevista. Cuando faltaban diez minutos para la medianoche, C., que casi nunca se olvida de nada, se levantó de golpe de la silla. De repente, se había acordado del certificado de matrimonio, que, en el alegre ajetreo del día, nos habíamos olvidado de firmar. Visto en perspectiva, supongo que habríamos podido dejarlo pasar y poner la fecha al día siguiente, pero en ese momento me pareció que no era la manera correcta de empezar nuestra vida de casadas, así que subí y desperté de su inminente letargo a la amiga británica con jet lag que había oficiado nuestra ceremonia.

Por decisión propia, no tenemos ningún vídeo de nuestra auténtica boda, pero alguien sacó un teléfono y grabó nuestra segunda ceremonia improvisada. Aparezco sentada en el regazo de C. mientras nuestra oficiante, en pijama y con buen humor, nos firma en el último momento y con una gran floritura el certificado de matrimonio. A nuestro alrededor, nuestros familiares y amigos hacen otra ronda y brindan, y C. me atrae hacia ella para darme un beso. Entonces un rayo recorre el cielo a nuestras espaldas y, por un momento, solo se oyen risas y solo se ve luz.

Es tan poco frecuente un día así, un día de alegría continua, genuina, evidente. No quiero decir que la alegría sea la más efímera

de las emociones; me refiero a que no es habitual experimentar cualquier emoción por sí sola durante un tiempo prolongado. Las sensaciones físicas, incluso las que afligen a un cuerpo relativamente sano, pueden ser implacables. Un dolor de muelas lo bastante agudo o cualquier otro dolor persistente puede dominar cada momento de vigilia. Pero incluso los sentimientos más fuertes son intermitentes e inconstantes, y se ven obligados a compartir el escenario con otros miembros del elenco de las emociones: la pena con la gratitud, la ira con el aburrimiento, la felicidad con la irritación, la frustración con la diversión, y así sucesivamente, en infinitas combinaciones.

La mayoría de nosotros nos resistimos instintivamente a esa mezcla. Cuando somos felices, queremos serlo del todo, no echar de menos también a nuestro padre, o estar preocupados por el trabajo, o enfurecidos por el pésimo servicio de atención al cliente de la compañía telefónica. Ese anhelo de satisfacción tiene mucho sentido, pero a menudo también ansiamos experimentar sin interferencias otros sentimientos más enojosos. En parte, se debe a que la miseria tiene una especie de inercia; hay algo en el mal humor que, de manera perversa, tiende a persistir. En varios momentos difíciles de mi vida he sentido que no quería aventurarme a ir a un acto social porque tendría que fingir que estaba feliz, ignorando la posibilidad muy real de que, una vez allí, podría encontrar cierta felicidad; o, quizá más exactamente, pensando que no quería sentirme mejor. Y lo que es más grave aún, a veces he perseverado en una discusión inútil simplemente porque tenía ese estado de ánimo agrio que prefiere discutir a intentar mejorar las cosas. Este tipo de intransigencia emocional es común. La ira solo quiere estar furiosa (la frivolidad es mortal para ella, al igual que la compasión; en consecuencia, se resiste a ambas); el aburrimiento rechaza como aburrido todo lo que pueda vencerlo; la soledad solo quiere que la dejen en paz; y la pena, como ya he señalado, tiene tanto miedo de traicionarse a sí misma que solo quiere lamentarse.

Sin embargo, esta inclinación a la inercia no es el único motivo por el que anhelamos la emoción pura. Ese anhelo también tiene que ver con un sentido erróneo de cómo se supone que debemos experimentar los aspectos más cruciales de nuestras vidas. Tenemos una noción de lo que es el amor, una corriente brillante y clara de alegría que fluye sin cesar a través de un valle iluminado por el sol, y tenemos una noción de lo que es la pena, un espantoso crujido y una caída, como si una rama enorme se desplomara y pusiera de rodillas al alma que golpea. Esas ideas describen una parte de cada experiencia, pero no captan lo que significa realmente estar enamorado o sentirse desvalido. Se agolpan muchos otros sentimientos, que a veces caen más o menos en la misma categoría. El amor es esa corriente clara y

constante, pero también es deseo y ternura y admiración y gratitud. Y la pena es realmente esa terrible fractura, pero, como supe después de que mi padre muriera, también es ansiedad e irritabilidad y añoranza.

Además, un montón de sentimientos en otros registros configuran asimismo cada experiencia. Es prácticamente imposible estar de luto sin sentir algunas veces nada y otras sentir algo «equivocado»: un estado anímico o emocional inadecuado a nuestra idea del duelo. Estar de duelo es estar un día furioso con unos desconocidos y sentirse insoportablemente conmovido por ellos al siguiente; es sentir, dependiendo de la pérdida o el momento, una diversión sombría y un rencor solapado y una corriente de alivio y un feroz arrepentimiento. Y amamos como lloramos, con emociones muy variadas e igual de sinceras. Además de todo lo elevado y lujurioso, el amor también es sentirse herida cuando tu mujer es brusca contigo, o molesta cuando reparas en que tu marido ha pasado por delante del vómito del gato todo el día sin limpiarlo; es inmiscuirse y aguantar de forma alterna cuando tu amada se muerde las uñas, y escuchar con paciencia cómo se desahoga largo y tendido hablando de su jefe cuando lo que de verdad quieres es volver a las páginas de un libro. No hay ningún amor duradero en el planeta, ni lo ha habido nunca, que no se caracterice por estos estados de ánimo entrecruzados. «Si alguien —escribió Montaigne—, al verme un semblante a veces frío, a veces amoroso hacia mi mujer, cree que finjo el uno o el otro, es un necio.»[23]

Pensamos en todas estas otras emociones como algo sobrante, que oscurece o incluso ensucia lo real. Pero no hay nada real, o más bien, este cúmulo de reacciones es lo real. El amor es la totalidad de formas en que uno siente mientras está enamorado; el duelo es la totalidad de formas en que uno siente cuando está de duelo. Todo lo demás es solo una abstracción, una corriente o una rama de árbol en la mente. «Uno nunca se encuentra solo con el Cáncer o la Guerra o la Infelicidad (ni tampoco con la Felicidad) —escribió C. S. Lewis en Una pena en observación—. Uno solo se encuentra con cada hora o momento que llega.» Y tanto si se vive la felicidad como el cáncer, las horas cambian y cambian. Todos tenemos, como escribió Lewis, «una cantidad de manchas feas en nuestros mejores ratos y de manchas bonitas en los peores».[24]

No conozco otro ejemplo más claro de esto en mi propia vida que la recepción que siguió al funeral de mi padre, que, a pesar de la pérdida que la ocasionó, pasó a ser una de las mejores fiestas a las que he asistido. El servicio en sí fue más o menos como esperaba: sombrío, afectuoso y elegíaco. Pero la reunión posterior, en el patio delantero de la casa de un viejo amigo en una hermosa tarde de otoño, justo al final de la calle donde está la casa en la que crecí, fue algo totalmente

distinto. Dudo que lo hubiera creído si alguien me lo hubiera dicho de antemano, pero fue increíblemente divertido. Quiero a la gente que quería a mi padre, y aquella noche la quise más que nunca; justo en el momento en que el mundo parecía más vacío, lo llenaron, aportando su risa y sus historias y su amabilidad sincera, devolviéndole su tono dorado. Recuerdo haberlos mirado a todos hacia el final de la velada, llena de gratitud y de tarta de chocolate —después de semanas en las que apenas había podido probar bocado, me había sentido de repente hambrienta— y pensar, de una forma nada lúgubre, en lo mucho que le habría gustado a mi padre estar allí. Ese momento es tan inseparable de mi experiencia del duelo por él como aquel otro en que vi a una enfermera desconectar todos los monitores y vías intravenosas, el día que decidimos que había llegado la hora de dejarlo morir.

Cualquiera que haya perdido a un ser querido comprende la importancia del tipo de alegría que sentí aquella tarde. Desvía, por un momento, la corriente límpida hacia el claro de bosque devastado; eleva nuestra mirada hacia una luz terriblemente, pero, tal como nos recuerda, no imposiblemente lejana. Aun así, el precio que pagamos por esta mutabilidad de las emociones es muy elevado: a veces la tristeza hace descarrilar nuestra alegría. Lo sé, porque he sentido que la luz se desplaza de repente no solo en mis días más oscuros, sino también en los más brillantes. Algunos meses después de que C. y yo nos casáramos, nos sentamos por fin a mirar todas las fotografías de nuestra boda. Estábamos reviviéndola medio embelesadas cuando nos encontramos con una foto en la que salíamos mi madre y yo, una al lado de la otra en el paseo marítimo, radiantes. Es una fotografía preciosa, y la euforia de ambas es manifiesta. Pero al mirarla después, todo lo que pude ver fue la vasta extensión de la bahía de Chesapeake a mi otro lado, un amplio vacío azul donde debería haber estado mi padre. Era la representación más cruda posible de la forma en que el dolor había reorganizado a mi familia; la ausencia de mi padre era tan obvia que casi parecía que se le hubiera borrado de la imagen. Sentí una doble angustia repentina e insoportable: por lo mucho que echaba de menos a mi padre y por la cantidad de cosas que mi padre, ausente en ese momento desde hacía menos de dos años, ya se había perdido.

Esa foto ha estado colgada en la pared, acompañándome durante la escritura de este libro. Después de que se me pasara el impacto de verla por primera vez, llegué a valorarla mucho, en parte por la forma en que hace visible y hermosa mi pérdida —es lo más parecido a una foto de mi padre en mi boda—, pero sobre todo porque, en una sola imagen, honra mi alegría a la vez que mi dolor. Me parece correcto. La vida, también, discurre por contrarios: es a la vez aplastante y reparadora, ajetreada y aburrida, horrible y absurda, cómica y

edificante. No podemos escapar de esta constante amalgama de sentimientos, no podemos filtrar las impurezas evidentes en busca de alguna esencia imaginaria, y no deberíamos querer hacerlo ni aunque pudiéramos. La complejidad del mundo exige una respuesta análoga, de modo que ser contradictorio no indica impureza; significa estar completo.

Anoche me dormí antes que C., acurrucada contra su espalda mientras ella seguía leyendo un rato. Conservo el tenue recuerdo de su cuerpo alejándose un instante del mío mientras alargaba el brazo para apagar la luz, y luego ya era de día. Habíamos invertido las posiciones: yo estaba de cara a la pared y ella me rodeaba, con su mano cogiendo la mía. Uno de nuestros gatos, el irremediablemente cariñoso, se había entremetido en nuestros brazos entrelazados y ronroneaba feliz a mi lado. Hace algunos años, mientras investigaba para un artículo que estaba escribiendo, descubrí que la ciencia llama tigmotácticos a los organismos que buscan activamente el contacto físico. Nuestro gato es extremadamente tigmotáctico. Y nosotras también lo somos la una respecto a la otra.

Cerca muy cerca pasan
la noche los amantes.
Giran juntos
en su sueño,[25]

escribió Elizabeth Bishop, en los primeros versos de un poemita tierno, apasionado y encantador, que no publicó en vida y que nos describe muy bien a C. y a mí durante la noche. ¿Quién puede decir dónde acaba el amor y empieza la biología, o cómo se configuran mutuamente, o hasta qué punto los sentimientos y las motivaciones de nuestro gato difieren o no de los nuestros? Solo sé que es muy poco frecuente que C. y yo nos despertemos separadas por la mañana.

Esta mañana en particular nos hemos despertado en Maryland, en nuestra cama. Ya no viajamos tanto como antes, por lo que nuestro horario se ha vuelto mucho más predecible; pasan meses enteros en los que apenas nos alejamos de casa. Hoy hemos trabajado un rato en el despacho que compartimos, luego C. se ha trasladado a la mesa del comedor y más tarde hemos subido a una habitación con un sofá lo bastante grande para las dos y un pequeño escritorio escolar instalado en una alcoba. Los gatos nos han seguido de habitación en habitación, el tigmotáctico de regazo a regazo. Por la tarde nos hemos tomado un descanso y hemos salido a inspeccionar nuestro huerto moribundo de finales de septiembre y a pasear a lo largo de la vieja valla de madera que el padre de C. nos ayudó a reconstruir cuando nos mudamos aquí.

Desde entonces, todas las primaveras hemos sembrado una hilera de flores silvestres junto a la valla, un ramillete espléndido y siempre cambiante que resiste todo el verano. En esta época del año son casi tan altas como nosotras y empiezan a producir semillas, pero nos sigue gustando pasear a su alrededor para ver lo que está a la vista: una explosión tardía y brillante de girasoles; los últimos acianos de color azul oscuro; brotes gruesos de vara de oro espolvoreados de polen; un puñado de zinnias de color rosa brillante, cada una de ellas tan redonda y con pétalos tan apretujados como un gorro de baño de señora pasado de moda. En agosto, las flores atraen tantas mariposas que a veces veíamos dos y tres posadas sobre un solo tallo; ahora ya han desaparecido, pero los saltamontes se apartan de nuestro camino por decenas mientras andamos, y cuando volvemos a lo largo del pequeño estanque trasero, oímos a cada paso el croar asustado y el chapoteo de las ranas toro en el agua.

«A menudo he pensado —me dijo una vez Bill, el padre de C.— que, para ser una persona del todo normal, he llevado una vida extraordinaria.» Se había criado sin agua corriente en casa y había vivido el tiempo suficiente para llevar un teléfono móvil en el bolsillo, con el tono de llamada ajustado a un volumen de alerta de emergencia para que se superpusiera al ruido de su tractor; se había casado con el amor de su vida y había criado a tres hijas maravillosas; había trabajado casi sin descanso como agricultor, dependiente de una tienda de comestibles, conserje y cuidador, y aun así había conocido a cuatro presidentes: uno que dio un discurso en la Costa Este, dos que emplearon a su hija mayor y otro que habló en la graduación universitaria de C. Y había encontrado, contra todo pronóstico, una estrella fugaz. Sabía lo que quería decir, y sabía que habría sentido lo mismo, aun cuando yo nunca había conocido a un alcalde ni visto un meteorito. Porque yo también lo siento así: que mis días son excepcionales incluso cuando son ordinarios, que la existencia no necesita mostrarnos ninguna de sus maravillas más famosas o espectaculares para llenarnos de asombro. Vivimos vidas extraordinarias porque la vida misma es extraordinaria, un hecho que es imposible no advertir si el sufrimiento nos da una tregua el tiempo suficiente.

Últimamente me ha resultado casi abrumadora esa singularidad cotidiana. Como ya he dicho, nunca he sido partidaria del estoicismo, pero estos últimos años he sido aún más susceptible de lo habitual a la emoción o, mejor dicho, a una emoción en particular. Que yo sepa, no tiene nombre en nuestro idioma, aunque se acerca a lo que los portugueses llaman saudade y los japoneses, mono no aware. Es la sensación que nos invade cuando, en una especie de sobrecogimiento perceptivo, nos damos cuenta de nuestra condición existencial: lo

hermosa, pero también lo frágil y fugaz que es la vida. Aunque este sentimiento es en parte una reacción a nuestro lugar en el universo, no es exactamente lo mismo que el asombro, porque tiene demasiado de cotidiano y también demasiado de doloroso. Por la misma razón, tampoco es el sentimiento que los románticos identificaron con lo sublime: una mezcla de admiración y temor, evocada por la inmensa grandeza impersonal del mundo físico. Este sentimiento del que hablo no tiene nada de ese esplendor o miedo. Se compone, en cambio, de gratitud, anhelo y una nota que solo puedo llamar pena anticipada. Entre las palabras inglesas, su pariente más cercano podría ser bittersweet (agridulce), una traducción del término griego que acuñó Safo para describir la experiencia del enamoramiento; fue ella quien primero y para siempre soldó la alegría del amor al sufrimiento del amor. Pero, aunque «agridulce» capta con precisión la mezcla de felicidad y tristeza que encierra este sentimiento, su origen íntimo hace que se quede corta frente al mundo, frente al sentido de la magnitud del problema: todo lo que tenemos, lo perderemos algún día. De todos los tipos de «y» que experimentamos, este me parece el más agudo: la conciencia de que el amor, en todas sus formas, está indisolublemente ligado al dolor.

Una medida de lo susceptible que estoy en la actualidad es que casi cualquier cosa me provoca este sentimiento: la decencia humana más elemental, actos de valor extraordinarios, obras de arte que me recuerdan el inexplicable genio de nuestra especie. Lo he sentido en una noche de verano después de matar sin querer a una luciérnaga, que dejó una mancha luminiscente y perturbadora en la pared de nuestra habitación; y en una noche de noviembre después de encontrarme bajo la lluvia torrencial, un gatito de seis semanas lleno de necesidad y vida, maullando para pedir ayuda como si fuera cincuenta veces más grande; y surgiendo en mí de la nada, en medio de las risas de medianoche en compañía de buenos amigos, en el transcurso de una larga sobremesa, las velas reducidas a glaciares de cera, el vino a vitrales de media luna en el fondo de cada copa. Se ha apoderado de mí dentro y fuera, a plena luz del día y en la oscuridad, sola y acompañada, hasta el punto de que de vez en cuando he de quedarme en silencio o volver momentáneamente la cara. No creo que esta emoción que describo sea lo mismo que el sentimentalismo que impregna, por ejemplo, las películas lacrimógenas, los anuncios cursis y las canciones country ñoñas sobre el círculo de la vida. El sentimentalismo implica un exceso de emoción, a menudo provocado a través de recursos manipuladores, pero ninguna de las dos acusaciones se aplica en este caso. Nada podría ser menos manipulador que aquello que me llena de este sentimiento tierno y lúgubre; la mejor manera de resumirlo es que es el mundo siendo él

mismo. Y en cuanto a los excesos, ¿cómo se supone que debemos sentirnos ante el hecho de que acabaremos perdiendo todo lo que amamos, incluida nuestra vida? Ante algo así, ¿qué emoción podría considerarse desproporcionada?

En todo caso, me sorprende que no nos veamos superados más a menudo por esta mezcla de gratitud y dolor. Y me parece lógico que me haya vuelto tan susceptible después de conocer a C. y de perder a mi padre. En una rápida sucesión, encontré un amor fundacional y perdí otro, y desde entonces he tenido muy presente lo maravillosa y lo frágil que es la vida. He evitado mencionarlo hasta ahora, pero este es uno de los aspectos más significativos y difíciles del amor, romántico o de cualquier otro tipo: es terriblemente vulnerable a fuerzas que escapan a nuestro control y, por tanto, terriblemente aterrador. El corolario de «Ahora se ha mostrado tu felicidad»[26] es «Ahora, en cualquier momento, puede desaparecer».

Lo que da su sombrío poder a este miedo es que, a diferencia de muchos otros que nos asaltan de vez en cuando con preocupación, algún día se hará realidad. La cuestión no es si perderás a tus seres queridos; la cuestión es cómo y cuándo. Para quienes tenemos una imaginación inquieta, estas preguntas son un tormento. «¿Quién llegará al final de los días que le corresponden y quién no?», se pregunta el Unetaneh Tokef, ese inquietante y encantador poema litúrgico que los judíos recitan el día de Yom Kipur, o de la expiación. Y cuando nos llegue a cada uno ese momento, «¿quién por la espada y quién por la bestia salvaje, quién por hambre y quién de sed, quién por un terremoto y quién por la peste, quién por estrangulamiento y quién por lapidación?». Esos versículos son evocadores, pero están incompletos, y es fácil desvelarse por la noche añadiendo nuestros propios versículos. ¿Quién por cáncer y quién por accidente de tráfico? ¿Quién por un ataque al corazón y quién por una apoplejía? ¿Quién por un arma de fuego y quién por una gripe y quién por una caída?

La lista es interminable, tan larga, extraña y triste que ni siquiera el final más espantoso queda innombrado. Tan omnipresente y proteica es la muerte que no hay, como escribió Montaigne, «ningún lugar de donde no nos llegue», de modo que volvemos «sin descanso la cabeza en una y otra dirección, como en país hostil». Tal vez seamos de los afortunados, y toda esa cautela resulte innecesaria; puede que nuestros seres queridos mueran en paz, en la vejez, rodeados de sus hijos y nietos. Pero qué crueldad que el amor, que solo anhela cuidar y proteger, sea al final tan impotente para ese cometido, que tengamos que ceder al destino lo más importante de nuestra vida, el bienestar de aquellos a los que queremos. Ser feliz es tener mucho hap, esa palabra inglesa arcaica que significa suerte: nuestro júbilo, nuestra felicidad,

está aterradoramente en manos del azar.

Puede ser, por supuesto, que este problema me preocupe de forma inusitada. Una de las dificultades de escribir sobre la vida emocional de uno es que es imposible saber hasta qué punto es representativa, hasta qué punto coincide o diverge de la experiencia más íntima de los demás. Algunas personas, estoy convencida, se libran por su psicología o su propia manera de entender el mundo de preocuparse tanto por sus seres queridos. Pero yo siempre he tenido una máquina que imagina todo tipo de catástrofes. Incluso cuando era muy pequeña, no pegaba ojo las noches en que mis padres nos dejaban a mi hermana y a mí en casa con una niñera, sin poder ahuyentar de mi mente a los conductores borrachos, los callejones oscuros y los accidentes rocambolescos, y solo el ruido de su coche al pisar la grava crujiente de la entrada era capaz de apaciguar mi miedo.

Con los años, me he vuelto más racional y más hábil para entrar en razón, pero en el fondo de mi corazón no tengo menos miedo que antes, y enamorarme no ha hecho sino agravar el problema. Mis incesantes tragedias imaginarias le ocurren ahora todas a C., y, cuando sale sin mí, el ruido del coche que espero en la oscuridad es el suyo. Por otra parte, ni siquiera el hecho de tenerla a mi lado en casa alivia mis temores. A veces, apoyo la cabeza en su pecho y escucho —como supongo que han hecho todos los amantes desde tiempos inmemoriales— los latidos de su corazón, y aunque aprecio el tacto de su cuerpo y la sensación de refugiarme allí, tan cerca de su núcleo interno, nunca deja de preocuparme un poco. C. tiene un ritmo cardíaco de natural rápido, y un metabolismo casi vertiginoso, y puede pasar un día ajetreadísima y dormir apenas unas horas, y a veces me preocupa que todo eso signifique que está quemando su resplandeciente vela demasiado rápido, que algún día, demasiado pronto, me dejará sola en una oscuridad insoportable.

Sin embargo, tanto si eso ocurre como si no, la cuestión más importante sigue en pie. Ambas moriremos, tanto C. como yo, y además del cómo y el cuándo, ahora estamos afligidas por la inquietante pregunta de los amantes sobre quién de las dos se marchará primero. Imagino que muchos cónyuges se han hecho promesas imposibles de cumplir, han hablado, como C. y yo, de morir juntas en la vejez mientras duermen: entrar en la muerte como hemos entrado en casi todas las noches y mañanas de nuestra vida compartida, abrazadas, agradecidas y en paz.

¿Ha habido alguna pareja en la historia que haya tenido tanta suerte? Tal vez una o dos. Pero las probabilidades son amargamente escasas. Con toda probabilidad, una de nosotras dejará por la noche a la otra sola en la cama, sola al despertar para afrontar el día: yo, si nos guiamos por las tablas actuariales, porque soy mayor; C., si nos

guiamos por las premociones, porque ella tenía una cuando era niña, en la que moría joven, una historia que desearía que nunca me hubiera contado, porque de vez en cuando me inunda de un temor tan vasto y frío como el océano. No quiero morir —es imposible exagerar cuán cierto es—, pero preferiría enfrentarme a mi muerte antes que sobrevivir a la suya. No puedo imaginar que vaya a dejar de sentirme así, incluso si estoy de suerte y mis temores por C. resultan tan prematuros como los de mi infancia por mis padres, y seguimos cuidando juntas nuestras flores silvestres dentro de medio siglo. Pero incluso en ese caso, sé que todo ese tiempo será un breve bálsamo una vez que llegue el momento. Nunca he olvidado una línea desgarradora en una carta que una vez recibí: «Qué afortunado he sido, y sin embargo quería que durara más». Era de mi tío abuelo, viudo después de sesenta y dos años de matrimonio.

En cualquier caso, como todas las sombras, la que proyecta el amor se alarga más y más con el paso del tiempo. Cuando era niña, la muerte me parecía un acontecimiento imprevisto, un accidente, aunque entendía en abstracto que nos llegaría en algún momento a todos. Pero después de la muerte de mi padre empecé a sentir su carácter ineludible, y sé que cada año que pasa se hace más presente. Encontramos y perdemos cosas en todas las etapas de la vida, pero la distribución general cambia con el tiempo, y la pérdida golpea más a menudo y con una intimidad más devastadora a medida que envejecemos. Por eso, el tipo de dificultades a las que nos enfrentamos también cambia con el paso de los años. El primer problema que nos plantea el amor es cómo encontrarlo. Pero el problema más duradero del amor, que es también el más duradero de la vida, es cómo vivir con la certeza de que lo perderemos.

Algo así como una respuesta a esa cuestión me llegó en el último aniversario de la muerte de mi padre. Aquel día me había despertado temprano, en una oscuridad creciente, con la inquietante sensación de que había algo que debía hacer. La reconocí enseguida. La sensación, quiero decir. Era la inquietud que siempre me produce ese aniversario, una sensación de falta de rumbo provocada por no disponer de una buena manera de conmemorar la efeméride. Aparte de quemar una vela de yahrzeit, como hacen los judíos en los días de recuerdo, nunca he sabido realmente cómo honrar el número cada vez más imponente de años sin mi padre. Las opciones convencionales quedan descartadas; como donamos su cuerpo a una facultad de medicina, no hay una tumba que visitar, ni un lugar adonde volver en el que hubiéramos esparcido sus cenizas. C., que creció (como yo) con la tradición de visitar regularmente los cementerios donde están enterrados sus parientes, me preguntó, no mucho después de su

muerte, si me gustaría que tallaran una piedra con su nombre y la colocaran en nuestra propiedad, en un lugar donde pudiera sentarme cerca cuando sintiera la necesidad. En aquel momento bromeé diciendo que estaba bastante segura de que mi padre preferiría pasar el resto de la eternidad en una estantería; pero, de todos modos, nunca tuve nada que se pareciera a un monumento. Tampoco ideé estrategias para conmemorar fechas como su aniversario y el día de su muerte, aunque siempre me ha parecido importante y correcto hacerlo.

Y así, aquella mañana en que me levanté confusa y sin saber qué hacer, delegué el problema en C., que me llevó a dar un paseo por nuestro arboreto local. Seguimos un sendero sinuoso a través de bosques y praderas, donde encontramos ejemplares de sasafrás autóctono, de laurel de montaña y de zumaque reluciente, y un pasto lleno de cabras, hasta que volvimos al punto de partida, un pequeño estanque al estilo de los de Monet con un puente de madera en medio. Era un hermoso día de septiembre, ventoso y cálido, y nos quedamos allí juntas más de una hora, apoyadas en la barandilla la una al lado de la otra, simplemente observando: dos tortugas tomando el sol en un tronco medio hundido, un colibrí que se acercaba en picado para revolotear junto a la larga trompeta de una enredadera en flor, una focha dándose un pequeño chapuzón, una garza que se desplazaba con una paciencia imposible a quince centímetros por hora hacia el este, un tapiz de algas verde salvia deslizándose por el agua tan despacio como la luz.

Había tenido una semana pésima antes de aquel aniversario, una semana en la que me sentí, al igual que poco después de la muerte de mi padre, mal y estúpidamente torpe y más susceptible e irascible que de costumbre. El corazón afligido está tan en sintonía con las estaciones como un pájaro migratorio, y es capaz de registrar, de forma tan notable como molesta, el retorno del dolor ligado al calendario. Pero allí, en el arboreto con C., me sentí en paz, e incluso alegre, de la manera adulta en que la alegría puede coexistir con historias completas de dolor y angustia, casi presuponiéndolas, de hecho, ya que sugiere una aceptación de la vida tal como es. Aquel día no eché de menos a mi padre más que otro, y, como de costumbre, no sentí tampoco su presencia. Pero me alegré de ralentizar el tiempo durante un rato junto al estanque, de no hacer absolutamente nada durante parte de la tarde, salvo contemplar aquella vista verde y moteada. Dado que ya no podía sentarme con mi padre, ese día me sentí bien en compañía del mundo.

Habían pasado muchas cosas desde que él se fue. Para empezar, también había muerto un número desconcertante de personas, antes incluso de la devastación del coronavirus, e incluso en el ámbito

reducido de nuestras vidas: amigos de amigos, fallecidos de cáncer de pulmón en un mes; padres de amigos, muertos de la noche a la mañana. Habían nacido tantos bebés que, cada invierno, la repisa de la chimenea donde colocábamos nuestras tarjetas navideñas parecía el alegre tablón de anuncios de la consulta de una atareada comadrona. Habíamos celebrado con otras parejas sus bodas; habíamos viajado a Nueva York para ayudar a empaquetar y desempaquetar y a comprar platos, cubos de basura y alfombras de baño después de que una amiga íntima —a cuya boda había asistido C. el día antes de nuestra primera cita— se divorciara. Cuando mi madre necesitó que le sustituyeran una válvula cardíaca, volvimos a la Clínica Cleveland, donde inmediatamente me sumergí en una desolación abrumadora; sentía como si tuviera diez mil años y nueve mil noventa y nueve de ellos los hubiera pasado allí, en el hospital. Todo lo que rodea esa experiencia me resultó desalentadoramente familiar, si exceptuamos que dos días después mi madre, con aspecto saludable y feliz, hizo sin requerir ayuda lo que mi padre no pudo hacer: volver a casa.

Es cierto lo que la gente suele decir ante las adversidades o la angustia: la vida sigue. Siempre me ha gustado esta expresión, por muy manida que esté, por su rechazo al consuelo fácil, por todo lo que se niega a decir. No promete el fin del dolor, como «el tiempo cura las heridas» y «esto también pasará». No tiene ese tono a tabula rasa de un «mañana será otro día». Únicamente dice que las cosas —las buenas, las malas, las cosas en general— no dejarán de suceder. Eso no es tanto un consuelo como un recordatorio: no podrás quedarte sentado todo el tiempo que quieras, ahogando las penas sin más. No solo tus propias emociones comenzarán a distraerte; tarde o temprano, el resto del mundo también volverá a hacer valer sus múltiples necesidades. Mucho antes de que te sientas preparado, tendrás que ir a trabajar y limpiar la cocina y pagar la factura del teléfono; tendrás que escuchar a otras personas hablar del partido de béisbol de los Washington Nationals o del Caucus Negro del Congreso o del horario de verano; te enfadarás por algo que no tiene nada que ver, y te reirás por algo que tampoco lo tendrá, y mirarás a tu pareja y no pensarás en nada más que en quitarle la ropa. Y lo mismo ocurre con la felicidad. Nadie dice nunca que «la vida sigue» después de que alguien se enamore, pero así es. Por muy maravillosos que sean esos primeros días de enamoramiento, no podrás pasarte toda la vida mirando a los ojos de tu amada y haciendo tortitas a medianoche y quedándote en la cama hasta las dos de la tarde. Con el tiempo, algún nuevo suceso reclamará tu atención, y luego otro más.

Esta es la otra idea implícita en «y»: que algo más está a punto de suceder. Cuando la palabra apareció por primera vez en la lengua inglesa, significaba «siguiente», y todavía conserva esa orientación

tácita hacia el futuro. «X, Y, Z, y»: aplicado al final de cualquier cosa, es una señal de no-detención, una indicación de que aún no hemos terminado. («¿Y?», le preguntamos a alguien cuando se ha callado sin terminar su historia o su argumento; una manera de decirle: «continúa».) En consecuencia, el sentimiento de «y» no es solo un sentimiento de conjunción; es también un sentimiento de continuación. La abundancia a la que apunta la sensación de que siempre hay algo más no es solo espacial, sino también temporal.

Esta abundancia es una de las cosas más maravillosas de la vida, y también una de las más embarazosas, pues pone de manifiesto las limitaciones de nuestra propia existencia. El mundo rebosa de posibilidades —lugares que visitar y cosas que aprender y libros que leer y habilidades que dominar y personas que conocer y causas que defender y trayectorias que seguir—, pero solo una pequeña parte está disponible para cada uno de nosotros. Como resultado, aunque a todos nos gusta sentir que tomamos decisiones sobre nuestra vida, gran parte de lo que hacemos equivale a elegir en contra de las cosas, a hacer las paces con todo lo que nunca llegaremos a hacer. Desde los seis o siete años hasta los veinte, por ejemplo, me planteé seguir un amplio abanico de carreras profesionales: quise ser maga, escudera, gimnasta, jockey, novelista, historiadora, astronauta, matemática, alpinista.

Me encanta mi vida y no la cambiaría por ninguna otra, pero no estoy segura de que las débiles estelas de añoranza que dejan todos esos otros futuros imaginados desaparezcan del todo. Y no es porque una parte de mí todavía se pregunte quién podría haber sido, se trata simplemente de un duelo general por la exclusión de posibilidades. Muchas oportunidades están fuera de nuestro alcance desde el momento en que nacemos, descartadas por las circunstancias, y muchas más se eliminan a medida que envejecemos. «Es imposible tener todas las experiencias —escribió Virginia Woolf, con pesar—; en el mejor de los casos logramos vislumbrar una pizca de lo que nos falta, como esas miradas que lanzo a los sótanos cuando paseo por las calles de Londres». Décadas más tarde, la poeta Louise Glück describió este problema como «claustrofobia metafísica: el funesto destino de ser siempre una sola persona».[27] Todas las demás existencias posibles, en Idaho o en Honduras o en Lahore, como carpintero o jugador de béisbol o genio musical, como hermano si somos hijos únicos, o hijo único si somos el menor de siete, todas estas variaciones de la experiencia humana no están disponibles para nosotros. Solo disponemos, inevitablemente, de una vida, y por muy activos, interesados, afortunados o longevos que seamos, solo podemos hacer cierto número de cosas con ella. Y todo eso, contra el telón de fondo del universo, puede parecer muy poco.

Esta es la contrariedad intrínseca de nuestra situación: la vida sigue, pero nosotros no. Nos detenemos. Tal vez los creyentes tengan razón y una parte de nosotros perdure más allá de la tumba; en cualquier caso, la existencia tal y como la conocemos, esa existencia en la que nos enamoramos, sufrimos, vamos al supermercado, chapoteamos en la orilla del mar, conducimos de noche con la música a todo volumen y las ventanillas bajadas, experimentando en cada detalle bueno y difícil nuestros días en esta Tierra, entre garcetas y garzas y osos negros y pulgas…, todo esto cesa absolutamente con nuestra muerte. Esa es la esencia misma de lo que significa ser mortal, y sin embargo es casi imposible de concebir en toda su magnitud, y mucho menos de aceptar. Nuestras vidas lo son literalmente todo para nosotros, y nos parecen tan rebosantes y trascendentales mientras vivimos que es difícil comprender lo efímeras que son en comparación con toda la historia de la humanidad, por no hablar de la inmensidad del espacio y el tiempo.

Esta aguda discrepancia entre la escala de nuestras propias vidas y la del resto de la existencia puede hacernos sentir de dos maneras casi antagónicas. Una de ellas, parecida a la sensación de perder algo, es que el universo es desalentadoramente grande y nosotros aterradoramente insignificantes. La otra, parecida a la sensación de encontrar algo, es que el universo es desalentadoramente grande y, sin embargo, aquí estamos, inimaginablemente improbables y, por tanto, preciosos más allá de toda medida. Como ocurre con muchos otros sentimientos contrastados, la mayoría de nosotros experimentará ambos en algún momento. Es fácil sentirse pequeño e impotente; también lo es sentirse atónito y afortunado de estar aquí.

Sin embargo, en general, me inclino por el asombro. No puedo mirar de cerca durante mucho tiempo algo tan simple como un estanque y no asombrarme. Esto es lo que comprendí aquel día en el arboreto: que lo que más nos ayuda, ante una pérdida inexorable, no es nuestro dolor o nuestra aquiescencia, sino nuestra atención. Al menos por ahora, el mundo está ahí y podemos percibirlo y cambiarlo, y eso me parece suficiente. Es cierto que la pérdida acabará por separarnos de él, pero también es cierto, como he dicho antes, que tenemos muchas ataduras. Nuestras obras de arte, nuestras acciones honorables, nuestros actos de bondad y generosidad: todo ello nos vincula de forma invisible con las generaciones futuras. También lo hace el tener hijos, ese acto supremo de yuxtaposición y continuidad. Una vez, cuando tenía nueve o diez años, oí a mi padre bromear diciendo que tener hijos no te mantenía joven, sino que, si tenías suerte, te hacía un poco eterno. Ahora entiendo lo que decía, y siento que el sentido de su vida y la mía se extiende más allá de nuestros días, porque C. y yo estamos esperando un bebé.

Para mí, la cercanía de la maternidad ha puesto en evidencia lo que es cierto para todos nosotros, tengamos hijos o no: que estamos aquí sobre todo en calidad de cuidadores, un papel tan esencial como temporal. Nadie estaría aquí sin lo que nos precedió, y nadie puede saber cuánto y de qué manera todo lo que vendrá después depende de que estemos aquí. Walt Whitman, que comprendió la exuberancia del mundo tan bien como cualquiera que haya vivido, también lo entendió. Apoyado en la barandilla de aquel transbordador de Brooklyn, deslumbrado por las vistas, recorrió las aguas y los siglos, y luego miró atrás y se vio a sí mismo inseparablemente conectado a todos los que habían emprendido ese mismo viaje. La vida puede superarnos, lo sabía, pero por ahora también somos parte de ella. Somos el «y», una parte del continuo de las cosas, el vínculo entre el presente y el futuro.

Eso es todo lo que tenemos, este momento con el mundo. No durará, porque nada es permanente. Entropía, mortalidad, extinción: todo el plan del universo consiste en perder, y por muchas cosas que encontremos en el camino, la vida equivale a una cuenta de ahorros inversa que al final queda al descubierto. Nuestros sueños y planes y trabajos y rodillas y espaldas y recuerdos; las llaves de la casa, las llaves del coche, las llaves del reino, el propio reino: tarde o temprano, todo ello se desliza hacia el Valle de las Cosas Perdidas.

Por eso sé que lo que tengo con C. es temporal. Algún día la perderé como perdí a mi padre; o la perderé como mi padre me perdió a mí, arrastrada al final de su vida junto con todo lo demás. También nosotras, primero una y luego la otra, moriremos. Lloraremos y seremos lloradas, y luego ya no nos llorarán; los nietos de nuestros futuros hijos apenas sabrán nuestros nombres. Dentro de cien años, el rinconcito en el que nos casamos también habrá desaparecido, junto con gran parte del resto de la costa oriental, bajo un océano creciente. Especies enteras que viven aquí acabarán desapareciendo también, como lo hicieron en su día el eohippus o el megalodón. El tiempo, al pasar, se llevará casi todo lo que conocemos de la vida.

No hay nada extraño o sorprendente en ello; es la naturaleza fundamental e inalterable de las cosas. El asombro radica en estar aquí. Es la tortuga en el estanque, el pensamiento en la mente, la estrella fugaz, la mujer desconocida en Main Street. Es el verde iluminado por el sol que volví a ver en los ojos de C. a primera hora de la mañana, y la felicidad que sentiré dentro de una o dos horas cuando termine otro día en sus brazos. A todo esto, la pérdida, que parece que solo quita, añade su propia clase de contribución necesaria. No importa lo que desaparezca, el objeto que necesitas o la persona que amas, las lecciones son siempre las mismas. La impermanencia nos recuerda que debemos prestar atención, que

debemos valorar la fugacidad y que debemos proteger la fragilidad. La pérdida es una suerte de conciencia externa que nos insta a aprovechar mejor nuestros días finitos. Nuestra travesía es breve, y la mejor manera de emplearla es dando testimonio de lo que vemos: honrando lo que nos parece noble, cuidando lo que sabemos que necesita nuestros cuidados, reconociendo que estamos inseparablemente conectados a todo, incluso a lo que no está aún con nosotros, incluso a lo que ya se ha ido. Estamos aquí para velar, no para guardar.

AGRADECIMIENTOS

Una vez oí al ya desaparecido Anthony Bourdain decir de mi agente, Kimberly Witherspoon, que si ella le llamaba a las tres de la mañana y le decía que cogiera cinta adhesiva, un cuchillo y un rollo de bolsas de basura y se reuniera con ella en quince minutos en la esquina de la calle Novena con la avenida C, él llegaría puntual, sin hacer preguntas. Imposible mejorar esa descripción de la confianza y la lealtad que Kim inspira en la gente, sobre todo por ser ella misma tan leal y digna de confianza. Es la mejor guardiana posible de mi carrera, además de maliciosamente divertida, y soy muy afortunada de contar con ella como agente y como amiga. También estoy agradecida a todas las demás personas maravillosas y serviciales de Inkwell Management, en especial a Alexis Hurley.

Creo que conocí a Hilary Redmon en una esquina de Manhattan bastante entrada la noche, porque mucho antes de que se convirtiera en la editora de este libro fue mi amiga. Para mí ha sido un gran consuelo, especialmente en los momentos más difíciles cuando trabajaba en «Pérdidas», saber que podía contar con ella no solo para una edición inspirada, sino por su humanidad y su amabilidad insuperables. Ha sido una defensora infatigable de este libro desde el principio y no puedo expresar más que gratitud hacia ella y hacia todos sus colegas de Random House, incluidas Carrie Neill, Ayelet Durantt y Ruth Liebmann, cuyo entusiasmo llegó a mi bandeja de entrada exactamente cuando lo necesitaba.

Mi editor en The New Yorker, Henry Finder, no pronuncia su apellido como «el que encuentra», pero sin embargo me encontró a mí, y nunca dejaré de estarle agradecida. Aquí, como en todas partes, mis escritos se beneficiaron enormemente de su generosidad y de la amplitud y perspicacia de su intelecto. Junto con David Remnick —editor extraordinario y hombre sin igual—, me ha dado el mejor y más feliz hogar profesional que quepa imaginar. Les estoy indescriptiblemente agradecida por su tiempo y su confianza, así como por haberle hecho un hueco en la revista al ensayo que fue la semilla de este libro.

También me gustaría dar las gracias a otros amigos y colegas que se tomaron el tiempo de leer este libro y mejorarlo: Jared Hohlt, por ser mi editor incluso cuando ya no lo es; Tad Friend, por un

inesperado y divertidísimo intercambio de manuscritos y la clarividente lectura que propició; Jia Tolentino, por su incesante entusiasmo y perspicacia; Leslie Jamison, por una de las notas editoriales más maravillosas jamás escritas, y por sostener la señal de tráfico que decía «narrativa»; Helen Macdonald, por entender como nadie los retos de escribir sobre el duelo y por saber por dónde empezar, además de todo lo demás; y Michael Kavanagh, por las inmensamente pacientes y útiles lecturas y relecturas de esta y otras piezas, y por su compañía tanto en la risa como en el dolor. Muchas gracias también a Becca Laurie, por ser la mejor investigadora privada y el mejor ojo para el diseño del sector, y a Ben Phelan por la exhaustiva comprobación de los datos. Soy la única responsable de los errores que pueda haber, sobre todo los que se refieren a Ogden Nash.

Este libro trata en gran medida de la familia, y no podría haberlo escrito si la mía, tanto la que me vino dada como la elegida, no fuera tan infaliblemente cariñosa y solidaria. Nunca podré agradecer lo suficiente a Bill y Sandy Cep que me confiaran primero a su hija y luego su historia. Cualquiera que los conozca sabe también el honor que supone ser tratado como uno de los suyos. Del mismo modo, Katelin Cep y Melinda Cep me acogieron en sus vidas desde el principio con los brazos abiertos, por no hablar de los pijamas a juego, los viajes por carretera y el sacrificio supremo de la tarta de cumpleaños de chocolate.

No dudo de que es una bendición ambivalente tener una escritora en la familia, y quizá especialmente en momentos de dolor, pero mi madre, Margot Schulz, y mi hermana, Laura Schulz, nunca vacilaron ni un momento en darme su apoyo, tanto a mí como a este libro. Dado que la historia que cuento en la primera parte es, por razones obvias, principalmente sobre mi padre, a mi madre solo se le reconoce el mérito de haberme enseñado buena gramática y buenos modales. En realidad, también me enseñó virtudes como la paciencia, la atención, la generosidad, la tolerancia y la amabilidad, todo ello con su ejemplo incansable. Mi hermana, esa atolondrada, tiene una de las mentes más vivaces y uno de los corazones más puros que he conocido; veo en ella no solo lo mejor de mi padre, sino también lo mejor de este mundo. Me mantiene íntegra y me hace reír, y me ha proporcionado, junto con otras innumerables alegrías, la de crecer cerca de su familia: Sue Kaufman, Rachel Novick, M. J. Kaufman, Henry Philofsky y Adele Kaufman-Schulz, y, a través de ellos, Steve Novick, Aviva Stahl y Sabrina Bremer. Todos gente muy querida y fundamental en mi vida de maneras que no siempre resultan visibles en estas páginas.

No todo fue fácil a la hora de escribir este libro, pero una gran parte sí: la historia de amor que forma el corazón de «Hallazgos» y continúa a través de «y». Cuando trabajaba en esas secciones, escribía

cada día y luego me llevaba los borradores a la cama por las noches para leérselos en voz alta a Casey Cep, que los inspiró. Me reconfortó e hizo muy feliz compartirlos con ella, como me reconforta y me hace feliz compartirlo todo con ella, que ha conseguido, junto con el resto del manuscrito y el resto de mi vida, que sean inconmensurablemente mejores. Este libro es para ella, con la profunda esperanza de que sea solo el principio de la historia. Y también es para mi padre —en palabras, una vez más, de Robert Frost—, el homenaje de la corriente a la fuente.

Kathryn Schulz

(1974, Shaker Heights, Ohio) es una periodista y escritora estadounidense. En 2015 pasó a ser staff writer del New Yorker, y un año después obtuvo el Premio Pulitzer y el National Magazine Award por su reportaje «The Really Big One», sobre el riesgo de desastre sísmico en la zona del Pacífico Noroeste. Ha sido crítica de libros de la revista New York, editora de la revista digital especializada en medio ambiente Grist, y reportera y directora de The Santiago Times, de Santiago de Chile, donde cubría temas medioambientales, laborales y de derechos humanos. Es autora del ensayo En defensa del error (2015). Vive con su mujer y su hija en Maryland, Estados Unidos.

Una mañana de primavera, Kathryn Schulz fue a almorzar con una desconocida y se enamoró. Tras años de búsqueda infructuosa, quedó deslumbrada por la rapidez con que todo cambió al conocer a su futura mujer. Meses después su padre, un carismático refugiado judío, falleció inesperadamente. Recién enamorada y recién huérfana, tuvo que afrontar en paralelo una felicidad desbordante y un dolor terrible.

En vez de escribir unas memorias de duelo convencionales, Schulz emprendió una fascinante investigación sobre las infinitas formas en

que la pérdida y el descubrimiento moldean nuestro destino. Nos pasamos el día extraviando y encontrando cosas, y se calcula que a lo largo de la vida perdemos unos doscientos mil objetos. Una estela salvaje ilumina de forma brillante la relación entre estas pérdidas cotidianas y las más devastadoras: la extinción de los dinosaurios, la diáspora judía, el vuelo 370 de Malaysia Airlines, el cambio climático. Y su reverso esperanzador, la búsqueda, ya sea de las ruinas de Troya, nuevos planetas, ideas, amigos, fe o amor.

En este libro inclasificable y omnímodo, la ganadora del Premio Pulitzer trasciende los estrechos límites del yo para elaborar un tratado filosófico en el que la experiencia humana se entrelaza con procesos históricos, naturales y cosmológicos, y nos confronta, en última instancia, con la inmensidad del universo.

NOTAS

1. Tevie el Lechero es el personaje principal de los cuentos recogidos en el libro de título homónimo de Scholem Aleijem. Representa al judío sufrido y trabajador, el padre de familia comprensivo y afable que afronta con entereza los reveses del destino. (N. del E.)

2. C. S. Lewis, Una pena en observación, Anagrama, 1994. Traducción de Carmen Martín Gaite.

3. Menón en Platón, Diálogos II, Editorial Gredos, 2015. Traducción de Francisco Olivieri.

4. En «Los papeles de Aspern», incluido en Henry James, La locura del arte: prefacios y ensayos, Lumen, 2014. Traducción de Olivia de Miguel.

5. San Agustín, Confesiones, Editorial Gredos, 2010. Traducción de Alfredo Encuentra.

6. Wallace Stegner, En lugar seguro, Libros del Asteroide, 2008. Traducción de Fernando González.

7. «Se ha mostrado vuestra felicidad.» Dante Alighieri, La vida nueva, Siruela, 2004. Traducción de Julio Martínez Mesanza.

8. bell hooks, Todo sobre el amor: nuevas perspectivas, Paidós, 2021. Traducción de María José Viejo.

9. «Canción tabernaria», en William Butler Yeats, Poesía reunida, Pre-Textos, 2010. Traducción de Antonio Rivero.

10. «Al leer por vez primera el Homero de Chapman», en John Keats, Odas y sonetos, Hiperión, 1997. Traducción de Alejandro Valero.

11. «Arroyo hacia el oeste», en Robert Frost, Poesía completa, Ediciones Linteo, 2017. Traducción de Andrés Catalán.

12. Basho, Poesía completa, El Gallo de Oro, 2020. Traducción de

Beñat Arginzoniz.

13. Simone Weil, La gravedad y la gracia, Trotta, 1994. Traducción de Carlos Ortega Bayón.

14. «Devoción», en Robert Frost, Poesía completa, Ediciones Linteo, 2017. Traducción de Andrés Catalán.

15. James Baldwin, Nada personal, Taschen, 2017. Traducción de Beatriz de Moura.

16. «Asombro», en Wisława Szymborska, Poesía no completa, Fondo de Cultura Económica, 2008. Traducción de Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia.

17. La primera frase pertenece a la letra de la versión en inglés del villancico, presumiblemente del siglo xvii, «Adeste Fideles» [«Venid fieles»], y la segunda es el versículo 1 Corintios 15-55: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?».

18. William James, Principios de psicología, Fondo de Cultura Económica, 1989. Traducción de Agustín Bárcena.

19. Philip Roth, La contravida, Seix Barral, 2006. Traducción de Ramón Buenaventura.

20. Elizabeth Bishop, Poesía: obra completa, Vaso Roto, 2016. Traducción de Jeannette L. Clariond.

21. Biblia Reina-Valera, Ageo 1,11.

22. David Hume, Investigación sobre el conocimiento humano, Alianza Editorial, 1988. Traducción de Jaime de Salas.

23. Michel de Montaigne, Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay), Acantilado, 2021. Traducción de J. Bayod Brau.

24. C. S. Lewis, Una pena en observación, Anagrama, 1994. Traducción de Carmen Martín Gaite.

25. «Cerca, muy cerca pasan», Elizabeth Bishop. Traducción de Ernesto Hernández Busto.

26. Dante Alighieri, La vida nueva, Siruela, 2004. Traducción de

Julio Martínez y Juan Ramón Masoliver.

27. Del ensayo «It is daylight/Arda Collins», incluido en Louise Glück, American Originality: Essays on poetry, Farrar, Straus and Giroux, 2017.

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales
Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes
Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo
Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns

28. Invierno
Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok
Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan

Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución
Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío
Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais

65. Beber o no beber
Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang

70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne

71. Kalmann
Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym

73. Caer es como volar
Manon Uphoff

74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye

75. Los inquietos
Linn Ullmann

76. No y mil veces no
Nina Lykke

77. Niña de octubre
Linda Boström Knausgår

78. Trío
Johanna Hedman

79. La aldea perdida
Max Gross

80. Saturno
Sarah Chiche

81. Cantos de sirena
Charmian Clift

82. Jane y Prudence
Barbara Pym

83. Hombres en prisión

Victor Serge

84. La Chef
Marie NDiaye

85. Maldita suerte
Lawrence Osborne

86. Bienvenidos a High Rising
Angela Thirkell

87. Los detalles
Angela Thirkell

88. Chica, 1983
Linn Ullmann

89. Ayer
Juan Emar

90. El pacto
Thorkild Bjørnvig

91. Mis estúpidas ideas
Bernardo Zannoni

92. Los buscadores de loto
Charmian Clift